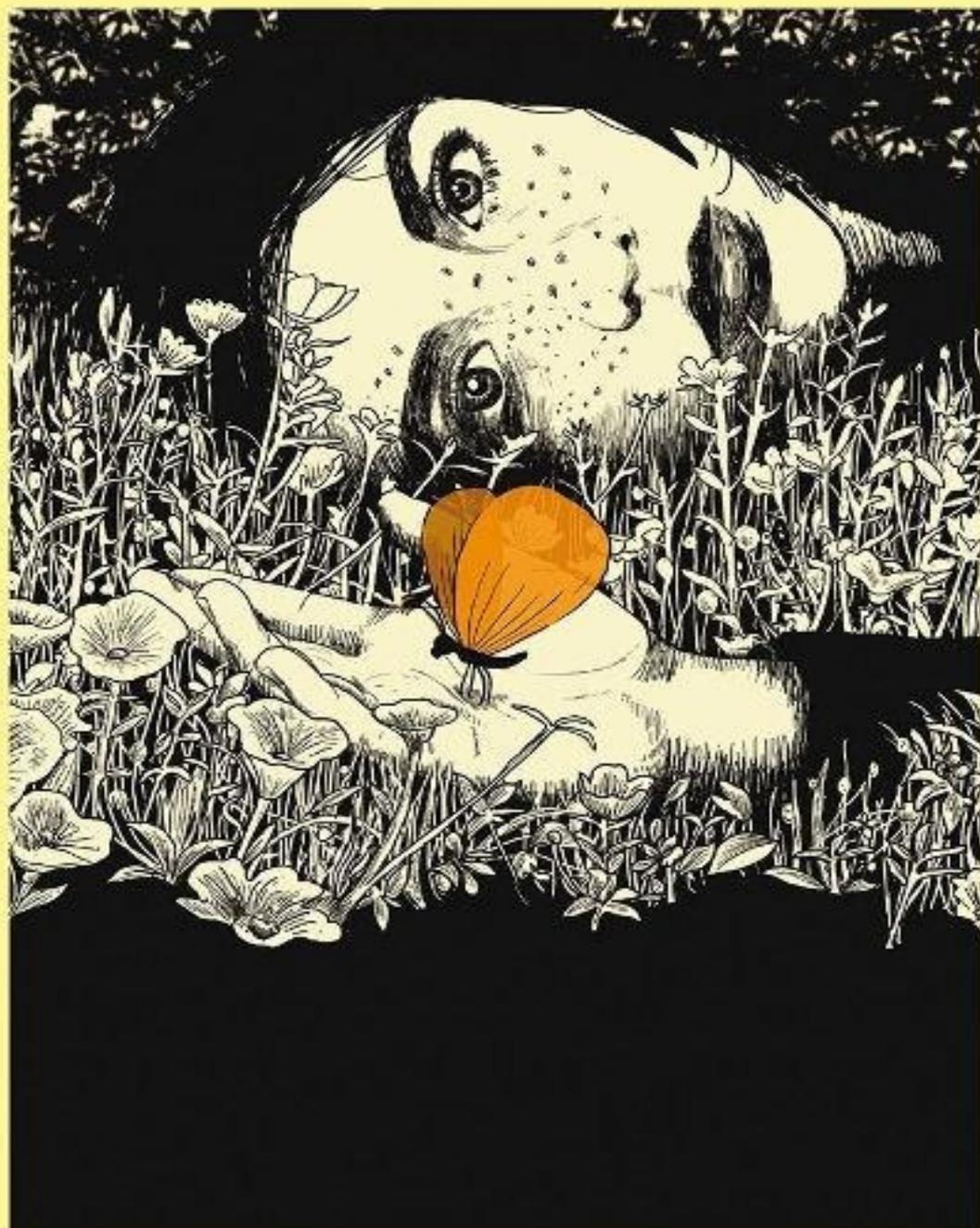


NICCOLÒ AMMANITI

---

*Anna*



Lectulandia

Un virus, que empezó a manifestarse en Bélgica, se ha extendido por el mundo como una epidemia. Tiene una particularidad: sólo mata a los adultos. Los niños lo incuban, pero no les afecta hasta que crecen.

Sicilia en un futuro próximo. Todo está en ruinas. A la enfermedad que el virus produce la llaman La Roja, y circulan extrañas teorías sobre supuestos modos de inmunizarse. Anna, que tiene trece años, debe rescatar a su hermano pequeño Astor y emprender con él un viaje que los llevará hasta Palermo y después hasta Messina. El objetivo: cruzar el estrecho y alcanzar el continente, donde acaso Anna, a la que por edad la muerte ya acecha, encuentre el modo de salvarse. Les acompaña un perro, y cuentan como bitácora con un cuaderno de tapas marrones que les dejó su madre antes de fallecer. Lo tituló LAS COSAS IMPORTANTES y anotó en él algunas instrucciones útiles para sobrevivir.

Niccolò Ammaniti, que ya había abordado la infancia y la adolescencia en varias excelentes novelas anteriores, insiste en el tema, y lo hace combinando la ciencia ficción distópica, la narración de aventuras y la novela de iniciación. Podríamos encontrar aquí ecos de *El señor de las moscas* de Golding, o de *Walkabout*, aquella película de 1971 de Nicolas Roeg sobre una adolescente y su hermano pequeño perdidos en el desierto australiano. En todos los casos tenemos un universo poblado exclusivamente por niños. ¿Cómo sobreviven? ¿Cómo se interrelacionan sin la presencia dominante y represora de los adultos? ¿Cómo afrontan los miedos y las incertidumbres?

**Lectulandia**

Niccolò Ammaniti

**Anna**

ePub r1.0  
Titivillus 01.01.17

Título original: *Anna*  
Niccolò Ammaniti, 2015  
Traducción: Juan Manuel Salmerón Arjona

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

There was a boy  
A very strange enchanted boy  
They say he wandered very far, very far  
Over land and sea  
A little shy and sad of eye  
But very wise was he.

EDEN AHBEZ, «Nature Boy»<sup>[1]</sup>

Tendría tres o cuatro años. Estaba sentado muy quieto en una butaquita de piel de imitación, con la cabeza gacha. Llevaba una camiseta verde de manga corta, unos pantalones vaqueros con los bajos doblados, unas zapatillas de deporte. En una mano tenía un trenecito de madera que le colgaba entre las piernas como si fuera un rosario.

La mujer que había tendida en la cama en el otro extremo del cuarto lo mismo podía tener treinta que cuarenta años. En un brazo, cubierto de manchas rojas y costras, tenía puesto un gotero vacío. El virus la había convertido en un esqueleto jadeante recubierto de piel seca y llena de pústulas, aunque no le había arrebatado toda su belleza, que la forma de los pómulos y la nariz respingona dejaban adivinar.

El niño alzó la cara y la miró, se agarró del brazo de la butaca, bajó de ésta y con el trenecito en la mano se acercó a la cama.

La mujer no lo advirtió. Sus ojos, hundidos en dos fosas oscuras, miraban fijamente al techo.

El pequeño se puso a jugar con un botón de la funda sucia de la almohada. El pelo rubio le caía por la frente y, con el reflejo del sol que se filtraba por las cortinas blancas, parecía hecho de hilos de nailon.

De pronto, la mujer se incorporó y se enarcó como si estuvieran arrancándole el alma, apretó las sábanas y se dejó caer de nuevo sacudida por una tos violenta. Estiraba brazos y piernas esforzándose por respirar. Al fin, relajó la cara, abrió la boca y murió con los ojos abiertos.

El niño le cogió delicadamente la mano y empezó a tirarle del dedo índice.

—Mamá, mamá —susurró con un hilo de voz.

Le puso el trenecito en el pecho y lo hizo rodar por los pliegues de la sábana. Tocó la tirita ensangrentada que tapaba la aguja del gotero. Por fin, salió del cuarto.

El pasillo estaba poco iluminado. En algún sitio se oía el *bip bip* de un aparato médico.

El niño pasó junto al cadáver de un hombre gordo que yacía boca abajo al pie de una camilla. Con la frente tocaba el suelo y tenía una pierna doblada de una manera forzada. Entre las faldas de la bata azul se le veía la espalda amoratada.

Siguió adelante tambaleándose, como si no controlara bien las piernas. En otra camilla, junto a un cartel en el que se aconsejaba prevenir el cáncer de pecho y una vista de Lieja con la catedral de San Pablo, yacía el cadáver de una anciana.

El pequeño pasó bajo un tubo fluorescente amarillo que chisporroteaba. Un muchacho con un camisón y unas zapatillas de rizo había muerto a la puerta de una larga sala dormitorio. Tenía el brazo estirado y los dedos contraídos como si quisiera evitar que se lo llevara una corriente.

Al fondo del pasillo, la oscuridad luchaba con los rayos de sol que atravesaban las puertas del hospital.

El niño se detuvo. A la izquierda estaban la escalera, los ascensores y la recepción. Detrás del mostrador de acero se veían pantallas de ordenadores caídas sobre las mesas y un tabique de cristal hecho añicos.

Soltó el trenecito y corrió a la salida. Cerró los ojos, estiró los brazos, empujó las grandes puertas y desapareció en la luz.

Fuera, más allá de la escalinata, más allá de las cintas de plástico blancas y rojas, se recortaban las formas negras de los coches de policía, de las ambulancias, de los camiones de bomberos.

—¡Un niño! ¡Hay un niño! —gritó alguien.

El pequeño se cubrió la cara.

Una figura extraña se le acercó corriendo y tapó el sol.

El niño apenas tuvo tiempo de ver que el hombre iba enfundado en un grueso mono de plástico amarillo.

El hombre cogió al niño y se lo llevó.

*Cuatro años después...*

**Primera parte**

**La Finca de la Morera**

Anna corría por la autopista sujetándose las correas de la mochila, que le rebotaba en la espalda. De cuando en cuando volvía la cabeza.

Los perros seguían allí. Iban uno tras otro, en fila india. Eran seis o siete. Dos, maltrechos, se habían quedado atrás, pero el más grande, que iba delante, se acercaba.

Los había visto dos horas antes en un campo quemado, allá lejos, entre rocas oscuras y troncos de olivos ennegrecidos, pero no había hecho caso.

No era la primera vez que la perseguían manadas de perros salvajes. La seguían un rato y luego, cansados, se iban.

Pero, al dejar de verlos, había suspirado con alivio. Había parado a beber el agua que le quedaba y había seguido caminando.

Le gustaba contar cuando caminaba. Contaba los pasos que había en un kilómetro, los coches azules y los rojos, los pasos elevados.

Pero, de pronto, los perros habían reaparecido.

Eran criaturas desesperadas, que iban a la deriva en medio de un mar de cenizas. Había visto muchos. Tenían calvas en el pelo, las orejas llenas de garrapatas que colgaban como racimos, se les marcaban las costillas. Se mataban por los restos de un conejo. Los incendios del verano habían arrasado la llanura y poco o nada quedaba para comer.

Pasó junto a una fila de automóviles que tenían los cristales rotos. Estaban cubiertos de ceniza y alrededor crecían hierbas y trigo.

El siroco había arrastrado las llamas hasta el mar dejando tras de sí un desierto. La tira de asfalto de la autopista A29, que unía Palermo con Mazara del Vallo, partía en dos una extensión de tierra muerta en la que se alzaban troncos negros de palmeras que parecían de metal y algunas columnas de humo. A la izquierda, más allá de las ruinas de Castellammare del Golfo, se veía un mar gris que se fundía con el cielo. A la derecha, una serie de montes bajos y oscuros flotaban sobre la llanura como islas lejanas.

Un camión volcado obstruía la calzada. El remolque había destrozado la mediana y lavabos, bidés, tazas de váter y cascotes de cerámica blanca se habían esparcido en muchos metros a la redonda. La chica pasó por en medio.

Le dolía el tobillo derecho. En Alcamo, había abierto a patadas la puerta de una tienda de comestibles.

¡Y pensar que hasta que aparecieron los perros todo había ido bien!

Había salido antes de que amaneciera. Se veía obligada a alejarse cada vez más en busca de comida. Al principio era fácil: no tenía más que ir hasta Castellammare y encontraba lo que quería. Luego, los incendios lo habían complicado todo. Había

caminado unas tres horas bajo un sol que ascendía por un cielo pálido y sin nubes. El verano había terminado hacía tiempo, pero el calor no remitía. El viento, después de atizar el fuego, había desaparecido como si aquella parte de la creación hubiera dejado de interesarle.

En un vivero, junto al cráter que había dejado la explosión de un surtidor de gasolina, había encontrado una caja llena de comida debajo de unos toldos polvorientos.

En la mochila llevaba seis botes de alubias Cirio, cuatro de tomate Graziella, una botella de licor Amaro Lucano, un grueso tubo de leche condensada Nestlé, un paquete de galletas medio deshechas pero que aún podría disolver en agua, y medio kilo de tocino envasado al vacío. No había resistido y el tocino se lo había comido enseguida, en silencio, sentada en una pila de sacos de mantillo, en medio de un suelo cubierto de excrementos de ratón. El tocino estaba duro como el cuero, y tan salado que le había dejado la boca abrasada.

El perro negro ganaba terreno.

Anna aceleró. El corazón le latía al compás de los pasos. No aguantaría mucho. Tenía que pararse y hacerle frente. ¡Si por lo menos tuviera un cuchillo! Siempre llevaba uno, pero aquella mañana había olvidado cogerlo. Había salido con la mochila vacía, una botella de agua.

El sol estaba a cuatro dedos del horizonte. Era una bola naranja en medio de una baba lila. En breve, la llanura lo engulliría. Al otro lado, la luna era fina como una uña.

Se volvió.

El perro seguía allí. Los demás habían ido renunciando uno tras otro. Aquél no. En el último kilómetro no se había acercado, pero ella corría, él trotaba.

Quizá esperaba a que oscureciera para atacar, aunque le parecía improbable, los perros no piensan. Y, en cualquier caso, ella no aguantaría hasta que oscureciera. El tobillo le dolía y el gemelo empezaba a agarrotarse.

Dejó atrás un cartel verde. Cinco kilómetros a Castellammare. Para correr en línea recta seguía la raya que había en medio de la carretera. Si no fuera porque el ruido de su respiración y de sus pisadas la ensordecía, habría oído el silencio. No corría un soplo de aire, ni se oían pájaros, ni grillos, ni cigarras.

Cuando pasaba al lado de un automóvil, el cansancio le susurraba que se metiera en él, pero el cerebro le decía que no. Podía intentar echarle galletas, o cruzar la valla, pero era de malla cerrada y no había visto agujeros por los que atravesarla.

Las adelfas de la mediana que habían sobrevivido al fuego estaban cuajadas de flores rosas, y las ramas, cargadas, se doblaban. El perfume dulzón se mezclaba con el olor a quemado.

Era una barrera alta.

*Pero tú eres la canguro, se dijo.*

Pini, su profesora de gimnasia, la llamaba la canguro porque saltaba más que los chicos. A Anna no le gustaba el apodo, los canguros tienen las orejas salidas. Había preferido el leopardo, que también salta mucho y es más hermoso.

Se quitó la mochila y la lanzó al otro lado. Tomó carrerilla, apoyó un pie en el bordillo de cemento, saltó por entre las plantas y se encontró en el carril del otro lado.

Recogió la mochila y, jadeando, contó hasta diez. Levantó el puño y sonrió. Tenía una bonita sonrisa, llena de dientes blancos que rara vez enseñaba.

Echó a andar cojeando. Ahora no le quedaba más que cruzar la valla y estaría a salvo.

Al otro lado había un terraplén y un camino que corría paralelo a la autopista. No era el mejor sitio por el que saltar con el tobillo lastimado. Dejó la mochila en el suelo y se volvió.

Vio que el perro saltaba la mediana y corría hacia ella.

No era negro, sino blanco. Llevaba el pelo cubierto de ceniza y tenía una oreja cortada. Era el perro más grande que había visto en su vida.

*Y como no corras te come.*

Se agarró a las mallas de la valla pero el miedo le paralizaba los brazos. Se volvió y se tiró al suelo.

El animal recorrió los últimos metros de autopista y de un salto salvó el guardarraíl y la cuneta. El bulto oscuro eclipsó la luz del crepúsculo y se le vino encima con sus cuarenta kilos de hedor y roña.

Anna levantó el codo y se lo clavó en las costillas. El animal, desinflado, cayó a su lado. Anna se levantó.

El perro había quedado tendido en la hierba. En sus pupilas, negras como el carbón, había un estupor casi humano.

Anna cogió la mochila y, gritando, empezó a golpear al perro con ella. Una, dos, tres veces. Primero en la cabeza, luego en el cuello, luego otra vez en la cabeza. El perro gemía aturdido y trataba de levantarse. Anna giró sobre sí misma como si fuera un lanzador de peso que toma impulso, describiendo un círculo perfecto, pero la correa de la mochila se rompió y perdió el equilibrio. Apoyó la pierna, pero el tobillo herido cedió. Cayó.

Ella y el perro, uno al lado del otro, se miraron. Entonces el animal, gruñendo, se contrajo y se arrojó sobre ella con las fauces abiertas.

Anna levantó el pie y le hundió el talón en el pecho. El perro salió despedido y chocó de espaldas contra el guardarraíl.

El animal cayó de costado. Jadeaba, con una larga lengua que se enroscaba debajo de la nariz y unos ojos que se habían convertido en dos ranuras negras.

Mientras el perro intentaba levantarse, Anna buscó algo con que rematarlo. Una piedra, un palo, pero no había nada, sólo basura quemada, bolsas de plástico, latas aplastadas.

—¿Qué quieres de mí? ¡Déjame en paz! —le gritó—. ¿Qué te he hecho yo?

El animal la miraba con unos ojos cargados de odio y, levantando unos labios negros, enseñaba unos colmillos amarillentos y unas muelas entre las que se veían burbujas de saliva. Emitía un gruñido grave, vibrante y amenazador.

La chiquilla se alejó tambaleándose, pisándose los cordones de las zapatillas. Las adelfas, el cielo oscuro, el esqueleto ennegrecido de un caserío sin tejado desaparecían y reaparecían ante su vista con cada paso que daba. Se detuvo y miró atrás.

El perro la seguía.

Cojeando, Anna llegó hasta una ranchera azul. El automóvil tenía la parte delantera aplastada y la portezuela del conductor abierta, y le faltaba la luna trasera. Con sus últimas fuerzas, Anna entró y tiró de la puerta, pero ésta estaba bloqueada. Lo intentó con las dos manos. La portezuela giró chirriando sobre unos goznes oxidados y rebotó contra la cerradura herrumbrosa. Lo intentó de nuevo, pero fue inútil. Al final, la cerró atando la manivela con el cinturón de seguridad. Descansó la cabeza en el volante, cerró los ojos y respiró un aire saturado de olor a excrementos de ave. Con los cristales cubiertos de ceniza y polvo, el habitáculo estaba en penumbra.

En el asiento del pasajero había un esqueleto cubierto de guano blanco. Los restos acartonados del plumífero Moncler se habían fundido con la tapicería del asiento y por los rotos del tejido sobresalían plumas y costillas amarillas. El cráneo colgaba sobre el pecho sostenido por unos tendones resecos. Calzaba unas botas de gamuza de tacón alto.

Anna pasó al asiento trasero, de ahí al maletero, y allí se tumbó. No tenía valor para asomarse por la luna rota, pero parecía que el perro había desaparecido.

Se acurrucó junto a dos maletas vacías. Cruzó los brazos y se metió las manos en las axilas sudadas. Había consumido toda su adrenalina y le costaba mantener los ojos abiertos. Con dormir cinco minutos tendría bastante. Trató de colocar las maletas en el marco de la ventana. Una era muy pequeña, la otra la encajó empujando con los pies.

Se pasó los dedos por los labios. Su mirada recayó en una página de cuaderno sucia. Se leía, en letras mayúsculas: ¡AYUDA, POR AMOR DE DIOS!

Debía de haberlo escrito la de delante.

Decía que se llamaba Giovanna Improta, que estaba muriéndose y que tenía dos hijos en Palermo, Ettore y Francesca, en el último piso de la calle Re Federico, número 36. Sólo tenían cuatro y cinco años y morirían de hambre si alguien no iba a salvarlos. En el cajón de la cómoda de la entrada había quinientos euros.

Anna tiró el papel, apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos.

Despertó de repente en medio de la oscuridad y el silencio. Tardó unos segundos en recordar dónde estaba. Pensó en salir a hacer pis pero cambió de idea. No había luna. No vería nada y estaría indefensa.

Tenía una regla. Encontrar siempre un refugio antes de que el sol se pusiera. Un par de veces la había sorprendido la oscuridad y había tenido que esconderse en la primera casa que encontró.

Mejor hacerlo en el maletero y pasarse al asiento trasero. Se desabotonó los pantalones. Cuando se los bajaba, oyó un ruido, como de una rama que se parte, que la dejó sin respiración. Un ruido de perros que olfatean.

Se tapó la boca y se dejó caer en la moqueta, con el culo desnudo. Procuró no respirar, no temblar, no mover ni la lengua.

Los perros arañaban la chapa y el coche se estremecía.

La vejiga se relajó y un calor húmedo le corrió por los muslos. Notó que la moqueta, bajo las nalgas, se empapaba y, entreabriendo los labios, tuvo un instante de puro placer.

Empezó a rezar. Era una petición desesperada de ayuda que no dirigía a nadie en particular.

Los perros peleaban entre sí. Daban vueltas alrededor del automóvil. Se oía el repiqueteo de las uñas en el asfalto.

Tenía la impresión de que eran miles. Rodeaban el coche como si fueran un manto de pelo que llegaba al mar y a las montañas y envolvía el planeta.

Se tapó los oídos con fuerza.

*Piensa en los helados.*

Dulces y fríos como bolas de granizo, de todos los sabores. Uno podía elegir el que más le gustara de entre los que había en unos recipientes de colores, y se lo servían metido en un cucurucho de galleta. Se acordó de una vez que fue al quiosco de la playa Las Sirenas. Había pegado la cara al cristal del frigorífico:

—Lo quiero de chocolate y limón.

Su madre había puesto cara de repugnancia.

—¡Qué asco...!

—¿Por qué?

—Porque esos sabores no pegan.

—¿Puedo pedirlo de todos modos?

—Pero te lo acabas.

Y así, con su cucurucho, había ido a sentarse a la orilla del agua. Las gaviotas caminaban unas detrás otras con unas patas que parecían palillos.

Antes del incendio, aún se encontraban dulces. Mars, barritas de cereales, Bounty y chocolatinas. Estaban resecos, enmohecidos o comidos por los ratones, pero a veces, si uno tenía suerte, encontraba alguno que se podía comer. Lo que ya no había eran helados. Las cosas frías habían desaparecido con los Mayores.

Se quitó las manos de los oídos.

Los perros ya no estaban.

Era ese momento del alba en que la noche y el día tienen el mismo peso y las cosas parecen más grandes de lo que son. Al fondo de la llanura se veía una franja blanquecina y el viento susurraba en los trigales que se habían salvado del fuego.

Anna salió del coche y se desperezó. Después del descanso, el tobillo lastimado le dolía menos.

La autopista parecía una tira de regaliz que hubieran desenrollado. En el asfalto, alrededor del coche, se veían huellas de patas. A unos cincuenta metros, sobre la raya discontinua, había algo.

Al principio le pareció que era su mochila, luego la cubierta de una rueda, luego un montón de ropa. Al final el montón de ropa se puso en pie convirtiéndose en un perro.

#### EL PERRO DE LOS TRES NOMBRES

El perro había nacido en un desguace de coches de las afueras de Trapani, debajo del chasis de un Alfa Romeo. La madre, una perra pastora que se llamaba Lisa, lo había amamantado un par de meses con sus cinco hermanos. En la dura lucha por los pezones, el más débil había sucumbido. Los demás, nada más destetados, fueron vendidos por cuatro cuartos y sólo él, el más voraz y espabilado, tuvo el privilegio de quedarse.

Daniele Oddo, el dueño del desguace, era un hombre que miraba mucho el dinero. Y como el 13 de octubre era el cumpleaños de su mujer, tuvo una idea: ¿por qué no regalarle el cachorro con un bonito lazo rojo al cuello?

A la señora Rosita, que esperaba la nueva secadora Ariston, no le entusiasmó aquella bola de pelo blanco. Era un bicho travieso que se meaba y se cagaba en las alfombras y mordisqueaba las patas del aparador del salón.

La mujer, sin esforzarse mucho, le encontró un nombre: Pánfilo.

Pero en la casa había otro ser al que la nueva presencia fastidió más. Coronel, un viejo perro salchicha de pelo áspero y malas pulgas cuyo hábitat natural eran la cama, a la que subía por una escalerita que le habían hecho adrede, y un bolso Vuitton desde el que gruñía a todo bicho viviente con cuatro patas.

La misericordia no era uno de los atributos de Coronel. Mordía al cachorro en cuanto éste salía del rincón al que lo había relegado.

La señora Rosita decidió encerrar a Pánfilo en la terraza de la cocina. Pero el animal era terco y lloraba y arañaba la puerta y los vecinos empezaron a quejarse. Su precario destino de perro de piso cambió el día en que logró colarse dentro y, seguido por el ama, resbaló en el parqué encerado, se enredó en el cable de una lámpara y ésta cayó sobre la colección de osos panda de cerámica que había alineados sobre el

mueble bar.

Pánfilo regresó derecho al desguace y, aún con dientes de leche y ganas de jugar, le pusieron una cadena al cuello. Lisa, la madre, en la otra punta de la explanada, detrás de dos muros de chasis, ladraba a todos los coches que pasaban por la puerta.

La dieta del cachorro pasó de las latas de carne de ciervo a la cocina china. Rollitos de primavera, pollo con bambú y cerdo agridulce, lo que sobraba del China Garden, un fétido restaurante que había enfrente.

En el desguace trabajaba Christian, el hijo del señor Oddo. Quizá trabajar no es la palabra, porque se pasaba todo el rato delante del ordenador viendo vídeos porno, dentro de un contenedor transformado en oficina. Era un jovencito enjuto y nervioso, con la cabeza llena de pelo y una barbilla afilada que resaltaba con una perilla caprina. Tenía otro trabajo: vendía pastillas caducadas en la puerta de los institutos. Su sueño era hacerse rapero. Le gustaba cómo vestían, cómo gesticulaban, las mujeres que tenían y sus perros asesinos. Aunque no era fácil cantar rap sin pronunciar bien la erre, como le pasaba a él.

Observando a Pánfilo a través de unas gafas de sol tan grandes que parecían pantallas de televisión, comprendió que aquel perro, que crecía rápido y robusto, tenía mucho potencial.

Una noche, estando en el coche delante de un centro comercial, le confesó a Samuel, su mejor amigo, que tenía pensado convertir a Pánfilo «en una maldita máquina de matar».

—Claro que ese nombre, Pánfilo... —A Samuel, que estudiaba para modisto, no le parecía nombre para una máquina de matar.

—¿Y cómo lo llamo?

—No lo sé... Bob —propuso el amigo.

—¿Bob? ¡Vaya nombre! Mejor Manson.

—¿Como Marilyn?

—¡Qué coño! ¡Como Charles Manson, el mayor asesino de todos los tiempos!

Christian esperaba que un inmigrante o algún gitano entrara de noche a robar en el desguace y se encontrara con Manson.

—¿Te imaginas al negro que intenta escapar saltando la valla con las tripas colgando y a Manson mordiéndole en el culo? —decía riendo y dándole fuertes palmadas a Samuel.

Para hacer al animal más malvado, Christian consultó sitios de perros de combate en internet. Se compró un táser, uno de esos artefactos que disparan descargas eléctricas a alta tensión que lo dejan a uno atontado, y con eso y con un bastón recubierto de gomaespuma empezó a entrenar al perro para convertirlo en una máquina de matar. No contento con eso, en invierno le echaba cubos de agua helada para que fuera más resistente a los agentes atmosféricos.

En menos de un año, Manson se volvió tan agresivo que, para alimentarlo, tenían que echarle la comida desde lejos y llenarle el cuenco del agua con la manguera. Tan

excelente trabajo habían hecho que por la noche ni siquiera podían soltarlo, porque se arriesgaban a perder una mano.

Como les ocurre a miles de perros, el destino de Manson parecía ser pasarse la vida encadenado.

El virus lo cambió todo.

En unos meses, la epidemia se llevó por delante a la familia Oddo, y el perro quedó solo y atado. Resistió bebiendo el agua de lluvia que se acumulaba en la carrocería de los automóviles y lamiendo sobras secas de comida. De cuando en cuando pasaba alguien por la carretera, pero nadie se paraba a echarle de comer y él aullaba desesperado, levantando el hocico hacia el cielo. Al principio su madre le contestaba, pero luego calló, y también Manson, consumido por el ayuno, perdió la voz. A la nariz le llegaba el olor de los cadáveres de las fosas comunes de Trapani.

Un día el instinto le dijo que sus amos no volverían a llevarle nada y que allí moriría.

La cadena que llevaba al cuello, de unos diez metros de largo, estaba atada a una estaca clavada en el suelo. Empezó a tirar, haciendo fuerza con las patas traseras y sosteniéndose con las delanteras. Como había adelgazado, el collar le quedaba ancho y al final pudo escurrir la cabeza.

Estaba muy mal. Iba cubierto de llagas, las pulgas lo habían desangrado y le costaba caminar. Pasó junto al cuerpo de su madre, lo olió un momento y, con andar vacilante, salió por la puerta.

No conocía el mundo y no se preguntó por qué algunos seres humanos se habían convertido en comida y otros, más pequeños, seguían vivos, pero cuando se cruzaban con él salían corriendo.

Pronto recobró las fuerzas. Se alimentaba de basura, entraba en las casas arramblando con todo lo que encontraba y muchas veces hasta espantaba a los cuervos que devoraban los cadáveres. Callejeando, se encontró con una manada de perros y se unió a ella.

Encontraron una oveja muerta, y cuando se lanzó sobre ella, los demás perros le gruñeron enseñando los dientes. Descubrió así que en el grupo había una jerarquía, que no debía acercarse a las hembras en celo y que tenía que esperar su turno para comer.

Un día, en un campo abandonado que había detrás de una tienda de neumáticos, le salió al paso una liebre.

La liebre es una presa difícil de atrapar. Es veloz y cambia de dirección bruscamente, con lo que desestabiliza al perseguidor. Sólo tiene una limitación: se cansa pronto. El cuerpo de Manson, en cambio, era una masa de músculos resistentes. Tras una carrera agotadora la alcanzó, la sacudió hasta partirle la columna vertebral y empezó a devorarla.

Un perdiguero desgarrado, otro animal del montón apenas más importante que él, con las orejas colgando y una trufa enorme en la punta del morro, se le acercó.

Manson, agachando el rabo, se retiró, pero cuando el otro empezó a comer se abalanzó sobre él y de un mordisco le arrancó una oreja. El pobre, sorprendido y aterrado, se volvió chorreando sangre y hundió los dientes en el pelaje espeso del perro pastor. Manson dio un brinco hacia atrás y otro hacia delante, se le arrojó a la garganta y de un solo bocado le arrancó la yugular, la tráquea y el esófago. El perdiguero quedó retorciéndose en medio de un charco de sangre.

Los combates entre perros y entre lobos casi nunca son letales, sólo sirven para establecer la jerarquía en la manada y distinguir a los líderes, pero Manson era un luchador que no respetaba las reglas y no paraba hasta que el adversario yacía sin vida. Christian Oddo había tenido vista. Aquel animal era una máquina de matar, y los sufrimientos y torturas que había padecido lo habían hecho insensible a las heridas e implacable con los vencidos.

La sangre lo excitaba, le daba energía, le ganaba el respeto de los demás perros y el favor de las perras en celo. Aquel mundo le gustaba, no había cadenas, no había seres humanos crueles y bastaba con usar los colmillos para hacerse respetar. En pocas semanas, y sin necesidad de batirse con el líder, que se echó al suelo y se despatarró, se convirtió en el perro alfa, el que comía primero y preñaba a las hembras.

Tres años después, cuando la explosión de un depósito de metano sorprendió a la manada rodeando a un caballo en el aparcamiento del centro comercial Los Girasoles, seguía conservando su rango. Qué hacía un caballo en aquel aparcamiento era un misterio que a nadie interesaba. El animal, flaco y lleno de llagas, tenía una pezuña atrapada en un carro de la compra y permanecía inmóvil, en medio de una nube de moscas, junto a las cajas de autoservicio. La cabeza morena le colgaba entre las patas. Se hallaba en ese estado de resignación tranquila que invade a veces a los herbívoros cuando sienten que no tienen escapatoria y sólo les queda esperar la muerte. Los perros estrechaban el cerco sin prisa, casi sin ganas, sabedores de que tarde o temprano tendrían carne fresca.

Manson, para remarcar su estatus, fue el primero que se acercó al rocín. Éste, al notar el mordisco en el jarrete, dio unas coces, aunque débiles. En ese momento, el frente del incendio, avivado por el viento, envolvió la escena en una nube de humo acre e incandescente. Rodeados de llamas, y asustados por las explosiones de los surtidores de gasolina, los perros se refugiaron en el interior de una tienda de electrónica. Allí permanecieron días, medio asfixiados, envueltos en una masa ígnea, y cuando todo ardió y salieron, el mundo era una extensión de ceniza en la que no había ni comida ni agua.

Anna se echó el pelo hacia atrás.

El perro pastor avanzó un poco y se detuvo, con la oreja tiesa y los ojos fijos en la presa.

La chiquilla miró la valla de la autopista. Demasiado alta. No quería volver al coche, la dejaría morir dentro.

Abrió los brazos.

—¡Ven! ¿A qué esperas?

El animal parecía indeciso.

—¡Va, corre! —Empezó a saltar—. Acabemos de una vez.

El perro se sentó. Pasó un cuervo graznando.

—¿Qué? ¿Tienes miedo?

El animal echó a correr.

Anna corrió al coche tan deprisa que se golpeó la cadera en un lateral. Con un quejido entró en el automóvil y cerró la portezuela.

El coche, con un ruido sordo, dio una sacudida.

Anna cogió el cinturón de seguridad, lo pasó por la manivela y lo ató a los radios del volante. Por el cristal opaco veía la silueta oscura del animal abalanzándose sobre la ventanilla.

Se metió en el maletero y se hizo un ovillo, pero el perro se lanzó sobre ella junto con la maleta que había encajado en la luna. Lo rechazó escudándose con la maleta y, en su pánico, buscó algo con lo que defenderse. Debajo del asiento había un paraguas. Lo empuñó con ambas manos y lo esgrimió como si fuera una lanza.

Dando un gruñido, el perro arremetió contra ella.

Anna le clavó la contera en el cuello y un chorro de sangre le salpicó en la cara.

El animal gimió, pero no retrocedió. Pasó por encima del asiento, rozando con el lomo sucio el techo del coche.

—¡Soy más fuerte que tú! —La chiquilla le clavó el paraguas en el costado, haciéndole un agujero rojo. Cuando quiso sacarlo, se quedó con el mango en la mano.

El monstruo, con el asta clavada en las costillas, se abalanzó sobre ella. Los dientes se cerraron con un *toc* a unos centímetros de la nariz de Anna, quien recibió en plena cara un aliento caliente que olía a podrido. Protegiéndose con los codos, Anna repelió al animal y se replegó al asiento delantero, y acabó en medio de los huesos de la mujer.

El perro no se movió. Con el pelo embadurnado de sangre y ceniza y la boca chorreando una saliva roja, la miró a los ojos, dobló el cuello como si quisiera entenderla mejor, se tambaleó un poco y se desplomó.

Anna canturreaba una canción que se había inventado: «Y llega Nello con sus zapatos de coral y sus bigotes color camello.»

Nello era un amigo de su padre, conducía un furgón blanco y cada cierto tiempo llegaba de Palermo con libros que su madre necesitaba. Anna no lo había visto muchas veces, pero lo recordaba bien, era simpático. Pensaba a menudo en su bigotazo.

El sol había ascendido entre nubes blancas que surcaban el cielo. No hacía calor y era agradable sentir los rayos sobre la piel que se había enfriado por la noche.

La chiquilla se colocó mejor la mochila en la espalda. Los perros se habían ensañado con la bolsa pero no habían conseguido abrirla. Se había salvado hasta la botella de licor.

Antes de irse había echado un vistazo al monstruo. Manteniéndose a distancia, había abierto la portezuela y había mirado. Una porción de pelaje sucio subía y bajaba con un jadeo débil. Se había preguntado si debía rematarlo, pero no se fiaba y prefirió no acercarse. Mejor era dejar que muriera solo.

Fue por una carretera que discurría paralela a la A29 y luego se desviaba hacia la playa, pasando por un centro comercial. Del supermercado al que iban a comprar no quedaban más que los pilares y las vigas de hierro del techo. La Casa del Mueble, donde compraron a plazos el sofá y la litera, había sido devorada por las llamas. Las cenizas formaban una capa compacta en la escalinata de piedra blanca. Los lindos jarrones con forma de cabeza de moro habían desaparecido. Quedaban los armazones de los sofás y de un piano.

Anna atravesó el aparcamiento de un concesionario Ford en el que había filas ordenadas de automóviles quemados y continuó a campo traviesa. De las viñas sólo quedaban los sostenes de las hileras entre olivos pelados y muros de piedra. Una segadora, junto a las ruinas de una casa de campo, parecía un insecto con la boca llena de dientes. Un arado hundía su nariz afilada en la tierra como si fuera un oso hormiguero. A trechos, en medio de la tierra negra, asomaban retallos de higueras y en los troncos chamuscados de los árboles se veían brotes verdes.

El edificio bajo y moderno de la escuela de primaria De Roberto flotaba sobre un mar negro en medio de llamaradas de calor que ondulaban en el horizonte. El campo de baloncesto que había detrás del edificio había sido invadido por la hierba. El fuego había derretido los tableros de las canastas. Por las ventanas sin cristales se veían los bancos, las sillas, el linóleo cubierto de tierra. En la pared de su clase, la 3C, colgaba aún un dibujo de una jirafa y de un león que había hecho Daniela Sperno. La mesa del profesor estaba sobre la tarima, junto a la pizarra. Tiempo atrás, en el cajón, había encontrado el cuaderno de clase y el espejito con el que la maestra Rigoni se miraba los pelos de la barbilla y se pintaba los labios. Normalmente, Anna entraba y se sentaba un momento en su sitio, pero esta vez no se detuvo.

A lo lejos aparecieron los restos de la urbanización Torre Normanna. Dos calles largas como pistas de aterrizaje flanqueadas de chalés formaban una cruz en medio del llano, detrás de Castellammare.

Había un club deportivo con dos pistas de tenis y una piscina, un restaurante y un

pequeño supermercado. Muchos de sus compañeros de escuela habían vivido allí.

Ahora, tras los saqueos y los incendios, de las graciosas casitas de estilo mediterráneo no quedaban más que los machones de cemento, montones de tejas, escombros y verjas oxidadas. Las que se habían librado del fuego tenían las puertas desquiciadas, los cristales hechos añicos y las paredes llenas de pintadas. Las ventanillas de los coches habían estallado y las calles estaban sembradas de fragmentos de cristal. El asfalto de la plaza de los Venti se había derretido y condensado formando senos y burbujas, pero los columpios, el tobogán y el gran letrero con una langosta lila del restaurante El Gusto de Afrodita estaban intactos.

La chiquilla pasó por la urbanización a paso ligero. Aquel lugar no le gustaba. Su madre le decía que allí vivían los tontos ricos que contaminaban el planeta con sus desagües ilegales. Incluso había escrito a un periódico denunciándolo. Ahora no había tontos ricos, pero sus fantasmas la espiaban por las ventanas, susurrando: «¡Mira, mira! Es la hija de la que nos llamaba tontos ricos.»

Dejó atrás las casas y cogió un caminito que seguía el lecho de un torrente seco serpenteando al pie de unos montes redondos y pelados que parecían acericos en los que hubieran clavado los tutores de las viñas. A la vera de la calzada crecían cañaverales tupidos, cuyos penachos se elevaban en el cielo azul.

Tras recorrer un centenar de metros, Anna se internó en la sombra fresca de un encinar. Para ella, aquel bosque era mágico, el incendio no lo había tocado, había llegado, lo había probado y lo había dejado. Entre los troncos tupidos, el sol salpicaba de manchas doradas el manto de hiedra y los rosales silvestres que cubrían una tapia ruinosa. Detrás de una verja, el sendero se adentraba entre setos de boj que ya nadie podaba.

En un pilar de cemento se leía, casi borrado: «Finca de la Morera»

Anna Salemi había nacido en Palermo el 12 de marzo de 2007. Era hija de Maria Grazia Zanchetta y de Franco Salemi.

Los padres se habían conocido en el verano de 2005. Él tenía veintiún años y trabajaba de taxista para la Elite Car, la compañía de su padre. Ella tenía veintitrés y estudiaba letras clásicas en la Universidad de Palermo.

Se vieron en el ferry que los llevaba a las islas Eolias, y durante la travesía se buscaron con la mirada entre la multitud de turistas que se apiñaban en cubierta. Desembarcaron en Lipari. Cada uno con su grupo.

Al día siguiente volvieron a verse en la playa de Papisca.

Los amigos de Maria Grazia fumaban porros, leían libros y hablaban de política.

Los de Franco, todos chicos, jugaban al fútbol, se desafiaban con las palas en la orilla del mar y lucían los músculos que habían trabajado en el gimnasio durante el invierno.

Franco la abordó más bien torpemente. Hacía como que lanzaba por error la pelota cada vez más cerca de aquella chica guapa que tomaba el sol desnuda.

Al final Maria Grazia le dijo:

—Deja ya la pelotita. ¿Quieres conocerme? Pues ven y preséntate.

Él la invitó a una pizza. Ella se emborrachó, se lo llevó al baño de la pizzería e hicieron el amor.

—Ya sé que somos muy distintos, pero los diferentes se complementan —le dijo Maria Grazia a una amiga que se extrañó de que le gustase aquel chulo hortera.

En Palermo siguieron viéndose y al año siguiente ella se quedó embarazada.

Franco vivía con sus padres. Maria Grazia compartía una habitación en un piso de estudiantes y por las noches trabajaba en una vinatería de la plaza de Sant’Oliva.

La familia Zanchetta era de Bassano del Grappa, el padre dirigía una pequeña empresa de aparatos de alta fidelidad y la madre era maestra de escuela. A la hija le gustaba el calor, el mar, Sicilia y el carácter de los sicilianos. Cuando acabó el instituto decidió irse a vivir a la isla en contra de la voluntad de sus padres.

Maria Grazia no quiso abortar. Le explicó a Franco que era libre de elegir, podía reconocer al niño, pero si no lo hacía, ella sería madre soltera, no importaba.

Franco pidió su mano porque es lo que hacen los hombres responsables.

Seis meses después, en el Ayuntamiento de Castellammare, el pueblo de la familia Salemi, se celebró la boda. Los señores Zanchetta creían que su hija merecía algo mejor que aquel taxista paleta y no acudieron a la ceremonia.

No hubo viaje de bodas. La pareja se trasladó al centro de Palermo, a un piso de la tercera planta de un viejo edificio próximo al teatro Politeama.

El señor Salemi descubrió que tenía problemas cardíacos y se jubiló, dejándole al hijo toda la gestión de la Elite Car.

Dos meses después, en una piscina hinchable llena de agua tibia, vino al mundo Anna, una niña de tez oscura como el padre y con los rasgos de la madre.

—He dado a luz a Anna aceptando el dolor. Porque las mujeres son capaces de parir en la tranquilidad de su casa. —Esto decía Maria Grazia a quien le preguntaba por qué había dado a luz de aquel modo.

La familia Salemi no soportaba a la nuera. La llamaban «la loca». ¿Cómo llamar a una mujer que pare como los monos y fuma droga?

En los dos años siguientes, Maria Grazia, además de ocuparse de la niña, terminó la carrera y entró a trabajar en el instituto de suplente de italiano y latín. En ese tiempo, Franco había ampliado la Elite Car comprando más coches y contratando a más taxistas.

La pareja se veía poco. Él volvía destrozado por la noche con paquetes de comida preparada y se desplomaba en la cama. Ella enseñaba de día, y por la noche, en su despacho lleno de libros, mecía a la niña y leía tratados de psicología, ecología y emancipación de la mujer. Empezó a escribir cuentos que esperaba publicar.

A veces se peleaban, pero en general respetaban los intereses del otro, aunque no los entendieran.

Poco a poco, las mismas diferencias que les habían llevado a buscarse se convirtieron en una grieta que cada vez los separaba más. Sin decírselo, dejaron que esa grieta se hiciera más grande, sabiendo que ninguno de los dos sería capaz de cerrarla.

Cuando la anciana abuela de Franco murió, le dejó un caserío en Castellammare. Él quería venderlo, pero Maria Grazia estaba cansada de vivir en la ciudad, en medio de la contaminación y del ruido. Anna se criaría mejor en la naturaleza. Pero Franco no podía mudarse, su trabajo estaba en Palermo.

—¿Y qué problema hay? Vienes los fines de semana y yo te prometo que aprenderé a cocinar mejor que tu madre —le dijo ella.

Pidieron un préstamo bancario y restauraron el caserío. Pusieron cristales térmicos, calefacción y tejado nuevo. Maria Grazia sembró un gran huerto ecológico, para que su hija, decía, comiera verduras sin porquerías químicas. Empezó a dar clases en un instituto de Castellammare.

Al año de ir y venir entre la ciudad y el campo, Franco se enamoró de la estanquera de enfrente de la Elite Car. Una noche, hallando valor en el vino, se lo confesó a su mujer.

Maria Grazia le dio un fuerte abrazo:

—Me alegro por ti. Lo importante es que sigas siendo un buen padre y vengas a ver a tu hija todos los fines de semana, como hasta ahora.

Desde aquel momento la relación entre los dos floreció como los calabacines del huerto. Ella le dio a leer *Mujeres que corren con los lobos* y él la llevó a Marsala a ver la exhibición de la patrulla acrobática nacional.

Como consecuencia de un único, achispado arranque de pasión, Maria Grazia

quedó otra vez embarazada. Nació un varón. Lo llamaron Astor, en honor del gran músico de tango argentino. Franco siguió yendo y viniendo de Palermo y saliendo con la estanquera.

Quizá con el tiempo habrían vuelto a unirse. Pero de Bélgica vino el virus y esta familia, junto con millones más, fue borrada del mapa.

Cuando Franco y Maria Grazia murieron, dejaron solos a Anna, de nueve años, y a Astor, de cuatro.

El tejado del caserío estaba cubierto de hojas secas y ramas. En la entrada había un pórtico de pilares blancos. En el piso de arriba, dos ventanas con las persianas descoloridas daban a sendos balcones. En medio de la fachada, en un nicho enjalbegado, había una estatuilla de la Virgen envuelta en una mata de alcaparras. El revoco rosa se había desconchado y el canalón roto había manchado las paredes de chorreones verdes. La parra virgen, en sólo cuatro años, había cubierto un lado de la casa, y la gran morera de tronco nudoso había extendido su copa por encima del tejado como si quisiera protegerlo.

Anna abrió la verja, la cerró tras de sí y avanzó por una senda hasta una explanada de tierra. El huerto, a la izquierda, se había convertido en un ortigal. Al otro lado había un largo banco de madera que asomaba entre los hierbajos y, delante del banco, el chasis de un Mercedes negro y una fila de bidones oxidados en los que Anna recogía el agua de lluvia. Arrodillado junto al automóvil, había un niño desnudo y sucio. Con un rastrillo golpeaba el terreno duro. Llevaba un casco de ciclista del que sobresalían mechones de pelo negro.

Cuando vio a su hermano, la chica sintió que se liberaba del peso que le oprimía el pecho.

—¡Astor!

El niño se volvió, sonrió enseñando una fila de dientes desordenados y siguió cavando.

Anna se sentó a su lado, agotada.

Él le vio las rodillas magulladas y las piernas arañadas.

—¿Ha sido un monstruo de humo?

—Sí.

—¿Y cómo era?

—Malo.

—¿Le has vencido?

—Sí.

Astor abrió los brazos.

—¿Era grande?

—Como una montaña.

El niño señaló el hoyo que estaba haciendo.

—Es una trampa. Para atrapar rinocerontes y ratones.

—Buena idea. ¿Tienes hambre?

El hermanito se desentumeció la espalda. Era delgado, tenía las piernas largas, el estómago hinchado, el pecho plano, unos pezones que parecían lentejas, la cara afilada y unos ojos azules enormes que se posaban en el mundo con la rapidez con que las abejas se posan en el néctar.

—No mucha.

Se cogió la pilila y se la estiró como si fuera un elástico.

La hermana le dio un empujón.

—Déjate eso.

—¿Qué?

—Ya lo sabes.

Astor estaba obsesionado con su pilila. Una vez se la envolvió con cinta adhesiva y fue una tortura despegársela.

Anna se quitó la mochila.

—¿Y por qué no tienes hambre?

—¿Has encontrado algo bueno?

Anna hizo señas de que sí, le puso la mano en el hombro y se encaminaron a la casa.

El precioso salón con techo abovedado que Maria Grazia Zanchetta había decorado con muebles rústicos y alfombras persas era un basurero. Las ventanas estaban tapadas con cartones y en la penumbra se entreveían montañas de botellas, latas, libros, juguetes, impresoras, periódicos, bicicletas, teléfonos móviles, bustos, ropa, radios, maderos, pelucas y colchones.

En la cocina, la luz que se filtraba por las ventanas proyectaba franjas luminosas sobre nubes de moscas que se comían los restos de latas de atún y de carne. Por los ladrillos pringosos del suelo corrían cucarachas y hormigas. La mesa de mármol estaba cubierta de botellas de agua, Coca-Cola y Fanta.

Anna dio un largo trago.

—Estaba muerta de sed.

Astor metió las narices en la mochila.

—¿Traes pilas?

—No.

Las pilas eran algo muy valioso y difícil de encontrar. Casi todas estaban gastadas. La chiquilla tenía guardadas unas cuantas para la linterna, y si Astor las encontraba las gastaría escuchando música.

Anna sacó una lata de judías.

—¿Quieres?

El niño dijo que no con el dedo.

La chica enarcó una ceja, sospechando algo.

—¿Qué has comido?

—Nada. Tengo escalofríos.

Le puso la mano en la frente.

—Estás ardiendo. —No podía ser la Roja, aún era muy pequeño, pero no dejaba de ser preocupante—. Ponte algo.

—No quiero.

—Vístete. —Sacó de la mochila un grueso tubo blanco—. Si no, te quedas sin regalo.

—¿Qué es?

—Venga.

El niño empezó a saltar tratando de coger el tubo.

—¡Venga! —Anna salió de la casa, se sentó en el banco y con un cuchillo abrió las judías.

Dos minutos después apareció Astor con un plumífero sucio que le llegaba a las rodillas.

—¿Y el regalo?

Anna se lo dio.

—Creo que te gusta.

El niño observó el tubo con curiosidad, lo destapó y empezó a chupar.

Anna se lo arrebató de la mano y de un empujón tiró a su hermano al suelo.

—¿Qué te he dicho mil veces? —El niño trató de levantarse, pero su hermana le puso un pie en el pecho y se lo impidió—. ¿Qué te he dicho?

—Que tengo que leer y oler antes de llevarme nada a la boca.

—¿Y bien?

Astor le cogió el pie y trató de liberarse.

—Has dicho que me gusta. Pues será bueno.

—No importa. Siempre debes leer. —Le devolvió el tubo—. A ver.

El niño resopló, frotándose un ojo.

—Ne... Nes... Nest... —Se interrumpió y señaló una letra—. ¿Esto qué es?

—El acento.

—¿Y para qué sirve?

—Para nada.

—Nestle. Le... leche... co... con... den... condensada.

Astor siguió chupando en silencio, con una mano en el oído.

Anna pasó la tarde dormitando en el banco de la explanada. Los golpes que había recibido en la pelea con el perro empezaban a dejarse sentir. En la cadera que se había golpeado contra el coche se había formado un moratón y los nudillos se le habían hinchado.

Astor estaba a su lado, tapado con una manta. Le tocó la frente. Ardía.

La chiquilla entró en la casa, cogió la linterna, subió las escaleras, avanzó por el pasillo y llegó a una puerta cerrada. Se descalzó, encendió la linterna, se sacó del bolsillo una llave y abrió la cerradura.

El haz de luz alumbró una alfombra a cuadros de colores y una mesa cubierta de polvo en la que había un ordenador portátil. Las paredes estaban llenas de dibujos infantiles. Casas, animales, flores, montañas, ríos y un enorme sol rojo. La luz se posó en una mesita de madera oscura, en una pila de libros, en una radio despertador, en una lámpara de noche y por último en una cama de matrimonio con el cabezal de latón. Sobre la colcha roja y azul había un esqueleto con los brazos cruzados. Los doscientos seis huesos que lo formaban, desde las falanges de los pies al cráneo, estaban decorados con finísimos dibujos geométricos hechos con rotulador negro. En la frente y en los pómulos había anillos y pendientes, y en las órbitas nidos de gorrión con huevos moteados de manchitas. Las vértebras del cuello y las costillas estaban rodeadas de collares de perlas, amatistas y piedras de colores y de cadenas de oro. En los pies, hecho un ovillo, había un esqueleto de gato.

Anna se sentó a la mesa, dejó la linterna al lado y abrió un cuaderno gastado. En la cubierta dura y marrón se leía: LAS COSAS IMPORTANTES.

Leyó en voz baja la primera página, escrita con una letra redonda y precisa:

Queridos hijos míos: Os quiero mucho. Dentro de poco vuestra mamá se irá y tendréis que arreglaros solos. Sois listos y valientes y estoy segura de que podréis hacerlo.

En este cuaderno os dejo una serie de indicaciones que os ayudarán a hacer frente a la vida y a los peligros. Guardadlo bien y siempre que tengáis una duda abridlo y leed. Anna, tienes que enseñar a leer a Astor para que pueda consultarlo también. Veréis que algunos de los consejos no os servirán en el mundo en el que viviréis. Las reglas cambiarán y yo sólo puedo imaginarlas. Tendréis que corregirlas vosotros y aprender de los errores. Lo importante es que uséis la cabeza.

Mamá se muere por culpa de un virus que se ha propagado por todo el mundo.

Esto es lo que sé del virus y os lo digo tal cual, sin mentiras. Porque no os las merecéis.

#### EL VIRUS

1) Todos tenemos el virus. Hombres y mujeres. Grandes y pequeños. En los niños también está, pero duerme y no hace nada.

2) El virus sólo despertará cuando os hagáis mayores. Anna, tú serás mayor cuando te salga sangre oscura de la rajita. Astor, tú serás mayor cuando te salga

semen, un líquido blanco, del pito.

3) El virus no permite tener hijos.

4) Al poco de hacernos mayores, empiezan a salirnos unas manchas rojas en la piel. A veces aparecen enseguida, otras tardan más. Cuando el virus crece en nuestro cuerpo, empezamos a toser, respiramos con dificultad, nos duelen todos los músculos y se nos forman costras en la nariz y en las manos. Y al final nos morimos.

5) Este punto es muy importante y no quiero que lo olvidéis nunca. En alguna parte del mundo hay mayores que han sobrevivido y están preparando una medicina que salvará a todos los niños. Pronto llegarán a vosotros y os curarán. Tenéis que confiar en ellos.

Mamá os querrá siempre aunque no esté con vosotros. Dondequiera que esté, os querrá. Y también vuestro papá. Y vosotros debéis quererlos también, ayudarlos y no separaros nunca. Sois hermanos.

Esta parte se la sabía de memoria, pero la releía siempre.  
Abrió otra página del medio.

#### LA FIEBRE

La temperatura normal del cuerpo humano es de 36,5 grados. Si es más alta se tiene fiebre. Si se tienen de 37 a 38, no es grave. Si se tienen más, hay que tomar medicinas. Para medirlos la fiebre usad el termómetro. Hay uno en el segundo cajón de la cocina. Es de cristal, o sea que tened cuidado porque si se os cae se rompe. (También hay uno de plástico, pero va con pila y no sé lo que durará.) Hay que ponerlo debajo del brazo y esperar cinco minutos. Si no tenéis reloj, contad hasta quinientos muy despacio y luego mirad dónde se ha parado la raya plateada. Si marca más de 38 debéis tomar unos medicamentos que se llaman antibióticos. Hay que tomarlos por lo menos dos veces al día durante una semana. Antibióticos hay muchos. Augmentin, Mondex, Aziclav, Cefepim. Los he puesto con las demás medicinas en el mueble verde. Cuando se acaben, tendréis que ir por más a las farmacias o a las casas. Si no encontráis los mismos, mirad el prospecto que hay dentro de la caja, donde se dice cuál es el principio activo: si es una palabra que termina en «ina», ése es. Por ejemplo, amoxicilina, cefazolina... Y hay que beber mucho.

Anna se retiró el pelo por detrás de las orejas y cerró el cuaderno.

El termómetro de cristal se había roto. El de plástico no funcionaba. Los antibióticos que su madre había dejado en el armario se los habían comido los

ratones. La farmacia Minerva de Castellammare se había quemado como todo lo demás.

Del termómetro podía prescindir. Astor ardía, seguro que tenía más de treinta y ocho, pero ya era tarde para salir a buscar medicinas, había que esperar al día siguiente.

Dejó el cuaderno en su sitio, salió del cuarto y cerró la puerta con llave.

Fuera, el sol había desaparecido detrás del bosque y no soplaba viento.

—Va, Astor, subamos.

El niño la siguió cabizbajo, con los ojos entornados y los brazos inertes.

La habitación que ocupaban en el piso superior estaba un poco más ordenada que el resto de la casa. No había sobras de comida, sólo montones de ropa, juguetes y botellas de todas las formas y tamaños. Una cascada de cera derretida de cientos de velas cubría un par de cajones. La pared de detrás estaba negra de humo.

Anna tapó a su hermano y le dio de beber, pero él lo vomitó todo.

Volvió abajo. En el mueble verde, como recordaba, no habían quedado más que excrementos de ratón. Se imaginó filas de ratones con fiebre que roían las pastillas y se sentían mejor.

En el salón encontró una caja de Crescina. Terminaba en «ina», pero no estaba segura de que fueran antibióticos. El prospecto decía que era un suplemento alimenticio contra la caída del cabello, apto para hombres y mujeres de todas las edades. A su hermano el cabello no se le caía, pero tampoco le haría mal. También encontró supositorios de Dafalgan, que iban bien para la fiebre y el dolor de cabeza.

Le dio Crescina a Astor y sacó un supositorio.

—Esto se mete por el culo.

Él la miró poco convencido.

—Una vez me metí un rotulador por el culo y no me gustó. ¿Puedo comérmelo?

Anna se encogió de hombros.

—Será lo mismo.

El niño masticó el supositorio haciendo una mueca y se envolvió en las mantas, tiritando.

La hermana encendió una vela, se tumbó también y, con la vista clavada en el techo, abrazó a su hermano para darle calor.

—¿Quieres que te cuente un cuento?

—Sí.

—¿Cuál?

—Uno bonito.

Anna pensó en el libro de cuentos que le regaló su madre. Su preferido era el del pobre Cola Pez.

—Este cuento es de cuando estaba el rey, no existía el Afuera y los Mayores aún

vivían. En Sicilia vivía un chico que se llamaba Cola Pez que sabía bucear bajo el mar como un pez.

Astor le apretó la mano.

—Pero ¿el mar está hecho todo de agua?

—Sí, salada, no se puede beber. Cola Pez buceaba tan bien que podía bajar al fondo, donde está tan oscuro que no se ve nada. Y allí abajo cogía los tesoros de los barcos que se habían hundido y los sacaba a la superficie. Se hizo tan famoso que el rey quiso ponerlo a prueba.

—¿Por qué?

—Porque los reyes hacen lo que quieren. El caso es que el rey arrojó al agua una copa de oro y Cola Pez la sacó enseguida. El rey llevó su barco mar adentro, se quitó la corona y la tiró al mar. A ver si puedes aquí, le dijo. Cola Pez se zambulló y estuvo sin salir muchísimo tiempo. Cuando en el barco ya brindaban...

—¿Qué significa brindar? —preguntó Astor con el pulgar en la boca.

—Brindar es entrecuchar botellas. Cuando en el barco brindaban, el chico apareció con la corona. Pero el rey todavía no estaba satisfecho. Se quitó el valioso anillo que llevaba en el dedo y lo arrojó en un punto tan profundo que las cuerdas de las anclas no daban para tocar fondo. ¿Te atreves, Nicola?, le preguntó el rey con una sonrisilla. Pues claro, majestad, contestó Cola Pez. Tomó aire y se zambulló. Todos los del barco se quedaron mirando el mar azul oscuro. No sabían que el barco flotaba como un tapón de corcho sobre un abismo tan profundo, tan profundo, que si uno tiraba una piedra, tardaba un día en llegar al fondo. En aquella oscuridad eterna vivían criaturas que ningún ser humano había visto ni imaginado nunca. Largas serpientes transparentes, lenguados luminosos del tamaño de campos de calabaza, pulpos tan grandes que pueden destrozarse una casa con sus tentáculos. Lo esperaron dos días. Al final el rey, con un bostezo, ordenó a sus marineros: Volvamos a palacio. Ha muerto. Pero entonces salió del mar Cola Pez. Venía todo pálido. En la mano llevaba el anillo del rey. Majestad, he de decir algo muy importante. He bajado muy hondo, muy hondo y he visto que Sicilia descansa sobre tres columnas. Pero una de ellas está rota y pronto cederá... —Anna observó al hermano, que jadeaba y seguía chupándose el dedo—. Sicilia se hundirá en el mar. El rey reflexionó. Pues entonces, querido Cola Pez, te ordeno una cosa: baja enseguida y sostén nuestra isla. El muchacho miró el sol, el cielo, las costas de la tierra que jamás volvería a ver, y dijo: Sí, mi rey. Tomó aire con tanta fuerza que aspiró también las nubes y las algas secas de la playa y se zambulló. Desde entonces no ha salido. Ya está. Se acabó el cuento.

Astor dormía con la cabeza ladeada.

Anna pensó en aquel pobrecillo que estaba solo en el fondo del mar sosteniendo la isla. Se imaginó descendiendo como un buzo y diciéndole que su rey había muerto, y la corte también, y que Sicilia era sólo de los niños.

Comió judías. Cogió la botella de licor que había encontrado en el vivero y la

acercó a la llama de la vela. En la etiqueta se veía una campesina enfurruñada que tenía una mano en la cadera y con la otra sostenía un cesto lleno de hierbas.

*Igual, igual que Rigoni, la maestra.*

También la maestra se ponía así cuando se armaba follón en clase.

Lo probó. Estaba tan dulce que le hizo encoger los dedos de los pies.

Había cosas de los Mayores que no entendía. ¿Por qué lo llamaban amargo si era dulce?

Siguió bebiendo hasta que sintió que los párpados le pesaban. Al otro lado de la ventana, millones de estrellas salpicaban el firmamento como manchitas de pintura blanca y las cigarras cantaban. Cuando llegara el frío, aquellos insectos se irían. Nunca había visto una cigarra, pero para hacer todo aquel ruido debían de ser muy grandes.

Despertó abrazada a su hermano. Habían sudado tanto que habían mojado el colchón. Encendió la linterna y enfocó a Astor. Tenía la cara hundida en la almohada y le rechinaban los dientes.

Cogió la botella de agua del suelo y bebió hasta llenarse el estómago. Fuera, todo estaba quieto. Sólo el canto de un ave nocturna y la respiración pesada de Astor rompían el silencio.

Se levantó y fue a sentarse en la terraza, al fresco. Más allá de los barrotes oxidados, más allá de los bultos negros de los árboles, se extendía la inmensidad quemada y muda de la llanura.

El ave lanzaba sus *piiii piiii* desde la higuera que había detrás del cobertizo de las herramientas. Aquella higuera siempre había sido un árbol pequeño, pero en los últimos dos años había crecido y las ramas llegaban ya al suelo.

Se acordó del día en que su madre colgó un columpio de la higuera, pero su padre le dijo que la higuera es un árbol traicionero cuyas ramas se parten fácilmente.

Aunque, bien pensado, no estaba segura. A lo mejor lo de que la higuera es traicionera lo había leído en algún libro o lo había soñado. Le ocurría muchas veces que los recuerdos se confundían con lo que había leído o soñado, e incluso las cosas que recordaba bien, con el tiempo, perdían viveza como acuarelas en un vaso de agua.

Volvió a pensar en Palermo, en el piso en el que vivían, y desde el que se veía una oficina llena de gente delante de pantallas. Recordaba cosas insignificantes. El suelo ajedrezado blanco y negro del salón. La mesa de la cocina con un agujero en el que se metía una maza que servía para estirar la pasta. El tendedero con las esquinas oxidadas. Pero ya no recordaba la cara de su abuelo Vito ni de su abuela Mena. En realidad, todas las caras de los Mayores iban desvaneciéndose, borradas por el paso de los días. Los viejos tenían el pelo blanco, algunos hombres se dejaban barba, las mujeres se teñían el pelo, se pintaban y se ponían perfumes. Por la noche se sentaban

en bares y bebían vasos de vino. Había un montón de camareros. En los restaurantes de Palermo servían parmesana de berenjenas y espaguetis.

Su madre acabó odiando Palermo porque los palermitanos no querían ponerse en cuarentena. Anna recordaba que cuando la Roja aún no había llegado a Castellammare, su madre dejó de mandarla a la escuela. Llenaron la cocina y el salón de provisiones y se encerraron en casa.

Una noche llegó su padre en el Mercedes. Vino dando bandazos por el camino y acabó estrellándose contra los bancos. El claxon empezó a sonar. Su padre salió del coche más muerto que vivo, ni siquiera parecía él. El virus le había chupado la cara e hinchado los ojos y lo había cubierto de manchas. Se arrastró hasta la puerta pero su madre no le dejó entrar.

—¡Vete, vete! ¡Estás infectado! —le gritaba.

Él aporreaba la puerta.

—Quiero ver a los niños. Un momento. Déjame que los vea sólo un momento.

—Vete. ¿Es que quieres matarnos?

—Maria Grazia, abre, por favor...

—Por el amor de Dios, vete. Si quieres a tus hijos, vete.

Su madre se había acurrucado en el suelo, llorando. Su padre, tambaleándose, había vuelto al coche y en él se había quedado, con la cabeza apoyada en la ventanilla, con la boca muy abierta.

Anna, subida al respaldo del sofá, lo observaba por la ventana. Su madre había corrido las cortinas, la había cogido en brazos y la había llevado a su cama, con Astor. Ella esperaba que les dijera algo, pero se habían quedado los tres en silencio.

Al día siguiente su padre estaba muerto. Su madre llamó por teléfono y vinieron a llevárselo.

Habría podido despedirse de él, estar a su lado, pero su madre no sabía entonces que aquella enfermedad no afectaba a los niños.

Al poco le había tocado a ella.

De aquella época le quedaban imágenes confusas. Su madre escribiendo todo el día con el codo en la mesa, medio desnuda. Su madre llenando el cuaderno de Cosas Importantes. El pelo largo y rubio que le caía en mechones, sucio, y le tapaba la cara. Los tobillos finos. Los gemelos alargados. Los dedos de los pies oprimidos contra el suelo. La curva cóncava del vientre que la bata suelta traslucía. Las manchas rojas del cuello y de las piernas. Las costras de las manos y de los labios. La tos constante.

Había pasado mucho tiempo, pero cuando Anna lo recordaba, sentía una nostalgia tan grande que tenía la impresión de caer en un agujero del que nunca saldría.

El día soltó en el cielo azul una bandada de nubecillas blancas.

Astor ya no tenía tanta fiebre, pero aún no estaba bien. Los ojos grandes y atónitos le ocupaban toda la cara, como si fuera un polluelo. Anna le daba de beber,

pero él enseguida vomitaba bilis amarilla.

La miraba agotado, palpándose la tripa.

—Me duele aquí.

—Voy a buscar medicinas. Cuanto antes vaya, antes vuelvo.

—Voy contigo.

—Sabes que no puedes. ¿Quieres que te cojan los monstruos de humo?

El niño negó con la cabeza.

—Pues entonces no vayas tú tampoco.

—Te traeré un regalo.

—No lo quiero.

Anna movió la cabeza.

—No es posible.

Astor se volvió hacia el otro lado, enfadado.

—¿Y si antes celebramos la Navidad?

El niño la miró enseguida, excitado.

—¿La Navidad? ¿Quieres? ¿De verdad?

—Claro.

—¿Y tienes el regalo?

—Claro.

—¿Me escondo entonces?

—Escóndete.

Astor se metió debajo de la manta. Anna abrió la habitación de su madre y sacó el lector de CD del cajón del escritorio. Se puso un gorro de Papá Noel y unas botas rojas. De mala gana, cogió un puercoespín de peluche que escondía encima de un mueble, fuera del alcance de Astor. Se lo había regalado la abuela Mena por su cumpleaños. Astor siempre se lo pedía pero ella se negaba a dárselo. Lo envolvió en papel de periódico.

—¿Vienes? ¡Yo ya estoy! —gritó Astor.

Anna pulsó el play y empezó a sonar una canción a todo volumen.

Para celebrar la Navidad, siempre ponía *The Ghetto* en la versión de George Benson. No sabía por qué. Quizá porque tenía mucho ritmo, o porque se había encontrado el CD al pie de un árbol de Navidad en un área de servicio.

Enseguida se puso a bailar meneando el culo, con las manos en las caderas y moviendo la cabeza adelante y atrás como una paloma picoteando comida. Su hermano era como un montecillo vibrante debajo de la manta. Pasó a su lado cantando, se subió a una silla y contó con el dedo:

—Uno... Dos... Y tres. ¡Va, Gueto! Te toca a ti.

La manta voló por los aires y Astor empezó a moverse. Usaba mucho las muñecas y de cuando en cuando se daba palmadas en la cabeza. Su baile navideño era así.

Anna sintió alivio. Si bailaba, es que no estaba tan mal. Quizá fingía para que ella no saliera de casa. Aunque vomitaba.

—¡El regalo! Dame el regalo.

Anna sacó el envoltorio y se lo dio a su hermano.

—¡Feliz Navidad!

Astor abrió el paquete y miró el muñeco.

—¿Es mío? ¿De veras?

—Sí, es tuyo.

Los dos hermanos siguieron bailando mientras George Benson decía que aquello era el gueto.

Anna metió en la mochila una botella de agua, una lata de guisantes, un cuchillo de cocina, unas pilas que aún funcionaban y un CD doble de Massimo Ranieri.

*Lista.*

Se despidió de Astor, que había vuelto a la cama con su muñeco nuevo, y se marchó.

Las primeras veces que Anna dejó solo a Astor en casa no había pasado de la granja de los Mannino. Las provisiones de su madre parecía que no iban a terminarse nunca, pero al año no quedaban más que unas latas de maíz, que no le sentaban bien a Astor.

La granja estaba a la vera del bosque. Era una construcción baja y alargada, con tejado de tejas rojas. Enfrente estaban los establos con vallas de metal. A un lado, el pajar, con pacas de heno.

La Roja se había llevado al matrimonio Mannino, y los hijos, demasiado pequeños para sobrevivir solos, habían perecido en sus literas. Eran campesinos, gente previsora, y tenían una despensa grande llena de frascos de berenjenas y de alcachofas en aceite, latas de conservas, botes de mermelada, botellas de vino, perniles. Anna se abastecía allí, hasta que un día la encontró limpia. Alguien había pasado y se había llevado lo que había querido. Lo demás estaba tirado por el suelo.

Se vio obligada a ampliar el radio de sus exploraciones. En el primer grupo de casas que encontró, entre cadáveres, moscas y ratones, saqueó los armarios de las cocinas. Al principio recorría las casas con las manos en la cara, cantando y mirando los cuerpos por entre los dedos, pero no tardó en acostumbrarse y en tratarlos como presencias fijas y curiosas. Todos eran distintos, cada uno tenía una postura y una expresión propias, y, según el grado de humedad, de ventilación, de exposición a la luz, a insectos y demás animales necrófagos, se transformaban en filetes de bacalao o en papillas repugnantes.

Para impedir que Astor la siguiera o se hiciera daño, antes de salir lo encerraba con sus muñecos y un botellín de agua en el trastero de la escalera. Al principio el niño lloraba desesperado y aporreaba la puerta, pero pronto, como era listo, vio que aquel cautiverio tenía su lado positivo. Siempre que su hermana abría la puerta traía comida y regalos.

Astor contaba que cuando estaba allí, en la oscuridad, salían del suelo unos animalillos que vivían bajo tierra.

—Son como lagartijas, pero tienen pelo rubio y me hablan.

Anna estaba satisfecha con su idea. Era libre para moverse y su hermano no veía la destrucción, los cadáveres, ni sentía aquel olor dulzón del que uno no se libraba ni aun aspirando perfume.

Con el tiempo, sin embargo, Astor empezó a dar la lata. Primero pidió luz, y estaba claro que Anna no podía encenderle una vela en el trastero. Luego empezó a decir que las lagartijas peludas no lo querían y le decían cosas malas.

Por último llegó la época de las preguntas. ¿Qué hay después del bosque? ¿Por qué no puedo ir contigo al Afuera? ¿Qué animales hay allí?

Anna, para convencer a su hermano de que se dejara encerrar, todas las noches le

contaba historias del Afuera. Él las escuchaba en silencio hasta que su respiración se hacía regular y el pulgar se le caía de la boca.

El Afuera, que estaba pasado el bosque mágico, era un mundo sin vida. Nadie había sobrevivido a la furia del dios Danone (Anna lo había llamado así por los flanes de chocolate que recordaba con nostalgia): ni hombres, ni animales, ni niños. Ellos dos tenían la suerte de vivir en aquel bosque, tan recóndito y tupido que la divinidad no veía lo que había dentro de él. Más allá de los árboles sólo había hoyos y ruinas habitadas por fantasmas. En el fondo de los hoyos crecía la comida y otras cosas. A veces brotaban latas de atún; otras, barritas de cereales, juguetes y ropa. Por aquel mundo se paseaban los monstruos de humo que servían al dios Danone. Gigantes de gas negro que mataban a cualquiera que se cruzase con ellos. Algunas noches, los monstruos de humo se transformaban en animales prehistóricos como los que se veían en *El gran libro de los dinosaurios*. Sólo esperaban a que Astor diera un paso fuera de la finca para comérselo vivo.

—¿Y no puedo escapar? Yo corro mucho.

Anna era categórica.

—Imposible. Además, aunque no haya monstruos de humo, el aire es venenoso y morirías. Traspasas la valla y a los pocos metros mueres.

Astor se mordía el labio, poco convencido.

—¿Y por qué tú no?

—Porque cuando tú eras muy pequeño mamá me dio una medicina especial y los monstruos no pueden hacerme nada.

Pero otras veces decía:

—Yo soy mágica. He nacido así. Cuando muera, la magia pasará a ti y podrás salir y buscar comida solo.

—Pues muérete ya. Quiero ver a los monstruos de humo.

Anna tuvo que explicarle a su hermano lo que era la muerte. Estaban rodeados de cadáveres, pero no sabía qué decirle. Así que capturaba ratones y lagartijas y los mataba delante de él.

—Mira, ahora está muerto. Sólo queda el cuerpo, dentro ya no hay vida. Puedes hacer lo que quieras, pero no se moverá. Se ha ido. Si te doy un martillazo en la cabeza, te pasa también a ti, te vas derecho al otro mundo.

—¿Dónde está el otro mundo?

Anna se impacientaba.

—No lo sé. Después del bosque. Pero siempre está oscuro y hace frío, aunque la tierra está ardiendo y te quema los pies. Y estás solo. No hay nadie.

—¿Mamá tampoco?

—No.

Pero Astor quería saber más.

—¿Y cuánto tiempo se pasa en el otro mundo?

—Para siempre.

Estas largas y tortuosas conversaciones ontológicas la dejaban exhausta. A veces, Astor se dejaba convencer; otras, como si intuyera que su hermana no le decía la verdad, buscaba contradicciones.

—¿Y qué pasa con los pájaros que vuelan por el cielo? Yo los veo. ¿Por qué no mueren? No será porque han tomado la medicina.

Anna improvisaba.

—Los pájaros pueden volar por encima del aire venenoso, pero no pueden pararse.

—Pues yo hago lo mismo. No me paro nunca. Salto de un árbol a otro.

—No, mueres.

—¿Puedo intentarlo?

—No.

Anna tuvo una idea. Entre el bosque y los campos, a unos cien metros del límite de la Finca de la Morera, estaban los establos de los Mannino. La vacas habían muerto de sed y los cuerpos estaban llenos de gusanos. Al acercarse, el olor a descomposición era espantoso.

Anna llevó al hermano a la valla.

—Escúchame bien. Ya que te empeñas, te llevo fuera. Pero recuerda: yo soy mágica y no noto el olor de la muerte. O sea que has de estar atento. Si notas una peste asquerosa que dan ganas de vomitar, entonces es que estás a punto de morir. Da media vuelta corriendo y no te detengas hasta que pases la valla y estés a salvo.

El niño no las tenía todas consigo.

—Mejor no vamos.

Anna sonrió para sí y lo cogió de la muñeca.

—Ahora vas y así dejas de hacerme preguntas.

Astor rompió a llorar, plantó los pies y se agarró a una rama. Anna tuvo que arrastrarlo.

—¡Vamos!

—No, por favor... No quiero ir a la tierra que quema.

Lo cogió en vilo y lo arrojó al otro lado de la valla, brincó ella y, sujetándolo por el cuello, avanzaron entre troncos cubiertos de hiedra y matas de brusco. Astor, con los ojos hinchados de llorar, se tapaba la boca. Pero aun así notó el olor a carroña. Miró a su hermana desesperado, haciéndole señas de que lo olía.

—¡A casa, rápido!

El niño volvió a la finca con un salto de gato.

Desde aquel día no hubo necesidad de encerrar a Astor en el trastero.

El aire era fresco y daban ganas de caminar.

Anna dejó atrás el bosque, bordeó Torre Normanna y siguió por la carretera comarcal.

En los cables de la luz había cuervos posados que le graznaban como beatas vestidas de luto.

Anna apretó el paso. Faltaba mucho para llegar al supermercado de los gemelos Michelin.

Paolo y Mario Michelin eran gemelos homocigóticos. Eran un año mayores que Anna e iban a cuarto cuando ella iba a tercero. Eran altos, gordos e idénticos. Tenían los mismos ojos inexpresivos y el mismo pelo color zanahoria. Estaban llenos de pecas como si nada más nacer los hubieran dejado junto a una olla de ragú hirviendo. Eran los tontos de la clase y nunca hacían los deberes, pero con su corpulencia daban miedo a todo el mundo, incluidas las maestras. Cuando veían un balón lo cogían, y el que lo quería debía pagar.

La madre los vestía igual: mono azul, camiseta roja y zapatillas de deporte. El padre tenía un Spar en Busetto Palizzolo.

Antes del virus, Anna se los encontraba en el autobús del colegio, pero ellos no le hacían caso, se sentaban al fondo y jugaban con la Nintendo en silencio, porque no les costaba entenderse. Para ellos, el mundo se miraba con cuatro ojos, se tocaba con veinte dedos, se recorría con cuatro pies y se meaba con dos pililas.

Un día, después de la epidemia, Anna pasó por delante del Spar. La persiana estaba levantada y las máquinas de chicles y regaliz estaban en la puerta, junto a una fila ordenada de carritos. Todo estaba lleno de basura y destrucción, pero aquello estaba perfecto. Y pasada cierta hora bajaron la persiana, como si la Roja no hubiera existido. Lo único que no había era luz en el letrero.

Anna se preguntó si no habría vuelto del más allá el padre de los gemelos. Siempre que pasaba sentía unas ganas terribles de entrar y descubrir la verdad, pero tenía miedo. Rondaba el lugar, mirando la entrada, en la que se veía una pegatina con un perro y una cruz que decía: «Nosotros nos quedamos fuera».

Un día, después de mucho dudar, abrió la puerta de cristal. Sonó una campanilla. Dentro todo estaba igual que cuando iba con su madre a comprar al volver de la playa. La comida en los estantes, los panetones de oferta, la vitrina con radios y cuchillas de afeitar para los socios. Sólo el mostrador de los quesos y embutidos estaba vacío y tampoco había cajas de verduras.

Anna avanzó en silencio por el local como en un sueño. Si hubiera alargado la mano, los frascos, las cajas de cereales y las botellas de vinagre balsámico habrían desaparecido sin duda.

—¿Qué deseas?

Los dos gemelos estaban de pie, uno junto a otro, con sus monos y sus zapatillas blancas. Uno llevaba una escopeta.

—¿Quieres un carrito?

Anna hizo señas de que no.

—Tenemos de todo, incluso huevos de Pascua con sorpresa y Nutella —explicó el de la escopeta.

La Nutella era muy difícil de encontrar. Era una de las primeras cosas que habían desaparecido después de la epidemia.

Anna miró a los lados.

—¿Ferrero Rocher también?

—Claro.

—¿Y cómo os pago? ¿Queréis dinero? —Pero sabía que el mundo estaba lleno de dinero y no le interesaba a nadie.

—Nosotros intercambiamos. ¿Tienes algo que intercambiar?

Se buscó en los bolsillos de los pantalones.

—Tengo una navaja suiza.

Los gemelos cabecearon.

—Nos interesan las pilas, pero tienen que estar cargadas, las comprobamos. Y nos interesan los medicamentos y los CD de Massimo Ranieri.

Anna enarcó una ceja.

—¿Quién es Massimo Ranieri?

—Un cantante famoso. Le gustaba a nuestro padre —contestó el de la escopeta—. Por él podemos darte tres botes de Nutella o seis Toblerone pequeños. Todo lo que ves aquí puede cambiarse. Es un supermercado.

Anna nunca les había oído decir tantas palabras seguidas.

En los meses siguientes buscó CD de Massimo Ranieri allí donde iba. Había muchos de Vasco Rossi y de Lucio Battisti, pero ninguno de Ranieri. Hasta que un día, en un área de servicio, encontró, entre fundas de móviles, desodorantes y libros mojados, un álbum triple titulado *Nápoles y mis canciones*.

Por él le darían antibióticos.

Se había equivocado. Había un camino más corto para ir al supermercado de los gemelos, pero, como si sus pies hubieran decidido por su cuenta, se encontró en la autopista.

El coche con el perro dentro estaba allí.

Anna miraba la portezuela abierta mordiéndose la uña del pulgar. Quería volver a verlo antes de que los cuervos dejaran sólo los huesos.

Sacó el cuchillo de la mochila, se acercó al automóvil y miró dentro. Vio un poco de pelaje sucio. Dio un grito, pero no pasó nada. Se asomó más. Por el hueco de los asientos delanteros vio al perro. Estaba en la misma postura en que lo había dejado. La sangre de debajo del cuello se había secado y el asiento trasero estaba empapado de ella. Unos moscardones metalizados se posaban en el asiento. Por la boca abierta, la lengua colgaba sobre las encías oscuras cubiertas de saliva. El único ojo que se veía, grande como una galleta y negro como el petróleo, muy abierto, miraba al

vacío. Respiraba tan despacio que apenas se oía. El rabo yacía inerte entre las patas de detrás, que un ligero temblor estremecía.

Anna le tocó un costado con la punta del cuchillo. El animal no se movió, pero giró la pupila y la miró un instante.

Su alma estaba ya encerrada dentro de aquel pelaje sucio. A todos los que morían les pasaba lo mismo, fueran animales o seres humanos, daba igual.

En los últimos cuatro años, Anna había visto a muchos niños llenarse de manchas y morir. Encerrados en un trastero oscuro, en un coche, como aquel perro, al pie de un árbol o en una cama. Luchaban, pero al final todos, sin excepción, comprendían que era el fin, como si la muerte misma se lo hubiera susurrado al oído. Conscientes de ello, algunos aún sobrevivían un tiempo, otros no lo descubrían hasta un instante antes de expirar.

La mano de Anna, casi por voluntad propia, acarició la frente del perro.

El animal permaneció inmóvil e indiferente, pero de pronto levantó el rabo y lo dejó caer como si hubiera querido menearlo.

Anna movió la cabeza.

—Entonces, mal bicho, ¿no estás muerto?

Entre la basura que había en la cuneta encontró un balón de plástico desinflado. Lo cortó en dos y con una mitad volvió al coche. Cogió la botella de la mochila y vació la mitad en el cuenco improvisado. Lo acercó a la boca del perro pero al principio el animal no hizo caso. Luego levantó un poco el morro y, casi con desgana, metió la lengua en el agua.

La chiquilla le acercó el cuenco.

—¡Va, bebe!

El animal dio dos o tres lametazos más y dejó caer la cabeza.

Anna cogió una lata de guisantes, la abrió y la vació junto a la boca del perro.

Ella había puesto de su parte.

El fuego también había castigado Buseto Palizzolo, un pueblecito de casas modernas apiñadas al pie de un monte. Sin embargo, los incendios sólo habían lamido el Spar de los Michelini, dejando negras las paredes del edificio y derritiendo las persianas de plástico verde de los pisos superiores.

Anna llamó a la persiana metálica.

—Abrid, vengo a cambiar una cosa. —Esperó un poco—. ¿Hay alguien? ¿Me oís? Soy Anna Salemi, de 3C. Quiero cambiar una cosa. Abrid. —Impaciente, dio la vuelta al edificio.

La puerta de servicio trasera estaba atrancada y por las ventanas con rejas no se veía nada. Volvió a la entrada e intentó levantar la persiana, pero estaba cerrada. Le dio una patada. Se había pasado meses buscando aquel maldito CD y había hecho todo aquel camino para nada. ¿Dónde conseguiría ahora antibióticos?

—Vale, me voy. Traigo un disco de Massimo Ranieri. Es buenísimo y creo que no lo tenéis. —Acercó el oído a la persiana.

Alguien se movía dentro.

—Sé que estáis ahí.

—Vete. Aquí ya no cambiamos nada —contestó una voz somnolienta.

—¿Ni siquiera discos de Massimo Ranieri?

La persiana se enrolló con un ruido de chatarra. De las tinieblas del local salió uno de los gemelos. Llevaba la escopeta.

Anna no supo si era Mario o Paolo, pero nada más verlo se dio cuenta de que tenía la Roja. Tenía los labios llenos de costras y rajitas en carne viva, las narices hinchadas e irritadas y grandes ojeras. Una mancha rojiza le cubría el cuello. Podía vivir unas semanas más, un par de meses si era resistente.

Sacó el CD de la mochila.

—¿Lo quieres o no?

El gemelo aguzó la vista.

—A ver. —Lo observó y se lo devolvió—. Lo tenemos. Además, me he cansado de Massimo Ranieri. Prefiero a Domenico Modugno.

Anna se asomó al interior.

—¿Estás solo?

El gordo empezó a toser y lanzó al suelo un escupitajo amarillento.

—Mi hermano murió. —Miró hacia arriba y contó entre dientes—. Hace cinco días.

Anna no esperó más que un par de segundos.

—Mira, necesito medicinas.

—Te he dicho que ya no cambiamos nada. —El gemelo se volvió y, arrastrando los pies, entró en el supermercado. Anna lo siguió.

Los ojos tardaron un poco en acostumbrarse a la oscuridad. Estaba todo tirado por el suelo: tarros de miel y de mermelada de naranja, comida para perros, latas de ragú, tubos de pasta de anchoa. Una lata de aceite se había volcado y se veían cascotes de botella en medio de un charco de vino.

Se le encogía el corazón viendo toda aquella comida tirada por el suelo. El día anterior casi la habían destrozado unos perros por cuatro latas de judías.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Que he dejado de ordenar las cosas.

—Bueno, ¿me das las medicinas o no? Es importante, son para mi hermano. Si quieres tengo también pilas cargadas.

El gemelo fue al mostrador, dejó la escopeta apoyada en la pared y, con las piernas estiradas y los brazos colgando, se sentó en una sillita de mimbre y empezó a toser. La Roja aún no le había hecho adelgazar. Por los pantalones del mono asomaban dos michelines blancos, salpicados de pecas y con pelos rubios. La cabeza esférica descansaba directamente en los hombros arqueados, sin mediación de cuello.

—Tus pilas no me sirven para nada. Tengo un montón. —El gemelo abrió un cajón lleno de paquetes de tabaco—. ¿Quieres un cigarrillo?

—Gracias.

—¿Cuál prefieres?

—El que sea.

Le pasó un paquete de Marlboro y un mechero.

—¿Cuántos años tiene tu hermano?

Anna se encendió el cigarrillo.

—Siete, puede que ocho.

—Entonces no puede ser la Roja.

—Habrá comido algo en mal estado. Tiene fiebre y vomita, necesito antibióticos.

El gordo se frotó el cuello.

—¿Quieres verlo?

Anna adivinó que se refería a su hermano.

—Bueno. ¿Tú quién eres de los dos?

—Mario. Mi hermano era Paolo. —La condujo a un almacén trasero que estaba lleno de cajas de cartón y donde había un furgón blanco en el que se leía: «Spar»—. Lo he puesto aquí.

Paolo yacía en un gran frigorífico abierto como esos en los que antes se metían las pizzas congeladas y las bolsas de gambas. Alrededor había montones de latas de atún en aceite de todas las marcas. Empezaba a hincharse y los ojos habían desaparecido en lo que parecían dos flanes violáceos. Las manos semejaban guantes llenos de aire. Olía bastante.

Anna dio una chupada al cigarrillo.

—Ya veo que le gustaba el atún.

—¿Tú cuántos años tienes? —le preguntó Mario.

—He perdido la cuenta.

Mario sonrió enseñando unos dientes pequeños y amarillos.

—Me acuerdo de verte en el colegio. —La examinó—. ¿Te han salido manchas?

Anna negó con la cabeza.

—¿Por qué crees tú que mi hermano ha muerto antes? No lo entiendo, somos gemelos. Nacimos a la vez, tendríamos que morir a la vez.

—La Roja no afecta a todos de la misma manera. Podemos contraerla a los catorce años.

Mario asintió, torciendo la boca.

—¿Tú cómo me ves?

Anna apagó el cigarrillo con el pie y se le acercó. Le miró atentamente el cuello, le pidió que se levantara la camiseta para verle las manchas de la espalda y le examinó las manos.

—No sé... Un par de meses.

—Eso creo yo. —Se restregó un ojo—. Pero ¿sabes lo que dicen? Que un Mayor

ha sobrevivido.

¿Cuántas veces había oído aquello? Toda la gente que veía decía que en algún sitio había Mayores que habían sobrevivido. Mentiras. El virus había exterminado a todos y continuaba matando tranquilamente a los que crecían. Era así. Y, después de todos aquellos años, Anna ya no creía en el cuento de la vacuna. Pero no dijo nada. Todavía confiaba en conseguir la medicina.

—Sé que no te lo crees. Yo tampoco creía al principio. Pero es verdad. —Mario se llevó la mano al corazón.

—¿Cómo lo sabes?

—El que me lo dijo debía de tener por lo menos dieciséis años. Llevaba barba y no se le veía ni una mancha. Dijo que lo salvó una mujer mayor. No una Mayor normal, más mayor. La llaman la Picciridduna. Mide tres metros. Contrajo la Roja pero se le pasó. —La mirada de Mario, que hasta aquel momento había sido tan viva como la de una vaca pastando, despertó—. Tuve que darle cinco botellas de vino para que me dijera dónde está.

—¿Y dónde está? —preguntó Anna.

—En un lugar de las montañas, el Hotel de las Termas, dijo. ¿Lo conoces?

Anna pensó un momento.

—Claro, no está lejos.

—¿Has ido?

—No allí, pero muy cerca. Además, está en los mapas.

—Pues esa Picciridduna te cura.

Anna dejó escapar una sonrisilla escéptica.

—¿Cómo?

—Hay que besarla en la boca, su saliva es mágica.

Anna se echó a reír.

—Entonces, ¿hay que besarla con lengua?

—Sí.

—¿Y si ella no quiere? ¿Si no le gustas?

—Sí quiere, sí. Hay que llevarle regalos. —Volvió a toser y por poco se ahoga. Continuó con un hilo de voz—. Sobre todo tabletas de chocolate.

—El chocolate ya no está bueno. Es blanco y no tiene sabor.

Mario esbozó una sonrisa de tendero que enseña lo que es bueno.

—Nosotros tenemos un secreto para conservarlo. Lo guardamos al fresco, en el sótano, metido en recipientes de plástico. Con cinco tabletas te besa y con seis...

Anna lo interrumpió:

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Adónde?

—A ver a la Picciridduna. Yo te llevo.

El gemelo guardó silencio un momento, rascándose con la uña las costras de los labios. Señaló la puerta del almacén.

—Vamos. —Volvieron al local—. ¿Y qué hago con Paolo?

—Está muerto. Déjalo aquí.

Mario cogió una barrita de cereales, la desenvolvió y, sin ofrecerle a Anna, se la comió en dos bocados.

—Es que yo nunca he hecho nada sin mi hermano. Nos gustaba quedarnos aquí en la tienda. Intercambiar cosas con los clientes, juntar pilas, medicinas... Desde los incendios no viene nadie. Sólo vienen bandas a asaltar la tienda.

—No tardaremos mucho.

—¿Cuánto?

—Un par de días.

—No sé... Podría darte chocolate para que te besara a ti también.

Anna sonrió.

—Sí, pero no es suficiente. Si quieres que te acompañe, tienes que darme también medicinas para mi hermano.

Mario abrió tres cajones.

—Coge las que quieras.

Enseguida encontró dos cajas de antibióticos y las metió en la mochila.

—Y tienes que darme toda la comida que podamos llevar, pero la escojo yo. Y pilas cargadas.

—Vale.

—Hagamos lo siguiente: vamos a mi casa, le doy la medicina a mi hermano y mañana por la mañana salimos.

Mario se enardecía.

—¡Vale, ya me he hartado de estar solo! ¿Cómo se llama tu hermano?

—Astor.

—¡Qué nombre más raro! —Mario le tendió la manaza—. Trato hecho.

El plan de Anna era simple. En Torre Normanna huiría con todo y adiós a Mario y a la Picciridduna.

Iban por un camino que atravesaba un suburbio de cuatro casas, una pequeña iglesia y una rotonda con una lápida en honor a los caídos de la Primera Guerra Mundial. El fuego había arrasado los jardines de la Pro Loco, y los troncos de los eucaliptos parecían lapiceros negros clavados en el suelo. Del quiosco de prensa no quedaba más que la estructura de hierro. Un camión de bomberos se había empotrado en la barbería.

Anna llevaba una bolsa llena de latas y tarros. Michelini, con una gorra en cuya visera ponía «Nutella» y la escopeta al hombro, empujaba una carretilla llena de cajas. Una lona ceñida por una goma tapaba la carga.

Iban sudando y sólo sentían alivio cuando las nubes tapaban el sol.

Anna no sabía si Mario era un buen chaval o no. Nada más salir de la tienda había

enmudecido y a los dos kilómetros había empezado a reducir la marcha. Podía ser la Roja, pero sospechaba que era una persona perezosa. A aquel paso llegarían a casa de noche.

—¿Quieres que cambiemos y llevo yo la carretilla?

Michelini hizo señas de que no.

—¿Va cargada la escopeta?

—Tengo cuatro cartuchos.

Era difícil encontrar cartuchos. Los había gastado todos los primeros meses de la epidemia, durante los saqueos y las insurrecciones.

Tomaron un caminito flanqueado por muros de piedra.

El gemelo se detuvo a recobrar el aliento.

—Se me hace raro estar sin Paolo. —Se quedó mirando a Anna—. ¿Te ha salido ya pelo?

—Sí.

—A ver.

Anna se desabotonó los pantalones y se los bajó hasta las rodillas.

Michelini, sin soltar la carretilla, se agachó a mirar la hilera de pelillos negros.

—¿Y las tetas?

Anna se levantó la camiseta. En el pecho se elevaban dos montecillos coronados por los conos rosa de los pezones.

Siguieron caminando. Anna rabiaba, pero no tenía más remedio que ir al paso de aquel caracol. Para distraerse le propuso un juego.

El gemelo sudaba a chorros.

—¿Qué juego?

—Piensa en un animal.

—Vale. La morsa.

—No tienes que decírmelo, sólo pensarlo. Yo te hago preguntas hasta que lo descubro. ¿Está claro?

—Está claro.

—A ver, ¿vuela, camina o nada?

Michelini esbozó una sonrisa astuta.

—Vuela, camina y nada.

—¿Qué clase de animal es ése?

—La oca.

—No tienes que decírmelo enseguida.

—Has preguntado qué animal era.

—Estaba pensando. Venga, otra vez.

—Vale. El conejo.

—Mira, mejor lo dejamos.

Pasaron junto a un cartel en el que se veía un anuncio de un coche con un hombre con chaqueta y corbata que decía: «Elige hoy tu futuro».

Por un campo de olivos quemados iban nueve figuras menudas como espectros. En cabeza marchaban dos más altos, un chico gordo y una chica esquelética pintados de blanco. Los demás tenían la edad de Astor, iban desnudos y pintados de azul, y el pelo les caía por la espalda formando una maraña llena de nudos. Algunos empuñaban un bastón.

Anna y Michelini los observaban detrás de una estacada. El gemelo se rascó la barbilla.

—¿Qué hacemos?

—Habla bajito —le susurró Anna—. Si nos descubren nos lo quitarán todo.

No lejos, al otro lado de la calle, había un edificio con un sótano garaje en el que se veía un letrero: «Taller mecánico Pieri».

Anna cogió la carretilla y echó a andar agachada, escondiéndose tras la valla.

—Agáchate y sígueme sin hacer ruido.

Pero, a los pocos metros, una detonación sonó a sus espaldas.

Michelini estaba en medio de la calle. Del cañón de la escopeta salía una nubecilla de humo blanco.

La chica abrió la boca.

—¿Qué has hecho?

—Así nos dejarán en paz.

—Idiota.

Anna siguió adelante, pero la carretilla iba dando bandazos. La soltó y corrió hacia el edificio ya sin mirar atrás. Bajó la rampa de cemento y se encontró ante tres persianas bajadas. La de la izquierda estaba levantada unos veinte centímetros. Hojas y tierra que la lluvia había arrastrado se acumulaban en el canal de desagüe. Excavando como un perro, Anna hizo un hueco, se quitó la mochila y, conteniendo la respiración para abultar menos, se deslizó por debajo. Las piernas pasaban, el tronco también, la cabeza no. Apretó la mejilla contra el suelo y se encontró al otro lado con la cara arañada por ambos lados. Alargó la mano y recuperó la mochila.

El taller estaba sumido en la oscuridad. Quiso bajar la persiana, pero no se movía. Tentando al frente, avanzó por el recinto. Chocó con la rodilla contra un automóvil y con el tobillo contra unos estantes llenos de cosas metálicas que cayeron al suelo con estrépito. Aguantó el dolor y palpó los estantes, la pared áspera. Encontró una puerta y la abrió. Al otro lado estaba más oscuro, si cabe. Siguió avanzando a cuatro patas hasta que, con una mano, tocó el borde de un escalón.

Fuera se oyeron disparos.

Se sentó abrazándose las rodillas y rogó que no la hubieran visto.

El primer disparo había hecho que el grupo se volviera.

En medio de la calle había un gordo con una escopeta y una figura con una

carretilla corría agachada hacia un edificio.

La chica más alta había pitado con un silbato y se los había señalado a los niños de azul. Éstos habían cogido piedras y, gritando, había cargado.

Michelini, cogiendo la escopeta como si fuera de cañones recortados, había disparado contra el grupo los tres cartuchos que le quedaban. Con el último había abatido a uno, que se había desplomado en medio de una nube de ceniza. «Sí.» Había arrojado la escopeta y había echado a correr hacia el edificio, pero la enfermedad y los kilos de sobrepeso lo ahogaban. Se volvió para ver dónde estaban sus perseguidores y una piedra lo alcanzó en la cabeza. Dio un grito y, mientras se llevaba la mano a la sien, tropezó. Dio tres pasos forzados agitando los brazos para recobrar el equilibrio, pero, como un bulldózer, arrolló la valla de la calle y cayó en un campo con los brazos abiertos. Ya no intentó levantarse. Apretó la hierba con los puños, hundió la cara en la tierra tibia y pensó en su hermano.

Los gritos de los niños resonaban en el garaje.

Anna subió la última rampa y se topó con una puerta cerrada. La abrió y se encontró en el vestíbulo del edificio. La luz atravesaba los cristales esmerilados de la entrada. A un lado, los buzones cubiertos de polvo, junto a un papel amarillento en el que se anunciaba la fecha de una reunión de vecinos y otro en el que se prohibía dejar sin vigilancia bicicletas y cochecitos.

Intentó abrir la puerta, pero estaba bloqueada. Sin saber qué hacer, se lanzó escaleras arriba. Los apartamentos del primer piso estaban cerrados. Al igual que los del segundo. También los del último estaban atrancados.

Estaban en el vestíbulo.

Abrió la ventana del rellano. Abajo se veía la rampa de cemento del taller y unos cincuenta metros más allá el cuerpo de Michelini. A la izquierda, a un metro de distancia, sobresalía un balcón.

Subían por la escalera.

Se subió a la repisa, miró atrás, se impulsó con las piernas y saltó. Voló con los brazos por delante y chocó con el pecho contra la barandilla, pero consiguió agarrarse a los barrotes. Puso un pie en el borde del balcón y lo brincó.

Avanzó, casi sin aliento, por el balcón, que recorría la fachada formando una L. Detrás de la esquina había aparatos de aire acondicionado, una caldera y una puerta-ventana entornada. Entró por ella, cerró la manivela y se sentó en el suelo, jadeando y con la vista clavada en un lavaplatos y en un cubo de basura cromado.

Estaban en el rellano. Golpeaban la puerta.

Anna se levantó, rebuscó en los cajones de la cocina hasta que encontró un largo cuchillo de sierra. Empuñándolo, se escondió en una esquina, preparada.

—Venid y os mato. Os mato a todos.

Pero oyó que bajaban las escaleras y al poco se hizo el silencio.

Se acuclilló contra el frigorífico sin soltar el cuchillo mientras la adrenalina se agotaba en las venas. Tenía que cerciorarse de que se habían ido. Abrió la puerta ventana y se arrastró de codos hasta la barandilla.

Caminaban por la calle en sombra, en fila india, hacia el crepúsculo. La chica pintada de blanco, con la gorra de Michelin puesta, llevaba la carretilla.

Entró y se dejó caer en el suelo, rendida, abrazada a la mochila.

Decidió pasar la noche allí.

Comprobó que la puerta de entrada se abriera por dentro.

El piso estaba en buenas condiciones. Aparte de hormigas y cucarachas, no había entrado nadie. Le gustaba, estaba ordenado. En un despacho lleno de libros, colgaba un diploma enmarcado en el que decía que Gabriele Mezzopane era licenciado en medicina general por la Universidad de Messina.

El médico estaba en el salón, delante del televisor, en un gran sillón de terciopelo beige que tenía el respaldo echado hacia delante. Seguía sentado en el cojín, pero el tronco yacía sobre una mesita baja y la frente descansaba en el cristal. Se había conservado bien. La piel, que seguía pegada al cráneo, parecía cartón mojado que se hubiera secado al sol. El cabello amarillo y seco como estropajo formaba una corona en torno al cráneo escamoso. Las patillas doradas de las gafas descansaban sobre unas orejas apergaminadas. Llevaba una bata de rayas apolillada, pijama y un par de pantuflas de fieltro. Junto al brazo del sofá había un bastón de paseo, y del brazo del sofá salía un cable eléctrico que iba a un mando gris con botones rojos que el cadáver tenía en una mano agarrotada. En la mesa, junto a la cabeza, había un papel plastificado con números y nombres, y un teléfono de teclas grandes.

Entró en el baño. Una bandada de murciélagos salió como un remolino por el ventanuco, dejando el suelo cubierto de excrementos que parecían granos de arroz negro.

En el cuarto de las escobas encontró una lámpara de gas de acampada. Antes de encenderla se aseguró de que las persianas estuvieran bajadas. En los armarios de la cocina quedaban bolsitas de té y paquetes de pasta lleno de palomillas. En el frigorífico, junto a una papilla negruzca que había goteado de estante en estante, había un frasco de salsa.

«Govedi Gulaš», decía la etiqueta. Lo abrió. Había una capa de moho verde de un dedo de grueso. La quitó y se acercó el frasco a la nariz. No estaba segura de que aquello fuera todavía comestible, pero se lo comió. La carne no sabía a nada, pero le aplacó un poco el hambre.

En un estante, junto a unos botes de café, encontró una botella de grapa Nonino. Se la llevó al dormitorio, dejó la lámpara en la mesita, se descalzó y se recostó sobre dos cojines. Dio un par de tragos de grapa que le bajaron calientes y secos por la garganta.

Pasó la mano por las sábanas bien lisas. «Como un pachá.»

Cuando los sábados por la noche su padre volvía de Palermo, siempre traía tarta y croquetas de patata y de arroz de la pastelería Mastrangelo. La llamaban la cena salvaje, y había que comer con las manos directamente de la bandeja de papel, sentados en torno a la mesita baja. Luego su padre la acostaba y le remetía bien las sábanas.

—¡Más, más, tira fuerte!

—¡Que te vas a ahogar!

—Fuerte, fuerte. Que no pueda moverme.

Y su padre metía más las sábanas bajo el colchón.

—¿Así? —Le daba un beso—. Ahora sí que estás como un pachá. Vamos, duérmete.

Y apagaba la luz dejando la puerta entornada.

La llama de la lámpara ardía produciendo un silbido y la luz blanca reverberaba en un marco de plata que había en la mesita. Lo cogió y lo observó.

En la foto, el doctor Mezzopane vestía un traje elegante con corbata de lunares y tenía de la mano a una mujer con un sombrero de paja.

Dejó la foto en su sitio y empezó a girar sobre sí misma con los ojos cerrados, dándose contra las paredes y frotando los pies en la moqueta hasta que le quemaron.

Abrió el armario empotrado. En un batiente había un espejo.

El alcohol le había puesto una sonrisa boba en los labios. Se quitó la camiseta y examinó la ropa colgada. Mucha era de mujer, seguramente de la del sombrero de paja. Fue sacando prendas y echándolas a una silla. No le gustaban, eran de vieja. Pero había un vestido lila corto que dejaba al descubierto la espalda, aunque le quedaba como un saco. Se probó una camiseta roja elástica y una falda azul que le llegaba a los tobillos. En un estante bajo había zapatos colocados en orden. Se puso unos de raso negro y tacón alto con brillantina en la punta. Se miró dando una vuelta. A aquella luz tenue apenas se veía, pero no se encontró nada mal.

*Perfecta para una fiesta.*

Se dejó caer en la cama. Un recuerdo le estalló en la mente como una pompa de jabón.

«¡Qué vanidosa eres, Anna!»

Era pequeña, estaba delante del espejo con los brazos tiesos y las piernas abiertas. Llevaba un vestido de florecitas rosas que le había regalado su abuela. Una diadema de terciopelo le sujetaba el pelo corto. Su madre estaba sentada en la cama junto a la ropa planchada y movía la cabeza sonriendo.

Llegó a sentir el olor de la plancha al rojo puesta sobre la tabla y el aroma dulzón del pulverizador. Se levantó, cogió la lámpara y, con los ojos medio cerrados y haciendo eses, fue al despacho. Entre los libros que había en la mesa había un grueso tomo verde, un diccionario de italiano. Estaba tan borracha que le costaba descifrar las palabras escritas con letra pequeña.

Tardó una eternidad, pero al final halló lo que buscaba. Más que leerlo, lo balbuceó en voz alta: «Vanidoso. Afectado de vanidad. Dícese de la persona que, por sus cualidades físicas e intelectuales, cree tener derecho a la admiración de los demás y lo muestra en su actitud y palabras.»

—Es verdad, soy vanidosa.

Volvió al dormitorio, se desnudó y se metió en la cama. Giró la ruedecilla de la lámpara, que se atenuó y con un bufido se apagó.

*Clang. Clang. Clang.*

¿Qué era? ¿La puerta de una verja? ¿Una persiana movida por el viento?

El corazón de Anna palpitaba al compás con un ruido tan ensordecedor que temblaban hasta la cama y el suelo.

*Clang. Clang. Clang.*

Eran golpes rítmicos y mecánicos.

*Los niños de azul. Intentan entrar.*

Se incorporó, saltó de la cama y se acercó a la puerta del dormitorio, que se estremecía. Después de unos momentos de vacilación, giró la manivela y abrió un poco.

Una claridad azulada teñía la pared de enfrente y el suelo. El ruido era tan fuerte que no la dejaba pensar.

Tenía las piernas rígidas del miedo. Al dirigirse al salón la deslumbraron unos fogonazos de luz que iluminaban el techo y centelleaban en el cristal de una vitrina llena de copas y medallas, en los cuadros de las paredes y en la caja dorada del barómetro. En medio del ruido se distinguía una voz.

Se apoyó en la pared, no podía seguir. Tenía la impresión de estar cubierta de hormigas.

La voz venía de la televisión.

«Unos ríen, otros lloran. Hay muchos tendidos en el suelo o que intentan subir al barco trepando por los flancos», decía el hombre.

Anna se hallaba en mitad del salón. Las luces de la lámpara del techo y la pantalla de la lámpara de pie parpadeaban, y los ceros rojos de un reloj se encendían y apagaban como si fueran los ojos de un depredador acechando en las tinieblas. En la pantalla se veía una imagen en blanco y negro. Miles de personas aglomeradas en el muelle de un puerto. Más allá se elevaban columnas de humo que envolvían las grúas y los contenedores.

*Clang. Clang. Clang.*

Frente al televisor, el sillón se abría y se cerraba rugiendo y vibrando como si fueran las fauces de un monstruo mecánico. El cadáver reseco del doctor Mezzopane iba y venía sobre la mesa y la cabeza ladeada se deslizaba por el cristal, arrastrando la mandíbula y mirando a Anna con unos ojos saltones y blancos como huevos duros.

Anna empezó a gritar, abrió desorbitadamente los ojos y aspiró una bocanada del aire caliente y con olor a rancio de la casa.

El sol se filtraba por las persianas salpicando las paredes, la moqueta y la cama de puntitos luminosos. Los gorriones cantaban.

Se dio cuenta de que estaba sudando. Tenía la impresión de que la hubieran sacado de un montón de arena húmeda y caliente. Poco a poco empezó a expandir el pecho y a respirar más libremente.

No era la primera vez que soñaba que la electricidad volvía de golpe. Era una pesadilla que la horrorizaba, más incluso que cuando soñaba con que los Mayores volvían y querían comérsela.

Se levantó de la cama. Notaba en la boca el regusto pastoso de la grapa. En el trastero, detrás de la lavadora, encontró dos bidones de plástico llenos de agua insípida como la lluvia. Se puso sus pantalones cortos y una camiseta blanca en la que decía: «Paris, je t'aime», cogió la mochila y se fue.

El cadáver de Micheliní estaba cerca de la calle, con la cabeza redonda hundida en las ortigas y las manos arañando la tierra. Llevaba la camiseta enrollada hasta los hombros y se le veía la espalda blanca cubierta de manchas. Le habían quitado las zapatillas.

Más allá, en medio del campo, entre los rastrojos, asomaba el cuerpecillo de un niño azul.

Se preguntó si no le convendría volver al supermercado por provisiones. No, debía llevarle la medicina a Astor, ya iría con calma en otra ocasión.

Se encaminó a casa.

Soplaba un vientecillo otoñal, pronto cambiaría el tiempo. Estaba contenta. Llevaba los antibióticos. Y con toda la comida que había en el supermercado de los Micheliní tendrían al menos para un año. Y cuando volvieran las lluvias, también tendrían agua.

Ahora ya no tenía excusas, debía enseñarle a Astor a leer bien.

Maria Grazia Zanchetta había caído enferma tres días después de Navidad y había muerto a principios de junio, y en todo ese tiempo no había hecho más que repetirle a su hija que le enseñara a su hermano a leer.

Durante sus últimas semanas de vida, consumida por la fiebre y la deshidratación, había caído en un sopor del que despertaba delirando. No quería perder el último telesilla, el mar estaba lleno de medusas y las flores que le crecían en la cama pinchaban. Pero a veces, sobre todo por las mañanas, tenía momentos de lucidez y entonces buscaba la mano de la hija y balbucía siempre las mismas cosas, que ni el virus le borraba de la mente.

Anna debía ser valiente, debía ocuparse de Astor, debía enseñarle a leer y debía tener cuidado de no perder el cuaderno de las Cosas Importantes.

—¡Prométemelo! —decía, jadeando y bañada en sudor.

La hija se sentaba a su lado.

—Te lo prometo, mamá.

Maria Grazia movía la cabeza abriendo un poco los ojos inyectados en sangre.

—¡Dilo otra vez!

—Te lo prometo, mamá.

—¡Más fuerte!

—¡Te lo prometo, mamá!

—¡Júralo!

—¡Te lo juro!

Pero la mujer no se quedaba satisfecha.

—No lo harás... No...

Anna la abrazaba notando un olor acre a sudor y a enfermedad que era muy distinto del buen olor a jabón que su madre siempre había tenido.

—Sí lo haré, mamá. Te lo juro.

La última semana perdió por completo la conciencia y su hija supo que faltaba poco.

Una tarde que sus hijos jugaban en la habitación, Maria Grazia abrió la boca, desorbitó los ojos y se estiró como si le hubieran echado una montaña encima. La mueca que le deformaba la cara desapareció y volvieron sus facciones normales.

Anna la zarandeó, le apretó la mano y acercó el oído a su nariz. No respiraba. Cogió de la mesa el cuaderno de las Cosas Importantes y lo hojeó con cuidado. Tenía muchos capítulos: agua, pilas, higiene íntima, fuego, amigos. En la última página decía:

COSAS QUE HAY QUE HACER CUANDO MUERA MAMÁ

Cuando muera, pesaré mucho y no podréis sacarme de casa. Anna, abre las ventanas, coge todo lo que necesites y cierra la puerta con llave. Debes esperar cien días. En la página siguiente he trazado cien rayas. Tacha una todas las mañanas. Sólo podrás abrir la puerta cuando las hayas tachado todas. Antes no, por ningún motivo. Si la casa huele muy mal, ve con tu hermano a vivir al cobertizo de las herramientas. No entres en casa más que para coger lo que necesites. Cuando hayan pasado los cien días, entra en mi dormitorio. No me mires la cara. Átame con una cuerda y arrástrame fuera. Verás que será fácil porque pesaré poco. Llévame al bosque, lo más lejos que puedas, a un lugar que te guste, y cúbreme de piedras. Limpia bien mi habitación con lejía. Tira el colchón. Ya podéis volver a casa.

Anna abrió las ventanas, cogió el cuaderno, los juguetes, los cuentos de Oscar Wilde y, tal y como se le mandaba, cerró la puerta con llave.

Ella y Astor pasaron los días siguientes casi todo el tiempo al aire libre. El hermano la tenía muy ocupada, pero en cuanto se dormía, corría al piso de arriba y miraba por el ojo de la cerradura del cuarto de su madre. Sólo se veía la pared de enfrente.

¿Y si se había equivocado? ¿Y si su madre no había muerto?

Le parecía que la oía suplicar con un hilo de voz:

—Annina, Annina... Estoy mal... Abre la puerta. Tengo sed. Por favor...

Sacaba la llave, le daba vueltas en las manos, apoyaba la frente en la pared.

—¡Mamá! Estoy aquí. Si estás viva, grita. Estoy aquí cerca. Entro. No te preocupes, no me das asco. Entro un momento y si veo que estás muerta salgo enseguida. Te lo prometo.

Un día, tiempo después, estando ella y Astor en la explanada, tres cuervos se posaron en el balcón de la habitación de su madre, uno al lado del otro, y se pusieron a graznar como enterradores satisfechos.

Anna cogió una piedra y se la lanzó.

—¡Fuera, bichos!

Los pajaracos, ofendidos, dieron un salto y se colaron en la habitación.

Anna corrió arriba, sacó la llave y abrió la puerta. La embistió una vaharada dulzona. Se tapó la boca, pero el hedor le había entrado en la garganta. Los tres cuervos se paseaban dando saltos por el cadáver y arrancaban con el pico trozos de piel de las piernas. Los espantó, pero los animales no se fueron sino a regañadientes.

No pudo evitar mirarla.

Estaba muerta, no cabía duda. La piel se había puesto amarilla como el jabón de lavar la ropa, pero la parte que estaba en contacto con el colchón se veía de un color rojo oscuro. Las facciones se habían desdibujado y formaban una masa gomosa: la

boca era como una rosquilla y la nariz parecía hundida entre los párpados. La barbilla se había fundido con un cuello surcado de venas verdes.

Anna salió del cuarto y entre sollozos juró que nunca más abriría aquella puerta antes de que pasaran los cien días.

Como estaba escrito en el cuaderno, la atmósfera se volvió irrespirable. Anna se trasladó con su hermanito al cobertizo de las herramientas. Sólo iba a casa, cubriéndose la cara con un paño, para coger comida.

Los días pasaban lentos en un verano que no acababa, y el tejado de chapa del cobertizo se calentaba muchísimo. Empezaron a dormir en el pórtico de la casa o en el asiento trasero del Mercedes. Todas las mañanas Anna abría el cuaderno, tachaba una raya y echaba un vistazo a la ventana de la habitación. El viento inflaba las cortinas como si fueran velas.

Sabía que lo que había dentro era un cadáver, pero soñaba con ver a su madre saliendo al balcón, desperezándose y acodándose en la barandilla.

—Buenos días, niños, ¿ya estáis despiertos?

—Sí, mamá.

—¿Qué hacéis?

—Jugamos.

A veces, durante semanas enteras, tachaba rayas en el cuaderno, preparaba de comer, hacía hoyos para enterrar la caca, miraba las estrellas por la luna del Mercedes sin pensar mucho en ella, pero de pronto le pasaba algo bueno y se le escapaba un «Mira, mamá...», y sentía como si un cuchillo incandescente se le clavara en el corazón.

La noche del día noventa y nueve decidió pasarla en el coche.

Por el día una brisa otoñal había agitado las copas de los árboles. Los hermanos se habían envuelto en una manta. Anna no pensaba más que en el momento de abrir aquella puerta, todo iría mejor cuando enterrara a su madre.

El sueño llegó de repente y, vencida por la tensión, la chiquilla cayó dormida junto a su hermano, pero en cierto momento abrió los ojos. El viento había dejado de soplar y la luna era un círculo perfecto en el cielo, sin halos que la enturbiaran. En el bosque no se oía ni el canto de las lechuzas. De pronto, le pareció oír algo, un rumor leve, un temblor helado, o quizá un suspiro. Se incorporó, clavando los dedos en la gomaespuma del asiento. Le pareció ver, por la ventana del coche, que una sombra bajaba los escalones del pórtico, pasaba a su lado, ligera como una pluma, se alejaba por el camino y se desvanecía entre los árboles, como si el bosque estuviera esperándola.

A la mañana siguiente Anna tachó la última raya y le dijo a Astor:

—Tú quédate aquí y pórtate bien.

Entró en la casa, cogió una larga cuerda que tenía preparada y subió las escaleras. El olor a podrido había desaparecido, o quizá formaba ya parte de la casa y no molestaba. Paso tras paso, recorrió el pasillo oscuro. Tomó aire y abrió la puerta.

El suelo estaba cubierto de hojas, pero lo demás no había cambiado. Allí seguía la mesa con el ordenador, la estantería llena de libros, el póster de la bailarina, las mesitas de noche llenas de medicinas y la radio despertador. En la cama yacía el cadáver reseco. La hinchazón había desaparecido y la piel se había pegado a los huesos y se había cubierto de un moho negruzco. La cabeza había menguado y se había afilado.

Anna no sentía miedo y ni siquiera asco. Aquello que había allí no era su madre. Ante aquellos restos, la chiquilla comprendió que la vida no es sino una serie de esperas. A veces tan breves que uno apenas se da cuenta, otras tan largas que parecen infinitas, pero, con o sin paciencia, todas tienen un fin.

Su madre, al final de la enfermedad, había muerto, y su cadáver, después de cien días, era liviano y podía ser enterrado. Y Astor, que ahora le daba mucha guerra, crecería y se portaría bien. Sólo había que esperar.

Ató la cuerda al tobillo de su madre y dio un tirón. El cadáver se había pegado a las sábanas y ofreció cierta resistencia, pero al final cayó al suelo. Lo arrastró ya sin volverse por el pasillo, por las escaleras y por el salón. El cadáver daba tumbos y al final se atrancó en la puerta de entrada, como si no quisiera abandonar la casa. Pero con otro tirón salió despedido y cayó en medio de la explanada. Anna lo arrastró por el polvo y las hojas del bosque. Detrás de las ruinas de la pocilga cubiertas de zarzas, se elevaba la cúpula verde de una higuera. Bajo aquella cúpula había un pequeño mundo tranquilo. Allí su madre sería feliz, en verano había sombra y en invierno se veía el cielo. Ya tenía las piedras preparadas. Colocó el cadáver al pie del tronco. En el suelo, los frutos caídos formaban una capa marrón de la que se alimentaban avispas y hormigas.

Anna cogió una piedra y se la puso en el pecho. Y se quedó parada. Aunque la cubriera de piedras, los insectos la devorarían en unos días, y a las pocas semanas no quedarían más que los huesos.

¿Y si dejaba que las hormigas se encargaran de su madre? Los huesos pueden guardarse en casa, no huelen. Su madre podría volver a su habitación, yacer en su cama con sus cosas y sus hijos. La recompondría siguiendo las figuras de la enciclopedia.

Fue a la despensa, cogió mermelada y untó con ella el cadáver, diciendo:

—Venga, hormiguitas, así estará mucho más rica. Venid... Venid rápido... Está deliciosa... Limpiadlo, limpiadlo todo bien...

Al mes los insectos habían hecho su trabajo. Los huesos aún tenían residuos de carne seca, pero Anna no se desanimó. Se los llevó a la habitación y allí, con las piernas cruzadas, los limpió con la punta de un destornillador. Cuando acabó, tuvo la idea de dibujar en ellos rayas, círculos y otras minúsculas figuras geométricas con un rotulador negro. Luego los llevó a la cama y reconstruyó el esqueleto.

Astor haría lo mismo con ella cuando le llegara su hora.

Anna había caído en una somnolencia pesada. Tenía la impresión de que caminaba por una carretera que discurría en sentido contrario. Primero la persecución, luego la pesadilla y por último el haber dormido poco la habían postrado, y ahora, como una bestia de carga, disfrutaba del aire fresco, del silencio y de los rayos tibios del sol que lucía en el cielo claro. Por eso tardó en oír el timbre, y hasta que no oyó a sus espaldas una voz que gritaba: «¡Aparta, aparta, cuidado!», no salió de su sopor. Se volvió y vio que una bicicleta avanzaba hacia ella.

Se subió a un muro un instante antes de que un chico con un sombrero vaquero la arrollara con una bicicleta de montaña color naranja.

El ciclista pasó al lado, apretando unos frenos que chirriaban, pero la bicicleta no paraba. Entonces puso los pies en el suelo y a punto estuvo de estrellarse contra un poste de la luz. Soltó la bici.

—Nada, estos frenos no funcionan. —Movi6 la cabeza y se volvió—. ¿Es que est6s sorda?

Anna no contest6.

El chico se le acerc6.

—Por poco te pillo.

Debía de tener más o menos la edad de Anna, pero era unos diez centímetros más alto que ella y con aquel sombrero ridículo parecía una seta. Era delgado y esbelto, atezado, con dos ojos vivos color avellana.

¿Qué pasaba? El último año la llanura se había despoblado y, sin embargo, en aquellos dos días se había encontrado primero con los niños de azul y ahora con aquel muchacho.

Anna baj6 del muro y ech6 a andar.

El de la bici la sigui6.

—Espera un momento.

Anna sigui6 adelante notando que el chico la miraba. Se volvió irritada:

—¿Qué quieres?

—No debes tener miedo de mí.

Anna vio asomar las facciones de adulto en la cara infantil y pens6 que cuando creciera sería un hombre apuesto.

—No tengo miedo, sino prisa —le dijo en tono terminante.

El chico la adelant6 y se le plant6 delante.

—Si vas a la fiesta ya te digo que no merece la pena.

Anna se puso en jarras.

—¿Qué fiesta?

—La del Gran Hotel de las Termas. Va toda Sicilia. Queman a la Picciridduna.

—¿Por qué?

—Se comen las cenizas. Dicen que se te cura la Roja.

Anna sonri6, según Micheliní había que besarla en la boca.

—Yo he estado y nunca he visto a la Picciridduna —continu6 el chico. Se quit6 el

sombrero con un ademán caballeresco y se presentó—. Me llamo Pietro Serra. ¿Tú cómo te llamas?

—Anna.

*Tunante.*

Le vino a la punta de la lengua aquella palabra que decía su madre cuando iba al quiosco y el quiosquero la miraba como si fuera una perita en dulce.

Lo mejor para deshacerse de él era tomar campo traviesa.

—Bueno, me voy.

Se alejó unos metros, pero volvió a oír el timbre y el chirriar de los frenos.

El chico se detuvo a su lado.

—Anna, por favor, ¿me das un poco de agua?

De la bolsa que llevaba atada al portaequipajes de la bici asomaba el cuello de una botella.

—¿Y esa agua?

—Ésa... —improvisó Pietro—. No está tan buena como la tuya.

Anna se echó a reír.

—¿Y tú qué sabes?

—Lo sé. —El chico fue a echar mano de la mochila—. Va, sólo un trago...

Anna dio un paso al lado.

—¡No! ¡He dicho que no!

—Si me das un poco de agua, te llevo yo.

Aquel chico tan seguro de sí mismo la ponía nerviosa. La miraba de un modo que le hacía sentirse violenta.

—Los dos no podemos ir en bici.

—¿Quién te ha dicho eso? Tú te sientas aquí, en la barra.

Anna se contuvo un momento antes de contestarle:

—No me gustan las bicicletas. Además, no quiero ir contigo.

—¿Ves como tienes miedo?

Anna apretó los puños, irritada.

—No tengo miedo, es que...

—Tienes prisa —concluyó Pietro.

Los dos se miraron sin saber qué más decir.

La chica rompió el silencio.

—Pues adiós.

—Adiós, Anna.

Anna, con el sombrero vaquero puesto, se agarraba al manillar de la bici, gritando. El viento le daba en la cara y los ojos le lagrimeaban como cuando de niña sacaba la cabeza por la ventanilla del Mercedes.

Pietro pedaleaba a toda velocidad.

—¿Qué? ¿Te gusta?

Avanzaban, pegados el uno al otro, por una carretera que cortaba los campos como si la hubieran trazado con regla. A los lados desfilaban postes de la luz y chumberas.

—Sí —dijo Anna, aunque la barra se le clavaba en el culo y le daba mucho miedo caerse. Cada vez que los brazos de Pietro la rozaban se estremecía y quería apartarse, pero no lo hacía.

Pietro tomó una curva sin reducir la velocidad, Anna dio un grito y cerró los ojos. Cuando los abrió, se había salvado.

—Las curvas tómalas despacio. Pero en las rectas acelera.

—¿Más? —dijo el chico jadeando, con la frente bañada en sudor—. ¿Adónde te llevo?

—A Torre Normanna. ¿Sabes dónde está?

—Sí, pero ¿puedo ir un poco más despacio? Me muero. ¡Y eso que no te gustaba ir en bici!

—Me gusta sentir el aire en la cara.

—¿Has ido alguna vez en moto? Entonces sí que se siente el aire. Si abres la boca se te inflan las mejillas.

—Subí en una Vespa con Salvo, el chico que nos traía la compra.

—Mi padre tenía una Laverda Jota. —Pietro se quedó un momento con la mirada perdida y movió la cabeza—. Era de color naranja como esta bici. Al final encontraré una que funcione. Y la llevaré.

—Sí, claro... —Anna se echó a reír con su risa profunda.

Pero él estaba convencido.

—En serio.

Hicieron el resto del camino en silencio. Las ruinas de Torre Normanna se veían más grandes con cada pedalada. Pasaron junto a automóviles que se habían salido de la carretera, contenedores de basura derretidos, las ruinas de un bar con un letrero que decía: «Croquetas calientes para llevar».

Anna tenía la impresión de que Pietro la apretaba mucho, pero en realidad no le molestaba. Al final se quedó quieta, con el pecho del chico rozándole la espalda.

Pietro se detuvo junto a la señal del pueblo.

—¿Aquí va bien?

—Sí. —Anna se bajó de la bici y se frotó el culo dolorido. Cogió la mochila que habían atado al portaequipajes y le devolvió el sombrero—. Gracias. Bueno..., adiós.

Pietro sonrió y levantó la mano.

—Adiós.

Se dijeron adiós veinte veces más, pero a los diez pasos él la llamó:

—Anna.

*Quiere un beso.*

Se volvió.

—Dime.

Pietro se había sacado de la chaqueta la página de una revista doblada en cuatro, muy gastada y arrugada.

—¿Has visto éstas?

En el centro de la página, rodeada de un círculo de rotulador rojo, se veía una foto desvaída de un par de zapatillas de deporte de gamuza amarilla con tres bandas negras: «Adidas Hamburg, 95 euros». Al lado había fotos más pequeñas. El artículo se titulaba «Vuelve el vintage deportivo».

La niña alzó la vista.

—¿Las del círculo?

—Sí. ¿Las has visto? Piénsalo bien.

—No creo. —Se miró las suyas, muy sucias.

—¿Estás segura?

Anna no entendía por qué le preguntaba aquello. Debía de ser un apasionado de las zapatillas. Curioso, porque llevaba unas botas viejas y deformadas.

—¿Tanto te gustan?

Pietro dudó un instante, como si no se fiase, y dijo:

—Sí. Llevo buscándolas un montón de tiempo.

Anna lo miró perpleja y le dijo:

—Pues buena suerte.

Pietro le dio una patada a una piedra.

—Una cosa... ¿Tú no tienes la Roja?

—No. Adiós. —Y echó a andar.

Pietro la observó alejarse.

—Yo tampoco —gritó.

—No me encuentro más que con locos —decía Anna para sí caminando a escape por el sendero que llevaba a su casa—. Uno que se pasa la vida buscando unas zapatillas... y encima feas.

Se acordó de lo de la fiesta. ¿Existiría de verdad la Picciridduna? Había mil leyendas sobre cómo curarse de la Roja. Muchos estaban seguros de que había Mayores que habían sobrevivido a la epidemia, que al otro lado del mar, en Calabria, aún había vivos. Se escondían en refugios subterráneos y bastaba con encontrarlos para curarse. Otros creían que había que sumergirse con una gallina y permanecer bajo el agua hasta que el animal muriera: uno se curaba porque le pasaba el virus. Otros decían que había que mezclar la comida con arena, o subir a una montaña que había cerca de Catania donde nacían las nubes. En fin, se decían muchas cosas. Lo único que Anna sabía era que había visto a miles de Mayores convertidos en montones de huesos y nunca había conocido a nadie que hubiese superado los catorce años.

Fue derecha a la cocina, cogió un bote de tomate de la mesa, lo abrió con el cuchillo, con dos dedos sacó un tomate que goteaba y se lo llevó a la boca exclamando:

—¡Astor, he vuelto! ¿Cómo estás?

Comió galletas que sabían a mohó, vertió los restos aceitosos de una lata de atún en el bote de tomate y se bebió el jugo. Empezó a sudar. Fuera hacía fresco, pero dentro aquellos viejos muros de piedra conservaban el calor. Vació media botella de agua.

—¡He encontrado antibióticos! —Cogió otro tomate del bote y cruzó el salón.

Junto a la escalera había una silla blanca con una pata rota.

—¡No! Has roto la silla de mamá. —Subió al piso de arriba con la boca roja de salsa, recorrió el pasillo y entró en el dormitorio—. ¿Oyes lo que digo? ¡He vuelto!

Estaba todo tirado por el suelo. Y el libro de cuentos se veía en medio de un charco de agua. Lo cogió moviendo la cabeza y lo dejó en la mesita.

Siempre que lo dejaba solo, Astor armaba una buena. Pero aquella vez se había pasado. Se la había ganado. Parecía que lo hacía adrede para castigarla.

Se asomó al balcón. Lo llamó un par de veces, entró. Si había salido significaba que estaba mejor.

Tenía más hambre. Podía comerse un bote de guisantes. Empezó a bajar pensando en el chico de la bici. ¿Dónde estaría? A lo mejor se había quedado en Torre Normanna.

Un rayo de sol se filtraba por los cartones pegados a una ventana y proyectaba una franja luminosa sobre los escalones, sobre un montón de mantas y una gorra roja. Cogió la gorra. En la visera decía: «Nutella». Le dio unas vueltas en la mano y se la llevó a la nariz.

Se acordó del cadáver de Micheliní tirado al borde de la calle. Las manos apretando la hierba, las piernas abiertas, la nuca...

Y se acordó también de los niños de azul que se alejaban por la calle y de la chica alta con la gorra roja.

El corazón le dio un vuelco y el mundo que la rodeaba se concentró y se hundió en un abismo de terror. Siguió bajando. Sentía que la sangre le zumbaba en los oídos. Tenía la impresión de que nunca había bajado una escalera. Ponía un pie tras otro en unos escalones que flotaban en una oscuridad palpitante.

Salió al pórtico. Con una mano se tapó el sol, cuyo disco se expandía y se encogía en medio de un cielo turbio.

—Ast... Ast... Astor. —Quería llamar a su hermano, pero no tenía aire en los pulmones. Sintió un regusto ácido a tomate. Resistió las ganas de vomitar y tomó un poco de aire—. Astor... Astor... Astor...

No estaba en el Mercedes ni detrás de los bidones.

*Estará en el bosque.*

Un halcón marrón estaba suspendido en el aire y señalaba algo oculto entre los árboles.

Se internó en el bosque tropezando con piedras y ramas secas. Las matas de brusco le arañaban las piernas, pero apenas lo notaba.

En medio del verde apareció una mancha lila. Se acercó. Era un jirón de tela prendido en las espinas. Lo cogió.

El vestido de mamá. El bonito.

¿Qué hacía allí? Anna sabía que Astor tenía una llave y que cuando ella no estaba entraba en la habitación. Pero ¿por qué lo había tirado en las zarzas?

Le fallaron las piernas y tuvo que apoyarse en un tronco. Inspiró, parpadeó y llamó a Astor más fuerte, desgañitándose, pero sólo le respondían los pájaros de los árboles.

Llegó al límite de la propiedad, pasando junto a un gran roble al que su hermano le gustaba trepar. Siguió la valla, pero no conseguía fijarse en nada. Continuaba viendo a los niños de azul corriendo como perros rabiosos.

Llegó a la vieja pocilga que las zarzas habían invadido. Tampoco estaba allí. Ni debajo de la higuera.

Miró el basurero que había detrás de la casa, adonde su hermano iba a veces a revolcarse.

Cayó de rodillas, jadeando.

—Tranquila, tranquila...

Aquel idiota podía estar en cualquier parte, dormido en la madriguera de un animal, subido a un árbol, encaramado al tejado de la casa.

*A lo mejor ha conseguido escapar.*

No, nunca saldría del recinto.

Se sentó en un tronco, restregándose la cara, mientras mil pensamientos pavorosos se atropellaban en su cabeza. De las axilas le caían gotas de sudor que ardían.

El bosque, su bosque mágico, la rodeaba sin darle respuestas.

—¿Dónde estás? Ven ahora mismo —murmuró, y echó a correr gritando—: ¡Astor! ¡Astor! ¿Dónde estás? ¡Te mataré cuando te encuentre!

Se dirigió a la casa. También ella podía tener una gorra como aquélla. Había llevado muchas cosas a casa, podía ser que también hubiera llevado una gorra de la Nutella y lo hubiera olvidado.

¡Qué tonta! Se había dejado vencer por el pánico. Su hermano estaría durmiendo en algún sitio. No había mirado ni en el cobertizo ni en la habitación de su madre, había salido corriendo como una loca sin registrar bien.

Atravesó el seto de boj y salió al camino de entrada a la finca. Pasó junto a algo blanco y redondo que asomaba entre las hierbas. Se detuvo, volvió atrás, lo cogió y a punto estuvo de caerse redonda.

Era el cráneo de su madre.

Incapaz de pensar, deambuló como un saco de carne y huesos hasta la casa. Sus ojos registraron que los platos, en lugar de estar en el aparador, estaban en el suelo. El cochecito de pedales de Astor estaba boca abajo, la mandolina destrozada. Dejó el cráneo sobre una caja y subió la escalera.

La puerta de la habitación de su madre estaba entornada y la cerradura de metal sobresalía entre astillas de madera afiladas.

Anna salió del sudario de dolor que le ceñía brazos y piernas fluctuando entre el sueño y la vigilia. El sol de la mañana le calentaba la frente y le hería los ojos. Tenía la mejilla bañada en un vómito seco y delante de la nariz una botella de ginebra. Movía la lengua hinchada que apenas le cabía en la boca y sentía como si un punzón le atravesara las sienes de punta a punta. No recordaba cómo había ido a parar al asiento trasero del Mercedes.

De las horas que habían pasado desde que vio la puerta del cuarto de su madre forzada, le quedaban huellas vagas, fragmentos y grumos de dolor. Todo estaba envuelto en un halo borroso en el que se producían fogonazos que iluminaban dos Annas, una que se agitaba desesperada y otra que la observaba en silencio. El hilo que unía las imágenes de aquella noche se había roto y perlas de memoria flotaban dispersas en un mar de petróleo negro y viscoso.

La habitación de su madre profanada. Los huesos tirados por todas partes. Las joyas robadas. Los cajones abiertos. La estantería derribada. La jirafa de peluche de Astor: le había arrancado la cabeza a mordiscos, aún notaba en la boca el sabor sintético del relleno. Había dado un puñetazo en el espejo del baño y se había herido los nudillos. Sangrando, se había envuelto en las cortinas. Con la boca abierta, chupaba la tela fina. La botella de ginebra. Un llanto sin lágrimas y unos sollozos ásperos como la lija. El olor terroso del musgo. Hojas que temblaban al compás de su respiración. El vestido lila de su madre.

Lo demás era un sufrimiento que la colmaba y se desbordaba como agua de un vaso lleno.

Se hundió en el asiento, apoyó la cabeza en la ventanilla y se quedó mirando la mano herida.

Tenía la sensación de que aquella noche una presencia viva la había observado en el bosque, al amparo de la oscuridad.

*El perro de la autopista.*

Debía de haberlo soñado, aunque era el recuerdo más vivo de todos. El perro estaba a su lado, sentado muy tieso, barriendo el suelo con el rabo. Le hablaba.

—Anna, ¿conoces la canción? «¡Alegraos, niños y niñas, y a la ventana asomaos! Que el hombre de negro está muerto y en el cementerio enterrado. Que el miedo ya se ha pasado y otra vida ha empezado. ¡Bajad, niños y niñas, bajad, que el hombre de negro no está ya!» —La miraba a los ojos con sus pupilas negras—. ¿Te apago la luz?

De pronto era su padre que le remetía las sábanas.  
—Te dejo la puerta entornada, ¿verdad?

**Segunda parte**

## **El Gran Hotel de las Termas Elíseas**

Anna Salemi decidió buscar a los niños de azul. Si los encontraba a ellos, encontraría también a su hermano. La idea de que estuviera muerto ni se le pasó por la cabeza.

Dejó la Finca de la Morera el 30 de octubre de 2020 para no volver. En la mochila llevaba una linterna, un mechero, el cuaderno de las Cosas Importantes envuelto en una sudadera verde, un cuchillo de cocina y el fémur derecho de su madre.

Los árboles vibraban con el trino de los gorriones, las zorras se deslizaban entre los arbustos, las cornejas graznaban con voz desagradable. Al salir del bosque se encontró bajo un manto de nubes espesas y azuladas que parecía un mar proceloso al revés. Ráfagas de aire caliente procedentes de la costa la empujaban por la espalda y le revolvían el pelo. Sobre las montañas que se veían al fondo de la llanura se formaba una tormenta en medio de un resplandor polvoriento. Se oyó un trueno potente como un cañonazo y una lluvia furiosa se precipitó sobre los campos sedientos, que la absorbieron exhalando un hálito húmedo de tierra quemada.

No había llegado aún a Torre Normanna y ya iba Anna hecha una sopa, con la botas llenas de agua, el pelo pegado a la frente y la tela con la que se había vendado la mano herida colgando.

Hacía meses que esperaba lluvia y ésta llegaba ahora, torrencial e inoportuna, y lo empeoraba todo. Aunque quizá había obligado a los de azul a hacer un alto. Podían haberse guarecido en Torre Normanna.

El pueblo estaba envuelto en una nube de agua que chorreaba de los canalones obstruidos e inundaba las calles. La plaza de los Venti había desaparecido bajo un lago que burbujeaba azotado por la tormenta.

La lluvia dio paso al granizo.

Anna se refugió en el pórtico de El Gusto de Afrodita. Ráfagas de bolas de hielo del tamaño de cerezas hacían vibrar el tejado de uralita de la galería. Anna sacó el cuaderno de la mochila. La sudadera lo había salvado y sólo se habían mojado las esquinas de la cubierta.

Habían forzado la puerta del restaurante. Las mesas y sillas de la gran sala circular estaban amontonadas en un rincón como si las hubieran arrastrado con un tractor pala. En una pared aún colgaba una pizarra en la que decía, escrito a mano: «Especialidad del día: filete de atún a la mesinesa, 18 euros». Del techo pendía una lámpara de latón torcida, como si le hubieran dado unos bastonazos.

Anna se dirigió a la cocina entre ratones que correteaban. Quedaban pocos ladrillos en las paredes, todos estaban en el suelo, hechos añicos blancos. El enorme frigorífico estaba volcado, con las puertas abiertas.

Anna se arrodilló, abrió un cajón y metió en él el fémur y el cuaderno. Cerró la puerta y salió.

La granizada había cesado. Ahora caía una fina llovizna.

Estaba perdiendo el tiempo. Allí no había nadie. Quizá se habían dirigido a la autopista. Quizá iban a Castellammare. Le dio una patada a una silla de plástico blanca.

*Calma.*

Cogió la mochila de las correas y se encaminó a la salida del pueblo. A los pocos pasos se detuvo.

Había una bicicleta naranja apoyada en la verja de un chalé.

La puerta estaba atrancada por dentro. Pero a la derecha había una puertaventana abierta que daba al salón. También allí estaba todo destrozado. Muebles rotos, pintadas en las paredes, cenizas de un fuego en el que habían quemado sillas.

Subió la escalera cubierta de cascotes. Entró en el primer cuarto. Sobre un armario de espejo había un par de lechuzas que abrieron unos ojos que parecían cuatro canicas doradas y echaron a volar. En un colchón de matrimonio, envuelto en un edredón sucio, dormía Pietro. Del rollo harapiento salían mechones de pelo revueltos, un poco de frente y una ceja.

Anna le dio un empujón en el trasero con el pie.

—¡Despierta!

El chico abrió la boca y emitió un jadeo ahogado. Intentó levantarse, pero, atrapado en el edredón como en una camisa de fuerza, rodó del colchón y cayó al suelo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Quién es?

Cogió el cuchillo que tenía al lado de la bolsa y lo esgrimió contra el agresor.

—¿Has visto a unos niños de azul?

Pietro guiñó los ojos y reconoció a Anna.

—¡Es que eres tonta! —Soltó el cuchillo y se llevó la mano al pecho—. Por poco me matas del susto.

—¿Has visto a unos niños de azul?

Pietro se arrastró hasta la pared y se apoyó en ella de pie, frotándose un ojo.

—Los niños de azul...

Anna tuvo que tragarse un nudo antes de poder murmurar:

—Se han llevado a mi hermano.

Pietro miró a la chica que tenía delante, que chorreaba agua.

—¿Cuándo?

—Ayer por la mañana, creo. —Se asomó a la ventana—. No deben de estar lejos. ¿Los has visto?

—No. Pero los conozco —contestó Pietro bostezando.

En el rostro de Anna afloró la esperanza.

—¿Quiénes son?

—Viven en el hotel. Los mayores los recogen del campo y los hacen esclavos.

—¿Para qué?

Pietro se desperezó. Llevaba unos calzoncillos de rayas amarillas y verdes rotos y una camiseta de tirantes que le estaba pequeña.

—Para preparar la Fiesta del Fuego. Tienen un montón.

Anna cerró los ojos y los abrió. Le pareció que el cuarto se descomponía y se recomponía en un instante: el colchón, el mueble, el chico en calzoncillos. Hinchó el pecho y respiró de nuevo. Astor estaba vivo. Tragó saliva.

—¿Cómo se va al hotel?

—Un momento. —Pietro se frotó la mejilla—. A mí por las mañanas me cuesta pensar.

Anna esperó tres segundos.

—¿Cómo se va al hotel?

Pietro ladeó la cabeza. Se oprimió las aletas de la nariz.

—Cruzas la autopista por el paso subterráneo y en la rotonda coges la carretera que va hacia las montañas. Cuando veas un cartel grande que dice «Gran Hotel de las Termas Elíseas», sigues recto y llegarás. Pero está lejos.

Anna dio un paso y, en un arranque, lo abrazó.

Pietro se quedó quieto y, avergonzado, cogió un bote de mermelada del suelo, metió el dedo índice y se lo llevó a la boca.

—Pero ten cuidado. No es un lugar agradable.

Anna se encogió de hombros.

—Tengo que rescatar a mi hermano.

Pietro bebió un trago de agua de un botellín medio vacío.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque es mi hermano.

Fuera seguía lloviendo, pero la capa de nubes se había resquebrajado y se veía un rodal de cielo azul.

Cuando bajaba la escalera, Pietro la llamó:

—Espera, ponte esto. Está seco.

Y le lanzó un jersey.

Anna lo atrapó al vuelo y dijo:

—Gracias.

Anna miró varias veces atrás esperando ver al chico en la bici. Le habría gustado tener a alguien con quien compartir la angustia que sentía crecer a cada paso.

La lluvia había lavado la niebla que había envuelto las montañas todo el verano. Ahora parecían más próximas. Todo era nítido, las manchas verdes de los árboles, los mordiscos de las canteras y los barrancos de piedra blanca que las abrían como las grietas abren los tomates maduros.

En algún lugar de aquellas montañas estaba Astor.

Anna avanzaba a paso regular, alternando el movimiento de brazos y piernas. Devanaba lentamente los pensamientos de una madeja enredada y dejaba que se perdieran por el camino. Ya no se aferraba a ejercicios inútiles como sumar los números de las matrículas de los coches o calcular los pasos que había que dar para ir de un punto a otro.

El paso subterráneo de la autopista estaba inundado. Lo cruzó mojándose los zapatos, llegó a la rotonda y tomó la carretera que llevaba a las montañas.

En aquella zona, los incendios, alimentados por plantas industriales y depósitos de carburante, habían sido particularmente violentos. Todo lo que no era de piedra o metal había quedado reducido a cenizas. Los automóviles que había en un aparcamiento, frente a un edificio bajo, parecían cucarachas achicharradas. En el tejado se veía el armazón de un gran letrero.

—Pi... zza... rium —descifró Anna—. Pizzarium.

Desfallecía de hambre y en el talón izquierdo le había salido una ampolla.

Tras una larga verja se veían los restos de una fábrica. De las naves quedaba poco o nada, pero los enormes depósitos blancos se habían salvado. Alrededor se extendía una red de conductos oxidados y cubiertos de musgo. Por las juntas de los tubos se escapaba agua y la explanada de asfalto, inundada, era un pantano en el que flotaban pedazos de poliestireno.

Halló un hueco entre los barrotes y avanzó abriéndose paso entre una maraña de plantas palustres. Libélulas rojas y mosquitos de patas largas revoloteaban a su alrededor y las ranas le saltaban entre los pies.

Se subió al capó de un Fiat 500, se quitó la mochila y se descalzó.

Tenía los dedos de los pies gomosos y blancos como si los hubiera tenido metidos en lejía. Con la uña del dedo gordo se reventó la ampolla y se quitó la venda de la mano. El corte que se había hecho entre los nudillos era profundo, pero ya no sangraba. Se masajeó los gemelos y se tumbó sobre el parabrisas al sol tibio.

Las ranas, poco a poco, reanudaron su croar.

¡Qué estupendo sitio debió de ser Pizzarium! Se entraba con dinero y se salía con un trozo de pizza caliente, envuelta en papel blanco, con la mozzarella fundida que goteaba y el tomate rojo que quemaba el paladar. Y si a uno no le gustaba la pizza margarita, podía pedir la de champiñones, patatas, calabacín y anchoas.

Perdida en el mundo de las pizzas, tardó un poco en darse cuenta de que las ranas habían enmudecido. Abrió los ojos y vio delante, a unos metros, al perro de la autopista.

Estaba parado, con las patas en el agua, el cuello estirado. En la parte donde Anna lo había herido, el pelo formaba bolas de costra negras que rezumaban un líquido denso y rojizo. El resto del pelaje era blanco y abultaba más. Parecía aún más grande.

La chica contuvo la respiración. El perro pastor resollaba enroscando la lengua delante de la nariz.

Anna echó mano de la mochila. Dentro llevaba el cuchillo. No podía apartar la mirada de aquellos ojos negros como el azabache que la hipnotizaban.

¿Qué hacía allí? ¿Cómo podía estar vivo?

El animal agachó la cabeza y bebió dos lengüetazos de agua, sin dejar de mirarla.

Anna tomó aire esperando no sabía qué, quizá que el animal desapareciera. Luego se puso en pie sobre el capó y, mostrando el puño, le gritó:

—¿Qué quieres? ¡Déjame en paz! ¿No has tenido bastante con lo que te hice?

El perro se echó en el fango, se revolvió en él enarcando el lomo y estirando una pata como si quisiera saludarla, y al final levantó un muslo enseñando la tripa rosada con manchas negras y emitió un gemido de placer.

Anna estaba desconcertada.

Aquel demonio la había acorralado en un coche y por poco se la come viva, y ahora parecía uno de esos perritos que llevan las señoras de la correa y se restriegan por el suelo en cuanto se les hace una caricia.

Saltó al suelo.

—¡Vete! ¡Fuera!

El perro se levantó de un brinco y, con el rabo entre las piernas, desapareció entre las cañas.

¿Cómo la había encontrado? ¿Y por qué en lugar de atacarla escapaba?

En esto pensaba Anna mientras subía la cuesta que serpenteaba entre extensiones de tierra quemada. De vez en cuando se volvía, segura de que iba detrás, pero no lo veía.

Con el cansancio, otra preocupación vino a ocupar sus pensamientos. No había visto el cartel del hotel, tal vez se había equivocado de camino. La mochila le pesaba como si estuviera llena de piedras.

—Doy otros mil pasos, y si no lo veo, me vuelvo —se dijo.

Tomó dos curvas y apareció, a la vera del camino, como si lo hubiese invocado, un gran cartel. Debajo del hollín se leía: «Gran Hotel de las Termas Elíseas. Exclusive Relais & Golf Club».

Apretó el puño.

—¡Entonces es verdad! ¡Muy bien, Pietro!

De nuevo la mochila era ligera y el paso veloz.

Más adelante, la carretera se estrechaba. Ya no había casas y entre las manchas negras se veían rodales verdes. Los eucaliptos tenían hoja, las adelfas crecían cargadas de flores y las chumberas formaban muros de espinas. Una vaca pasó a su lado tranquila, sin dignarse mirarla. El viento ya no olía a quemado, sino a hierba.

Las cepas de un viñedo que había en un monte estaban cargadas de uvas pasas, en

las que se posaban las avispas. Corrió a comer. Estaban tan dulces que le daban escalofríos en la espalda. Metió dos racimos en la mochila y siguió adelante.

Se sentía mejor. Por primera vez aquel día se olvidó de su hermano. Gozaba de la naturaleza, del sol que teñía de plata las copas de los pinos agitados por la brisa.

Al final de la subida se explayaba ante ella un altiplano de colinas cubiertas de trigo amarillo y matas de retama en las que un gigante había clavado decenas de turbinas eólicas.

Ya había visto estas turbinas desde la llanura, pequeñísimas e inalcanzables. No imaginaba que fueran tan imponentes.

Desde allí arriba quizá viera el hotel.

La primera no parecía tan distante. Sólo tenía que cruzar un campo que bajaba hacia un vallecito y subía por una cresta. Se detuvo a la vera de la carretera, indecisa, y al fin metió los dedos por las correas de la mochila y echó a andar.

Enseguida se vio hundida hasta el pecho entre espigas que le arañaban los brazos y las piernas. Los grillos correteaban a su alrededor. Un faisán alzó el vuelo del manto dorado lanzando chillidos estridentes y volvió a posarse un poco más allá. Tardó más de lo que imaginaba, pero al final llegó a una base de cemento cuadrada que emergía del mar amarillo como una isla.

Desde abajo, la torre era tan alta que no llegaba a ver la cima. Una pasarela de aluminio llevaba a una puertecita que habían desgoznado y colgaba torcida. Del interior salía un olor poco tentador.

Anna sacó la linterna y alumbró una escalera de caracol muy estrecha, que se enroscaba como un sacacorchos dentro de la estructura. En el primer escalón había un zorro muerto que se estaban comiendo las hormigas.

Pasó por encima de la carroña y empezó a subir la escalera. Lo hizo expeditamente, iluminando unos escalones altos que se sucedían formando una espiral vertiginosa, en medio de un calor bochornoso. Al poco estaba sudando y empezó a faltarle el aire. Se sentó y apoyó la cabeza en la pared. El metal, que el sol calentaba, estaba tibio.

Nunca en su vida se había sentido tan cansada, tan insegura y preocupada. Las uvas que se había comido le fermentaban en el estómago.

Apagó la linterna y la oscuridad la envolvió y la tranquilizó.

Había aprendido hacía tiempo a no tenerle miedo.

La regla era sencilla. Dos películas por semana: el sábado escogía ella, el domingo, su madre, y el resto del tiempo cubrían la televisión con una tela de colores, como si se avergonzaran de tener una. Pero cuando el virus, como una nube radiactiva, se extendió de Bélgica a Holanda, a Francia y al resto del mundo, la dejaron siempre encendida con el telediario puesto.

Tras la muerte de su madre, Anna se pasaba todo el día viendo la tele. En el

cuaderno de las Cosas Importantes nada se decía sobre la cuestión, y ella entendía que tenía permiso para verla. El problema era que los canales desaparecieron uno tras otro, dando paso a pantallas azul oscuro. Resistía la primera cadena, en la que no ponían más que letreros. Decían que estaba prohibido salir de casa, que regía la ley marcial y que, en caso de emergencia, se llamara a protección civil. No tenía más remedio que ver una y otra vez los DVD que había en la estantería.

Cuando la central hidroeléctrica de Guadalami, la última que aún funcionaba en la isla, cesó su actividad, dejando para siempre sin energía la Finca de la Morera y todo el norte de Sicilia, Anna estaba tumbada en el sofá viendo *Oficial y caballero*, la única película buena de la colección de su madre. Astor dormía a su lado como si fuera un muñeco.

Era el momento que más le gustaba, cuando el soldado, con su gorra y su uniforme blanco, iba a la fábrica a recoger a su novia entre los aplausos de las operarias. La televisión se había apagado y los números azules del lector habían desaparecido. Anna se había quedado mirando la pantalla negra sin preocuparse mucho. En las últimas semanas había frecuentes cortes de corriente.

Aquella vez no volvió. El tiempo de la luz, como luego lo llamó, terminó en aquel preciso momento, cuando Richard Gere llevaba en brazos a Debra Winger.

Declinó el día, el sol traspuso y la lámpara con pantalla en forma de flor que había junto al sofá no se encendió con aquella luz amarilla tan tranquilizadora. El zumo de fruta del frigorífico se calentó. Anna cargó con Astor, encendió la linterna y buscó en el cuaderno de las Cosas Importantes la solución del problema. En el cuaderno decía:

#### ELECTRICIDAD

La electricidad cesará pronto y dejará de haber luz, televisión, ordenador, música, teléfono, frigorífico. Pero no tengáis miedo. Os acostumbraréis pronto. Los seres humanos han vivido mucho tiempo sin electricidad. Con encender un fuego tenían bastante. Viviréis durante el día y dormiréis cuando anochezca, igual que hacen los animales del bosque. Al amanecer saludaréis al sol como hacen las aves. Será bonito. Cuando no tengáis nada que hacer, leeréis libros. Y la música la haréis cantando. Por la noche, encerraos en casa y no salgáis por ninguna razón. Usad velas. Pilas sólo en caso de emergencia. Pero si podéis, probad a estar a oscuras.

Nada más.

Sin electricidad, el tiempo se alargó. Las horas se sucedían una tras otra a lo largo de días que transcurrían con una lentitud exasperante. Todos los ruidos desaparecieron. El toque exacto de las campanas de la iglesia del pueblo. Los

timbrazos del móvil. El estruendo de los aviones. Los bufidos del camión de la basura. El silencio, cuando Astor dormía, era tan opresivo que casi la aturdiría.

Anna aprendió a escuchar el viento que hacía que las ventanas temblaran y las hojas susurraran, los gruñidos de su estómago, el canto de los pájaros. En aquel silencio pegajoso, incluso las termitas que perforaban las vigas del techo le hacían compañía.

Anna siempre había sido una niña habladora. Ahora la boca se le llenaba de palabras que no podía decir a nadie. Abría cajas de cartón llenas de latas de lentejas hablando sola.

—Hala, ya está lista la comida.

Incluso los caprichos de Astor, que antes la irritaban, ahora le hacían sentirse menos sola.

Y aprendió a conocer la oscuridad.

Había crecido sabiendo que las luces de casa mantenían esa oscuridad fuera de las ventanas hasta que su madre las apagaba e iba a acostarse, momento en que ella, la oscuridad, podía extender sus dedos sobre cualquier cosa.

Por aquel entonces se encontraba la oscuridad cuando, de noche, bajaba a escondidas a la cocina por galletas, aunque el reloj del horno con sus números rojos y la lucecita verde de la cafetera le decían que estuviera tranquila. La rasgaban los faros del coche cuando salían a cenar una pizza y la mataban un instante con el flash del teléfono móvil. Se la hacía reinar cuando traían la tarta con velitas, aunque entonces era divertida. Estaba encerrada en el cobertizo del jardín, y allí sí daba miedo. En aquellas tinieblas, que olían a gasolina y a pintura, la desbrozadora, la vieja aspiradora, una silla rota, el perchero se convertían en monstruos que querían devorarla a una. Sólo las ratas estaban a sus anchas en aquella oscuridad.

Entonces la oscuridad la asfixiaba, la oprimía y, unida al silencio, la asustaba. Masiva y compacta, penetraba por todos los rincones, por todos los intersticios, por la boca, por los orificios de la nariz, por los poros de la piel. A veces caía tan rápida que no daba tiempo a organizarse, otras llegaba despacio, se mezclaba con la luz, ensangrentaba el sol y lo condenaba a desaparecer por el horizonte. Las velas no servían para nada. La aureola de luz chisporroteante que producían no bastaba para vencer las tinieblas; al contrario, volvía todo más siniestro y amenazador.

Con el tiempo, Anna aprendió a no tener miedo de la oscuridad, y entraba en ella segura de que saldría sana y salva. Se metía debajo de una manta y se abrazaba a su hermano. Cuando tenía ganas de hacer pis, utilizaba un orinal que tenía junto al colchón, y en cierto momento el sueño se apoderaba de ella y no la soltaba hasta que se hacía de día.

Con nubes o con lluvia, con frío o con calor, la oscuridad, tarde o temprano, perdía su cotidiana batalla con la luz.

Como si le hubieran arrojado un cubo de agua fría, Anna despertó abriendo los brazos, se golpeó el codo contra la pared y se puso en pie de un salto. La linterna le resbaló de las rodillas. La detuvo con la suela del zapato y la encendió. Óvalos luminosos se proyectaron sobre la superficie del cilindro.

¿Cuánto había dormido?

Esperó a que el corazón se le calmara acariciándose la mano herida. Decidió que subiría cien escalones más. Si no llegaba arriba, renunciaría.

A los cuarenta y seis escalones, la linterna alumbró una puertecita abierta que daba a un cuartito minúsculo lleno de mandos. Alguien debía de haber pasado allí la noche, porque en el suelo había botellas de vino vacías y una manta. A un lado, una escalerilla vertical conducía a una trampilla cerrada por una especie de volante de metal. Estaba duro, pero haciendo fuerza con ambas manos logró desbloquearlo. Empujó hacia arriba la portezuela ayudándose de la cabeza.

El sol la cegó. Esperó a que las pupilas se adaptaran y a cuatro patas salió al exterior. Soplaba un viento que le revolvía el pelo, le silbaba en los oídos y se le metía en la boca. Emocionada y asustada, se agarró a la barandilla que rodeaba el techo de la turbina y miró.

Más allá de los montes, los restos carbonizados de los pueblos parecían incrustados en una llanura que se extendía como un tablero negro hasta la costa. La autopista cortaba ese tablero como si fuera una raya de lápiz gris. El mar semejava una hoja de papel de plata en la que habían puesto una isla oscura y redonda como un bombón y otra pequeña más lejos. Al fondo creyó ver una banda más opaca, que quizá sólo era un efecto óptico o una ilusión.

*El continente.*

Quizá al otro lado del Estrecho el mundo había vuelto a ser como antes, los Mayores tenían hijos e iban en coche, las tiendas estaban abiertas y la gente no se moría a los catorce años. Quizá Sicilia había sido olvidada junto con todos sus huérfanos. De todas las leyendas e hipótesis absurdas que había oído, ésta le parecía la única plausible, la única en la que se podía creer, la única por la que merecía la pena moverse e ir a ver.

Levantó la cara, cerró los ojos, intentó tragarse la astilla que le rasgaba la garganta. El viento se llevaba las lágrimas. Apretó con fuerza la barandilla y susurró:

—Juro que si rescato a Astor cruzaré el mar y descubriré si los Mayores siguen vivos.

Y golpeó con la frente la chapa de acero en la que estaba tendida.

Se volvió a mirar tierra adentro. Las colinas se fundían unas con otras pasando del azul oscuro al azul claro y al añil. Una carretera seguía los pliegues del terreno y llegaba a una gran construcción aislada, con una grúa amarilla.

*El hotel.*

Bajó corriendo, gritando y dando manotazos contra las paredes de la turbina. Llegó abajo mareada. Atravesó el trigal bajo un cielo que le daba vueltas y llegó a la carretera. Sacó la sudadera y siguió su camino.

Después de una breve cuesta, la carretera continuaba recta, como si fuera una cinta que se desenrollara.

El paisaje cambió de pronto, como si lo hubiera pintado otro pintor, y el amarillo del trigo se mezcló con el gris de las piedras. La carretera estaba cubierta por una capa de arena fina. En torno a ella sólo crecían arbustos, pitas y algunas matas de hierba seca. Unos asnos esqueléticos ramoneaban en lo alto de un risco, y en el cielo, quietos como cometas, unos halcones, con las alas desplegadas, acechaban a sus presas. En la luz agonizante del día, los montes pedregosos parecían caparazones de tortugas muertas.

Anna tuvo un presentimiento y se volvió.

Allí estaba el perro. La seguía a distancia.

Continuaron así un rato, hasta que Anna, exasperada, cogió una piedra y se la tiró.  
—¡Vete!

El animal esquivó la piedra con un saltito ágil y se quedó mirándola, como si tuviera algo importante que decirle.

Anna echó a correr hacia él, pisando fuerte y levantando los brazos.

—¡Déjame en paz!

El perro dio media vuelta y huyó sin prisa, como si le pesara el culo, hasta que desapareció entre los arbustos.

Anna siguió andando, pero al momento se lo encontró otra vez detrás.

—Bueno, sígueme si quieres. Pero no tengo nada que dartte.

Y aligeró el paso sin volver a mirar atrás.

En una explanada polvorienta había, como si flotara en la luz incierta del crepúsculo, un autobús azul. Le faltaban los cristales y estaba lleno de pintadas. En el interior los asientos estaban destrozados y el suelo se veía cubierto de basura.

Anna se subió al techo y se sentó con las piernas cruzadas.

El perro la observó un momento doblando la cabeza y desapareció bajo el vehículo.

La uva que llevaba en la mochila se había aplastado, pero Anna se la comió, contemplando un cielo crepuscular que pasaba del naranja al gris perla y se transformaba, más arriba, en una noche estrellada.

En cuanto anocheció cesó el viento.

Seguía teniendo hambre y allí arriba se sentía un poco expuesta. Se puso la mochila de almohada, se volvió de costado y se metió las manos entre los muslos.

Pensó en lo que haría cuando llegara al hotel.

*No lo pienses.*

Empezó a mecerse y poco a poco los temores cedieron al cansancio.

El sol se elevó entre dos picos y proyectó sus rayos sobre las cimas peladas y los esmirriados pinares, inundando de luz una vertiente del valle.

Anna arrastraba los pies por el centro de la carretera y le costaba mantener los ojos abiertos. En el techo del autobús había dormido poco, había pasado frío y había tenido pesadillas. El perro seguía allí, detrás de ella, cabizbajo.

De pronto empezó a ladrar.

La chica se volvió.

Una nube de polvo se levantaba en la carretera a lo lejos y venía hacia ella.

*Un coche.*

Los ladridos del perro repercutían contra las rocas y se multiplicaban en un estruendo que no le dejaba oír nada.

—¡Cállate, cállate! —le gritó.

El animal, con el lomo erizado, enmudeció, la miró de reojo y echó a correr con el rabo tieso hacia la polvareda.

Ahora se veía, en medio de la nube dorada, algo más denso, una masa oscura, como si fuera un planeta rodeado de polvo cósmico.

Anna salió de la carretera y se escondió tras unas pitas que crecían desmedradas entre las piedras.

La masa oscura siguió acercándose y se dividió en dos formas alargadas que avanzaban paralelas.

*Caballos.*

El suelo empezó a vibrar. Entre la vegetación Anna vio pasar ocho cascos que batían el asfalto y las cuatro ruedas de un remolque con laterales de madera pintados de amarillo en el que se leía: «Granizados Assuntina». Un chico y dos chicas iban sentados en el pescante. El primero, flaco y menudo, llevaba unas cuerdas que usaba a modo de riendas. El remolque iba cargado con un montón de huesos amarillentos. El perro corría junto al carro, ladrando. Después de arremeter contra las ruedas, pasó a los caballos, que, sujetos por el yugo, relinchaban y coceaban. El perro, que no se dejaba intimidar, se les metía entre las patas como si quisiera despedazarlos, borrarlos de la faz de la tierra. Los equinos intentaban galopar, pero el carromato daba tumbos dejando tras de sí un rastro de huesos.

El cochero, en calzoncillos y camisa, gritaba tratando de contener a los caballos. Exasperado, soltó las riendas, cogió un bastón que llevaba a los pies y, con ayuda de las chicas, que lo sujetaron de la camisa, se echó hacia delante muy tieso, cual caballero de torneo medieval. Consiguió darle un estacazo en el lomo al perro, pero éste, lejos de aplacarse, se enfureció aún más y, echando baba por la boca, se arrojó contra las ancas de uno de los caballos. Recibió una coz en el costado que lo lanzó

contra el carro volando por el aire como si fuera de paja. Un instante después desapareció bajo las ruedas.

Los tres chicos se felicitaron.

*No saben con quién se las tienen,* se dijo Anna volviendo a la carretera.

El perro apareció tras el remolque, se sacudió el polvo y echó a correr de nuevo en pos de sus enemigos, esquivando fémures y tibias que volaban por todas partes. Mordió en el anca al alazán de la derecha, que se encabritó y cayó, con un relincho ahogado, sobre el lomo del otro. Los dos animales se desplomaron en medio de una maraña de patas, colas y cuerdas. El carro se levantó sobre dos ruedas y volcó con gran estrépito de hierro y madera. Huesos y chicos salieron despedidos como si los hubiera lanzado un gigante caprichoso. Los caballos, libres del yugo, huyeron al galope y desaparecieron entre los montes, perseguidos por el perro.

El carro había volcado en medio de la carretera. Los tres chicos yacían en el polvo, sin moverse.

Anna se llevó las manos a la cabeza.

*Ese perro está loco.*

La misma rabia que lo había movido a seguirla a ella por la autopista lo lanzaba ahora contra los caballos. Lo vio volver al trote, con una sonrisa de oreja a oreja. Se sentó delante de ella, barriendo el suelo con el rabo.

Sin hacerle caso, Anna se acercó al cochero, que yacía boca abajo. Tenía la camisa hecha jirones y había perdido un zapato. Se había desollado los codos y las rodillas y se quejaba.

Anna se acuclilló a su lado, pero el chico la rechazó, enseñándole unos dientes negros.

—¡Déjame!

Parecía una rata, como esas grandes que había en Castellammare. Tenía la cara hecha de triángulos: pómulos, orejas salidas y barbilla puntiaguda. Mostraba todas las señales de la Roja: costras en labios y nariz, manchas rojas debajo de las axilas, moraduras en los brazos.

Anna sacó la botella de la mochila y se la ofreció.

—Sólo son unos arañazos. Toma, échales un poco de agua.

Pero el chico le dio una bofetada.

Anna se pasó la mano por la mejilla sin decir nada, apretó los puños y se alejó.

El chico cogió un fémur del suelo.

—¡Para! —La alcanzó y le cortó el paso sacando el pecho—. ¿Adónde te crees que vas? ¡Mira la que has armado! —exclamó, señalando el carro con el hueso. Tenía unos ojillos negros y brillantes y un moco amarillo le colgaba de la nariz.

Anna lo apartó.

—¿La que he armado? ¿Yo?

La rata tosió, escupió un gargajo amarillo y se le acercó. El aliento le olía a carne podrida.

—Tu chucho nos ha destrozado el carro y por poco nos mata.

Furioso, quiso golpearla con el hueso.

Anna le echó las manos al cuello y apretó con fuerza.

—Ya me has hartado. ¡Suelta ese hueso! Suéltalo ahora mismo.

El chico, tiñoso, abría y cerraba la boca y escupía saliva, pero no soltaba el hueso.

—¡Que te rompo el cuello! —gritó ella, y le pegó un pisotón en el dedo gordo del pie.

La rata dio un alarido y empezó a saltar con un pie.

—Yo no tengo nada que ver con ese perro —dijo Anna.

A todo esto, las dos chicas se habían levantado y la miraban. Una era alta y delgada, la otra baja y gorda. La alta llevaba un vestido largo de flores sin mangas, del que salían unos palitos rematados en sendas manazas. La gorda tenía unas piernas cortas y torneadas sobre las que descansaba un culazo ceñido por una minifalda lila. Tres michelines y un par de tetazas iban embutidas en una camiseta de rayas verdes y azules. Juntas, parecían dos personajes de dibujos animados.

—¿Y vosotras qué miráis? —preguntó Anna.

No le contestaron, pero cuchichearon.

La rata señaló al perro, que se había tendido al sol.

—Si no es tuyo, mávalo.

—¿Al perro? —Anna se echó a reír—. Mávalo tú. Yo lo intenté y no pude. Casi me destroza, allí en la autopista. Y si no me crees, allá tú.

El perro bostezó ruidosamente, enarcó la espalda y estiró las patas.

—Apuesto a que le ha dicho que atacara a los caballos. —La flaca se volvió hacia el chico—. Mi padre también tenía un perro, se llamaba Aníbal y odiaba a las ovejas.

La gordinflona miró al cielo.

—Fiammetta, por favor, no empieces otra vez con lo de Aníbal.

—El trabajo de días perdido. —La rata parecía abatida—. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Cómo le decimos al Oso que hemos perdido los huesos y encima los caballos?

—Se va a enfadar muchísimo, con el mal carácter que tiene... —dijo Fiammetta.

—Olvidémonos de los collares. —La gorda movió la cabeza—. Estamos apañados. —Y abrazó a su amiga.

La flaca prorrumpió en un llanto que parecía un balido.

—Había dicho que nos dejaría estar con él...

La rata se encogió de hombros.

—A mí sí me dará el collar... A vosotras dos no. A vosotras no os aguanta nadie.

Fiammetta no entendía.

—¿Por qué?

La gorda movió la cabeza.

—¿Sabes por qué? Porque él ya tiene su collar. Y no nos lo ha dicho.

—¿Es eso verdad, Katio?

—Sí, es verdad. —El chico esbozó una sonrisa maliciosa—. Me lo ha dado Angelica.

—¡Maldito seas! —La gorda se abalanzó sobre él, lo cogió del pelo y empezó a tirar.

—¡Déjame, hija de puta! —gritaba Katio, dándole patadas en los tobillos, pero la gorda no lo soltaba.

—Fiammetta, ayúdame.

—Ya voy, Chiara. —La flaca dio tres pasos con sus zancas y, como si fuera un murciélago, se agarró también al pelo de Katio. Los tres gritaban y se empujaban formando un extraño corro.

Anna estaba boquiabierta.

Una voz que sonó a sus espaldas interrumpió la pelea.

—Perdonad... —En medio de la carretera había un chico que llevaba a cuestas una enorme sandía—. Una pregunta... —Vestía un largo abrigo color beige que le arrastraba como una capa. Debajo del abrigo iba desnudo. Calzaba un par de zapatos de piel repujada con cordones que en su momento debieron de ser elegantes—. ¿Se va por aquí al hotel? —Parecía que le hubieran prensado el cráneo y las facciones se le hubieran desencajado. Los ojos no estaban alineados. Uno estaba más bajo y medio cerrado y lo tapaba el pómulo. Tenía la frente alta y granujienta y unos mechones de pelo rubio que parecía que se los hubieran pegado con cola.

Los tres niños habían dejado de pelear y lo observaban perplejos. La sandía debía de pesar como mínimo veinte kilos. Chiara fue la primera en reaccionar:

—¿Adónde vas con eso?

El de la sandía tardó unos segundos en contestar, como si buscara la mejor respuesta. Al fin, dejó el fruto en el suelo.

—Es un regalo para la Picciridduna. Dicen que si le llevas regalos especiales te cura. —Sacó un trapo del bolsillo del abrigo y empezó a sacarle brillo a la corteza estriada—. Ya falta poco.

—¿Y tu cara? —preguntó Fiammetta.

—Mi cara es así. —Se encogió de hombros—. Cuando nació mi padre me metió la cabeza en un cajón.

Katio se acercó al chico.

—¿Y la sandía? ¿De dónde la has sacado?

—No es una sandía, es un melón de agua. No los hay más grandes y dulces en todo el mundo. —Se dio unos golpes en el pecho, orgulloso—. Lo he criado yo. Le he echado estiércol.

Fiammetta lo examinó alargando su cuello de buitre.

—Es enorme...

—¿Vosotros también vais? Podemos ir juntos.

La rata pasó los dedos por el fruto, como si quisiera asegurarse de que no era de

plástico.

—¿Podemos probarlo?

—No, es para la Picciridduna.

—Va, sólo un poco.

—¡No! —El chico rodeó su tesoro con los brazos—. Tengo que llevarlo al hotel.

Katio le dio una palmada en la espalda demasiado fuerte para ser amistosa.

—¿Te crees que para salvarse basta un melón? Estás loco. —De repente se puso serio—. Pero si me dejas que me lo coma hablo con el Oso...

Anna tenía la impresión de ver cómo los pensamientos pasaban por la mente del pobre desgraciado del abrigo. Derechos, uno detrás de otro, como vagones de un tren lento y ruidoso. Algunos iban entre signos de interrogación. Y el pobre no sabía cómo pararlos. De hecho, preguntó:

—¿Y quién es el Oso?

Katio sonrió, enseñando los dientes estropeados.

—¿De veras no lo sabes? Rosario Barletta, alias el Oso, es el jefe del hotel. Es amigo mío. Es el que organiza la fiesta y manda en los niños de azul. Si nos das el melón le hablo de ti y podrás comer ceniza y salvarte. —Se besó los dedos índices—. Prometido.

El chico se sentó sobre el melón como si quisiera incubarlo.

—Entonces, ¿no quieres compartirlo con nosotros? —dijo Katio.

El pobre miró a Anna y a Fiammetta implorando ayuda con los ojos.

—Imagínate que está pasado. —La rata insistía—. Imagínate que Rosario lo abre y ve que está pasado. Seguro que te tira del tejado del hotel.

El chico tenía la voz cascada.

—No está pasado... —Luego, con una mueca de dolor, capituló—. Bueno, vale, tomad.

Katio levantó el puño como si hubiera marcado un gol.

Anna habló casi sin querer.

—Déjalo. ¿Quiere llevar su melón? Pues que lo lleve.

La rata le lanzó una mirada aviesa y luego, muy amable, se dirigió al chico.

—Perdona, ella tiene razón. —Señaló la carretera—. Pues adelante. —Y estallando en un grito de alegría hundió el talón en la sandía, que se abrió derramando pulpa roja y semillas negras sobre el asfalto.

El desgraciado de la sandía emitió un sollozo ahogado y se arrojó sobre los restos jugosos de su único bien. También Chiara y Fiammetta se arrojaron sobre ellos como dos endemoniadas, y empezaron a recoger trozos que se llevaban a la boca.

—¡Hijo de puta! —Anna se abalanzó sobre Katio, que observaba satisfecho cómo las otras se ponían las botas, y le soltó una bofetada en la oreja.

El chico se estremeció y los ojos se le salieron de las órbitas, como los de las ranitas de San Antón. Abrió la boca en un grito mudo, se frotó el pabellón de la oreja y, rompiendo a llorar, cayó de rodillas.

Sus amigas, ocupadas en atracarse de sandía, ni lo miraron. Anna apuntó al culo de Chiara y con la suela del zapato le dio un empujón. La gorda se dio de morros contra el asfalto. La flaca, con la cara embadurnada de jugo rojo, retrocedió de un salto como si fuera un ave zancuda y se alejó correteando.

—Va, no es nada. —Anna cogió al desdichado por la muñeca. Pero el chico no se movía. Sollozaba balanceando el cráneo deforme—. Como quieras. —Se volvió hacia el perro, que seguía tendido en el suelo. Intentó silbar, pero le salió una pedorreta floja.

El perro levantó la cabeza, la miró con desinterés y volvió a acostarse.

—¡A la mierda tú también!

La silueta del Gran Hotel de las Termas Elíseas se veía ya a dos kilómetros de distancia. Se alargaba en el horizonte como un barco crucero que hubiera encallado en un monte. Unas columnas de humo se elevaban del tejado.

Anna pasó por debajo de un arco de piedras negras que se elevaba en la carretera. Fémures que la lluvia había decolorado colgaban de cuerdas y tintineaban como campanas chinas. En un pilar había encastradas unas letras doradas: «HOMAS ELÍ...». Las demás se habían caído. A ambos lados del camino habían plantado unos olivos seculares que ahora estaban medio muertos. Remolinos de polvo danzaban entre las rocas oscuras y las chumberas. El viento traía olor a azufre y a plástico quemado.

Se sentó. Apenas le entraba aire por la tráquea contraída. La angustia había ido poco a poco en aumento. Cada vez le había costado más recorrer los metros que la acercaban al hotel y ahora que había llegado no estaba segura de querer entrar.

*¿Y si lo han matado?*

A unos cien metros había unos chiquillos que iban y venían entre los arbustos. Parecían estar recogiendo algo del suelo.

Dejó la carretera, pasando junto a unos peñascos oscuros que rodeaban el hotel como centinelas, se escondió entre dos rocas y apoyó la barbilla en las rodillas. La frente le ardía y tenía escalofríos. Se quedó contemplando la extensión desolada que la luz del ocaso teñía de rojo.

También podía esperar al día siguiente.

Su madre avanzó entre los arbustos. Llevaba unos vaqueros de cintura baja con un cinturón negro, unas sandalias de cuero y una camiseta blanca de algodón grueso. La vio sentarse enfrente y cruzar las piernas. Una boquilla en los labios, un papel de liar con tabaco en las manos.

*¿Qué te pasa?*

*Tengo fiebre.*

La madre cogió la boquilla y la colocó en un extremo del papel. Pasó la punta de la lengua por la cola. Y con un rápido movimiento de pulgares e índices hizo un cigarrillo. Lo encendió.

*¿Y tu hermano? ¿Vas a dejarlo ahí dentro?*

*No, iré mañana. Ahora quiero dormir un poco.*

El papel chisporroteó y la cara de Maria Grazia quedó envuelta en humo. Entre los mechones rubios aparecieron los ojos brillantes, con ojeras, de los últimos días.

*Sabía que no podía fiarme...*

De nuevo estaba en su habitación, tumbada en la cama, entre sábanas arrugadas, en medio de un charco de sudor.

*Estás hecha de la misma pasta blanda que tu padre.*

Anna apretó los puños y con la muñeca se enjugó los ojos arrasados en lágrimas. Entre las zarzas apareció el perro. La observaba con unos ojos melancólicos y con la lengua fuera.

Anna estiró la mano.

—Has vuelto.

El can dio dos pasos, dobló el cuello, le olió los dedos con su nariz agrietada y le dio dos lametazos suaves.

—Tú y yo somos amigos —le dijo ella, tragando un nudo de espinas.

El perro se echó junto a su ama, metió la cabeza entre las patas y se quedó dormido.

Anna permaneció inmóvil. El pelo sucio y maloliente de animal le rozaba el muslo. No sin temor, empezó a acariciarlo. Al contacto de sus dedos, los músculos del animal vibraban. Una pata trasera dio una sacudida de gusto.

—¿Cómo te llamas?

El perro enarcó el lomo y estiró la boca.

—Eres muy mimoso. —Sonrió—. Así te llamaré, Mimoso.

Y así fue como, después de llamarse Pánfilo y Manson, el perro se llamó Mimoso.

Anna encendió la linterna. El haz de luz se llenó de enjambres de mosquitos. Los ojos del perro brillaban con un azul eléctrico.

—Quédate aquí. —Le acarició la frente—. Vuelvo enseguida. —El animal la miró atento y no se movió.

El hotel estaba envuelto en nubes de humo que se teñían del resplandor rojizo de los fuegos. A lo lejos, resonaba un estruendo rítmico de percusiones metálicas. Anna pasó al lado de un grupo que iba en su misma dirección, figuras oscuras que reían y hablaban. A sus oídos llegaron rachas de palabras incomprensibles, estertores y golpes de tos.

Conforme avanzaba menudeaban los grupos. Muchos estaban sentados en muros o acostados en el suelo, en campamentos improvisados.

Avanzó de prisa entre la multitud hasta que se encontró con una cola desordenada que se movía en oleadas. Los destellos de los fuegos lejanos iluminaban rostros cubiertos de manchas y bocas sin dientes. Era una procesión de tullidos, jorobados, enfermos. Casi todos llevaban bolsas llenas de cosas o arrastraban maletas abultadas.

Dos personas fumaban aparte.

—Yo traigo tres latas de carne. ¿Tú qué traes? —preguntaba uno.

—Esto... —contestó una voz femenina. La llama de un mechero tembló en la oscuridad y se reflejó en el vidrio de una botella con una etiqueta roja.

—¿Qué es?

—Vino.

—No es suficiente. No te dejarán entrar.

—¿Por qué?

El otro se rió.

—Porque ésta me la bebo yo.

Empezaron a pelear sin mucha convicción, como amigos.

*Para entrar hay que llevar algo.*

¿Qué llevaba en la mochila? Una botella vacía. Un mechero. Un cuchillo. Lo único que tenía valor era la linterna, pero no quería darla. Era una linterna muy buena, potente, que no se le había averiado nunca. Y las pilas también eran buenas todavía.

En la cola que proseguía a lo largo de las paredes del hotel estallaban altercados que acababan en gritos y empujones.

Era la primera vez desde la epidemia que Anna se encontraba rodeada de tantos seres humanos, y con toda aquella gente que la presionaba, la tocaba y la empujaba sentía que le faltaba el aire. Tenía ganas de escapar, pero se armó de paciencia y siguió en la cola.

Media hora después llegó a la verja.

Puestas en una hilera de bidones, ardían cientos de velas. Detrás de los barrotes, tres chicos controlaban a los que entraban. Los tres llevaban collares hechos con falanges humanas que les colgaban por el pecho.

—¿Qué traes para regalarle a la Picciridduna? —le preguntó uno delgado que tenía el pelo untado con una especie de papilla verde.

Anna le dio la linterna.

El chico comprobó que funcionara bien y se la pasó al compañero que tenía al lado.

—Vale...

El compañero, un rubio bajito, la echó a una caja con las demás ofrendas, le miró los pechos y la dejó pasar, mientras la gente se agolpaba contra la verja.

Enfiló un pasaje cubierto, oscuro y ventoso, que llevaba a los jardines. Las paredes estaban llenas de dibujos y pintadas. A ambos lados del piso de piedra se acumulaban cascotes, plásticos, botes y latas aplastadas.

Salió a una plataforma que daba a un anfiteatro. Las gradas de cemento basto descendían hasta una piscina llena de basura y agua de lluvia, más allá de la cual, detrás de seis columnas corintias, se veían aún vallas de obras. De cinco piras de neumáticos se elevaban altas lenguas de fuego que envolvían el teatro en un humo acre y negro. Todo estaba en ruinas. Una serie de canales invadidos por hierbajos, y de los que salían, como serpientes naranjas, macarrones de cables eléctricos, recorría el hemiciclo y descendía hasta la piscina.

Había gente por todas partes. Los que se apiñaban en las gradas parecían dormir. Muchos iban y venían por las rampas. Sobre un terraplén, unos harapientos golpeaban unos bidones con un ritmo lento y monótono.

El hotel se erigía arriba, dominándolo todo. En el centro lo coronaba una cúpula de cristal. Un ala era un esqueleto de pilares de cemento, pero en la otra las obras habían avanzado más y había ventanas y persianas.

Anna, con paso inseguro, empezó a bajar las escaleras, pero no avanzó mucho. Se detuvo en una grada cubierta de latas vacías de atún, judías y garbanzos. Cogió un par, buscó un rinconcito libre y con dos dedos rascó el fondo de las latas. Con el hambre que tenía, hasta los garbanzos, que nunca había soportado, le parecían deliciosos.

Allí cerca, en una grada, había una chica con una capucha negra y un collar de huesos que llevaba un cesto lleno de botellas de plástico. Todo el mundo se peleaba por conseguir una de aquellas botellas. Y quien la conseguía tenía que defenderla.

Los que bebían pronto empezaban a oscilar, con la cabeza y los brazos colgando, mecidos por el sonido de los tambores. Uno, que caminaba con los ojos cerrados, no se dio cuenta de que el escalón terminaba y, después de permanecer un instante con la pierna suspendida en el vacío, cayó entre las carcajadas de los otros.

Anna observó a los que la rodeaban.

La tensión que se percibía fuera de la verja parecía haber desaparecido. Entre la humareda se entreveían figuras que se agitaban como si estuvieran en una fiesta o en un concierto, pero no había nadie de la edad de Astor.

A su lado vio una espalda femenina, con unas paletillas que se ensanchaban como alas de pollo, y unas piernas flacas.

—Perdona. —Le tocó el hombro—. ¿Sabes dónde tienen a los niños?

No obtuvo respuesta.

Le tiró de un brazo y la chica le cayó encima. Tenía las mejillas demacradas, como si un parásito la hubiera chupado por dentro, los ojos vítreos y la boca contraída en un grito mudo.

Una ráfaga de viento barrió el anfiteatro. A la luz destellante de los fuegos se veía un mar de cuerpos que se retorcían.

Anna se levantó de un salto, se restregó los brazos tratando de ahuyentar, como si fuera un enjambre de moscas, la muerte que se le había pegado a la piel y tropezó en el tobillo de un chico. Un olor ácido a orina le llenó la nariz. El desgraciado temblaba sacudido por escalofríos. Tenía la cara, el cuello y el pecho cubiertos de llagas, los brazos rígidos y los puños apretados como si estuviera luchando.

*Es una sala de espera.*

Las llamaban así. Se decía que en Palermo había una en el estadio y otra en Mondello. Los moribundos, los desahuciados, acudían allí a morir juntos.

—Yo... Yo no tengo la Roja —balbució. Dio un par de pasos y se vio envuelta en una nube de gas que le llenó los pulmones.

Subió la escalera corriendo. Al pie de un árbol seco del que colgaban trapos y bolsas vio una hormigonera. Se escondió detrás, se acurrucó de costado y apoyó la cabeza en la mochila.

Si no miraba, si no escuchaba, aquella oscuridad era la misma que la de la Finca de la Morera.

Unos segundos después los párpados se le cerraron y se quedó dormida.

La luz del día la deslumbró.

Anna se tapó la cara con las manos y miró entre los dedos el cielo lechoso. El sol, justo encima del horizonte, parecía una mancha de salsa en un mantel blanco.

A la luz del día, el anfiteatro parecía más pequeño. De los montones de ceniza a los que habían quedado reducidos los neumáticos sobresalían alambres negros y tiesos. El terraplén de los tambores estaba desierto. En las gradas quedaban pocos enfermos.

Se incorporó, bostezando.

Enfrente de ella, a contraluz, había una figura con una cara que le era familiar.

—¿Qué haces aquí?

Pietro tenía las piernas cruzadas.

—He venido a buscarte —contestó. Cogió del suelo una botella a la que aún le quedaban dos dedos de un líquido negro y se la llevó a la nariz—. ¿Has bebido de esto?

Anna se desperezó.

—No. ¿Qué es?

—Las reparten por la noche. Lleva de todo, alcohol, píldoras, somníferos... Lo llaman «las Lágrimas de la Picciridduna». Yo una vez me soplé media botella y luego rompí un escaparate con la cabeza. Mira. —Le enseñó una cicatriz oscura y carnosa que tenía detrás de la oreja izquierda—. Yo ni me acordaba. Me lo contaron.

La chica se arregló la camiseta.

—Pero ¿no había muertos?

—Se los llevan al amanecer y los echan a una fosa.

Anna lo observó. Parecía cansado, con la cara arrugada y el pelo revuelto, pero los ojos, líquidos y grandes, eran bonitos.

—¿Tú no estabas buscando tus zapatillas?

El chico cogió una lata de atún vacía y le dio vueltas en las manos.

—Sin mí no encontrarás a tu hermano.

Anna se pasó la mano por el pelo y ladeó la cabeza.

*Ha venido por mí.*

Pietro rebañó con el dedo las sobras de pescado y se las llevó a la boca.

—Está en el sótano. Pero si te pillan te meten en la cisterna. Sólo los guardianes, que llevan collar, pueden ir, pero yo conozco un camino. Te llevo, si quieres.

Anna guardó silencio un momento.

—¿Cómo es que sabes tantas cosas?

Él le dio la espalda.

—Yo tenía un collar. Luego surgieron problemas y conviene que no me vean mucho.

Lanzó la lata hacia la piscina, pero erró clamorosamente el blanco. La lata golpeó en la cabeza de un chico que había tumbado un par de gradas más abajo.

El chico se levantó y lo señaló.

—¡Pero qué coño...! —Y empezó a toser.

Pietro levantó una mano.

—Perdona.

Anna aplaudió.

—Menos mal que no querías llamar la atención. —Se ató un zapato—. Vamos.

Rodearon la piscina pasando entre grupos de chicos que dormían amontonados como hámsters en la paja. Algunos se habían envuelto en plásticos.

Subieron una escalera de cemento y llegaron a una explanada en la que un grupo de guardianes calentaban al fuego una lata plateada. Miraban la comida fijamente, bostezando, como si tuvieran que guisarla con los ojos.

—No los mires —le susurró Pietro—. De ahora en adelante hay que llevar collar para moverse.

Se internaron en un retamal y cuando salieron de él se hallaron ante una llanura sumida en una niebla lechosa, sobre la cual despuntaban las cimas desvaídas de los montes. Siguieron por un camino que, cien metros más adelante, hallaron cortado por una barrera de tablas clavadas. Allí cerca debía de haber una letrina, porque llegaban vaharadas de orina y excrementos.

Se deslizaron de culo por una cresta cubierta de plantas de hojas anchas y frutos espinosos y llegaron a una pendiente sembrada de trigo. Pietro se abrió paso entre las espigas y de cuando en cuando se volvía para ver si Anna lo seguía.

Se agacharon detrás de unos contenedores llenos de escombros que había a la orilla de un descampado en el que, junto a unas barracas prefabricadas, se veían una excavadora y un camión abandonados.

—Ahí está el camino que va a la cantera.

Anna se asomó a mirar.

—Tenemos que correr rápido para que no nos vean los del hotel —siguió diciendo Pietro—. Si nos llevan ante Angelica, estoy perdido.

—¿Quién es Angelica?

Pietro se mordió el labio.

—Aquí lo decide todo ella, con el Oso.

Anna se acordó de que había oído hablar del Oso a Katio, el del carro.

—¿Y dónde está?

—A esta hora estará durmiendo.

La chica dobló la cabeza y lo miró de abajo arriba.

Pietro se removió.

—Se enamoró de mí y no me dejaba en paz. Me quería.

Anna soltó una carcajada estrepitosa.

Pietro le tapó la boca y exclamó en voz baja:

—¡Calla! Que nos pueden oír...

Anna se enjugó las lágrimas con la muñeca.

¿Cómo llamaba su madre a su padre cuando éste se jactaba de ser capaz de lanzarse de cabeza desde el risco del cura?

—Eres como mi padre, un fanfarrón.

—Es verdad, te lo juro. —Pietro se besó los dedos—. Por eso me escapé. Esa tía está loca. Decía que si me iba con ella me llevaba a ver a la Picciridduna, pero era una excusa. Y, por favor, ¿podemos dejar el tema? —Buscó un tono de adulto—. Ahora escúchame: cuando yo diga, corremos sin parar hasta la excavadora y nos escondemos.

—¿Y cómo es? ¿Guapa?

—No. Está demasiado flaca, parece una bruja.

—¿Por qué? ¿A ti cómo te gustan? Con muchas... —Anna dibujó unas curvas en el aire.

Pietro juntó las manos.

—Por favor...

Ella quiso ponerse seria, pero sus ojos siguieron risueños.

—O sea, que si nos pillan, ¿te toca ver a Angelica?

—No nos pillarán.

—¿Y por qué?

Pietro la miró a los ojos.

—Porque somos invisibles.

—¿Ves como eres un fanfarrón?

No serían invisibles, pero cruzaron el descampado sin que nadie los viera.

Anna se detuvo junto a la oruga de la excavadora. Un segundo después llegó Pietro, que le hizo señas de esperar. Venía jadeando.

—Han bloqueado el camino.

El camino que, describiendo una serie de curvas, descendía al valle estaba cortado por una valla metálica. La parte de los puntales que la sostenían aún estaba en buen estado, lo demás había desaparecido bajo la tierra de los derrumbes.

—Tenemos que ir por el bosque —dijo el chico.

Anna tuvo una duda. ¿Y si la engañaba? ¿Podía fiarse de un fanfarrón que contaba que una tal Angelica lo quería y que iba por el mundo buscando zapatillas?

*Pero es lo que hay.*

Los árboles se agarraban unos a otros como si temieran precipitarse ladera abajo. La hiedra estrangulaba los robles, colgaba como en racimos y convertía el terreno, lleno de hoyos y piedras, en una maraña de vegetación insidiosa. El sol había ascendido y con él habían aparecido nubes de mosquitos que picaban en tobillos y brazos.

Anna seguía a Pietro, preocupada.

—¿Estás seguro de que vamos bien?

—No —confesó Pietro.

—Si te has equivocado, más vale que vol... —No acabó la frase porque tropezó con una raíz, cayó de espaldas y empezó a deslizarse ladera abajo. Quiso agarrarse a la hiedra, pero ésta cedió. De culo, gritando, tomó una elevación y salió despedida por el aire. Ramas y hojas le azotaron la cara y los brazos.

El bosque la expelió de sí.

Dando volteretas, aterrizó en un guijarral escarpado. Quiso frenar con manos y pies, pero bajaba cada vez más veloz, arrastrando un alud de guijarros. Al final de la pendiente había un barranco. Una mancha verde, que al principio parecía un arbusto, fue aumentando de tamaño sin que ella pudiera detenerse. Se enredó, como un pez en una red, en las ramas de una higuera silvestre que crecía en el borde del barranco que caía a pico sobre la cantera. El corazón no se había percatado de que estaba salvada, y las sienes le palpitaban. Dobló los dedos, que se le habían puesto blancos, y se pasó la lengua por los dientes, cubiertos de polvo.

Al poco, y anunciado por un grito, aterrizó a su lado Pietro, que la llenó de arena.

Tendidos bajo la bóveda de hojas, se miraron sorprendidos de seguir vivos. Estaban blancos. Se echaron a reír.

Anna se sorbió la nariz.

—¿Puedo preguntarte una cosa? Pero no te enfades... —Se aclaró la voz—. ¿Para qué quieres esas zapatillas?

Pietro se frotó los párpados, respiró hondo y se tumbó con la nuca apoyada en el brazo.

—Es inútil que te lo cuente, porque no me vas a creer.

—Inténtalo.

Pietro tosió.

—Yo tenía un amigo, Pierpaolo Saverioni. Me llevaba dos años. Cogió la Roja y se puso muy mal. Estaba todo cubierto de manchas, apenas respiraba y no podía levantarse de la cama. Le quedaba poco tiempo de vida. Una mañana me da una página de periódico, la que te he enseñado, y me dice que esas zapatillas son mágicas, que pueden salvarlo, y me pide que le busque unas. Estaba seguro. ¿Qué podía contestarle yo? Era mi amigo, me había cobijado en su casa y me había dado de comer. Fui al centro comercial y las encontré. Adidas Hamburg. Había un montón de cajas. —Espantó una mosca que lo rondaba—. Pensé que era una tontería y sólo cogí un par, del número cuarenta y dos. Se las puso, mejor dicho, se las puse yo, porque él

no podía, y me fui a acostar. —Guardó silencio unos segundos—. Al día siguiente había desaparecido. En la cama había dejado la página de las zapatillas. Lo he buscado por todas partes. Era imposible que se hubiera ido por su propio pie, estaba en las últimas, no podía moverse. Miré incluso por si se había tirado por la ventana.

La chica se rascó una mejilla.

—¿Y dónde estaba?

—En el otro lado. En el universo en el que todo es como era antes, en el que no ha habido Roja y las cosas son como deben ser. Yo no sé por qué esas zapatillas funcionan así, pero Pierpaolo me explicó que, cuando te las pones, te llevan por un camino que va a ese otro mundo. —Se encogió de hombros—. Fui corriendo al centro comercial pero ya no había. Habían desaparecido todas. —Se volvió hacia Anna.

Ella lo miró.

—¿Y si las encuentras y no funcionan?

Pietro bajó los ojos.

—¿No crees que hay una salvación? ¿De verdad estamos destinados a morir así?

La mirada de Anna recayó en una araña marrón que se estremecía en el centro de la tela que el viento agitaba.

—Yo no creo nada. Yo tengo que encontrar a mi hermano, le prometí a mi madre que no lo abandonaré.

—¿Y después? ¿Qué cambiará? Dentro de poco te morirás y él se quedará solo.

—Pero antes lo llevaré al continente.

El chico se restregó la punta de la nariz.

—¿A Calabria?

—Allí a lo mejor se han salvado unos Mayores y tienen la vacuna.

—¿Ves como tú también crees en algo?

Anna cerró los ojos.

La mano de Pietro buscó la suya. Ella se la apretó.

Se quedaron quietos, cogidos de la mano, rígidos como palos, y así habrían seguido de no haber oído un tintineo.

Anna irguió la cabeza.

—¿Oyes?

Pietro parecía que no quería moverse.

—¿Qué?

—Ese ruido. ¿Lo oyes? —La chica se abrió paso entre las ramas e hizo un hueco en la cortina de hojas. En el cielo azul flotaban unas nubes blancas y espesas. Abajo, colgado de una grúa por un cable de acero, oscilaba un muñeco que parecía un esqueleto humano. Aunque no era buena calculando distancias, Anna tuvo la impresión de que aquello era más alto que el edificio del banco de la plaza Matteotti.

Estaba hecho de tablones unidos por articulaciones de cuerdas. La caja torácica parecía el casco de una barca y la pelvis tenía un agujero en medio. A excepción de media pierna izquierda y del brazo derecho, aún inacabados, estaba enteramente cubierto de huesos. De los húmeros colgaban húmeros, fémures de los fémures, clavículas de las clavículas. Pero lo más sorprendente era el cráneo, hecho de calaveras que formaban espirales. La espina dorsal era un mosaico de vértebras. Los huesos, libres de moverse, entrechocaban agitados por el viento.

Pietro se asomó.

—Al final lo han hecho.

Anna estaba admirada.

—Es precioso.

—Es para la fiesta de la Picciridduna.

Al pie de la grúa había montones de huesos. Más allá, junto a una larga nave hecha de chapa, había un camión cisterna, montañas de neumáticos y pilas de leña.

Anna y Pietro siguieron a gatas el borde arenoso del barranco y bajaron a la cantera. La marioneta los miraba con sus órbitas negras hechas con ruedas de tractor.

El viento soplaba entre los cúmulos de arena y barría la explanada levantando remolinos de polvo y haciendo que la puerta de la nave golpeteara. El camión cisterna estaba en buen estado y aún se veían las huellas de las ruedas que había dejado tras de sí.

Los montones de huesos más pequeños estaban divididos por tipos. Tibias, costillas, radios, etc. Los más grandes aún estaban mezclados.

Anna se puso en jarras, desalentada.

—Aquí no hay nadie, subamos.

Pietro se dejó caer en el suelo.

—Pero...

Anna lo interrumpió.

—¿Qué es aquello?

Al fondo del valle se veía una polvareda que se elevaba en el cielo límpido.

El conductor del camión cisterna debía de haber sido creyente. El salpicadero estaba cubierto de estampas del padre Pío y del papa Wojtyla. Y había una placa dorada en la que decía, en letras mayúsculas: LA MEDIDA DEL AMOR ES AMAR SIN MEDIDA.

Pietro y Anna, acurrucados en el asiento del conductor, observaban por la ventanilla la nube de polvo que, al expandirse, dejó ver tres carros tirados por pares de caballos parecidos al de Katio. Sólo que éstos, en lugar de huesos, llevaban niños. La caravana se detuvo debajo de la marioneta y todos se apearon gritando.

Anna se acordó de cuando el autobús escolar amarillo la dejaba en la puerta del colegio y en medio de un tropel de compañeros entraba corriendo al patio. La diferencia era que estos niños iban desnudos y estaban flacos como lagartijas.

Los ojos de la chica pasaron de uno a otro buscando a Astor, pero desde donde estaba los veía a todos iguales. Se había imaginado que los tendrían atados como a esclavos de Egipto, pero no: estaban libres y hasta parecían contentos. Seis mayores los seguían como si fueran maestras, procurando mantenerlos en fila. Cogían a uno y escapaba otro. Por fin consiguieron llevarlos hasta una hilera de bidones.

Pietro se dio un puñetazo en la frente y señaló a una chica alta, medio desnuda y pintada de blanco.

—Aquella es Angelica. —Al lado de ésta, un chico gordo, con los hombros caídos y las caderas anchas, cogía de un cubo puñados de polvo azul y se los echaba a los niños, que desaparecían en medio de una nube de color cobalto—. Y aquél es el Oso, Rosario.

Anna le cogió la muñeca.

—Yo conozco a esos dos, son los que mataron a Micheliní.

Cuando terminó la operación de maquillaje, una chica coja trajo una caja de cartón y repartió a todos botellines de Coca-Cola.

Concluida la merienda, Angelica tocó un pito y los niños de azul se dividieron en grupos. Unos cogían tibias y las echaban a una bolsa que llevaban colgada al costado, otros trabajaban en los montones. Las operaciones se desarrollaban con rapidez, señal de que no era la primera vez que se hacían. Los de las bolsas se engancharon a unos ganchos que colgaban de la grúa y fueron izados a pulso por otros que tiraban de las cuerdas. Como monos, trepaban por el esqueleto, se balanceaban y pasaban de un sitio a otro, fijando los huesos a clavos con alambres. Los mayores, desde abajo, los dirigían gritando.

Anna se pegó a la ventanilla.

—Ahí está. Es él.

—¿Cuál?

—Aquél. —Señaló a un niño que había en lo alto de un montón de huesos—. Voy por él.

—Espera... Espera... —Pietro quiso cogerla, pero ella saltó del camión y echó a correr.

El niño estaba de espaldas. Sostenía una pelvis como si fuera un volante. Anna se abalanzó hacia él, entre cúbitos y vértebras que se desmoronaron bajo sus pies, alargó un brazo y pudo agarrarlo por el tobillo. El pequeño, dando un chillido, le cayó encima.

Anna se levantó y vio, bajo la pintura color cobalto, los ojos azules de su madre, la nariz de su padre, los dientes torcidos de Astor. Tenía las cejas afeitadas. Le sonrió.

—Astor.

Él la miró desconcertado, como si no la reconociera, pero luego, tragando saliva, balbució:

—Anna... Anna... —Y prorrumpió en un llanto incontenible.

Anna le tendió la mano.

—Vamos.

Su hermano movía la cabeza con la cara deformada por los sollozos.

—Astor, vamos.

El pequeño se limpió con el brazo el moco que le caía por los labios, pero no se movió.

—Vamos —repitió Anna.

Pero el niño dio tres pasos atrás, como un cangrejo, y cayó de espaldas en el montón de huesos.

—No. No quiero...

Anna trató de sonreír.

—Sí, vamos.

Se había imaginado todo tipo de cosas en el viaje, menos que su hermano no quisiera ir con ella. Aquello la pillaba desprevenida y no acertaba más que a forzar la sonrisa.

—Volvemos con las lagartijas melenudas.

Astor bajó los ojos.

—Tú eres mala. Me dijiste que estaban todos muertos. No hay monstruos, no existe el Afuera. —Rompió de nuevo a llorar.

A Anna empezaron a zumbarle los oídos. La cantera, los huesos, el monigote le daban vueltas como un tiovivo mal equilibrado. Un nudo le obstruía la tráquea. Ahogándose, dijo:

—Lo hice por ti, para que no vieras cosas feas. Vamos, por favor, vamos.

El niño, con la cara cubierta por una mezcla de pintura azul, lágrimas y mocos, tragó saliva y suspiró:

—No quiero. Aquí hay niños como yo.

Anna se abalanzó sobre él.

—¡Ya basta! —Lo cogió del brazo—. Soy tu hermana, ¿entiendes? Yo decido. — Y lo arrastró por el polvo—. ¡Obedece, jolines!

El viento le trajo un silbido agudo. Por el rabillo del ojo vio que los niños de azul se precipitaban hacia ella.

Astor se soltó de un tirón y gateando se encaramó de nuevo al montón de huesos.

Los de azul le tiraban del pelo y de la camiseta, la cogían de las piernas. Anna cayó al suelo dando puñetazos y patadas, pero apenas se soltaba uno, otro se agarraba. Con un esfuerzo ímprobo consiguió ponerse de rodillas y levantarse. Los

niños colgaban de ella como si fueran un racimo. Dio un par de pasos intentando sacudírselos, pero ellos no la soltaban y con un gemido volvió a caer al suelo cual Cristo jadeante.

Sujetándola por tobillos y muñecas, la inmovilizaron en el suelo, y el sol, en el cenit, la cegaba.

Una silueta delgada, a contraluz, le preguntó con una vocecita débil:

—¿Qué quieres de Mandolino? Déjalo en paz.

—¿Mandolino? ¿De quién coño hablas? —Anna entornó los ojos y distinguió la sombra de Angelica. Iba completamente pintada de blanco y era tan esquelética que parecía salida de un ataúd. Un collar de huesos con un medallón que era un cráneo de ave colgaba entre sus pechos pequeños. Vestía un chaleco lila abierto y unos pantalones militares descosidos que le caían por los pies descalzos. Llevaba unas gafas de sol con montura de metal dorado, apoyadas en una nariz aguileña atravesada por una raya negra que proseguía por unos pómulos altos. El pelo le caía por los hombros formando tirabuzones estropajosos. Se acercó a Astor, que, acurrucado encima de los huesos, miraba a lo lejos con el pulgar en la boca, y le acarició la cabeza como si fuera un perro.

—Hablo de él.

Anna quiso levantarse, pero enseguida la sujetaron todas aquellas manitas.

—No se llama Mandolino. Se llama Astor. Y es mi hermano.

—¿Cuántos años tienes?

Anna volvió la cara y vio al Oso. La cabeza, cúbica, descansaba en un cuello corto. La cara, pintada de blanco, era plana como la palma de la mano y la frente estaba salpicada por una constelación de habones. Una barbita cubierta de polvo azul se unía al cabello rizado por medio de unas patillas revueltas. Llevaba una camiseta hecha jirones en la que decía: «Voy al máximo, voy a México». Unas bermudas a cuadros verdes y negros, atados con un cordel, dejaban al descubierto unos gemelos gruesos como panes.

Anna le escupió a los pies.

Angelica se acuclilló a su lado con un cigarrillo en los labios y la observó. Dio una calada, le echó una bocanada de humo a la cara y le metió la mano por los pantalones cortos.

La chica dio un grito y forcejeó con los niños de azul.

—Déjame, gilipollas.

La otra le cogió los pelos del pubis y tiró. Se quedó con un mechón en la mano y lo observó con atención.

—Trece, puede que catorce.

Anna gruñó:

—Vosotros os pintáis de blanco para que no se os vea la Roja.

Se ganó una bofetada. Torció la boca y contuvo el llanto.

—Dejadla —ordenó Rosario, pero los niños no se movieron, lo miraban sin

entender—. He dicho que la dejéis. —Empujó a uno con el pie y sólo entonces los demás soltaron a Anna.

El Oso se rascó la barba.

—¿Y dices que es tu hermano?

Anna se puso en pie.

—Sí.

—Aquí no importa si eres hermano, primo o amigo. —Señaló a los niños con un gesto del brazo—. Ellos pertenecen a la Picciridduna, incluido Mandolino.

Anna inspiró por la nariz.

—No lo llames Mandolino. Se llama Astor.

—¡Tú! ¿Cómo te llamas? —preguntó el Oso a Astor.

El niño murmuró algo incomprensible.

El Oso se llevó la mano a la oreja.

—No he oído. ¿Cómo te llamas?

Astor miró a su hermana, dudó y contestó:

—Mandolino.

En los últimos cuatro años de su vida, Anna había sufrido y superado dolores inmensos, fulminantes como la explosión de un depósito de metano, y que aún guardaba en su corazón. Tras la muerte de su madre, había sentido una soledad tan grande y opresiva que se había quedado como tonta durante meses, pero ni una sola vez, ni siquiera por un momento, se le había pasado por la cabeza acabar de una vez con todo, porque notaba que la vida es más fuerte que todas las cosas. La vida no nos pertenece, nos atraviesa. Su vida era la misma que impulsa a una cucaracha a moverse con dos patas cuando la han aplastado, la misma que hace huir a una serpiente de los golpes de la azada, con las tripas fuera. Anna, en su inconsciencia, intuía que todos los seres de este planeta, desde los caracoles hasta las golondrinas, pasando por los humanos, tienen el deber de vivir. Es nuestro cometido, es lo que han escrito en nuestra carne. Hay que seguir adelante, sin mirar atrás, porque nos impregna una energía que no podemos controlar, y aunque estemos desesperados, mutilados, ciegos, seguimos alimentándonos, durmiendo, nadando para que no nos engulla el remolino. Sin embargo, en aquella cantera, esta certeza vaciló. Aquel «Mandolino» pronunciado en voz baja le abrió nuevos y claros horizontes de dolor. Tuvo la sensación de que el corazón se le secaba en el pecho como una flor en un horno, y de que la sangre que corría por sus venas se convertía en polvo.

El Oso sonrió satisfecho. Angelica, toda torcida, sonrió. Los niños, como monos amaestrados, empezaron a reír, imitando a sus amos.

Anna agachó la cabeza y se fue.

Tres días antes, Astor aún era el rey de la Finca de la Morera. Un rey con unas décimas de fiebre y aftas en el paladar, pero lo bastante sano para jugar. Durante la noche la temperatura le había bajado y con las primeras luces del alba se había despertado en medio de una pelota de sábanas sudadas.

Por la ventana entraba una brisa fresca que era agradable sentir en el cuello y en los hombros después de haber pasado tanto calor.

Se restregó los ojos, bostezó y con paso vacilante salió al balcón. El sol estaba en el bosque, que exhalaba la última bocanada de aire fresco antes de hundirse en el bochorno, y sobre las copas de los árboles el cielo era claro, casi blanco, aunque más arriba, donde conservaba vestigios de la noche, se oscurecía.

Aquel verano caluroso e infinito, Astor había descubierto que ése era su momento preferido y le gustaba disfrutarlo en paz. También era el momento preferido de las aves, que cantaban a porfía. Participaban gorriones, pájaros carpinteros, petirrojos, estorninos y cornejas estridentes. Las que habían pasado la noche en vela, búhos y lechuzas, preferían dormir en sus nidos o, como Peppe 1 y Peppe 2, una pareja de mochuelos, entre las vigas del desván.

Astor se cogió de un barrote de la barandilla e hizo pis, apuntando con el chorro a una lata de aceite que había entre las hierbas.

Su madre había escrito en el cuaderno que las necesidades había que hacerlas en el bosque, lejos de casa, y si cagaban, antes tenían que hacer un hoyo con la pala y luego taparlo. Pero su hermana no estaba y había cosas, como mear desde el balcón, por ejemplo, que se podía permitir. Cagar no, nunca había cagado desde allí. Primero, porque el culo no le cabía por la barandilla, y segundo porque le daba un poco de asco.

Bajó y encontró en una caja la comida que le había dejado Anna. Devoró un bote de lentejas y soltó un eructo satisfecho. Cogió del suelo un teléfono móvil y se lo llevó al oído.

—¡Anna! ¡Anna! ¿Dónde estás? ¿Cuándo vuelves?

—Mato a un monstruo y voy —se contestó con una vocecita nasal que quería parecerse a la de su hermana—. He encontrado chocolate, ¿quieres?

—Claro. Y patatas. —Luego llamó a las lagartijas melenudas—. ¡Hola! ¡Estoy despierto! Nos vemos en el bosque. Voy ahora mismo. —Soltó el teléfono y volvió arriba.

Entró en el baño, se subió a un taburete y se miró al espejo.

Siempre encontraba algo interesante en las narices cuando se metía el mango del cepillo de dientes, en las encías rosas que se volvían blancas cuando se las apretaba, en las orejas que volvían a su sitio con un chasquido cuando se las doblaba. Se golpeaba la tripa como si fuera un tambor, se cogía la pilula y se retiraba la piel de la punta. Lo que salía, según la luz, era la cabeza húmeda de un renacuajo rosa, de una serpiente ciega o el huevo de un gorrión.

Aquella mañana su atención se concentró en las cejas. ¿Para qué diantres servían? ¿Por qué tenía aquellos dos bosquecillos iguales que el desierto de la frente separaba del gran bosque del pelo?

Abrió el armario de fórmica blanca, cogió una cuchilla Bic que había entre los frascos y se las afeitó.

—Mejor así.

Ahora, en lugar de cejas, tenía dos manchas más claras y parecía una lagartija.

En una cajita de aspirinas tenía una llave secreta. Su hermana no lo sabía, pero había encontrado una que abría la puerta de la habitación de mamá. La giró en la cerradura y abrió la puerta. Estaba oscuro. Descorrió una cortina y en la pared se proyectó una franja de luz.

El secreto para que no lo descubriera era ponerlo todo en su sitio con cuidado de no quitar el polvo. Eso sí, el esqueleto de su madre nunca lo había tocado. Todas las joyas que lo decoraban las había puesto Anna, él sólo la había aconsejado.

Cogió *El gran libro de los dinosaurios* de la estantería. Se sentó en el suelo y empezó a repasarlo. Se lo sabía de memoria, pero siempre encontraba detalles nuevos: una garra extraña, una cola con espinas, el color de una pluma.

Su hermana le contaba que veía muchos dinosaurios como aquéllos en sus viajes al Afuera. Los monstruos de humo lo envenenaban a uno con su mal olor, pero estos animales podían comérselo entero. Él también veía algunos cuando se subía a uno de los últimos árboles del bosque. Su preferido era el heterodontosaurus, un animalillo poco más grande que un gato, de color lila, con el morro afilado y una larga cola puntiaguda. Por el dibujo no parecía malvado.

Con el dedo siguió los renglones escritos y, esforzándose, leyó en voz alta:

—El heterodontosaurus tenía tres tipos de dientes. Los delanteros, pequeños, servían para arrancar las hojas; los traseros, más planos, servían para masticar. Y los machos tenían dos dientes largos a ambos lados de la mandíbula. —En una esquina de la página, dentro de un recuadro amarillo, había una pregunta: «¿Y tú cuántas clases de dientes tienes?»

Se tocó los dientes y murmuró:

—Yo tengo los normales y los que me duelen.

Su mirada se posó en el armario. La puerta estaba entreabierta. Dentro colgaban los vestidos de mamá. Uno más largo que los demás era lila como el heterodontosaurus. Se acercó y se rascó el cuello. Si su hermana se enteraba de que había entrado en aquella habitación y había tocado la ropa le daría una buena. Tenía que estar muy atento.

Se subió a una silla y aspiró el olor que salía del interior del mueble. Se parecía al de los caramelos verdes que, cuando los masticas, hacen que te pique la nariz. Era el olor de su madre.

Se empinó y descolgó el vestido. Saltó al suelo y lo comparó con el dibujo. Igual.

Se lo puso y se miró al espejo. Perfecto. Los bajos eran la cola y el escote en

forma de V le llegaba al ombligo. En el estante de abajo estaba el calzado.

Cogió un par de zapatos rojos, de tacón alto, con correa. Se los calzó. Eran incomodísimos, pero con aquel tacón largo y afilado podía matar serpientes.

Dio una vueltecita con los brazos en cruz, como si caminara en equilibrio por una viga. Luego se tapó la cara con el vestido.

—Grrr... Grrr... —gruñó, imitando a un heterodontosaurus—. Os voy a comer a todos...

Así, medio ciego, titubeante el paso con los tacones altos, cerró la puerta, dejó la llave en su sitio y bajó las escaleras. Atravesó el salón tropezándose y salió al porche. Movía los dedos como si fueran garras afiladas.

—Aquí estoy. Andaos con...

¿Qué era?

Por la tela elástica que le velaba la vista, le pareció advertir algo, un bulto negro que se movía a lo lejos.

—¡Anna! Has vuelto... Lo pongo todo en su sitio. —Se destapó la cara—. No lo he estropeado...

En medio del camino invadido por matas de boj había unas figuras humanas.

Astor cerró los ojos, los abrió, la mandíbula se le descolgó y los músculos de la cara se contrajeron con una mueca de terror.

Dos chicos mayores pintados de blanco, uno de los cuales llevaba una carretilla, y unos niños de azul venían hacia él.

El miedo hizo que su carne se condensara. Los cien mil millones de células que componían su cuerpo se apretaron unas con otras como polluelos en un nido. El estómago se encogió, los pulmones se comprimieron como bolsas de pan que se aprietan en el puño, el corazón dejó de latir y la vejiga se relajó.

Astor bajó la cabeza. Un líquido caliente le chorreaba piernas abajo. Había mojado el vestido de su madre.

Las figuras se acercaban.

Decidió cerrar los ojos y contar hasta seis. Contaba muy bien hasta seis.

*Uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis.*

Los abrió.

Seguían acercándose. Los pequeños no es que fueran azules, es que parecían cubiertos de color y emitían sonidos extraños.

*Fantasmas.*

Fantasmas que, por razones que desconocía, habían entrado en el bosque mágico. Anna le había dicho que eran inofensivos, que estaban hechos de aire, de nada. Polvo de vidas pasadas. ¿Qué otra cosa podían ser? En el mundo sólo estaban él, su hermana y los animales del bosque. Por fuerza, pues, eran fantasmas. Decidió pasar de ellos y entrar en casa, pero se dio cuenta de que estaba paralizado. No podía mover nada, sólo contraer el ojo del culo. Un escalofrío le recorrió el cuero cabelludo. Los cabellos erizados vibraban como antenas.

Los dos fantasmas mayores, un chico y una chica, lo señalaban.

*Me han visto.*

Las piernas le flaquearon y, rígido como un maniquí y dejándose atrás los zapatos rojos, cayó de bruces y se golpeó la frente contra el cemento. Se quedó allí, junto a los escalones, con los brazos extendidos, como un fiel postrado ante su divinidad.

Pies sucios, uñas negras, zapatillas rotas, tobillos con arañazos pasaron a su lado y por encima de él, entre risas, empujones y gritos. Dos de los fantasmas, con las prisas de entrar en la casa, lo pisaron como si fuera una esterilla. Ninguno se fijó en él, ninguno le dijo nada.

*¿Y si el fantasma soy yo?*

Fue una iluminación que se apagó pronto, ahogada por el estruendo de la sangre en los tímpanos. Siguió sin moverse cuando oyó las voces retumbar en el salón y comprendió que los fantasmas hablaban como él.

—¡Mira cuántas cosas! —decía uno.

—Voy arriba —decía otro.

El secreto era dejarlos, no molestarlos, quedarse allí sin hacer nada. Como habían aparecido, desaparecerían. Pero cuanto más se repetía que no debía moverse, más deseaba verlos. En su ánimo luchaban el miedo y la curiosidad, y al final perdió el miedo.

Astor se puso en pie y con andar patoso, y sujetándose el vestido como si fuera una doncella decimonónica, se acercó a la puerta. La cabeza le oscilaba como si fuera la de un muñeco con cuello de muelle.

Los pequeños, los azules, le gustaban mucho, le recordaban a los ratones que, de noche, campan por sus respetos. Se lanzaban cosas, trepaban por las estanterías, saltaban sobre los montones de basura. Uno había montado en su coche de pedales y otro lo empujaba contra la pared. Otro cogía cosas y las metía en una bolsa amarilla que llevaba colgada del brazo.

Astor observaba embelesado el saqueo como si no fuera su casa. Las pupilas se le llenaban de bocas, narices, ojos, manos, de curiosas expresiones faciales, de pililas, de nalgas de color, de movimientos y voces que no entendía. Apoyado en la puerta, se tocaba distraídamente el pito y presenciaba en silencio el más extraordinario espectáculo de su vida.

De pronto uno de aquellos diablillos azules, que salía con su perrazo de peluche, le dio un empujón y lo tiró al suelo. Y allí se quedó él, sonriendo.

El gordo pintado de blanco, que llevaba un collar de huesos, estaba sentado en una silla con la mandolina de Anna.

—¿Ésta es tu casa?

Era bastante feo. Tenía las piernas gordas como troncos, panza y un montón de pelos largos que le crecían en la barbilla.

—¿Entiendes lo que te digo?

Astor lo miraba en silencio.

El fantasma se volvió hacia la escalera y gritó:

—Hemos encontrado a otro que no sabe hablar.

La fantasma le contestó desde arriba:

—Ven a ver lo que han hecho. Es precioso.

Debía de haber entrado en el cuarto de su madre. Claro que era bonito, como que allí estaba el esqueleto decorado.

Una grieta delgada como un cabello se abrió entre sus certezas, se ensanchó siguiendo un complicado pero correcto derrotero mental y en un instante todo se desmoronó. Astor comprendió que no eran fantasmas. Eran personas vivas como él, su hermana y los animales del bosque.

No eran transparentes como los espectros. Olían mal, cogían cosas, bebían, hablaban, rompían su cochecito. Esta intuición lo alegró y una sensación nueva le infundió ánimos. Existían más seres humanos vivos, que habían escapado de los monstruos de humo, de los dinosaurios, de los gases mortales. Lo único que lamentaba era que Anna no estuviera para poder mostrárselos.

Tragó saliva y susurró:

—Es... es... —Tomó aire y acabó la frase—: ¿Estáis vivos?

El chico gordo soltó una carcajada cavernosa.

—Vivos, sí. Pero no por mucho tiempo. —Se dirigió a la de arriba—: Angelica, me he equivocado, sí sabe hablar. —Le hizo señas de que se acercara—. Ven.

Y Astor, como si se lo hubiera ordenado un dios, obedeció.

El chico gordo sonrió y se dio una palmada en el muslo.

—Ven aquí.

Astor abrió los ojos y una expresión de temor le deformó la cara.

—No tengas miedo. —El dios alargó la mano.

El niño observó aquella mano. Era ancha, regordeta, de uñas gruesas y amarillas. La tocó con el anular, dubitativo, como si temiera electrocutarse.

—¿Ves? Soy de carne y hueso.

Astor leyó lo que decía en la camiseta: «Voy al máximo, voy a México».

—México... —balbució.

El otro movió la cabeza incrédulo.

—¡Hala! ¿También sabes leer? ¡Muy bien! —Cogió a Astor por los costados y se lo puso en el regazo.

El niño se desmayaba. La cabeza le pesaba como si fuera de plomo, pero los pensamientos, por dentro, eran ligeros como el gas y se mezclaban unos con otros. Miró a los lados. Los niños de azul se peleaban por una bufanda. Examinó al que lo tenía en las rodillas, los pelos de la barbilla, la pasta blanca que le cubría las mejillas.

—¿Sois buenos? —le preguntó.

El otro lo apretó con fuerza como si estuviera sopesándolo.

—¿Quién te ha enseñado a leer?

—Anna.

—Bien por Anna. Eres el primer pequeño que veo que sabe leer. Yo me llamo Rosario. ¿Tú cómo te llamas?

—Astor.

—¡Vaya nombre chorra! —Le señaló la mandolina—. ¿Sabes tocarla?

El niño cogió el instrumento y pulsó la única cuerda que le quedaba.

Rosario dijo:

—¿Sabes cómo se llama?

—Guitarra.

—No, no es una guitarra, es una mandolina. —Lo miró de hito en hito, ladeando la cabeza—. Eso: te llamaré Mandolino, me gusta más. —Lo dejó en el suelo y exclamó con voz de tenor—: ¡Angelica, tenemos que irnos, es tarde! —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un Mars, lo desenvolvió, le dio un mordisco y miró a un lado y a otro como si buscara algo.

Angelica bajó por las escaleras cubierta de joyas como si fuera la Virgen de Trapani. Llevaba en la mano el cráneo de Maria Grazia Zanchetta.

Y todo el mundo, grandes y pequeños, salieron de la casa cargados de cosas.

Astor los seguía, como un patito. No se cuestionaba nada. Caminaba con los otros, descalzo, arrastrando el vestido. Se había olvidado de todo: de Anna, de su casa, de sí mismo.

Los de azul echaron a correr por delante, pero él se quedó con Rosario, que llevaba la carretilla llena de comida e iba fumándose un cigarrillo. Angelica se detuvo, examinó el cráneo y, encogiéndose de hombros, lo arrojó a las hierbas.

Astor corrió a recogerlo.

—Es de mi madre.

—Tíralo.

Los de azul habían cruzado la verja. Angelica dejó pasar a Rosario y miró a Astor, que, parado en medio del camino, con la calavera en las manos, parecía un jugador de baloncesto que fuera a lanzar un tiro libre.

—Muévete —le ordenó.

Astor se quedó mirándola, aturdido.

Más allá de aquel punto estaba el Afuera, él no podía rebasarlo, moriría asfixiado.

—Muévete —repitió la chica.

Él dijo que no con la cabeza.

Angelica se volvió hacia Rosario.

—No quiere venir.

Rosario se detuvo, dejó la carretilla, dio una última chupada al cigarrillo y lo tiró.

—¿Mandolino? ¿Qué haces? ¿No vienes?

Astor no se movió.

Impaciente, la chica se fue hacia él y lo cogió de la muñeca.

El niño dio dos pasos y se plantó con un quejido de protesta.

Angelica le dio un tirón. La calavera rodó por el suelo entre la hierba.

—¡Idiota! ¡Vamos! —gruñó, enseñándole unos dientes separados y afilados que salían de unas encías oscuras. Lo cogió del cuello, pero él le hincó los dientes en el brazo.

La chica dio un grito y con la otra mano le propinó un revés que lo derribó.

—Ahora verás...

Astor no lo entendía. No podía pasar la verja. ¿Es que querían que muriera? Tenía ganas de llorar y se le había hecho un nudo en la garganta. Quiso defenderse de Angelica con las manos, pero ésta le propinó una patada en el culo.

Astor intentó levantarse, tropezó, recorrió unos metros a gatas y al final se puso en pie. Moviendo brazos y piernas, saltó un rosal silvestre y escapó.

El bosque lo acogió.

Detrás oía silbidos, gritos, la voz de Rosario.

—¡Cogedlo, cogedlo!

Astor corría entre matas de rusco en las que se le enganchaba la ropa, pisando la maraña de ramas caídas, saltando piedras cubiertas de musgo, hundiendo los pies en el fango.

No podían atraparlo. Estaba en su reino, allí había nacido, había explorado centímetro a centímetro aquellas cuatro hectáreas de tierra, en las que había encontrado hoyos, madrigueras, árboles a los que trepar. Aquellos seres podían ser muy especiales, pero no conocían el bosque como él. ¡Si no fuera por aquel maldito vestido que se le enganchaba en todas partes! Se lo quitó escurriéndose como si fuera una serpiente que cambia de piel y, desnudo, siguió corriendo por donde más tupido era el bosque.

El sol se filtraba por la bóveda verde y salpicaba el sotobosque de manchas de luz dorada, enjambres de mosquitos zumbaban entre los troncos. Astor los atravesaba con la boca abierta y notaba que se le metían hasta el paladar.

Se volvió.

*Muy bien. Los has despistado*, le susurraron las lagartijas melenudas desde una rama.

Ensoberdecido por su respiración y por el corazón que palpitaba en el pecho, se sentó en una roca y se quitó una espina del talón.

En su agitada carrera, se había alejado bastante de su casa y se hallaba en una zona más abierta, cerca del Afuera. El fuego había devorado los árboles más jóvenes, sólo se veían troncos chamuscados, fustes y la valla metálica del recinto, que estaba retorcida. Un gran roble oscuro y nudoso había resistido a las llamas y traspasaba la valla con unos dedos que el fuego le había quemado.

Cuando el torbellino de pensamientos se calmó, Astor se miró las heridas. Tenía unas rayas rojas en los muslos, en los gemelos, en la piel tierna de la tripa. Aún no le dolían, pero pronto se dejarían sentir.

Creía que los había despistado, pero se equivocaba.

Los vio porque el azul destacaba en aquella masa de colores marrones y verdes.

No había agujeros donde esconderse.

*En un árbol.*

Se abalanzó sobre un tronco y con un salto ágil se agarró a la primera rama, de ésta pasó a otra y a otra. No se detuvo hasta que se sintió inalcanzable.

Desde el suelo, los de azul lo señalaban.

Dos de ellos treparon por el roble exactamente como había hecho él.

Astor quiso subir más, pero la siguiente rama estaba demasiado. Desesperado, avanzó, con los brazos abiertos, por una rama que pronto resultó ser demasiado fina para sostenerlo. Se agarró de unas ramas secas y, haciendo rechinar los dientes, se acurrucó.

Angelica y Rosario habían llegado también al pie del árbol.

—Mandolino, ¿qué haces? ¿No quieres venir con nosotros? —le dijo el chico gordo—. Te llevamos a ver a la Picciridduna.

Sus dos perseguidores se le acercaron, a gatas, ágiles como macacos.

Astor retrocedió, notando con las nalgas que la rama oscilaba, y, sin calcular la altura, sin pensar en el daño que se haría ni en que caería en manos de sus enemigos, se arrojó. Por los aires dio media vuelta y cayó de costado en un manto de hierba blando que evitó que se partiera la espalda.

La cabeza le latía como si llevara el corazón en el lugar del cerebro y en las pupilas le saltaban chispas de luz amarilla. Notaba en la lengua el sabor ácido y pastoso de las lentejas. Consiguió ponerse en pie.

Todo le daba vueltas. El sol entre las hojas amarillentas del roble. El bosque. Rosario. Angelica. Los niños de azul. Los campos quemados. Los restos de la valla.

Estaba en el Afuera.

Abrió la boca con un grito mudo, se llevó las manos al cuello y cayó de rodillas.

El aire tóxico, el gas invisible, lo penetraba por los poros, por las orejas, por la nariz, por el ano. No podía respirar. Se moría. Boqueaba inspirando el veneno. A lo lejos, con pasos pesados que estremecían el suelo, avanzaban los monstruos de humo, grandes como montañas y densos como el miedo que lo asfixiaba. *Pum, pum pum*. Pronto, muy pronto, moriría. Se reuniría con las hormigas, los saltamontes y los lagartos que había matado. Se iría con su mamá, dondequiera que estuviera.

Delante tenía a Rosario. Le decía algo, con los brazos en jarras y moviendo la cabeza. ¿De qué se reía? No había nada de que reírse.

Astor sentía el zumbido de un millón de abejas que lo aturdían, pero oyó una serie de palabras.

—Mandolino, ¿es que te mueres?

Astor abrió mucho los ojos y dijo que sí con la cabeza.

—¿Seguro?

El niño levantó el brazo en dirección al sol.

—Ya llegan.

—¿Quiénes?

—Los monstruos... —Y se dejó caer en el suelo estirando brazos y piernas, haciendo rechinar los dientes y emitiendo sonidos guturales.

—¿Qué hace? —preguntó Angelica.

—No tengo ni idea. —Rosario se volvió hacia los niños que se habían reunido en torno a Astor—. Cogedlo que es tarde.

—Para, para un momento.

Anna caminaba con los puños apretados por la cuesta que iba de la cantera al hotel. Pietro la seguía.

—¿Adónde vas? Para.

Ella aceleró el paso. Pietro trataba de alcanzarla.

—Espera... —La cogió del hombro—. ¡Anna!

La chica se soltó dando una sacudida y empezó a subir por un montón de tierra que se había derrumbado en una curva. Los pies se le hundieron en la tierra, dio un par de pasos y se arrodilló exhausta.

—Anna, ¿quieres escucharme?

—¿Qué quieres?

Pietro tragó saliva.

—Estaba Angelica... No podía dejar que me viera. Nos lo llevaremos de noche. Sé dónde duermen.

Una sonrisa mordaz crispó los labios de la chica.

—¿Nos llevaremos a quién?

—A tu hermano. Esperaremos a que se haga de noche y nos lo llevaremos. Tú y yo. Te lo prometo.

Anna ladeó la cabeza, como si Pietro le hablara en un idioma desconocido.

—Eres un fanfarrón. Mejor dicho, un cagueta. ¿Y por qué dices tú y yo? ¿Quién coño eres? ¿Y qué quieres de mí? —Su voz aumentaba de volumen y se cascaba—. ¿Acaso te conozco? ¿Somos amigos? ¿Hermanos? —Le dio un empujón, y Pietro cayó de culo—. Déjame en paz, por tu bien. Yo soy peor que Angelica. Vete a buscar las zapatillas, anda. —A cuatro patas, trastabillando, pasó el montón de tierra y siguió caminando.

Pietro no la siguió. Gritó:

—Yo te he traído hasta tu hermano. Has salido tan deprisa... He querido pararte, pero tú...

Anna se tapó los oídos.

Aquel cobarde no la había ayudado. Y si había algo que odiaba eran los cobardes.

Dejó atrás el hotel y continuó por un sendero que bajaba por una ladera del monte que la niebla ocultaba.

Tenía que olvidarse de Astor y de Pietro y marcharse de allí. Imaginó que su corazón se llenaba de barro como si fuera un panal defendido por avispa gigantes.

*Ahora puedes hacer lo que quieras. Eres libre.*

Una racha de viento despejó la vista. En una pendiente cubierta de basura

quemada había tres grandes piscinas escalonadas, en medio de palmeras envueltas en plástico azul y grandes rocas de color ocre. La de más abajo, en la que flotaba un manto de vapor, estaba llena de un agua que olía a huevos podridos. De un conducto de cemento salía un chorro de agua humeante y amarillo que iba a parar a la piscina y llenaba los bordes de costras de cal. Entre los vapores aparecían y desaparecían cabezas como boyas en un puerto brumoso.

Anna bajó unos escalones, pasando junto a un grupo que dormía en torno a las cenizas de una hoguera. Cogió una botella medio llena de un líquido negro, como el que había visto que repartían en el anfiteatro.

Se desnudó, hizo una pelota con la ropa y la escondió detrás de unos bidones. Se sentó en el borde de la piscina e, impulsándose con los brazos, se zambulló. Sintió un calor que le oprimió el pecho y se extendió hacia sus músculos doloridos, arrancándole un suspiro de placer. En el fondo, a medio metro, sobresalía un asiento. Se sentó dejando la cabeza fuera. Con las piernas colgando, la cabeza apoyada en la pared, el agua batiéndole en los oídos, se llevó la botella a la boca. Notó que el mejunje le caía densamente en el estómago. Era a un tiempo dulzón y amargo.

Oía a los demás bañistas que hablaban bajo, los gorriones en los árboles, el viento entre las palmeras.

Astor se había hecho mayor, se había ido. Ya no la quería.

*Mejor.*

—¿Cómo lo llaman? Mandolino —susurró, divertida.

El líquido negro surtía efecto. Flotaba no sólo en el agua, sino dentro de sí misma.

Como llevadas por la corriente, se le acercaron unas cabezas que formaron un corro en torno a ella.

Los párpados le pesaban y en medio de aquellos vapores opalescentes no distinguía las caras. Parecían focas.

Un timbre de alarma sonó en su cerebro embotado, pero ella no lo escuchó, cansada de estar siempre en guardia.

Le arrebataron la botella de la mano. Quería protestar, pero las palabras no le salían de la boca. Pensó en irse a otra parte, pero era demasiado esfuerzo. Cerró los ojos. Aturdida e indiferente a todo, soñaba con hacer ovillos con sus pensamientos tristes y lanzarlos a un túnel oscuro.

El sol formaba un halo sobre las nubes de azufre. El calor que subía del fondo de la piscina sacaba a flote algas, burbujas perezosas y tierra. Le parecía que el borde opuesto se había alejado y que la piscina era una gran olla de caldo humeante en la que un cocinero había puesto a cocer todo tipo de cosas.

En Navidad su madre guisaba tortellini con carne asada y patatas. Ahora deja la sopera en la mesa del salón. «Esto se come en Bassano.» Y le sirve un montón de ranas verdes que nadan en el caldo salpicado de aceite.

Se mecía dentro de su propio cuerpo, caía en él, oscilando como una pluma en un pozo de paredes de carne, en una gruta cálida y acogedora. Cuando miraba hacia

arriba, veía, allá en lo alto de su boca, un agujero redondo y oscuro. Por los arcos que formaban los dientes veía pasar las nubes.

Los que la rodeaban se le arrimaban, se restregaban contra ella, le untaban la cara con barro y le hablaban con una voz distorsionada que parecía salir de un tubo. Le tocaban la nariz, las mejillas, los labios con los dedos. Cavaban surcos en su piel como la reja del arado lo cava en la tierra húmeda.

—Quiero beber —murmuró, escupiendo el agua fétida que le llenaba la boca entreabierta.

El mejunje le parecía ahora salado. La niebla cambiaba de color, pasando del gris al verde y del verde al rosa.

—Eres guapa. ¿Te ha venido ya la regla?

No podía hablar. Las palabras le llegaban al paladar sin la fuerza necesaria para convertirse en sonidos. Se acumulaban en la boca como joyas de plata de sabor amargo. Notaba en la lengua las aristas afiladas de anillos y pendientes. Se miró la mano. Era transparente. Debajo de la piel fluían arroyos dorados entre haces de heno recién cortado.

—Eres muy guapa —susurraba la voz.

Anna se echó a reír.

Unas manos se le deslizaban por las piernas y el vientre, le apretaban los pechos y los pezones. Unos dedos le exploraban la boca, le buscaban la lengua, le tiraban de los labios, otros se le metían por los muslos. Enarcó la espalda, retorciéndose y estirando los brazos, se agarró del cuello de uno, le hundió la cara entre el pelo mojado y le arañó la espalda. Le respiraban en los oídos, le oprimían los labios con labios. Se la disputaban. La cogieron por los pies y las axilas y le abrieron las piernas. Le mordieron con fuerza un pezón y gritó, pero una mano le tapó la boca. La conciencia reaccionó con rabia y empezó a dar patadas y agitar los brazos. Se desprendió, tragando aquel brebaje tibio y hediondo que le bajó por la garganta. Tosiendo, se asió a los bordes de la piscina y se tumbó en la orilla, pero notó que la agarraban del gemelo y tiraban de ella.

Anna estiró los brazos e hincó las manos en el suelo. Plantó el talón en la nariz de alguien y logró liberarse entre las protestas de todos.

Jadeando, sacudida por escalofríos, se puso en pie, con las manos en el vientre, sin dejar de toser y escupir. Tenía la piel rosada y le humeaba como si la hubieran hervido. Dio unos pasos inseguros en medio del frío, frotándose el tórax; los dientes le castañeteaban. Fue a los bidones en los que había escondido la ropa pero ya no estaba.

Se apoyó en un muro, abrió la boca y soltó un chorro caliente y ácido que le regó los pies. Enseguida se sintió mejor, aunque la cabeza seguía dándole vueltas y no dejaba de temblar. Corrió alrededor de la piscina, esquivando cuerpos. Encontró un jersey hecho jirones que le llegaba a las rodillas. Dobló las mangas. Se puso un par de zapatillas y, tambaleándose, se dirigió a la escalera.

El monte se inclinaba de un lado y ella quería enderezarlo poniéndose en el otro. Por todas partes veía figuras negras. Las paredes del hotel se ondulaban y se le venían encima como olas de cemento. Aterrorizada, levantó las manos para defenderse, retrocedió y chocó con alguien que la rechazó diciendo:

—Los patos de Pascua.

Encogida como si le hubieran clavado un puñal en la tripa, se dirigió a un cobertizo.

La puerta estaba atrancada. Dio la vuelta dando puñetazos en las paredes de chapa. Exhausta, apoyó la frente en el canalón, rompió a llorar y se dejó caer al suelo.

El cobertizo descansaba sobre bloques de cemento. Se metió debajo. Allí no la encontrarían.

Los efectos del mejunje se evaporaban de su cuerpo con lentas emanaciones verdes.

La fiesta del Fuego se celebró el 2 de noviembre de 2020, día de Todos los Santos. Que cayese en esa fecha fue sin duda una casualidad.

En Sicilia se contaba que, en la noche del 1 al 2, los difuntos volvían del más allá a ver a sus deudos cargados con regalos y dulces para los niños. Cuando se levantaban, y ayudados de los mayores, los pequeños encontraban *crozzi 'i mottu*, una especie de sequillos crujientes rellenos de almendras tostadas, chocolatinas y otras delicias que había escondidas entre las mantas, en los armarios y debajo de los cojines de los sofás.

Quizá algunos de los huérfanos del Gran Hotel de las Termas Elíseas recordaban todavía aquella fiesta, pero habían perdido la noción del tiempo. Celebraciones, conmemoraciones y cumpleaños ya no significaban nada. Ahora era la Roja la que marcaba el ritmo del tiempo con manchas, pústulas y granos. El que llevaba un reloj de pulsera lo llevaba por vanidad. En el mercado del regateo, un reloj costaba lo mismo que un móvil, un ordenador o un Boeing 747. Menos que un caramelo Smarties.

Cuando el sol asomó entre dos montes frente al hotel, eran las siete y diez de la mañana, pero pocos pudieron disfrutar del espectáculo.

Muchos habían dejado de sufrir durante la noche. Otros muchos dormían postrados por el alcohol, las medicinas y las Lágrimas de la Picciridduna. Otros, que estaban en las últimas, miraban al frente con los ojos vítreos y los labios contraídos, como místicos en trance, o se debatían sacudidos por la tos, ardiendo de fiebre, asfixiados por el catarro. Otros, por último, se paseaban envueltos en mantas, encorvados y con unas piernas flacas como patas de marabú, buscando sobras, algo que comer.

El puntito del sol se disolvió como mantequilla en una sartén negra, se ensanchó formando un cúpula anaranjada, dejó atrás los montes tiñendo el cielo de espumas violáceas y proyectó sus rayos sobre el hotel. A las ocho y diez se coló debajo del cobertizo.

Anna, medio dormida y medio despierta, lo notó en el cuello y a través de los párpados cerrados. La cabeza le pesaba y el vientre le dolía, pero el efecto de la droga había pasado. Apretó los dedos y se pasó la lengua por los dientes. No recordaba por qué estaba allí ni lo que había pasado en la piscina, pero aún notaba las manos rapaces de los chicos que la tocaban. Se estremeció con un sentimiento de vergüenza. Abrió los ojos y vio, a unos centímetros de su cara, las tablas del piso del cobertizo, cubiertas de telarañas.

Tenía que irse de allí.

Salió deslizándose y entrecerró los ojos, deslumbrada por el sol. La multitud había aumentado y no quedaba espacio libre. Todo el mundo acampaba en torno a hogueras extintas y se protegía del frío con plásticos, mantas y cartones. Por el camino de salida transitaba en los dos sentidos una multitud que se entremezclaba.

Anna se dirigió a la puerta pasando por encima del anfiteatro. Los cascos de botella, las latas y los envoltorios de colores de las golosinas centelleaban al sol. Las gradas eran una extensión de enfermos de la que se elevaba un coro de toses, quejidos y estertores. Los guardianes se llevaban a rastras a los que no habían sobrevivido a la noche y los amontonaban al pie de las columnas. Una chiquilla de pelo largo y rojo cantaba junto a un cuerpo sin vida.

Entró en el pasaje cubierto que llevaba a la entrada, pero no era fácil avanzar contra corriente. Se vio aplastada contra la pared. No había nadie controlando a los que entraban.

Se preguntó adónde iba.

La Finca de la Morera había sido profanada e ir a Calabria sin Astor no tenía sentido. Nada tenía sentido sin Astor. Había crecido junto a su hermano como un árbol crece junto al alambre de espino, se habían fundido uno con otro y ahora eran una sola cosa.

Observó los rostros demacrados, los ojos apagados de los chicos que se empujaban para entrar.

Era uno de ellos, uno de tantos que se confundían en aquella muchedumbre de desesperados, una sardina en un banco de sardinas que la Roja devoraría, como un atún hambriento que no haría distinciones.

Dejó que la muchedumbre la arrastrara de nuevo hacia dentro.

Entre dos excavadoras oxidadas, unos chicos se habían hecho un refugio y habían encendido un fuego que alimentaban con cartones y maderos. Se pasaban latas de comida y paquetes de galletas.

Anna los miraba a unos metros de distancia con la boca hecha agua. Se armó de valor, se acercó y preguntó:

—¿Me dais algo?

Los chicos la miraron.

Anna juntó las manos en actitud de oración silenciosa.

Fuera porque vieron la belleza oculta bajo los mechones de pelo sucio y la mugre que le cubría la cara, fuera porque sintieron lástima, le hicieron señas de que se sentara y le pasaron un frasco.

Anna sacó un pepinillo en vinagre blando y viscoso que se le antojó delicioso. Se lo acabó en un instante y con los dedos hurgó en el fondo en busca de los restos.

Viéndola tan hambrienta, un chico con la cabeza rapada, de rasgos femeninos, buscó en un gran bolso que tenía entre las piernas y le dio un bote.

Anna, sin leer siquiera lo que decía, desenroscó la tapa y se lo llevó a la boca. Era una papilla insípida. Sin pedir permiso, cogió del suelo una botella de Sprite y bebió. Observó a los chicos. Todos llevaban una camiseta de tirantes roja y ceñida, con un número en la espalda, y entre sus pertenencias había un balón naranja.

Descubrió que eran los supervivientes de un equipo de minibasket de Agrigento. Después de la epidemia, se habían reunido en el gimnasio y allí habían vivido los últimos cuatro años, organizando grupos de recolectores. Los mayores habían muerto. Habían tardado mucho en llegar al hotel y en el camino les había pasado de todo. Los habían atacado unos perros, una noche los habían asaltado unos chicos que les habían robado y pegado sin motivo. Al base lo habían apuñalado y al delantero derecho le había picado una víbora cuando cruzaban un campo.

—¿Sabes cuándo es la fiesta? —le preguntó un rubito, retirándose el flequillo de los ojos.

—No sé nada. —Anna había visto un frasco de pesto junto a las ascuas. Le encantaba aquella salsa verde.

—Dicen que la Picciridduna es altísima, que mide más de dos metros —terció un chico alto y delgado como un insecto palo, que debía de ser el capitán del equipo.

El rapado no estaba de acuerdo.

—No, dicen que es guapa. La tienen encerrada en la habitación 237 del hotel.

Cada uno tenía su teoría.

Anna dio otro trago de Sprite.

—¿Sabéis por qué no dejan que la veamos?

Los otros la miraron en silencio.

—Porque no existe ninguna Picciridduna. Es una mentira. Todos los Mayores han muerto.

El delgado protestó:

—Pero ésta es especial. Ha resistido. Es..., ¿cómo se dice?

—Inmune —contestó uno que llevaba un gorro de lana calado sobre la frente—. Tiene una sustancia en la sangre que destruye el virus.

Anna hizo un gesto malicioso y repitió:

—Todos los Mayores han muerto, ¿no os acordáis? —Señaló el hotel—. Este tinglado sólo sirve para que los de los collares les saquen lo que llevan a los que entran. Apuesto a que no habrá ninguna fiesta, se ríen de vosotros.

Los chicos se quedaron callados con los ojos fijos en las llamas.

Uno que permanecía aparte y tenía los labios llenos de costras y pústulas dijo con una vocecita débil:

—Te equivocas. Existe. ¡Claro que existe! —Y tosió como si fuera a echar los pulmones—. La quemarán, nos comeremos las cenizas y nos libraremos de la Roja.

—Si queréis creerlo, allá vosotros. —Cogió el frasco de pesto, untó el dedo y se lo chupó.

La atmósfera había cambiado. Ahora la miraban con ojos menos amables.

Anna se pasó la lengua por los labios.

—Lo comía siempre con la pasta.

El que estaba enfermo suspiró con un hilo de voz:

—¿Tú por qué estás aquí? —Antes de la enfermedad debía de haber sido gordo, pero ahora la piel le colgaba del esqueleto como un vestido de una percha.

—He venido a buscar a una persona... Pero no la he encontrado. No tardaré en irme.

—Vete ya —le dijo el capitán—. Nosotros estamos seguros de que nos salvaremos porque somos más fuertes... —Se quedó mirando a los otros y se llevó la mano al oído—. ¿Quiénes somos?

—¡El San Giuseppe Club! —exclamaron todos a coro, alzando los brazos.

Anna se levantó y fue a sentarse en un muro.

A unos metros de ella, unos chicos rebuscaban en la basura y se disputaban una manta.

Pasó el resto del día buscando comida y dormitando. Había intentado entrar en el hotel, pero como no llevaba collar, no se lo habían permitido.

Corrían rumores de que la fiesta del Fuego se celebraría aquella noche. Habían visto cuadrillas de guardias levantando barricadas en la cantera y hasta se decía que había un camión que se movía.

Incluso Anna empezaba a creer que ocurriría algo. Eran muchos, la expectación había crecido y se temía una rebelión.

Deambulaba sin rumbo entre la multitud. Mecheros, velas, linternas iluminaban la noche y las sábanas que tapaban los cadáveres yacientes se inflaban como velas luminosas. Las hogueras desprendían chispas y devoraban ruedas, leña, plástico y todo lo que era combustible. Las percusiones marcaban un ritmo rápido y monótono. Un par de veces se cruzó con Pietro. La rondaba sin atreverse a acercársele.

El cansancio ralentizaba sus pensamientos, que se sucedían lentos y eran poco

importantes.

Le tocaron el hombro.

—Perdona...

Se volvió y se halló frente a una especie de simio. Tenía una cabeza ovalada que parecía hecha de plastilina, una nariz chata y dos ojillos negros. Los hombros le caían a pico como vertientes de un tejado. Se había pintado la cara de rojo y blanco y la boca de verde como si fuera a ver un partido del equipo nacional italiano. Iba desnudo, a excepción de unos calzoncillos sujetos con una goma negra y en los que decía: «Sexy boy» que le ceñían las nalgas.

—El jersey es mío. Me lo has quitado en la piscina.

Anna se cogió el jersey hecho jirones.

—¿Te refieres a esto?

—Sí. ¿Podrías devolvérmelo? —No pronunciaba bien las erres ni las pes.

La chica se encogió de hombros.

—Era de mi abuelo Paolo —explicó el de los calzoncillos. Las llamas de las hogueras iluminaban una sonrisa demasiado cándida y perfecta que se movía independientemente de los labios.

Una vocecita prudente rogó a Anna que se callara, pero ella no la escuchó.

—¿La dentadura postiza también era de tu abuelo?

El otro cambió de tono y empezó a escupir saliva:

—Devuélvemelo si no quieres que...

—Si no quiero ¿qué? —Anna se dio cuenta de que el aturdimiento que la había invadido todo el día había desaparecido. La adrenalina la inflamó y se sintió viva, con ganas de pelea—. ¡Pues toma! —Y, dando un grito, se abalanzó sobre él y le dio con la cabeza en la panza. Fue como golpear la puerta de un frigorífico. Rebotó y cayó al suelo, en medio de un corro de espectadores que los alumbraban con linternas dispuestos a disfrutar del espectáculo.

El de los calzoncillos, en jarras, la miraba indeciso.

—¿Qué querías hacer?

Anna se levantó, sacudió la cabeza y arremetió de nuevo, pero la esperaba una mano ancha como una pala de cocer pizzas que le soltó un bofetón.

Anna giró sobre un pie como una bailarina torpe y, al caer, se golpeó con la clavícula en el borde del muro que flanqueaba la calle. Una punzada de dolor le atravesó el hombro.

Los del corro animaban a gritos al de los calzoncillos, que abrió los brazos y apretó los puños.

—¿Me lo devuelves o no?

Anna observó el cielo. Las estrellas eran agujeritos temblorosos por los que se filtraba la luz de un inmenso sol que había detrás del telón de la noche. En los dientes notaba el sabor metálico de la sangre.

*Éste te mata. Dale el jersey y listo,* le aconsejó la vocecita prudente.

Pero el público la incitaba al combate y no podía decepcionarlo. Su rival no era más que un gordinflón como el que se había llevado a su hermano.

Escupió un salivazo sanguinolento.

—Ya sé quién eres. Eres el Picciridduno.

Al de los calzoncillos no le hizo gracia. La cogió por el brazo y por el gemelo y la levantó por los aires como si fuera un muñeco de trapo. Anna cerró el puño y le propinó un golpe certero en la nariz mocha. Los ojos del bruto explotaron, escupió la dentadura y, soltándola a ella, se llevó las manos a la cara.

El público, traidor, empezó a animarla a ella. Dos espectadores se peleaban por la prótesis como si fuera una pelota de tenis que hubiera caído en las gradas del Roland-Garros.

Anna se levantó, dio dos saltos y le soltó una patada apuntando a sus partes. Le dio en la ingle.

El de los calzoncillos se dobló sobre sí mismo, gimoteando. Anna levantó los brazos para excitar al público y olvidó la única regla verdadera que existe en la lucha: no perder nunca de vista al adversario.

El de los calzoncillos se lanzó contra ella con los brazos abiertos y la golpeó en el costado. Anna cayó de espaldas entre cascotes y basura. El impacto la dejó sin respiración. El ogro brincó el muro y le pegó un puñetazo fortísimo en el hombro.

La espalda de Anna se arqueó, su cabeza se levantó. Lanzó un alarido agónico y cayó ensordecida por sus propios quejidos. Caras, brazos, llamas se diluían y se condensaban en medio de destellos de luz amarilla. Veía al adversario, imponente como una montaña, empuñar un bastón y a la multitud que ondeaba a cámara lenta como si fueran pelotas entre las olas del mar.

De todas las muertes posibles, aquélla era la más estúpida: morir a manos de alguien que quería que le devolvieran el jersey de su abuelo Paolo.

Anna se cubrió la cabeza y apretó los párpados.

Una explosión estremeció el monte.

Abrió los ojos.

En el firmamento estrellado, una hortensia bermellón proyectó parábolas amarillas que se extinguieron tras las paredes del hotel. La siguieron una esfera verde que despidió saetas blancas y explosiones menos luminosas, pero más sonoras, que repercutieron en el valle.

El de los calzoncillos, cuyos ojillos brillaban con luces de colores, soltó el bastón y se puso a aplaudir con sus manos rollizas. Todos miraban hacia arriba y abrían la boca maravillados.

—¡Ha empezado la fiesta del Fuego! —gritó alguien.

Como un organismo pluricelular, la masa humana acampada en torno al hotel se extendió por las laderas del monte, ocupó senderos y caminos, rebasó las extensiones

de basura, atravesó los bosques, escaló las montañas de escombros y se dirigió gritando a la cantera.

Habían retirado la valla que cortaba el paso. Un río de chicos inundó el camino, guiado por las hogueras que ardían en el fondo del valle. Había quienes, en la oscuridad, se despeñaban, resbalaban en los guijarrales, eran aplastados.

Del anfiteatro también acudían a la explanada grupos de chicos con fiebre, cojos, pustulosos. Unos caminaban a duras penas ayudándose de muletas, a otros los sostenían sus compañeros, otros se rendían y se dejaban arrollar por la corriente.

Anna, apretujada, tuvo que combatir contra cientos de brazos, de hombros, de caras aterrorizadas, de cuerpos apiñados. Una ola la oprimía y la empujaba hacia delante.

Se volvió y vio un camello. La cabeza del animal se balanceaba desarticulada. En la grupa, agarrados, iban tres chicos con sendas antorchas. Lanzando berridos desesperados, el animal se llevaba por delante a quien se cruzaba en su carrera. La lengua le colgaba de la boca como si fuera una enorme babosa morada. Anna se arrojó al suelo y dejó que pasara. Cuando se levantó y siguió corriendo, vio el culo pelado del cuadrúpedo que se alejaba por el pasillo abierto en la muchedumbre. Un par de desesperados se habían asido de la cola y se dejaban arrastrar procurando mantenerse en pie.

Anna llegó al final del camino y se halló ante un mar oscuro de cabezas que ondulaba cubriendo la explanada y extendiéndose por los montecillos de arena y los guijarrales. Dividía el valle una larga franja de basura que ardía despidiendo lenguas de fuego. A un lado, se aglomeraba el público; al otro, detrás de una cortina de humo denso, estaban la grúa del esqueleto, los montones de huesos y el camión cisterna en el que ella y Pietro se habían escondido. Intentó abrirse paso, pero a los pocos metros renunció. La silueta de la nave sobresalía de la multitud como una isla de chapa. En los destellos rojizos, figuras pequeñas como hormigas trepaban por los pilares que sostenían la estructura.

Bordeó la multitud y se abrió paso entre los que intentaban escalar. En los pilares se había formado una columna humana y algunos, al no encontrar dónde agarrarse, caían sobre los que tenían debajo.

Anna se agarró a travesaños oxidados, a hombros, a brazos, apoyó los pies en cabezas y llegó al tejado de chapa ondulada. Bajo el peso de cientos de chicos, la chapa se doblaba. Pudo encontrar un hueco en la misma vertiente y se sentó.

La barrera de fuego devoraba crepitando neumáticos y plásticos, y tapaba las estrellas y la luna. Ahora reinaba un extraño silencio, sólo interrumpido por el ruido de un motor que traqueteaba en alguna parte en la oscuridad.

—¿Y ahora qué pasa? —le preguntó una chica que tenía al lado. Llevaba un brazo vendado con gasas sucias y le faltaban tres dedos de una mano.

—No lo sé —contestó Anna.

Pasó un rato y la multitud volvió a rumorear.

De pronto se oyó una música alta y la voz de una mujer amplificada y distorsionada empezó a cantar: «Si quieres irte te entiendo... Sí... Aún puedes atraparme... Sensual en mi corazón... Porque aún te amo.»<sup>[2]</sup>

Se oyó un clamor.

Uno de los que había en el tejado dijo que la que cantaba era la Picciridduna.

Uno tras otro, se encendieron tres faros eléctricos que transformaron el humo en una masa iridiscente que se reflejaba en miles de rostros atónitos.

El público tomó aire al mismo tiempo y contestó con un «¡Ohhh!» maravillado.

—¿Qué es aquello? —La chica señaló con los tres dedos<sup>[3]</sup> algo que se veía por encima de la cortina de humo—. Mira.

Una forma oscura, inmensa, se condensaba en la niebla. Sopló una racha de viento en el valle y apareció el gran esqueleto que flotaba en el aire colgado por la cabeza.

Se movía lento y desarticulado. Levantaba un brazo y bajaba el otro, doblaba una pierna y extendía otra, parecía un astronauta en el espacio. Cuadrillas de diablillos azules, pendientes de cuerdas atadas a las muñecas, a los codos, a las rodillas y a los tobillos de la marioneta, se elevaban por el aire y volvían a caer equilibrando el peso de las extremidades.

Parecía que el gigante fuera a saltar por encima de la cortina de humo. A la luz de los reflectores, los huesos con los que lo habían decorado temblaban y semejaban pelo.

La masa excitada se empujaba, acercándose a las llamas, pero el calor la hacía retroceder.

Luego empezó a cantar un hombre: «Lo escucharán los americanos que ayer precisamente se fueron y con sus camisas de flores colorean nuestras vidas y nuestros días de primavera... Y de tus ojos preciosos...»<sup>[4]</sup>

Ante aquel espectáculo de música y luces eléctricas, todos los que había en el tejado se pusieron en pie y se abrazaron con los ojos llorosos.

*Sólo los Mayores pueden hacer algo así*, pensó Anna, mientras la chica de al lado le cogía la mano y le decía:

—No es verdad... No es verdad.

Un proyector descendió y se deslizó por encima de los miles de cabezas, pintándolas de luz y haciendo que saltaran excitadas. El haz se desplazó deslumbrando a los del tejado, que empezaron a batir los pies, transformando la nave en un tambor.

Dentro de la construcción, un motor se encendió y sonó una sirena.

Anna, cegada, se agarró al tejado. Abajo, cientos de chicos daban puñetazos contra las paredes.

El motor se aceleró y las puertas se abrieron, repeliéndolos. Apareció el morro

verde de un camión.

Anna vio que el vehículo penetraba en la multitud como un rompehielos, en dirección al esqueleto. La masa se abría para dejar que pasara y enseguida se cerraba de nuevo. El largo remolque tenía los laterales bajados. Subidos a él, iban decenas de niños de azul con bastones y antorchas como si fueran en una carroza de carnaval.

En medio, entre volutas de humo negro, sobre un pedestal, entre Rosario y Angelica, que incitaban a la multitud, había un extraño ser alto y enjuto encadenado. Tenía la piel tan blanca que parecía que nunca hubiera estado expuesto al sol. Los brazos le colgaban largos y rectos. Una fila de prominencias puntiagudas le recorría la espalda. El cráneo calvo y alargado era muy grande y las orejas muy pequeñas y carnosas. Una barba rala, entreverada de gris, le caía como un babero por unos pechos de mujer que colgaban flácidos sobre unas costillas hundidas.

—¡La Picciridduna! —gritaron los del tejado, y se adelantaron para verla mejor.

Cinco o seis, empujados por los de detrás, cayeron sobre la multitud, que los engulló.

A Anna le costaba mantener el equilibrio pero no podía evitar mirar al extraño ser.

Tenía la frente baja y redonda y carecía de cejas. Esbozaba una sonrisa boba y por la boca desdentada le salía un hilo de saliva que le caía sobre la barba canosa. Los ojillos, negros como ónix, tenían una expresión atemorizada. Sacudía la cabeza como si quisiera ahuyentar un enjambre de avispas.

En aquella mirada reconoció Anna la idiotez.

Se acordó de Ignazio, el hijo de la mujer que venía a limpiar a la finca una vez por semana. Al pobre le faltó el aire cuando nació y se quedó tonto. Se revolcaba por el suelo babeando, con la cabeza encogida sobre el hombro, y se comía todo lo que encontraba, caca incluida.

Anna se preguntó por qué se había salvado la Picciridduna de la Roja. Quizá porque era medio hombre y medio mujer. Seguro que no era un Mayor de verdad.

*No salvará a nadie. Ni siquiera se salvará a sí misma.*

En los labios de la chica se formó una sonrisa amarga, mientras todos, enloquecidos, se arrojaban sobre el carro queriendo tocar al ser deforme, aunque eran repelidos a bastonazos por los niños de azul.

Su hermano iba en una punta del camión y, como los demás, luchaba contra hordas de manos que trataban de hacerle bajar.

Anna lo llamó con todas sus fuerzas, pero su voz se perdió entre los gritos, la sirena y el crepitar del fuego.

Miró al suelo. Por un momento estuvo tentada de saltar. Al fin, se dirigió a cuatro patas al pilar por el que había subido. En el centro, el tejado se había hundido y dentro de la nave se agitaba una maraña de cuerpos.

Bregó con los otros para bajar, agarrándose a pelo y camisetas. Cuando iba por la mitad, le fallaron las fuerzas y se dejó caer sobre la multitud, que la acogió en su seno. Junto con cientos de chicos más, se lanzó a correr tras el camión.

Corrientes humanas que chocaban gritando la arrastraron primero hacia delante y luego hacia atrás.

El camión se alejaba dando bocinazos en dirección al esqueleto y racimos de chiquillos histéricos se agarraban a los laterales y a la cabina. Entró en el fuego con todo su séquito.

Lo que entonces sucedió no lo supo Anna, porque estaba muy lejos, pero sí vio que la marioneta, con una llamarada, se inflamó y ardió por completo en unos segundos, convirtiéndose en una antorcha que iluminó toda la cantera. Un brazo incandescente se separó del tronco y las llamas envolvieron el camión cisterna.

La explanada era un hormiguero frenético, todos escapaban en todas las direcciones, y Anna, inmóvil, miraba el infierno al que se había dirigido su hermano.

El mundo explotó.

El camión cisterna, con un estruendo, se convirtió en una bola roja. Se elevó en la oscuridad y se expandió, despidiendo meteoritos que dejaban estelas luminosas y silbantes que acababan cayendo sobre la multitud y sobre los montes de arena, e incendiando los pinos de las laderas. La onda expansiva, cual bofetada candente, repelió a Anna y le quemó la cara, el cuello, las pestañas, le entró por la boca y le llegó a los pulmones.

La esfera se contrajo y un manto de humo negro y denso se extendió por todo el valle. En la niebla perlada se elevaban remolinos de fuego y en medio del humo aparecían y desaparecían figuras negras.

Anna se levantó y echó a andar. Abría y cerraba los párpados para limpiarse los ojos de lágrimas. Tosía, sofocada por las emanaciones acres de la gasolina. Chocó con una niña que corría ciega y cayó al suelo. Se levantó y siguió avanzando hacia el incendio. Su hermano estaba allí. El calor le quemaba las piernas y se preguntó si no estaría ardiéndole el pelo.

Alguien, por detrás, la cogió del hombro.

—Anna.

Anna movió la cabeza y no se volvió.

—Anna.

Esta vez la cogió de la muñeca.

Pietro, negro de hollín, con la camiseta rasgada, llevaba en brazos a un niño que apoyaba la cabeza en su hombro.

La chica se acercó llevándose las manos a la cara.

El niño levantó un poco la cabeza, la miró y estiró el brazo.

—Anna.

**Tercera parte**  
**El Estrecho**

Por arriba, la arena estaba caliente, pero en cuanto excavaba un poco con los pies, la notaba fría y húmeda. Anna estaba tumbada sobre una toalla y el sol tibio le calentaba la frente y los miembros. Unas olas perezosas arrastraban los guijarros de la orilla y las gaviotas chillaban mar adentro.

Se sentía lánguida y sin ganas de nada.

Giró la cabeza, abrió los ojos y vio el rabo y las nalgas huesudas de Mimoso, que estaba acostado junto a ella. Los cojinetes negros y escamosos de los dedos le temblaban como si estuviera soñando que corría. En la orilla del agua, Astor, desnudo, jugueteaba con las olas. Los brazos parecían varas que salieran de sendos flotadores verdes. Con la punta de los pies, trazaba rayas en la arena que las olas borrraban.

—¿Qué haces? —le gritó.

El niño la observó un instante, cogió un palo largo y nudoso y corrió a su lado, salpicándola de arena.

—Cuidado... —se quejó Anna, limpiándose la cara.

—¡Mira qué chulo! —Astor agitó el palo en el aire.

—Un palo.

—No es un palo. —Señaló una ranura oscura en la madera blanca—. Es una serpiente. ¿Ves la cabeza? Tiene hasta boca.

—¿Tienes hambre?

—Una poca.

—¿Nos vamos?

—Dijiste que nos bañaríamos.

—¿Cuándo? No me acuerdo.

—Ayer. —El hermano le cogió el dedo y quiso levantarla.

—¿Seguro? —Anna se incorporó y se desentumeció la espalda. En el horizonte se habían elevado unas nubecillas que parecían columnas de vapor blanco. En una punta de la bahía, donde Cefalú metía su viejo hocico de piedra en el agua, una bandada de gaviotas sobrevolaba un banco de peces.

—Venga... —gimoteó el niño.

—Bueno.

Astor exhibió feliz su colección de dientes torcidos y se revolcó en la arena. Se levantó, se acercó brincando a Mimoso y lo cogió del rabo.

—¡Al agua!

Anna protestó.

—¡Déjalo en paz!

Pero el niño, sin soltar al animal, gruñía tratando de arrastrarlo.

Aquel perro era un santo. Se lo habían encontrado al salir del hotel y Astor y él

enseguida habían hecho amistad. Su hermano lo montaba, le tiraba de las orejas, le exploraba las fauces como si fuera un domador de leones. No lo dejaba dormir. Pero cuando jugaba con el niño, el animal era delicado como si temiera romperlo. Hacía como que le mordía, pero sin apretar. En el largo viaje que habían hecho hasta Cefalú, no lo había perdido de vista en ningún momento. Si Astor reducía el paso, Mimoso iba y venía de un hermano al otro incansablemente.

—¿Por qué no quiere bañarse?

Anna se encogió de hombros.

—No le gustará.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿A ti te gusta el melocotón en almíbar?

Astor hizo una mueca.

—¿Esas cosas blandas metidas en un líquido transparente? No, me dan asco.

—Pues a él le dará asco el mar. Conque no lo molestes porque, como un día se enfade y te muerda, ganado te lo tendrás.

Los dos hermanos echaron a andar, cogidos de la mano, hacia la playa. Junto a las barcas invertidas había una pequeña tabla de surf de poliestireno con manchas de alquitrán. Le faltaba la punta, parecía que la hubiera mordido un tiburón.

Anna se quitó los pantalones vaqueros cortos y se quedó en bikini, uno verde con lunares blancos y con un sujetador acolchado que la hacía parecer mayor. Sacó de la mochila unas gafas y un tubo, cogió la tabla y se metió en el agua. Astor la adelantó y se zambulló de bruces, lanzando gritos de alegría.

Aunque era un invierno suave, el agua estaba helada. La chica avanzaba encogida como si caminara por una alfombra de cristales. Su hermano, indiferente a la temperatura, intentaba bucear con la nariz pinzada, pero los flotadores lo mantenían en la superficie.

Anna avanzó hasta que el agua le llegó a los muslos y entonces se tendió en la tabla.

—Motor, arranca —ordenó, colocándose las gafas.

Astor se asió de la popa de la tabla y empezó a hacer pedorretas.

—Adelante. Despacio. Siempre recto.

La chica sumergió la cabeza con el tubo puesto. Debajo vio una superficie de guijarros grises y bancos de arena barrida por la corriente. Era un paisaje mudo que tenía poco que ofrecer, pero que Anna no se cansaba de observar. Cuando respiraba por el tubo y notaba el agua borbotear en los oídos, se sentía en paz.

—¡Cuidado! —gritó por el tubo, doblando la espalda como si le hubieran dado un latigazo. Por el cristal empañado vio que Astor agitaba los pies como un condenado—. ¡Despacio, que me mojas! ¿Eres tú el motor?

—Sí —contestó el hermano, muy serio.

Anna dijo, silabeando bien:

—Pues entonces, motor, escucha: ve despacio y no salpiques, o te desinflatos

flotadores y mueres ahogado.

—Vale.

Reanudó la exploración. Bancos de mújoles que se perseguían, salmonetes que barrían el fondo con sus bigotes. Con la cabeza sumergida, los pensamientos se formaban con pereza, crecían y estallaban en burbujas abstractas. No estaría mal perder los huesos, ser de gelatina transparente en lugar de carne y dejarse llevar por la corriente como una medusa. Hundirse despacio hasta las profundidades abisales y encontrarse allí, entre las criaturas luminosas que las habitan, a Cola Pez, el chico que cargaba a hombros con Sicilia.

Mar adentro, el fondo salpicado de matas de posidonia se volvió más azul y de pronto apareció un gran bloque de cemento verde y marrón cuajado de mejillones y rodeado de pececillos con la cabeza de colores. Era un pequeño planeta que bullía de vida en medio de un desierto de arena.

—Motor, alto.

Ya había visto otros bloques como aquél y no sabía qué eran. Quizá eran para amarrar las barcas. Justo al lado vio como dos piedrecitas amarillas con una raya negra en el medio. Las miró por todos lados hasta que, poco a poco, fue distinguiendo una forma mimetizada. Era del color de la arena, aunque ligeramente distinto. Alrededor de aquellas dos piedrecitas, que debían de ser los ojos, había una corona de tentáculos carnosos.

—¡Un pulpo! ¡Es un pulpo! —dijo toda excitada, y notó que el hermano le cogía un tobillo.

—¡Hala! ¿Y cómo es? ¿Es grande? —Astor temblaba como si le hubiera dicho que allí abajo había una cesta llena de embutidos. No había visto nunca un pulpo vivo, pero había tenido uno de peluche.

—Está escondido en la arena. —Le pasó las gafas. Astor empezó a bracear y a tragar agua y Anna temió que se sintiera mal.

—Por favor, por favor, ¿me lo coges? —Astor pestañeó como hacen los niños buenos. Se acordó de sí misma cuando, delante del escaparate de la juguetería de la calle Garibaldi, le pedía a su madre que le comprara la Barbie china con su oso panda y su vestido rojo.

—No llego. Está muy hondo.

—Pero sabes nadar.

—Una cosa es nadar y otra bucear. Además, ¿cómo lo cojo?

—Con las manos. Es bueno. No muerde.

Una vez su padre pescó un pulpo en el parque natural del Zingaro. Salió del agua todo ufano con aquel ser que se estiraba y se contraía clavado en la punta del arpón y lo golpeó contra las rocas como si fuera un paño de la colada. Lo hizo, según le explicó, para ablandarlo, pero cuando lo cocieron quedó convertido en una especie de mustia flor carnosa.

—Quiero jugar con él —dijo Astor.

—Puedo intentarlo. —Anna se deslizó hasta el agua. Millones de alfileres helados le pincharon la piel. Miró al fondo. Ya no estaba tan segura de que fuera un pulpo ni sabía cuántos metros había. Sin duda serían como tres o cuatro Annas puestas una encima de la otra. Y, además de bajar, tenía que subir.

Empezó a inspirar y espirar hinchando los pulmones. Se daría por contenta si llegaba al fondo y cogía un puñado de arena. Contó hasta tres, cerró la boca y se sumergió. A las dos brazadas notó que, por efecto de la presión, las gafas le oprimían la cara. También empezó a notar molestia en los oídos. Procuró no hacer caso, pero enseguida sintió como si le perforaran los tímpanos. Volvió a la superficie y se agarró jadeando a la tabla.

—¿Lo has cogido? Enséñamelo.

A veces Anna se preguntaba si su hermano no sería tonto.

—¿Es que no ves? ¿Traigo acaso un pulpo en las manos?

Astor reflexionó.

—Podrías habértelo metido en el bikini para darme una sorpresa.

—Motor, en lugar de pensar, arranca y llévame a la playa.

—Va, inténtalo otra vez.

—Me muero de frío.

Decepcionado, el niño arrancó con una pedorreta.

—Oye, Anna, ¿y cuántos tentáculos tiene un pulpo?

—No lo sé.

—¿Diez?

—Puede.

—¿Y por qué tiene diez y no nueve? Y ventosas, ¿cuántas?

—Muchas.

—¿Y por qué tiene tantas?

—Porque son así.

Desde que había estado con los niños de azul, Astor había cambiado. Era más suelto de lengua y no hacía más que hablar. El encuentro con el mundo lo había hecho menos introvertido y más petulante.

—Y si una ventosa se te pega, ¿puede arrancarte la piel?

—No lo sé.

El hermano la alcanzó a la carrera y la cogió de la muñeca.

—Otra cosa: ¿los pulpos tienen pilila? ¿Y por qué no viven en la tierra en vez de en el mar?

Anna se detuvo en seco.

—¡Ya está bien! No sé nada de pulpos.

Una pregunta pasó por los ojos despiertos del niño.

Anna se llevó el dedo a los labios.

—No me preguntes nada más. No vuelvas a hablar hasta que lleguemos a casa. Si tienes preguntas, te las guardas, eliges cuatro y me las haces mañana.

Astor la miró extrañado.

—¿Por qué cuatro?

—¡Chis!

Iban por el paseo marítimo de Cefalú. Los tres: el perro delante, Anna en medio y Astor detrás con cientos de preguntas en la punta de la lengua.

La arena había cubierto la carretera, las aceras, los bancos de hierro, y sólo sobresalían algún que otro muro de cemento y las farolas, corroídas por el óxido. La fila de restaurantes que había al otro lado de la carretera formaban un bloque. Muchos letreros seguían en su sitio: La Gaviota, Casa Nino, La Cueva del Pirata, pero, tras cuatro años de abandono, las fachadas se veían descoloridas y las puertas y ventanas agrietadas. Muchos locales tenían los cristales rotos y el interior estaba lleno de plásticos, maderos y tumbonas que el mar había arrastrado. En uno había incluso una barca boca abajo.

—¿Mañana volvemos por el pulpo?

—Calla.

Ante los hermanos se extendía la bahía, en cuyo extremo había un puertecito, al pie del pueblo. Casas de piedras, apretujadas, se asomaban al mar en medio de un caos de arcos, ventanas y balcones. Tras los tejados de tejas oscuras descollaban los dos campanarios cuadrados de la catedral y las paredes escarpadas de la Roca, una montaña circular que parecía un panetón.

Pasaron por un aparcamiento lleno de coches con manchas de salitre y guano blanco, siguieron por una callejuela estrecha de cuyas casas sobresalían balcones, farolas, cables eléctricos y cuerdas que en el pasado se usaron para tender la ropa. Las persianas de las tiendas estaban bajadas y muchas de las ventanas atrancadas. Aún se veían señales que indicaban la catedral, bares, hoteles.

Los saqueos y los incendios que habían devastado Sicilia no habían llegado a Cefalú. Había encontrado pocos esqueletos en las casas, como si los habitantes hubieran abandonado el pueblo antes de que la epidemia los matase. Ahora era un refugio para ratas, patos y colonias de gaviotas. Mimoso se había encargado de que casi todos los gatos desaparecieran.

Anna se detuvo delante de la librería La Brújula. Intentó levantar la persiana, pero estaba cerrada. Al lado había una puertecita verde con la luneta abierta.

Aupó a Astor y éste se coló como una ardilla. Un instante después se abrió la puerta, que daba a un patio interior enlosado. En las macetas que había arrimadas a las paredes crecía una selva verde. En un rincón resistía el bar La Cometa, con mesas de hierro junto a una tarima. Un cartel informaba de que el jueves actuaría el Mariano Filippi Jazz Trio.

Anna cogió una silla y rompió con ella el cristal de una ventana. Saltó por encima de la repisa, seguida de su hermano, y encendió la linterna.

La librería estaba llena de expositores de postales, de platos pintados, de jarrones con forma de cabeza y de soles de cerámica con la cara sonriente. En las mesas había pilas de ladrillos de colores y cajas llenas de objetos de recuerdo. Si Cefalú tenía un defecto, era el de ser un inmenso recipiente de fruslerías de cerámica.

Anna siguió inspeccionando y encontró en un rincón unas estanterías con libros. Libros de cocina siciliana, guías turísticas y un tomito con la cubierta plastificada.

—¡Ajá! —Se lo mostró a Astor.

—¿Qué es?

—Lee. —Enfocó el título con la linterna.

Astor se rascó la nariz.

—La... pes... ca sub... ma... rina. La pesca submarina.

Aquellos meses que habían pasado viajando no habían hecho ejercicios. Tenían que retomarlos.

—¿Qué significa «submarina»? —preguntó Astor.

—Significa bajo el agua.

Los ojos de Astor se despertaron.

—¿Entonces podremos pescar pulpos?

—Veremos.

Salieron al patio y Anna se sentó a una mesa.

El hermano se le acercó con aire impasible.

—¿Qué va a ser, señorita?

Después de oír hablar tanto de bares y restaurantes, Astor había decidido que, cuando fuera mayor, sería camarero, porque los camareros están todo el día rodeados de comida.

Anna no se decidía.

—¿Qué me recomienda?

—Carne con tomate y leche de almendra.

—Tráigame leche de almendra.

El niño corrió a un rincón y manipuló unos vasos imaginarios.

—Aquí tiene.

Anna bebió el líquido inexistente.

—¡Ahhh! ¡Buenísimo!

El libro dedicaba tres páginas al pulpo, el rey de los invertebrados. Descubrieron que tenían ocho tentáculos y eran tan inteligentes que podían resolver problemas geométricos. Y, sobre todo, que eran animales solitarios: buscaban un refugio y en él se quedaban. Anna le enseñó las fotos a su hermano, que movía la cabeza con asombro. Nunca había visto un animal tan raro.

—Es más raro que las lagartijas melenudas.

—¡Aquí estáis! ¿Cómo habéis tardado tanto? —Pietro salió de un garaje que daba a una callejuela. Iba blanco de polvo como un panadero que acabara de amasar—. Mirad lo que he encontrado...

Astor no le dejó acabar. Con habla atropellada y comiéndose las palabras, le refirió la aventura que habían corrido en el mar. Luego lo cogió de la mano y lo obligó a sentarse en un escalón y mirar las fotos del libro.

Anna se apoyó en la pared y cruzó los brazos. Pietro la miró.

Ella agachó enseguida la cabeza, ruborizada. Esperó unos segundos, pero cuando volvió a mirar, él seguía observándola con una sonrisilla de..., no sabía decir de qué. Ladeó la cabeza y dijo, moviendo los labios:

—¿Eres tonto o qué?

Tras lo ocurrido en el Hotel de las Termas, no se habían separado.

Después de recuperar el cuaderno y el fémur en el restaurante El Gusto de Afrodita, habían decidido dormir en un chalé de Torre Normanna. Durante la noche había soplado un fuerte viento que había hecho que las ventanas golpetearan y los canalones crujieran. El bulto de Pietro envuelto en una manta y la respiración pesada de Mimoso no habían bastado para tranquilizar a Anna, que, acostada con su hermano en un sofá hundido, dormía agitada por sueños y preocupaciones. Miraba al techo a oscuras oyendo que el bosque y la Finca de la Morera la llamaban.

*Anna, quédate con nosotros. Tú eres la reina de los huesos.*

Luego le había parecido oír a su madre caminar por el piso de arriba, con pasos regulares.

*¿Te vas, Anna?*

*Sí, mamá.*

*Ten cuidado.*

*Te lo prometo.*

¿Cuántas promesas de las que le había hecho en el lecho de muerte había cumplido? Puede que ni una. Pero por lo menos aún tenía a su hermano. Había logrado rescatarlo. Y ahora tenía que cumplir la promesa que se había hecho a sí misma: llevarlo al continente.

Cuando Pietro y Astor despertaron, la habían encontrado de pie, mirándolos:

—Tenemos que hacer un pacto —les había dicho.

Ellos, con los ojos soñolientos, habían bostezado.

—¿Qué pacto? —le había preguntado Astor.

—Iremos los tres al continente.

—Y de paso buscamos las zapatillas —había añadido Pietro, restregándose un ojo.

Astor se había metido un dedo en la nariz.

—¿Pasaremos por casa? Quiero llevarme mi muñecos.

—Ya encontrarás otros —había contestado Anna.

Y así, una mañana nublada, escoltados por Mimoso, habían partido, mochila a cuestas, hacia el este, siguiendo la autopista.

Caminaban ligeros, y cuando encontraban un túnel, lo pasaban cogidos de la mano, cantando. A menudo se desviaban en busca de zapaterías y centros comerciales. Forzaron puertas, rompieron escaparates, abrieron cientos de cajas, pero no había ni rastro de las Adidas de Pietro. Con el paso de los días, Anna se convenció de que o aquellas zapatillas no existían o no habían llegado a Sicilia. Pero Pietro no se desanimaba.

—¿No lo entiendes? Es la prueba de que son mágicas. En Palermo las

encontraremos, ya verás.

Ella se mordía la lengua. Quería llegar cuanto antes a Calabria, y perder tiempo de aquel modo la sacaba de quicio. Pero había hecho un pacto y lo respetaría.

Siguiendo la A29, el paisaje cambió.

Describiendo una curva amplísima, la autopista se acercó a la costa. A la derecha se elevaba, en medio de la llanura, una muralla de roca imponente en la que crecía una vegetación desmedrada. En el ocaso, las crestas ardían con colores naranjas y las venas rocosas se coloreaban de azul. La cadena montañosa seguía el litoral, que se rompía formando golfos grandes y pequeños. Entre las montañas y el mar se extendía una banda de tierra cubierta de tejados y terrazas de edificios que sobresalían de la vegetación como piezas de Lego esparcidas por una moqueta verde. Los pueblos terminaban unos en otros y sólo por las señales de la autopista sabían que eran Terrasini, Cinisi, Capaci, Sferracavallo...

Los pocos caminantes con los que se cruzaban se alejaban al ver al perro que los escoltaba. Cuando se encontraban con una banda, eran ellos quienes se apartaban, sujetando del pescuezo a Mimoso, que gruñía. El perro los seguía al paso, pero a veces desaparecía y no volvía hasta el oscurecer, y por la noche se acostaba junto a ellos tres, con la oreja tiesa, dispuesto a ladrar al menor ruido.

Tardaron dos semanas en llegar a Palermo.

La autopista entraba recta en una ciudad ocupada por columnas de camiones, carros de combate y camionetas con los cristales sucios. Se hallaron ante lo que debía de ser un puesto de control. Bloques de cemento y barreras de alambre de espino cortaban el paso y se prolongaban entre las casas y el campo. Por todas partes se veían carteles acribillados a tiros que instaban a detenerse y someterse a controles sanitarios: «Zona contagiada. Todo aquel que intente pasar la barrera podrá ser condenado a penas que van desde treinta años de cárcel a la pena capital».

Las naves en las que se habían instalado las unidades sanitarias estaban llenas de ordenadores, monos amarillos, escafandras tiradas por un suelo cubierto de excrementos de rata.

Entraron en la ciudad silenciosa. Nada se había librado de la furia devastadora. Ni tiendas, ni edificios, ni pisos. Todas las puertas habían sido forzadas, todas las cocinas saqueadas, todos los armarios abiertos. Los cuadros habían sido tirados al suelo, los cristales rotos, los platos hechos añicos. Algunos barrios parecían bombardeados. Lienzos de pared resistían como escollos en medio de montones de escombros que invadían las calles y sepultaban los automóviles. Vieron los restos carbonizados de dos helicópteros que se habían estrellado.

Cuando llegaron al mar, tuvieron que pasar por encima de barricadas de muebles y contenedores de la basura sobre los que ondeaban jirones deshilachados de banderas negras. Nadie parecía haberse salvado. Y si alguien se había salvado, ya no estaba allí. No había perros ni gatos. Los únicos seres vivos que se veían eran chinches verdes que formaban pelotas vibrantes de patitas y le saltaban a uno a la

cara y al pelo.

Pietro llevaba de la mano a Astor, que se había quedado sin habla y miraba con ojos como platos y el pulgar metido en la boca los amasijos de cuerpos quemados. Anna tenía la impresión de que la ciudad no los quería. Estaba todavía llena del dolor de sus habitantes y el único deseo que le quedaba era que la olvidaran. Pero a la naturaleza le costaba sepultarla. La hierba asomaba débil por las grietas del asfalto, la paretaria brotaba insegura entre los ladrillos, los árboles crecían esmirriados como si hundieran sus raíces en una tierra envenenada. Hasta la hiedra, que en todas partes proliferaba tejiendo piadosos mantos verdes sobre los restos del mundo de los Mayores, allí extendía unos estolones mustios de hojas amarillentas y acartonadas.

El paseo marítimo se había convertido en un campamento que, al cabo de cuatro años, era una capa compacta de plástico, tela y cartón inerte y dura. Ya no interesaba ni a las gaviotas ni a las ratas. En las plazas había montones de cuerpos y en las fosas comunes yacían cadáveres cubiertos de cal. El puerto había sido devorado por un incendio tan voraz que hasta había deformado las verjas de hierro y reducido los muelles a superficies ennegrecidas. Seguían en pie las grúas y las pilas de contenedores oxidados. Un par de barcos yacían tumbados de costado como megaterios varados en la playa.

Cuando se detuvieron delante de la Tienda del Deporte, unos grandes almacenes oscuros como la entrada del infierno, Anna no pudo callarse.

—Aquí no encontraremos tus zapatillas.

Pietro guardó silencio unos instantes y luego dijo:

—Vámonos.

Pasaron la noche en el teatro Politeama. El vestíbulo estaba plagado de bidones, cajas de medicamentos, goteros y camillas. Sobre las ventanillas, alguien había dibujado una calavera con los ojos morados.

Descorrieron la cortina de terciopelo tupido y el haz de luz se paseó por las butacas rojas, hizo brillar las columnas doradas de los palcos, las lámparas del techo cubiertas de polvo, los frescos de caballos rampantes que emergían de las tinieblas. Una bandada de palomas alzó el vuelo en la oscuridad con un fragor de alas y chocó contra la gran cúpula azul oscuro. La aves caían a pico entre las filas de butacas.

Astor, aferrado al brazo de su hermana, preguntó:

—¿Qué se hacía aquí?

Anna no estaba segura, pero contestó:

—Aquí venía la gente elegante. Mamá también venía, con la falda chula y los zapatos de tacón. —Alumbró el escenario, donde aún se veían partes del decorado—. Y ahí había gente que bailaba y contaba chistes.

Durmieron en un palco, hambrientos.

Anna fue la primera en despertar. Pietro y Astor dormían tendidos en los asientos como jóvenes vampiros. Les dejó una nota en la que decía que la esperasen fuera.

El sol estaba en algún sitio tras la muralla de edificios. En la gran plaza de

Castelnuovo, remolinos de bolsas de plástico de colores y papeles se perseguían entre camionetas y carros de combate estacionados en torno al monumento de mármol. De la estatua no quedaban más que los pies.

Enfiló una larga calle recta flanqueada de iglesias, tiendas saqueadas, edificios decimonónicos por cuyas ventanas ondeaban trapos y banderas raídas. Al fondo, la masa negra de una montaña se recortaba contra el azul del cielo matutino.

Reconoció los restos de la heladería Incanto, donde la llevaba su abuelo, y de la zapatería en la que su padre le compró un día unas botas forradas. Tomó una calle lateral y, caminando en parte al azar y en parte guiada por sus recuerdos, llegó a la calle Ottavio d'Aragona.

Allí estaba el edificio donde vivía su padre, uno gris y rosa, con balcones que daban a un garaje subterráneo y a un edificio moderno que se había quemado. Abrió el portón de madera oscura y entró en el portal. Contra la puerta del ascensor, entre cristales rojos, había un árbol de Navidad volcado. Encendió la linterna y empezó a subir la escalera.

En la segunda planta, la puerta de una agencia de seguros estaba destrozada y dentro se veían mesas patas arriba y una moqueta cubierta de papeles, teclados y pantallas. La máquina de las bebidas la habían desvalijado a palos. En la pared había un cartel con una rubia que decía: «Asegúrate un futuro tranquilo con nosotros».

Anna se quedó mirando el tramo de escalera que llevaba al tercer piso. La puerta de su casa estaba entornada y la maceta del cactus seguía junto a la estera. Se frotó un ojo y continuó subiendo. Como si flotara en un sueño, recorrió el largo pasillo con suelo de granito y estuco en las paredes. La luz se filtraba por las ventanas de las habitaciones y pintaba franjas luminosas en las paredes. El armario blanco estaba abierto y todos los anoraks, bufandas, sombreros y guantes estaban tirados por el suelo. Reconoció la chaqueta negra con cinta que su padre llevaba cuando conducía el Mercedes del trabajo. Se detuvo en la puerta de su dormitorio. Los dibujos seguían colgados de las paredes. Uno representaba un barco con tres figuras de pie cuyos nombres se leían encima: yo, mamá, papá. En el mar asomaban las cabezas de su abuelo y de su abuela. Sonrió. ¿Por qué los había dibujado en el agua? En la mesa roja de Ikea todavía estaba el estuche con sus rotuladores y acuarelas y había un vaso con costras de cal.

Todos y cada uno de los objetos de la habitación despertaban un recuerdo. Fragmentos de memoria se alzaban del olvido como astillas afiladas e iban componiendo un prisma de imágenes. Era de nuevo Annina, la niña que iba a aquella casa dos veces al mes.

Ahora que la veía, se dio cuenta de que nunca había echado de menos aquella habitación. Nunca la había sentido suya. Estaba llena de cosas bonitas, pero parecía que las hubieran puesto allí para decorar, como las palmeras de plástico de las peceras de tortugas. Y con aquellos juguetes y aquellas muñecas no había jugado lo suficiente. Eran sus cosas de Palermo y no podía llevárselas a Castellammare. No

eran caprichos, ni premios por haberse portado bien. Su padre se había limitado a comprarlo todo en un centro comercial al separarse de su madre.

Se asomó a la calle. Nunca había reinado aquel silencio. Antes había tráfico todo el día, y en verano, con las ventanas abiertas, se oía lo que decía la gente que pasaba. Fue a la cocina. El frigorífico estaba abierto y vacío y en el fregadero se acumulaba la vajilla llena de polvo. Por la encimera había café tirado y en la pared del fregadero se veían manchas de moho verde. En un armario encontró la caja de cereales con forma de letras que tomaba con la leche. La abrió y salieron palomillas. Cogió un puñado y lo echó sobre la mesa de fórmica. Puso las letras en fila y consiguió componer ATOR, faltaba la S. Se las comió una tras otra, masticándolas en silencio.

En la habitación de su padre debían de haber estado de juerga. Estaba llena de trapos y botellas de bebidas alcohólicas vacías. Habían quemado las cortinas y la alfombra, y la pared de la ventana se veía negra de humo. Abrió el cajón de la mesita de noche. Había un spray nasal contra la sinusitis, un reloj, fotos: Anna, de pequeña, en coche con su padre; su madre con Astor recién nacido en brazos; sus padres con un hombre vestido de romano antiguo en el Coliseo.

Había también una carta abierta y arrugada.

Amor mío:

¿Cómo estás? Aquí todo es precioso y hace mucho frío. Ha estado nevando tres días y esta mañana el coche estaba cubierto de nieve, pero hacía un sol maravilloso. He ido a esquiar con Adriana, que no para de preguntarme por ti. Yo creo que tiene miedo de quedarse soltera. ¡Y pensar que todos creían que yo sería la soltera de la familia! Esquiar es divertidísimo, sobre todo hoy, con la nieve recién caída, y siento mucho que no estés. Sé que eres siciliano y te da vergüenza ponerte leotardos, pero prométeme que vendrás alguna vez y entonces te enseñaré a esquiar en posición de cuña. Adriana dice que ya hablo con acento siciliano y, mira por dónde, me gusta. No aguanto más el dialecto véneto. Pienso en ti y me gustaría que te acostaras conmigo para calentarme los pies.

Estos días me he preguntado muchas veces por qué te quiero y he comprendido que haces un gran esfuerzo por aceptarme como soy. Por adaptarte a mí. No me gusta que nos peleemos. Tú eres una persona especial y quiero intentar ver las cosas con tus ojos. ¿Me lo permitirás? No debemos perdernos. Yo puedo aprender a hacerte feliz. ¿Ves que te escribo una carta con papel y bolígrafo? Estoy segura de que cuando la veas en el buzón te hará más ilusión que un email.

La niña está muy bien. A mi madre le gusta mucho hacer de abuela y la atiborra a porquerías. Le he dicho que como este verano no venga a Palermo a conocerte, no la ve más. ¡Qué mala soy!, ¿eh?

Besos en todas partes,

MARIA GRAZIA

Cogió la carta y las fotos, las metió en la mochila y salió.

Esa misma mañana dejaron Palermo.

Cuando llegaron a Cefalú, decidieron que necesitaban unos días de descanso.

Anna le arrebató el libro de las manos a su hermano.

—¡Ya está bien con el dichoso pulpo! A ver qué ha encontrado Pietro.

El chico los llevó a un garaje de paredes encaladas ocupado en gran parte por un BMW gris cubierto con una lona. Entre botes, cajas y herramientas, había una Vespa con sidecar azul con el sillín blanco, flecos en los puños y el asiento del cochecillo de paja trenzada de imitación.

Pietro montó y asió el manillar.

—Ésta arranca, ya verás. Incluso tiene las ruedas infladas. Cabemos todos.

Anna, que se esperaba por lo menos una provisión de frascos de Nutella, no pudo evitar sentirse decepcionada y procuró disimular diciendo:

—Preciosa.

—¿No lo ves? —Pietro le mostró el motor—. Podremos movernos más rápido.

Ella guardó silencio.

El chico ladeó la cabeza y la miró tosiendo.

—¿Qué pasa?

—Nada. ¿Y adónde iremos?

—¿Cómo que adónde? A Messina.

—Ya. Pero... —*¿Es que no estamos bien aquí?* Esto se lo calló.

—Pero ¿qué?

—Nada. —Se dio cuenta de que había endurecido la voz—. ¿Y qué haremos con Mimoso?

Pietro se dio un manotazo en la frente.

—No lo había pensado... ¡Lo meteremos en el sidecar, con Astor!

—No cabrá. —Anna cogió un destornillador y resopló—. Voy a casa.

—Yo me quedo otro poco. Quiero limpiar la moto.

Astor se colgó del brazo de su hermana.

—Tengo hambre.

—Vamos —dijo Anna, y salieron del garaje.

Anna estaba furiosa.

*Tonto del bote...*

Pietro no quería quedarse en Cefalú. Quería irse porque se había cansado de ella.

Astor corría a su lado sofocado.

—No corras tanto. ¿Por qué estás enfadada?

—No estoy enfadada. Date prisa.

La sola idea de que Pietro quisiera abandonarla la aterraba. No se imaginaba otra vez sola. ¿Qué estaba pasándole? Nunca había necesitado a nadie y ahora dependía

de aquel fanfarrón. Su humor se adaptaba al de él. Si Pietro estaba contento, ella se ponía contenta; si estaba serio, ella se ponía seria. Y bastaba que la llamase Annina para que se volviera idiota. En cuanto veía un espejo se plantaba delante, ya no le gustaba su nariz y odiaba el lunarcito que tenía en el pómulo. Para que no se le viera el colmillo desportillado que tenía, reía sin abrir los labios y se pasaba horas probándose ropa. Estaba tan cansada de sí misma que a veces, para desahogarse, arremetía contra Pietro, aunque enseguida se arrepentía. O intentaba escapar, aunque un elástico invisible la traía de vuelta.

Era un infierno que no habría cambiado por nada del mundo. La vida se componía ahora de minutos, y cada minuto que vivía junto a Pietro era un regalo. El aburrimiento había desaparecido. Aquel bobo la hacía reír, le hacía ver el mundo con una mirada menos grave y preocupada que aquella con la que ella lo veía. Además, tenía que admitirlo, era muy guapo. En aquellos meses, su nariz, sus ojos, su boca, su barbilla habían hallado sus justas proporciones. Ahora eran perfectos.

Pero había una cosa que la tenía en vilo: aún no sabía si era o no era su novia. Tenía ganas de acorralarlo contra una pared y preguntarle: «¿Somos novios o no?»

El problema era que temía la respuesta.

Dando vueltas por el pueblo habían encontrado un pisito en lo alto de un viejo edificio que daba al puerto. Unas escaleras mal iluminadas llevaban a una puerta por la que se entraba a un salón con suelo de ladrillo de terracota. Tres sofás blancos formaban una U en torno a una mesita de cristal y una larga cristalera daba a una terraza llena de plantas. Muchas de estas plantas se habían secado, pero otras, como los limoneros y las cicas, habían crecido y no cabían en las macetas. En medio había una mesa de hierro fundido con tablero de cerámica y a los lados una fila de tumbonas. A la izquierda se veía el pueblo nuevo que se extendía por la bahía. Al pie del edificio, y delimitada por un malecón de cemento, había una playita de arena con un par de barcas que se habían salvado. El mar se veía tan transparente que parecía que no hubiera mar. Del salón, y a través de un arco, se pasaba a una cocina con muebles lacados de rojo. En los cajones había cubiertos bien ordenados y en los estantes vasos y platos. En el armario del pasillo había ropa blanca bien doblada.

Pero nada podía compararse con la habitación, en la que había una cama con baldaquín de cortinas finas como gasa. En el piso de cerámica brillante había una alfombra que representaba a una tigresa asomando entre la vegetación. En ella se acostaba Mimoso. Cuando uno se tumbaba en la cama, veía el techo abovedado pintado de azul con cientos de estrellitas doradas. Las puertas y ventanas herméticas habían preservado el piso de polvo, insectos, manchas de humedad. Era evidente que los propietarios no habían vivido allí durante la epidemia. Aparte de que no había luz, agua ni gas, todo estaba perfecto, y Anna quería mantenerlo así. Aunque con aquellos tres cochinos era imposible.

El asqueroso de Mimoso no había aprendido a orinar fuera y cuando tenía ganas levantaba la pata y se meaba en los sofás. Un día hasta se cagó en la mesita. A Astor, en cambio, le encantaba hacer de vientre en el váter, «como los Mayores». Pero como la cisterna no tenía agua, el cuarto de baño era zona prohibida. Pietro no era mucho mejor, aunque por lo menos se iba a cagar al piso de abajo y se descalzaba antes de meterse en la cama.

Pietro entró en casa y encontró a Anna y a Astor echados en los sofás.

—¿Qué hacéis? —preguntó.

El niño se levantó de un salto.

—Te esperábamos. —Corrió al mueble bar y sacó una botella de licor de arándanos—. Tenemos que bebérnosla toda, hemos visto el pulpo.

—¡Bien dicho! —Pietro no rehusaba nunca un trago. A veces se emborrachaba tanto que no se tenía en pie, y entonces Anna le echaba una manta por encima y lo acostaba en el sofá.

Empezaron a pasarse la botella y en menos de diez minutos estaban los tres como una cuba. La conversación se atascaba, entre bostezos, y el viento batía los cristales.

Anna observaba a Pietro que, hundido en los cojines, apoyaba las piernas en la mesita. Llevaba un anorak, una camisa, unos pantalones largos e iba en calcetines.

Nunca se quitaba la ropa ni iba a la playa. Siempre tenía algo que hacer. Anna sospechaba que quería evitar que le vieran las manchas, pero prefería no pensarlo. Desde los días del hotel, la cuestión del virus había sido arrinconada. Fingían, con un acuerdo tácito, que no existía. Con el paso de los días, la Roja se había convertido en un ruido de fondo, como el del mar, que se colaba por las ventanas cerradas y sólo se oía si se prestaba atención. Sin embargo, cuando menos se esperaba, el cuervo agitaba las alas y acababa con toda felicidad.

De pronto, Pietro se puso en pie y dio unas palmadas.

—¿No cenamos? Dentro de poco se hará de noche. —Y zarandeó a Astor, que se había adormilado.

Anna, medio atontada, se levantó y fue a la cocina. Sacó los cubiertos y los platos y los colocó en la mesa. Cogió el candelabro, que estaba cubierto de cera derretida, y lo puso en el centro.

Pietro apareció con tres latas.

—Esta noche nada de garbanzos.

Anna dio vueltas a las latas con aire incrédulo.

—Sopa de pollo... ¿De dónde la has sacado?

El chico levantó la mano, movió la cabeza con aire socarrón e hizo aparecer una botella oscura con tapón forrado de papel dorado—. Champán. El mejor. El que tomaba mi padre cuando ganaba una competición.

Astor se abalanzó sobre la sopa, pero Pietro lo sujetó.

—Espera. Antes tenéis que contestar a una pregunta.

Astor apoyó la frente en la mesa.

—Es que tengo hambre...

—¿Qué día es hoy?

Anna se encogió de hombros.

—¡Vaya pregunta!

—Es 8 de julio. —Para Astor, siempre era 8 de julio.

El chico cabeceó.

—Hoy, mientras vosotros os repantingabais en la playa, me he dado una vuelta por el pueblo y he encontrado la joyería Cammarata. En el escaparate había un reloj muy grande con un cartel que decía que era el Solar Quantus, el reloj solar de los exploradores. Los números se movían y hasta marcaba la fecha. —Miró a los dos hermanos como si quisiera hipnotizarlos.

—¿Y? —Astor estaba intrigadísimo.

Pietro sacó del bolsillo un reloj con correa de goma negra.

—¿Cuándo naciste, Anna?

La chica, que empezaba a intuir algo, balbució:

—El 12 de marzo.

Pietro batió palmas.

—Felicidades, Anna.

Y se puso a descorchar el champán.

Astor se subió a la silla.

—¡Es tu cumpleaños! ¡Es tu cumpleaños! ¡Es el cumpleaños de mi hermana!

Mimoso, viendo aquel jaleo, empezó a aullar. El tapón de la botella saltó con un estampido y un chorro de espuma inundó la mesa.

Anna, con las manos en la boca, quería dar las gracias, pero tenía un nudo en la garganta. Murmuró algo, luego dobló la cabeza y empezó a tragar saliva.

Pietro le pasó la botella.

—Bebe. Es tu fiesta.

La chica se sorbió la nariz y se quedó mirándolo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo dijiste tú, en Palermo.

—¿Y aún te acuerdas?

—Claro. ¿Cuántos años cumples?

Anna lo miró desorientada.

—Trece, creo. O quizá catorce. No lo sé...

—Bueno, da igual. —Pietro se metió la mano en el bolsillo—. Lo importante es que hoy cumples años. —Sacó una cadenita de oro con una estrellita de mar esmaltada de azul—. Feliz cumpleaños. —Se la puso.

Anna se tapó los ojos, corrió trompicando por el pasillo y se encerró en el baño. Apoyó la frente en la puerta y rompió a llorar.

Pietro la llamaba desde fuera.

—¡Anna! ¡Anna! ¿Qué te pasa? ¡Abre!

—¡Abre! ¿Te has enfadado? —repetía Astor, mirando por la cerradura—. Ahí dentro te vas a morir. Está toda mi caca.

—Ahora salgo. Empezad a cenar —acertó a balbucir Anna.

—No, te esperamos —dijo Pietro.

—Pero sal pronto —añadió Astor.

Cuando volvió a la mesa, Anna se había arreglado pero aún tenía los ojos hinchados. La estrella le colgaba en el pecho.

Comió sorbiéndose la nariz mientras los dos varones se atracaban y se bebían el champán, eructando a placer.

Pietro levantó el vaso.

—Hoy Anna es la reina y puede hacer lo que le dé la gana. Nosotros somos sus esclavos.

—Nosotros somos siempre sus esclavos —dijo Astor.

—Así es, no interrumpas —lo interrumpió el chico—. Ésas son las reglas de cumpleaños de mi tía Celeste.

—¿Y qué tenemos que hacer? —preguntó el niño.

Anna no lo sabía. Miró alrededor y vio a Mimoso, que estaba junto a la mesa lamiendo un bote de garbanzos.

—Juguemos al juego de los animales.

Astor se paseó por el salón dando saltos como un mono. Pietro imitó a un abejorro que se parecía bastante a una moto.

Cuando le tocó a ella, Anna se tumbó en el suelo, empezó a agitar los brazos y las piernas y se metió debajo de la mesa.

Su hermano no entendía.

—¿Qué es?

—¿Una araña? —aventuró Pietro.

Ella negó con la cabeza.

—¿Una serpiente con brazos? —dijo Astor.

—¿Una oveja borracha? —dijo Pietro.

Anna seguía retorciéndose y abriendo y cerrando la boca.

Astor se echó a reír.

—Es un sapo que se ha comido una oveja borracha.

—No. Es una serpiente con brazos que se ha comido un sapo que se ha comido una oveja borracha —añadió Pietro.

Astor no pudo aguantar y se arrojó al sofá desternillándose de risa.

—Y que imita a Anna —concluyó Pietro, acuclillándose a su lado con lágrimas en los ojos.

Anna, ofendida, se puso en jarras.

—Es un pulpo.

Astor reía, señalándola.

—Un pulpo. Sí, un pulpo borracho.

Y se daban palmadas uno a otro como tontos.

—¡Y eso que yo era la reina! —protestó ella.

Astor rodó por el suelo, le dolía mucho la tripa.

Anna los mandó a freír espárragos y se fue a la cocina a quitar la mesa, lo que hizo con gran estrépito de platos. Los oía hablar en el salón.

—¿Se ha enfadado? —decía Astor.

Pietro no podía parar de reír.

—Eso parece.

—¿Por qué?

—Las mujeres son así. Ya se le pasará.

—¿Así cómo?

—Susceptibles.

—¿Qué quiere decir susceptibles?

—Que se cabrean fácilmente si les tomas el pelo. Mi padre era un playboy y decía que no hay nada peor que una mujer cabreada.

—¿Qué es un playboy?

—Un hombre que va con muchas mujeres. Él decía que para tener muchas mujeres hay que hacerles regalos.

—¿Y por eso le has dado el colgante a mi hermana?

—Sí.

Anna tiró un bote al suelo y volvió al salón hecha una furia.

—¡Ajá! ¿Conque me regalas el colgante porque quieres tener muchas mujeres?

Pietro tragó saliva sin poder contestar. Astor, a su lado, se mordía el puño.

Anna indicó a Pietro con la barbilla.

—¿Eh? ¡Di!

—No. Yo no. Mi padre era así, yo no quiero muchas mujeres. A mí me sobra contigo. Y el colgante te lo he regalado porque es tu cumpleaños.

Ella lo observó con el ceño fruncido como preguntándose si decía la verdad.

—Reconoce que quieres ser un playboy.

Pietro se llevó la mano al corazón.

—No. Te lo juro.

—Yo tampoco —aseguró Astor.

Anna señaló la cocina.

—Y ahora, como yo soy la reina, esclavos, arrodillaos y pedid perdón y luego limpiadlo todo.

Con un soplo la vela se apagó y en el cuarto se hizo una oscuridad densa como la pez. No se veía una estrella, ni luna, ni una lucecita a lo lejos. Sólo se oía el ruido de las olas que rompían en el muelle.

Anna se colocó la almohada y con el culo corrió un poco a Astor, que dormía pegado a ella. Pietro yacía inmóvil a su derecha, boca arriba, y debajo de la cama roncaba Mimoso.

Estaba cansada, pero no podía dormirse. Aferraba la estrella de mar. Se volvió de lado y su cadera huesuda se hundió en el colchón de látex. Oía a Pietro tomar aire, retenerlo y expulsarlo.

—¿Estás despierto? —le susurró al oído.

—Sí.

—¿No puedes dormir?

—No. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

Anna se arrimó a su hombro.

—¿En qué piensas?

—En los perros. En que viven como mucho catorce años. —Se quedó unos segundos en silencio—. Como nosotros.

Anna le oprimió el gemelo con el pie.

—Es verdad...

—En catorce años lo hacen todo. Nacen, crecen y mueren. —Anna oyó que se sorbía—. Al final, lo importante no es lo que dura la vida, sino cómo la vives. Si la vives bien, toda entera, una vida corta vale lo mismo que una larga. ¿No te parece?

Anna deslizó la mano por debajo de la manta y buscó la de Pietro. Se la cogió y con el pulgar le acarició los dedos.

Anna abrió los párpados en medio de un raudal de luz. Pietro y Astor dormían uno con la cabeza debajo de la almohada y el otro al borde del colchón envuelto en las mantas.

Se levantó de la cama, se desentumeció las vértebras y fue al salón. Cogió el libro de pesca submarina y bostezando salió a la terraza.

Era otro día sin viento, con un sol que lucía en un cielo azul apenas manchado por unas cuantas nubecillas blancas. El mar estaba en calma y más transparente si cabe que el día anterior. Mimoso acudió moviendo la cabeza y meneando con desgana el rabo y se restregó contra ella.

Anna hojeó el libro tendida en la tumbona. Había un capítulo en el que se explicaba la técnica de la compensación, que sirve para equilibrar la presión del agua en los oídos y evitar que duelan cuando uno se sumerge. El truco era sencillo: bastaba con taparse la nariz y soplar con fuerza.

—¿Vamos? —le dijo al perro, que empezó a menear el rabo contento.

Fue a la playa escoltada por el animal, que se encontró cara a cara con un gato negro detrás de un coche. El felino trepó por la fachada de una casa, contra todas las leyes de la física, y se refugió en un balcón. El perro, con las patas delanteras apoyadas en la pared, ladraba frustrado.

Anna iba por el paseo marítimo cantando una canción que oía en el coche cuando su madre la llevaba al colegio:

—Ven a mi casa cuando quieras, por la noche más que nunca, duerme aquí, te vas, siempre estás ocupado. Porque sabes que aquí siempre me tienes, cuando te apetezca, por una noche... —Se puso a dar saltos—. Na, na, naaa...<sup>[5]</sup>

Se sentía animada, capaz de pescar una ballena. La invadía una felicidad chispeante, todo se le antojaba hermoso, las barcas rotas, los restos ruinosos de los restaurantes, los automóviles cubiertos de arena, las filas de gaviotas inmóviles en la orilla. Cerró los ojos y trató de imaginarse Cefalú como debió de ser unos años antes. Turistas que se apeaban de autobuses con cámaras de fotos, mesas puestas con manteles a cuadros, camareros con una servilleta en el brazo sirviendo ensaladas y chuletas, bandas de música tocando en el paseo marítimo y negros vendiendo bolsos en las aceras, patines en la orilla del mar, muchachos jugando al voleibol en la arena.

Abrió los brazos como si quisiera abarcar todo el pueblo. *Ahora es mejor. Ahora Cefalú es mío.* ¿Qué turistas, qué camareros, qué muchachos de aquéllos habrían podido decir lo mismo, habrían podido siquiera imaginarlo? Miró hacia el pueblo viejo. El sol bañaba la terraza de su casa, y la ventana de la habitación en la que dormían Astor y Pietro centelleaba.

—Bueno, ¿qué? ¿Te bañas conmigo? —le preguntó a Mimoso, pero el perro, en cuanto entendió lo que le decía, se fue a una punta de la playa y se sentó muy tieso a observarla.

Anna se quitó la camiseta y los pantalones cortos, se puso las gafas en la frente y, en bikini, se tumbó sobre la tabla de surf. Empezó a remar con los brazos en dirección al bloque de cemento. Tardó un poco en encontrarlo. Al fin se le apareció detrás de un banco de pececillos. El pulpo ya no estaba, pero había llegado hasta allí y quería probar la técnica expuesta en el libro. Con una mueca se lanzó al agua helada. Llenó los pulmones y se sumergió. En cuanto notó que los oídos le dolían se tapó las narices y sopló. Le pareció que el aire le salía por las orejas, luego sintió como una pequeña explosión en los tímpanos y el dolor desapareció. Siguió descendiendo en medio de aquel azul oscuro mientras el frío le quitaba el calor del cuerpo. El sol proyectaba rayos que iban de la superficie al fondo. Liberada de la fuerza de la gravedad, era como si volara. Con movimientos lentos, casi sin darse cuenta, llegó al fondo. Allí la temperatura era aún más baja. Miró hacia arriba y sintió una especie de vértigo. La superficie del mar era un espejo plateado en el que flotaba la tabla de surf. Lástima que no estuviera Astor, se habría sentido orgulloso de ella. Por efecto de la presión, las gafas le apretaban y los oídos empezaron a dolerle otra

vez. Se estaba quedando sin respiración. Repitió la técnica de la compensación y, para llevarse un recuerdo, cogió una piedra cubierta de algas. Acuclillada, se disponía a impulsarse con las piernas cuando vio los dos ojos amarillos del pulpo que la espiaban debajo de una piedra que había junto al bloque de cemento. Se quedó un momento indecisa y pensó en su hermano. Metió la mano debajo de la piedra. El animal, más rápido, retrocedió a su refugio. Anna introdujo medio brazo en el agujero y tocó con los dedos la carne viscosa y fría del molusco. Lo cogió e intentó sacarlo, pero parecía pegado a la roca.

*Lo has intentado. Sal.*

Cuando retiraba el brazo, notó que un tentáculo oscuro y duro como una maroma le arrollaba la muñeca. Nunca habría imaginado que un ser blando, sin huesos, tuviera el valor de desafiar a un ser humano. El libro decía que eran animales inteligentes, pero no dejaban de ser parientes de los mejillones y las babosas. Y en ningún sitio decía que eran peligrosos. Estos pensamientos le cruzaron por la mente como relámpagos y acabó dando un grito. Una miríada de burbujitas remolinearon delante de las gafas. Le faltaba el aire. Presa del pánico, cogió el tentáculo con la mano libre e intentó quitárselo, pero enseguida el pulpo se la rodeó también con otro tentáculo. Expulsó el poco aire que le quedaba en medio de un burbujeo desesperado. La presión le había subido del pecho a la garganta. Se ahogaba. Empezó a forcejear, a revolverse, perdió las gafas y se vio de pronto en un universo borroso en el que todo aparecía y desaparecía con fogonazos escarlatas y espirales de burbujas, entre el resonar de sus gritos. Una bocanada de agua le entró por la garganta y le bajó por los bronquios, y su organismo, privado de oxígeno, empezó a sacudirse con espasmos. Pero algo coriáceo le impedía ceder, la indómita voluntad de existir se apoderó de sus miembros y le hizo apoyar los pies en la roca y la espalda en el bloque de cemento. Empezó a tirar y a empujar con todas sus fuerzas. Una nube de arena se elevó lentamente del suelo y la envolvió. Un rumor sordo de piedrecillas que entrechocaban le indicó que algo se movía, se desmoronaba. La roca debajo de la cual se escondía el pulpo dio la vuelta. El animal se vio expuesto y, entre roca y brazos, eligió seguir agarrado a los brazos.

Anna empezó a subir agitando las piernas y contoneándose como una anguila, con aquel ser encima que se expandía y se agarraba al cuello y a los hombros. La superficie del mar parecía alejarse en vez de acercarse. La falta de aire la devoraba. Por fin emergió dando boqueadas y aspiró una vida que le oxigenó la sangre. Escupió agua, tosió. Sujetando a la bestia, que ahora quería huir, miró a los lados.

La corriente se había llevado la tabla de surf. La playa estaba lejos y sujetar la cabeza viscosa del molusco le quitaba fuerzas.

*Suéltalo.*

Pero no lo hizo. Se volvió de espaldas y empezó a nadar así, respirando por la boca, escupiendo agua, agitando los pies, manteniendo los ojos cerrados y repitiendo:

—Uno, dos, tres. Uno, dos, tres.

Supo que había llegado a la playa cuando rozó el fondo con los omóplatos. Respirando con ahogo y tambaleándose como un náufrago, dio unos pasos por la orilla y se desplomó de bruces. El animal, fuera del agua, intentaba escapar con sus últimas energías, pero ella lo aplastaba contra la arena sin soltarlo. Y así siguió, oprimiendo al pulpo bajo su pecho palpitante, respirando a pleno pulmón, sorprendida de seguir viva.

—¡Qué grande soy! —se decía dando diente con diente por el frío—. Estoy hecha una pescadora.

Estaba deseando correr a enseñarles su presa a Pietro y a su hermano.

Mimoso se le acercó con su andar indolente, la observó y empezó a lamerle la cara con una lengua ancha como la suela de un zapato.

Cuando notó que el pulpo dejaba de moverse, Anna lo cogió de la cabeza con dos dedos y lo levantó. La muerte lo había convertido en una cosa mísera, sucia, que parecía la punta de un pincel que hubieran mojado en un líquido gelatinoso. Sacó de la mochila una bolsa de plástico y lo dejó caer dentro.

Había perdido el sujetador del bikini, pero, afortunadamente, su estrella seguía colgándole del cuello. Llevaba la tripa y el pecho manchados de moco y tinta. Se quitó las bragas del bikini, dio tres pasos hacia el agua y se detuvo. Por la ingle derecha le caía un hilo de sangre que le llegaba al gemelo.

*Me he hecho una herida.*

Debía de haberse arañado con la roca mientras forcejeaba bajo el agua con el pulpo, pero no le dolía.

*A lo mejor es la sangre del pulpo.*

Levantó la vista. Una bandada de gaviotas sobrevolaba los tejados del pueblo. No las vio, su mirada se concentró en los murallones de roca.

*¿Tiene sangre el pulpo?*

Hundiéndose hasta los tobillos en la arena tibia, abrió las piernas, cerró la mano derecha, estiró los dedos índice y medio, imitando una pistola, se los introdujo en la vagina, bien hondo, en aquella humedad recoleta del vientre, mirando el cielo límpido.

Sacó los dedos.

Estaban empapados en una sangre marrón.

Caminaba asustada, tragando una saliva que no tenía, por el callejón de San Bartolomeo. Llevaba la mochila al hombro y en la mano la bolsa con el pulpo. Por los pantalones vaqueros cortos seguía saliendo un hilo de sangre.

Tenía que encontrar unos tubitos que su madre guardaba en el mueble del baño junto con una especie de pañales pequeños que parecían de muñecas.

En años de exploración había visto miles de aquellos tubitos. Los había visto en los cuartos de baño junto a las medicinas y al papel higiénico, en las farmacias y en

los supermercados, donde incluso había un estante lleno de ellos. Los había usado como si fueran antorchas, mojándolos en alcohol; para limpiarse heridas; a modo de cigarros puros y como pajitas, una vez desprovistos del algodón. Los había usado de todas las maneras posibles menos como había que usarlos.

Pietro y Astor se habrían despertado y seguro que estaban preguntándose adónde había ido.

No debían verla así.

Torció la primera esquina y, seguida de Mimoso, se dirigió a la farmacia Muzzolini, que estaba al lado de la catedral. Un Range Rover se había empotrado contra el escaparate. Saltó por el capó y entró. Las paredes estaban revestidas de caoba y en los estantes había viejos envases de barro blancos y azules. En el suelo, entre mostradores volcados, había paquetes de compresas. Cogió Tampax, que eran los que usaba su madre. Las instrucciones decían que había que relajarse cuando se introducía el tampón por primera vez.

Se sentó en el capó del coche y se metió uno. La sorprendió que fuera tan fácil y tan poco doloroso. Entró en una boutique, se limpió con una camiseta y se puso unos pantalones cortos oscuros y una camisa de rayas que le llegaba a las rodillas. Volvió a casa aliviada. Llevar un paquete de compresas en la mochila la tranquilizaba.

La sorprendía que hubiera tenido la menstruación de pronto, sin dolor. Su madre, cuando «la tenía», se encontraba mal y tomaba un medicamento. A lo mejor se debía a la inmersión, que había alterado algún equilibrio de su cuerpo y un saco oculto en su vientre se había roto, como el saco de la tinta del pulpo. ¿Y no era curioso que le hubiera venido la regla justo el día después de su cumpleaños?

En el hotel había visto chicos de su edad, e incluso más jóvenes, ya contagiados de la Roja. Todos la observaban sorprendidos de que tuviera tetas y pelo y no tuviera ni una mancha. Al principio no había hecho caso, pero poco a poco había ido insinuándose en su ánimo la ilusión de ser distinta, especial. Creyendo que aquella esperanza era como la de quien, mientras cae, espera que le salgan alas, siempre la desechaba. Pero es sabido que las ilusiones brotan como flores envenenadas en quien tiene poco futuro.

Ahora, con aquel tubo metido allí, lo pensaba y se sentía una idiota. Era como todo el mundo. Anna recordó lo que su madre había escrito al final del capítulo dedicado al agua.

Cuando tengas sed, no esperes a que llueva. Reflexiona y busca una solución. Pregúntate: ¿dónde puedo conseguir agua potable? Es inútil esperar encontrar una botella en un desierto. Las esperanzas, para los desesperados. Existen preguntas y existen respuestas. Los seres humanos son capaces de convertir un problema en una solución.

Sumida en sus pensamientos, llegó a una plazoleta frente al mar. Se sentó en un banco y, distraída, se puso a acariciar a Mimoso.

Tenía que pensar. Tener la regla no significaba nada. Antes del virus, menstruar quería decir que el cuerpo estaba preparado para concebir hijos. Sólo después de la epidemia era señal de que una se iba a morir. No debía confundir la regla con la Roja.

*O sea, no significa que no seas inmune. Calla, no empieces otra vez.*

Lo cierto es que, entre la primera menstruación y la aparición de manchas, pasaba tiempo. A veces, poco; a veces, mucho. En cualquier caso, suficiente para llegar al continente.

Messina no quedaba lejos. Una semana de camino. Y, según los mapas, tampoco la tierra que había al otro lado del mar parecía muy lejana. Nadie sabía lo que pasaba al otro lado del Estrecho. Sicilia era una isla habitada por pocos supervivientes y en cinco, seis años como mucho no quedarían más que animales y plantas. Quizá en el resto del planeta habían vencido al virus.

Cefalú era un lugar bonito, pero allí morirían.

Comprobó una vez más que los pantalones no se hubieran manchado, respiró y entró en el garaje.

Pietro y Astor, en la penumbra, estaban llenando bidones de gasolina.

—Trae el embudo, que, si no, se sale —estaba diciendo Pietro.

Astor se irguió y vio la silueta de su hermana a contraluz.

—¿Dónde estabas?

No esperó a que le contestara. Corrió por un gran embudo azul que había en la mesa de las herramientas.

Anna levantó la bolsa.

—¡Sorpresa! —Ninguno de los dos se volvió—. ¡Eh! ¿Me oís? Traigo una sorpresa.

Astor echó un vistazo a la bolsa.

—El pulpo. Lo has atrapado. Bien. —Lo sacó y volvió a meterlo enseguida—. Luego lo veo. Estamos tratando de arrancar la moto.

Anna se apoyó en el coche.

Pietro, concentrado, sacaba los labios como si estuviera chupando por una pajita. Le caían mechones de pelo por la frente. Un rayo de luz incidía en su cuello. Tenía la nuca bronceada, pero más abajo, donde la tapaba la camiseta, la piel era blanca como la leche.

—¿Qué? ¿Cómo va la moto? —preguntó Anna, procurando mostrarse interesada.

—Hay que limpiar el carburador y cambiar la bujía. —Pietro cogió un bidón y con un embudo vertió un poco de gasolina en el depósito.

Anna dejó pasar unos segundos.

—Podríamos comernos el pulpo con guisantes. O con tomate. Pero no nos quedan. Y hay que encender fuego en la terraza.

—Vale. Ve tú —dijo Pietro, dejando el embudo.

Anna miró fuera. Se había levantado al alba, había salido en silencio para no molestarlos, casi muere luchando con el maldito pulpo y le había venido la regla.

El chico se volvió hacia ella.

—Tengo que comprobar los frenos.

Los ojos color avellana, jaspeados, restaban seriedad a la cara y le añadían un punto de incertidumbre. Era como si no creyera mucho en lo que decía.

—Muy bien —le contestó ella con una sonrisilla sarcástica.

Pietro no se percató, o no hizo caso.

—Creo que la bujía está sucia y por eso no arranca... —Calló y se quedó mirándola con la cabeza ladeada.

Anna se puso tensa y se miró los pantalones.

—¿Por qué me miras?

—Llevas camisa.

—Sí, ¿y qué? ¿No me queda bien? ¿No te gusta?

—Nunca te había visto con camisa. —Empezó a rebuscar en el banco de las herramientas y cogió un martillo. A todo esto, Astor se había puesto a sacarle brillo a la carrocería del sidecar con un trapo. Era la primera vez que su hermano limpiaba algo.

—Yo voy a casa. —Se volvió y dio dos pasos, pero cuando llegó a la persiana se detuvo—. Mañana nos vamos.

Pietro la miró con asombro.

—¿Mañana? No sé si podré arrancar la moto para mañana.

—Tú verás. Si la arrancas, bien. Si no, nos vamos a pie. Como siempre.

—Ya veo, hoy estás enfadada...

La chica levantó los brazos.

—¿Enfadada? No. Simplemente digo que nos vamos mañana.

Pietro dejó bruscamente el martillo en el banco.

—¿Porque tú lo dices?

—Sí. —Anna apretó los puños—. Y si no te gusta... —No concluyó la frase.

Astor pataleó.

—Pero Anna... —Se le colgó del brazo—. ¿Por qué?

—Porque lo he decidido. —Y se lo sacudió de encima.

El niño, en un arranque de rabia, soltó una patada a una moto, que cayó con un estrépito metálico.

Anna estalló. Dio un grito y lanzó la bolsa con el pulpo que, con un chasquido, se estampó contra los omóplatos de su hermano. Éste cayó de rodillas, lloriqueando.

Anna llamó a Mimoso con un silbido y salió del garaje.

Entró en la casa dando un portazo, fue a la terraza y se tendió con los brazos cruzados en una tumbona, sin dejar de hablar para sí. Luego, resoplando, se despojó de aquella horrible camisa. Se quitó los pantalones, se sacó el tampón empapado de sangre y lo lanzó por la barandilla. ¿Cada cuánto debía cambiarse aquel estúpido chisme? Se puso otro, llorando de frustración.

Quería matar a Pietro. Ella estaba atenta a cualquier cambio de humor que tuviera y él no se daba cuenta de nada. Apenas la había mirado. Ni siquiera había hecho caso de lo del pulpo.

—Se acabó —le dijo a Mimoso, que dormía con serena inconsciencia.

Se arrastró hasta la cama, se dejó caer en ella y se abrazó a la almohada. Se concentró en el ruido del mar y del viento que soplaba entre las hojas de los limoneros, esperando un sueño que no llegaba.

Despertó de repente. Llamó a Pietro y a Astor, pero no contestaron. Mimoso estaba en la cama, con la cabeza en la almohada. Lo echó arrugando la nariz:

—¡Dios mío, qué mal hueles!

Las puertas y ventanas vibraban batidas por el mistral. Un frente de nubes bajas y moradas se acercaba a la costa envolviendo el sol.

—¿Por qué no vienen? —le preguntó al perro, que se rascó el cuello.

Se había comportado mal en el garaje y ahora se sentía culpable. Se llevó la mano a la estrella de mar y la apretó. Cerró los ojos y recordó la noche anterior, en que habían dormido uno pegado al otro.

Una ola de calor lánguido le subió por el pecho y la dejó sin respiración.

Los chicos volvieron cuando el sol ya se había puesto, cargados de tarros de tomate que, muy satisfechos, dejaron caer en el sofá.

—¿Van bien éstos con el pulpo? —Pietro llevaba la bolsa con la bola viscosa.

—¡Sí, claro! ¡Perfecto! —Anna seguía aplaudiendo como una tonta, quería que la perdonaran—. Pero hay que cocerlo. Encendamos un fuego en la terraza.

Los iris de Pietro reflejaban la luz, parecían los de un animal de la selva, pero no estaba enfadado. Quizá con él podía fingir que no pasaba nada, pero había alguien al que debía pedir excusas.

Astor estaba jugando en la terraza con Mimoso. Se le acercó por detrás y le susurró:

—¿Estás enfadado?

Astor se volvió. Sus ojos azules habían perdido algo infantil que tenían y ahora había en ellos una seriedad adulta.

Turbada, le cogió las manos.

—Lo siento.

El hermano se echó en sus brazos. Entre los muchos defectos que le había transmitido, no estaba el rencor.

Como una perra con su cachorro, se abrazó estrechamente a aquel pequeñajo que era todo huesos y lo colmó de besos, en el cuello, en la frente, hasta que él empezó a cansarse.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta que te besen? ¿Prefieres que te muerdan? —Se le echó encima y le mordió un brazo. Astor puso una sonrisa de oreja a oreja. Y mientras ella le hacía cosquillas con el pulgar en los costados, él, riéndose, la golpeaba en la espalda. Aquella lucha repentina excitó a Mimoso, que quiso montar a Anna. Ella le soltó una patada y el animal corrió a esconderse tras las macetas de los limoneros, con el rabo entre las piernas.

Los dos hermanos se quedaron tumbados en el suelo de ladrillos, mirando las estrellas. Parecían tan cercanas que si uno alargaba la mano podía cogerlas y metérselas en el bolsillo.

—Bueno, ¿hacemos el fuego o qué? —La cabeza de Pietro tapó el cielo. Llevaba un bidón de gasolina medio lleno. Hicieron un montón con sillas y tumbonas, lo regaron de gasolina y le prendieron fuego. Enseguida se elevaron lenguas de fuego rojas y azules, cada vez más altas y chispeantes. Entusiasmados, arrastraron fuera los muebles del salón y los arrojaron a las llamas. El humo ennegreció los cristales del ático e invadió el piso. Pronto quedó el fuego reducido a ascuas.

—¡Echemos el colchón! —propuso Astor.

—¡No, el colchón no! —le contestaron a coro Anna y Pietro.

La chica abrió la bolsa del pulpo y se vio asaltada por una vaharada hedionda. Se consideraba una persona avezada a los malos olores, estaba tan acostumbrada al hedor de la carroña que ya no lo notaba, pero aquél pudo con ella.

—¿Da asco? —preguntó Pietro.

Anna se encogió de hombros y agitó la bolsa por el balcón. El monstruo tentacular que a punto estuvo de matarla voló en la oscuridad y se estampó contra la playa, no lejos del Tampax.

En una gran olla calentaron los tomates y los guisantes de lata, dándoles vueltas por turno y apostando a ver quién resistía más el calor. Cuando la sopa estuvo lista, la sirvieron en unos platos y se atracaron de aquella bazofia caliente, algo insípida pero buena.

Ni Pietro ni Astor le habían dicho nada de la moto y Anna se moría de curiosidad.

—¿Cómo va la Vespa? —preguntó de pronto.

Pietro rebañó con el dedo el borde de la olla.

—Pues ha arrancado un momento pero luego se ha calado y ya no ha habido modo de volver a arrancarla.

—Inténtalo otra vez mañana.

El chico se quedó parado con el dedo lleno de salsa.

—Pero ¿no dices que nos vamos? Montas un follón para...

—Un día más ¿qué cambia? Y es verdad que podremos llegar antes a Messina.

Astor se llevó el dedo a la sien mirando a Pietro y acarició a Mimoso, que bostezó abriendo mucho la boca.

—¿Y éste?

Los tres se quedaron pensativos.

—¡Somníferos! —dijo de pronto Anna—. Mamá dejó escrito que hay somníferos que te duran un día entero. Se los damos, esperamos a que se duerma y lo cargamos en la moto. Y cuando se despierte ya estamos en Messina.

Pietro no estaba muy convencido.

—Funcionará, ya verás —lo tranquilizó ella—. Mañana voy a la farmacia a buscarlos. Y, si no, a pie.

—A pie... —repitió Astor, abatido.

Se callaron, cansados, llenos de dudas, y se quedaron mirando las ascuas.

Las nubes se veían allá lejos, en el mar, espectadoras de un día de sol más cálido y sereno que el anterior. También lo celebraban las palomas que zureaban en el pequeño pinar que había detrás de los restaurantes.

Anna, sentada en la playa, llevaba un nuevo sujetador azul de media copa con un gracioso lacito blanco en el centro. Le venía grande y los pechos parecían dos bolas de helado. No se había quitado los pantalones cortos. Los tampones seguían haciendo su papel, pero parecía que la sangre no quería detenerse.

Un moscardón negro, fuera de estación, chocó con su frente y cayó aturdido a la arena, donde siguió vibrando. Anna sacó el cuaderno de las Cosas Importantes de la mochila, se lo apoyó en las piernas y empezó a repasarlo en busca del nombre del somnífero que iban a darle a Mimoso.

Era la primera vez que lo abría desde que lo recuperó en Torre Normanna.

No lo había necesitado durante el viaje. Se lo sabía de memoria y había muchas cosas de aquel mundo que su madre no había podido imaginarse.

Encontró la página que hablaba de somníferos. Decía que eran: el Minias...

Los demás nombres los había emborronado una mancha de agua.

Tenía pocas esperanzas de encontrarlos en las farmacias. Los somníferos fueron los primeros medicamentos que desaparecieron, pero nada perdía por intentarlo. Siguió hojeando el cuaderno y llegó a las últimas páginas, que estaban en blanco. Se quedó mirando el horizonte. El viento le revolvía pelo.

*¿Y si escribiera yo algo?*

Fue una especie de revelación. Nunca se había atrevido ni a imaginar semejante cosa. Aquél era el cuaderno de las Cosas Importantes que su madre le había dado a ella antes de morir.

*Y que yo le daré a Astor.*

Contó las páginas en blanco. Eran treinta y dos. ¿Le molestaría a su madre que escribiera ella? Miró las nubes, cogió un lápiz y empezó a escribir.

## MAÍZ

Astor, no comas maíz, esas bolitas amarillas que te sientan tan mal y hacen que te pases todo el día cagando. Siempre te olvidas. Por favor, nada de maíz. Todo lo demás...

—¡Anna!

La chica levantó la vista y vio a Mimoso corriendo por el paseo marítimo seguido de su hermano—. ¡Anna! ¡Anna!

Guardó el cuaderno en la mochila y fue a su encuentro, primero caminando y luego corriendo.

Astor se detuvo delante de ella, vencido por el esfuerzo.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Pietro... —El niño se llevó la mano al pecho—. Pietro ha arrancado la moto. ¡Funciona!

En alguna parte del pueblo viejo retumbaba un motor. Recordó cuando oía pasar las motos a toda velocidad por la carretera que había más allá del bosque y tuvo la impresión de que no había pasado más que un día.

—Vamos —dijo Astor, echando otra vez a correr.

Anna fue tras él, seguida del perro.

Pietro apareció entre las casas montado en la Vespa. Con aquel cochecito pegado, la moto era casi tan grande y aparatosa como un coche.

El chico avanzaba despacio, procurando evitar los amplios trechos de calzada cubiertos de arena.

Los alcanzó delante del restaurante La Lámpara y frenó junto a una barca pesquera. El sidecar dio una sacudida y el motor se caló con un chasquido brusco.

—No sé usar bien las marchas. —Pietro estaba todo sudado, colorado, y llevaba dos manchurroneos oscuros en la camisa, debajo de las axilas.

—Es increíble... —murmuró Anna, dando vuelta al sidecar. Era precioso, azul, con retrovisores cromados que brillaban al sol. En el cochecito decía: «For hire».

Pietro estaba entusiasmado.

—Y las luces funcionan, podemos viajar de noche. —Desmontó y le dio con fuerza al pedal de arranque. La moto, obediente, empezó a ronronear de nuevo—. ¿Lo ves?

—¡Qué bien! —aplaudió Anna.

Astor daba brincos lleno de contento.

Pietro puso una sonrisilla insinuante.

—Di la verdad, ¿a que no creías que lo conseguiría?

—Sí lo creía. Es que...

—¿Qué?

—Que es extraño. Eso. —Anna pasó la mano por la carrocería.

—Es una Vespa 125, de cuatro marchas. Se cambia de marcha girando el puño.

Astor se encaramó al sillín y se agarró al manillar todo excitado.

—¿Vamos? ¿Vamos?

—Sí, pero tenemos que sacarla de la arena. Ayudadme.

Los dos hermanos empujaron con todas sus fuerzas por detrás mientras Pietro conducía sentado en la punta del sillín. La moto se hundía y se calaba una y otra vez.

Llegaron rendidos de cansancio a la entrada de una calle que subía recta hacia el monte. Tan pronto como la rueda trasera tocó el asfalto, la moto salió disparada, derrapando y despidiendo gravilla. El perro la seguía ladrando e intentando morder

las ruedas.

—¡Mimoso! —exclamó Anna—. ¡Ven aquí!

Pietro sonrió y aceleró. El animal le pisaba los talones.

Anna estaba sofocada.

—Ese subnormal de Mimoso no subirá nunca en ese chisme.

El sidecar avanzó haciendo eses y rozando los coches que había aparcados a los lados, pero luego, de algún modo, Pietro consiguió domarlo, lo devolvió al centro de la calle, redujo la velocidad, tomó una curva y desapareció.

Anna y Astor oían el ruido de la moto, que fue disminuyendo de volumen hasta que se hizo el silencio.

—¿Se ha ido? —preguntó Astor.

Anna se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Y Mimoso también?

—No, ése vuelve seguro.

Pasados unos minutos, volvieron a oír el motor que aceleraba y treinta segundos después reapareció la moto, que fue cogiendo velocidad cuesta abajo.

Anna y Astor levantaron los brazos como si celebraran la llegada del vencedor de una carrera.

Pietro, tocando el claxon, bajaba por el centro de la calzada, pero de pronto ocurrió algo. La Vespa viró bruscamente a la izquierda como si la hubiera embestido el soplo de un gigante invisible, y sin reducir, sin frenar, sin motivo aparente, chocó contra el bordillo. El sidecar se desprendió y se estrelló contra el muro de piedra que bordeaba la calle. La moto y el chico salieron despedidos por el aire y, dando vueltas, desaparecieron por la cuneta en medio de un estrépito de chatarra.

Todo ocurrió en menos de tres segundos.

Anna y Astor se asomaron jadeando por el muro.

Había una caída de tres metros y abajo un peñasco cubierto de chumberas, matas de alcaparra y basura.

La Vespa estaba junto al borde del peñasco, que dominaba la playa.

—¿Y Pietro? —preguntó el niño.

—Debe de haberse caído. —Anna sintió que la sangre le bajaba a las piernas y temió desmayarse. Cayó de rodillas y vomitó los garbanzos que había comido en el desayuno.

Astor se asomó más.

—Creo que lo veo.

Anna se limpió la boca con la mano. Todo le daba vueltas, pero pudo balbucir:

—¿Dónde?

—Debajo de la moto.

La chica quiso levantarse, pero las piernas no la sostenían.

—Ve a ver, pero ten cuidado.

El niño descendió agarrándose a rocas y arbustos. Al llegar al peñasco, se puso a cuatro patas y, entre chumberas, se acercó a la moto.

—Está aquí debajo.

Anna levantó la cabeza y se puso en pie.

El cielo era cerúleo. Nubecillas blancas. Mar gris. Playa amarilla. El fondo sereno e indiferente que no había cambiado desde que habían llegado. Anna tuvo la certeza de que allí se escondía el mal.

—¿Está vivo?

—No lo sé.

Mientras saltaba el muro, reprimiendo las náuseas, vio a Mimoso a su derecha. Aullaba y se balanceaba hacia delante armándose de valor para saltar.

—Por favor —le suplicó—. Sé bueno. Quédate aquí quieto.

El perro obedeció y se sentó gimiendo.

La chica se abrió paso entre las palas de las plantas crasas. Astor, sentado junto a la Vespa, se mordía el pulgar mirando el brazo de Pietro que sobresalía de la chatarra, y cuya mano descansaba sobre un botellón de lejía renegrido. El resto del cuerpo lo tapaba la moto. El viento había cesado y sólo los gemidos del perro rompían el silencio.

—Tenemos que sacarlo de ahí —le dijo a su hermano, aunque si movían la moto corrían el riesgo de aplastarlo—. ¿Me oyes? —Se volvió hacia Astor, que tenía la mirada perdida y estaba como alhelado—. ¡Espabila, jolines! ¡Ayúdame! Cógelo de la mano y sostenlo mientras yo levanto la moto.

El niño, como un autómatas, cogió la muñeca de Pietro con ambas manos.

—No lo sueltes. No lo sueltes en ningún momento.

Anna asió la trasera de la Vespa e hizo fuerza con las piernas. Logró levantarla unos diez centímetros, pero tuvo que dejarla. Pesaba demasiado. Lo intentó de nuevo. Nada, estaba trabada por algún sitio. Se sentó, apoyó la frente en las rodillas y susurró:

—No puedo.

¿Por qué le había permitido arreglar la moto? Ella le había dicho: «Inténtalo otra vez mañana.» Habría bastado con un: «Lo siento, pero vamos a pie.» Cuatro palabras distintas y ahora estarían caminando hacia Messina.

Se quedó mirando las dos torres amarillas de la catedral.

—Tenemos que levantarla los dos. Yo por detrás y tú por delante.

Al primer intento consiguieron desplazarla un poco. Aparecieron un hombro y un costado de Pietro, la camisa de rayas. No se veía sangre. La segunda vez, Astor cambió de agarre y Anna tiró dando un grito desesperado. La moto se dobló sin dar la vuelta. La chica se irguió sosteniendo el bastidor con los brazos tensos.

—Astor, ven aquí. Ven aquí, rápido.

El niño soltó el manillar y se puso a su lado.

—A la de tres hacemos fuerza a la vez. Cerramos los ojos y hacemos fuerza. Aunque le hagamos daño, da igual. Tú haz fuerza y punto. —Lo miró a los ojos azules—. Como si fueras el más fuerte del mundo, ¿de acuerdo?

Astor hizo señas de que sí.

—A la una..., a las dos... ¡y a las tres!

La moto dio la vuelta levantando una nube de polvo y arrancando unas chumberas, se precipitó por el peñasco y cayó a la playa con un estrépito metálico.

Instintivamente, Anna abrazó a Astor y lo estrechó contra su pecho.

Pietro yacía con los brazos abiertos. Tenía la cabeza ladeada y hundida entre trapos y bolsas de plástico. Por debajo de las rodillas, los pantalones estaban empapados de sangre. Uno de los tobillos, destrozado, era un amasijo de tejido de calcetín, hueso y carne. Por un codo le salía un pico de hueso rosado.

Anna se arrodilló y acercó el oído a la boca.

—Está vivo.

Tres días después murió.

En aquellos tres días, Anna intentó subir a Pietro a la calle. Preparó una escalera y unas cuerdas, pero en cuanto intentaba moverlo él se ponía a gritar desesperado y temblaba como si lo atravesara una corriente eléctrica. Anna entonces se asustaba y desistía.

Cortaron las chumberas, encendieron un fuego y con cuidado tumbaron a Pietro en una colchoneta hinchable. Anna le abrió los pantalones y la camiseta con un cuchillo. Tenía un moratón oscuro que empezaba debajo del ombligo, le cubría el vientre y se extendía costado arriba. En el trasero y bajo las axilas, como ella sospechaba, se veían las manchas escarlata del virus.

El chico yacía semiinconsciente, ardiendo de fiebre. Cuando le daban de beber, escupía el agua como si fuera veneno.

Por la noche empezó a gritar.

En una oscuridad profunda, y escoltada por Mimoso, Anna recorrió las callejuelas de Cefalú en busca de medicinas. Quedaba poco o nada en los cajones de las farmacias. Cremas para la piel, desodorantes y cajas comidas por los ratones. Encontró un frasco de melatonina, Tachipirina y antibióticos, pero nada que calmara el dolor.

Al día siguiente, Pietro cayó en un estado de somnolencia jadeante del que salía gritando, como si lo acometieran rachas de dolor. Una y otra vez repetía que tenía frío, ni siquiera el fuego y las mantas lo calentaban.

A la mañana siguiente, salió un sol pálido y frío de un mar gris como una piedra. Los dos hermanos dormían hechos un ovillo junto a Pietro, que había perdido el conocimiento. La sangre se había coagulado y formaba una masa negra y densa como

la pez que lo mantenía pegado a la colchoneta. La mancha morada del vientre hinchado era oscura y estaba caliente.

A mediodía empezó a delirar. Estaba enfadado con un tal Patrizio. Decía que dejara de escribir, que el ruido de las teclas lo sacaba de quicio.

—Ahora se lo digo —lo tranquilizaba Anna, levantándole la cabeza—. ¿Oyes? Ya ha parado.

Pietro hacía muecas de terror mirando con unos ojos vítreos el cielo apagado como si sobre él aleteara algo pavoroso.

Anna corrió de nuevo a la farmacia, abrió todas las cajas del almacén y encontró compresas y ampollas inyectables, pero no jeringas. Le vertió el líquido entre los labios agrietados y trató de meterle en la boca un puñado de píldoras, pero él apretaba los dientes como si quisiera llevarle la contraria. Lo intentó varias veces, en vano, y al final lanzó las compresas por el aire, dio patadas a botes y chumberas y arrancó arbustos gritando. Astor se le agarró a las piernas y le suplicó que parara.

A cuatro patas, recogieron las pastillas y se las metieron en la boca una a una hasta que se tranquilizó. Su rostro se distendió y concilió un sueño pesado.

Al tercer día, despertó a Anna la voz de Pietro que la llamaba.

—Anna... Anna...

Salió de entre las mantas, se arrodilló a su lado y le agarró la mano.

—Soy yo, estoy aquí.

El chico apretó los párpados como si un faro lo deslumbrara, levantó un poco la cabeza y la miró con unos ojos ciegos.

—La rueda. Está bloqueada. He intentado... —Tuvo un ataque de tos que pareció desgarrarle el pecho y escupió un grumo de sangre oscuro. Le buscó la mano en las tinieblas y se la palpó—. Tienes que encontrar las zapatillas.

Anna se enjugó las lágrimas y le acarició la frente sudada.

—Sí, las encontraré.

—Tienes que encontrarlas, ¿entiendes? Te salvarán.

—Entiendo. Ahora descansa.

Las palabras de Anna parecieron tranquilizarlo, una especie de sonrisa le crispó los labios y durante unos minutos permaneció en silencio. Luego dijo, con los ojos cerrados—: Anna..., trae dos bolsas.

—¿Para qué?

—Dos bolsas. Sin agujeros.

#### LAS DOS BOLSAS

En Vita, un pueblecito del interior de la provincia de Trapani, en la calle Aleramo, había un palacete moderno rodeado de un jardincito con árboles frutales, propiedad de la familia Lo Capo. En la planta baja vivía doña Costanza, viuda de Domenico Lo Capo, dueño de una constructora que murió a los sesenta años de un infarto

fulminante. En la primera planta vivía Laura, la hija mayor, madre de Pietro, divorciada de Mauro Serra, mecánico del equipo de carreras de Ducati. La segunda planta estaba dividida en dos apartamentos ocupados por las otras dos hijas, Annarita y Celeste.

Annarita, la más joven, estudiaba arquitectura. Celeste acababa de cumplir treinta años, era soltera y tenía una tienda de cerámica en el centro. La gente decía que Celeste no era ni chicha ni limonada, sino uno de esos seres que no tienen interés por el sexo, sea del género que sea. En cambio, de Annarita se rumoreaba que era lesbiana y que lo de la universidad era una excusa para ir a Palermo, donde tenía una novia que trabajaba en el ayuntamiento. Habladurías de pueblo.

El caso es que, tras la muerte de Domenico, en el palacete de la calle Aleramo no quedaron más que mujeres devotas de Pietro, que era un reyezuelo mimado por las tías y malcriado por la abuela.

El único varón que tenía permiso para entrar en aquel gineceo era Mauro, el padre del niño. El mecánico, que siempre estaba por esos mundos, encontraba un fin de semana al mes y dos semanas en verano para visitar al hijo y a la ex mujer, quien, con las hermanas, lo cebaba a base de platos típicos de la cocina siciliana. Esos días la estrella de Pietro se eclipsaba y brillaba la de su padre.

Mauro Serra era alto y pelirrojo, de ojos azules y con una barba tupida que le enmarcaba el rostro. Vestía camisas de franela y calzaba botas tejanas con punta. Las hermanas afirmaban que era clavadito a Robert Redford. Y, como el actor norteamericano, era un mujeriego de tomo y lomo.

Cuando, los domingos, acudían las tres a ver las carreras del gran premio, trataban de adivinar a cuál de las chicas que salían al lado de los motociclistas había seducido Mauro.

—A una en cada carrera —decía Laura resoplando, mientras servía uno de esos platos.

Laura Lo Capo era una mujer guapa, morena de piel y con dos ojos negros como el carbón, pero tras el divorcio había engordado y dejaba que las raíces de su largo cabello le crecieran blancas. Llamaba a su ex marido playboy, pero, en lugar de celos, sentía orgullo.

—¿Se puede impedir a un león que cace? Habría que meterlo en una jaula y yo no me veo capaz. Es un crimen contra el sexo femenino.

El hecho de que ella fuera la única leona con la que había tenido un hijo la enorgullecía y le bastaba. Con que no se olvidara de Pietro y le trajera de sus viajes imanes de esos que se pegan en el frigorífico, se conformaba. También sobre las hermanas menores ejercía fascinación el cuñado, y siempre que venía se vestían bien, se ponían guapas y jugaban a ver quién era la más seductora. El sueño de vivir en un harén compartiendo los favores del mecánico les producía arrebatos de libido.

—Como le han gustado los canelones que he preparado con estas manos divinas que tengo, seguro que esta noche se acuesta conmigo —decía la menor, perdiendo la

vergüenza.

—¿Qué va a hacer con una tabla como tú? —replicaba Celeste—. Yo soy la..., ¿cómo se dice, Mauro? La Milf. —Y hacía el gesto de cogerse unas tetas gordas.

—Eso sí... Si os apretáis cabéis las dos en la cama. Porque, Maurino, ya sé que esas cosas las haces —gritaba Laura acalorada, mientras enjuagaba los platos.

Excitadas como jovencitas, las mujeres prorrumpían en risillas nerviosas, sintiéndose transgresoras y modernas.

El mecánico ya se veía jubilado, viviendo a lo grande, servido y adorado por las tres mujeres como un rey babilonio.

También el pequeño Pietro creció en el mito de aquel padre apuesto y especial que le traía camisetas y recuerdos de Ducati. Se pasaba horas en el garaje viéndolo arreglar una vieja Laverda Jota.

Los días soleados se acercaban al mar, montado el pequeño a horcajadas en el depósito.

En fin, todo iba bien, pero, como en cualquier trama que se precie, ocurrió algo que vino a alterar la armonía de la familia Lo Capo. En la calle Aleramo se presentó Patrizio Petroni, el último novio de Annarita. Romano, macizo, bajo y ancho, era más fácil saltar por encima de él que rodearlo. Pelo rizado negro en forma de casco que arrancaba justo encima de una ceja única. Gafas de montura gruesa apoyadas en una narizota chata. La panza rebosaba por unos pantalones cortos de surf ceñidos a una cintura baja y los gemelos, redondos como muslos de pavo, salían directamente de un par de zapatillas de baloncesto negras.

Annarita se resistía a contar cómo se habían conocido, pero por ciertos detalles se intuía que algo tenía que ver Facebook. Patrizio, con aquella manera de hablar arrastrando las palabras típica del Prenestino, explicó a las hermanas que él y Annarita se amaban desde siempre, casi casi desde el Big Bang. En esta existencia por fin habían podido unirse, después de miles de vidas pasadas persiguiéndose.

—Estos dos pegan como «pan duro con cuchillo romo» —comentó la vieja Costanza, echando mano del refranero de la tierra.

—Patrizio se quedará un tiempo con nosotros, tiene que terminar su novela —explicó Annarita a las hermanas, que se quedaron boquiabiertas.

El escritor se instaló en casa de la novia y transformó el salón en su despacho. Y en menos de una semana, y con pocas y precisas maniobras, logró que lo odiara toda la familia.

A Pietro no le gustaba porque le birlaba los Kinder Bueno. La abuela decía que aquel hombre era como el «villano, que le das el dedo y se toma la mano». Laura lo detestaba porque decía que era sucio y feo como la peste. Y Celeste, porque había engañado a su hermana, que, la pobre, era más bien corta.

Patrizio era sensible a las miradas fulminantes de los Lo Capo como un búfalo lo es a la picadura de un mosquito. Se sentaba a la mesa y se hartaba de comer, luego se arrellanaba en el sofá abrazado a su noviecita y veía concursos de barbacoa en la tele.

El resto del tiempo se lo pasaba escribiendo. El ruido de las teclas retumbaba por la escalera del palacete día y noche. Salía pocas veces de su apartamento, y cuando lo hacía, era para ir a comprar patatas fritas y kebabs.

En un campo abandonado, Celeste y Laura tuvieron una reunión secreta en la que trazaron un plan para echar al Aborto (era el apodo que le pusieron) sin herir demasiado a la hermana. Determinaron que correspondía a Mauro la tarea de convencerlo de que se fuera. Por las buenas o por las malas.

El mecánico invitó a Patrizio a una pizzería para hablar de hombre a hombre, y cuando volvió encontró a las dos hermanas levantadas, en camión:

—¿Y bien?

—Se ha zampado dos patapizzas, un calzone de requesón y salchichas y cuatro jarras de cerveza.

Laura se dejó caer abatida en un sillón.

—¿Qué es una patapizza?

—Una pizza de patatas fritas.

Celeste se paseaba por el salón chupando un cigarrillo.

—Pero ¿le has preguntado cuándo se va?

—Tiene que terminar la novela.

Laura cortó un trozo de tarta y se la ofreció a su ex marido.

—¿Se puede saber al menos de qué coño va esa novela?

—Está reescribiendo la historia del mundo como si los seres humanos fueran hámsters gigantes.

Las dos mujeres lo miraban esperando que siguiera.

El mecánico dio un bocado a la tarta.

—Acaba de terminar la prehistoria.

Nada cambió en los tres meses siguientes, hasta que los telediarios empezaron a decir que en Lieja una enfermedad desconocida estaba segando la vida de la población y, por alguna razón poco clara relacionada con la falta de hormonas de la pubertad, los niños parecían ser inmunes.

Mauro había estado un mes en Holanda probando la nueva moto y en el avión de vuelta a Palermo no se había sentido bien. Era como si dos cuchillos se le clavaran en la nariz y una garra de acero le apretara las sienes. En el baño, después de vomitar, vio que le había salido una mancha roja en el costado.

Laura fue a recogerlo al aeropuerto. Lo vio salir por la puerta de llegadas demacrado y con los ojos brillantes. En el coche, de camino a casa, el mecánico empezó a toser. Lo acostaron y le dieron zumo de limón y aspirinas, pero aun así tuvo una fiebre de caballo. Panunzio, el médico del seguro, fue a visitarlo y tranquilizó a las hermanas.

—No es nada. Gripe. Que repose.

Las noticias que llegaban del norte de Europa no eran tranquilizadoras. El virus había pasado las fronteras de Bélgica y se propagaba imparablemente por todo el

continente. Un grupo de científicos alemanes estaba trabajando en una vacuna eficaz.

En Italia, por suerte, sólo se habían registrado unos pocos casos aislados.

Dos días después, Mauro tuvo un colapso respiratorio y Laura lo acompañó en la ambulancia a Palermo. La mujer volvió con fiebre y moqueando. Contó que el hospital era un caos y que a Mauro lo habían dejado en un pasillo con cientos de enfermos más que tenían los mismos síntomas.

Una semana después, la familia Lo Capo, con la excepción de Celeste, que yacía en su cama sacudida por la tos, se reunía ante el televisor para ver el mensaje del presidente del gobierno que transmitían todas las cadenas de radio y televisión. Pero el que apareció ante las cámaras fue el ministro de Sanidad, que se excusó por la ausencia del presidente y, tosiendo, aconsejó a la población que se quedara en casa y no saliera más que en caso de extrema necesidad. «Todo el que sufra algún trastorno respiratorio agudo, acompañado de manchas cutáneas de carácter edematoso, fiebre y síntomas de pulmonitis u otra enfermedad respiratoria, debe ser inmediatamente aislado porque podría haber contraído el virus y constituir una amenaza para los que lo rodean.»

Laura, preocupada y ardiendo de fiebre, como llevaba días sin tener noticias del ex marido, pidió a Annarita que fuera a Palermo. La hermana se encontró en la autopista con una cola interminable de coches cargados de equipaje que trataban de abandonar la isla. Le dijeron que la capital estaba acordonada por la policía y no se podía entrar ni salir. El aeropuerto también lo habían cerrado y el servicio de ferrys con rumbo a Calabria estaba suspendido.

La primera que murió en el palacete de la calle Aleramo fue la abuela. El virus tardó menos de una semana en acabar con ella. Annarita fue la única de las hijas que pudo ir al entierro. En la iglesia, aparte de Patrizio y de Pietro, casi no había nadie. El coche fúnebre no apareció, y el ataúd tuvo que cargarlo un primo en su ranchera. El pueblo estaba desierto y gran parte de las tiendas estaban cerradas. En Vita, los que no guardaban cama, estaban delante de la televisión o hablando por teléfono con parientes que vivían lejos.

Patrizio se pasaba los días ante el ordenador buscando noticias. Todo el planeta se había contagiado, desde India a Estados Unidos, y ni Australia se había librado. Ya estaba claro que el contagio se había producido mucho antes de los casos documentados en Bélgica. La forma como el virus se propagaba y su largo periodo de latencia era una atroz genialidad, según muchos de origen humano, que lo había convertido en una bomba biológica. La velocidad con la que mutaba hacía imposible sintetizar una vacuna. Ni siquiera los investigadores que trabajaban en ello, pese a los rigurosos protocolos higiénicos, sobrevivían.

Vita, que antes de la epidemia contaba con dos mil quinientos habitantes, en poco menos de un mes había perdido la mitad. Había quien moría esperando con confianza la vacuna y quien, más escéptico, se atrincheraba en casa, sellándolo todo con cinta adhesiva, pero nadie escapaba a la enfermedad. Los niños, los únicos que seguían

sanos, merodeaban por la región en busca de comida y agua para padres y abuelos.

La televisión había suspendido los noticiarios y sólo emitía películas antiguas. Las redes telefónicas dejaron de funcionar una tras otra. Cuando la electricidad se interrumpió también, el ave del Apocalipsis desplegó sus alas de oscuridad y hielo sobre Vita.

En el palacete, y después de la muerte de doña Costanza, le tocó a Celeste. Echaron el cadáver en una fosa común sin ceremonia fúnebre. Laura y Annarita yacían en la cama consumidas por la fiebre e inconscientes. Pietro se pasaba las horas sentado junto a su madre en un silencio asfixiante, jugando con sus soldaditos. Una mañana, con una excusa, Patrizio lo agarró de la mano, se lo llevó a su habitación, cerró la puerta con llave y dijo:

—Se mueren. No podemos hacer nada por ellas, están condenadas. Tenemos que quedarnos aquí y esperar.

Había hecho acopio de cajas de comida y latas de cerveza en la habitación.

Pero Pietro lloraba, quería estar con su madre. Entonces el muchacho perdía los estribos y empezaba a dar patadas al armario, a arrancarle los brazos a los muñecos de peluche, a vaciarse en la cabeza el cubo de las piezas de Lego.

—¿Por qué no lo entiendes? ¿Por qué no te adaptas? Olvida el viejo mundo. Tienes toda la vida por delante. Hemos pasado a una nueva era.

En cuanto entraba un poco de luz por las cortinas, se sentaba a la mesa y llenaba resmas de papel con una vieja máquina de escribir Olivetti. Estaba entusiasmado:

—Es una obra maestra. —Se acercaba al niño y le acariciaba la cabeza—. Es la crónica cruda y desnuda del Apocalipsis. No he censurado nada.

Pero Pietro no sabía lo que era el Apocalipsis.

—Es cuando morimos todos porque Dios ha dicho que se acabó. Os he dado un juguete y lo habéis roto. Os he dado un planeta precioso y lo habéis convertido en una mierda.

La epidemia era, según Patrizio, la cosa más extraordinaria que podía ocurrirle a la humanidad. Iba y venía por el cuartito como un orangután y hablaba y hablaba, se hacía preguntas y se daba respuestas hasta que, borracho, se desplomaba despatarrado en una silla.

Pietro sabía que Patrizio llevaba la llave de la puerta en el bolsillo de los pantalones. Una noche se levantó e intentó quitársela. Pero le costaba meter la mano en el bolsillo, que los michelines tapaban.

El ogro se despertó con un gruñido.

—¿Quieres la llave? —La sacó—. Bonita, ¿eh? —Abrió la boca y se la tragó como si fuera un caramelo Saila Menta—. Magia. Ya no está. —Cruzó los brazos y siguió roncando.

Otro día fue Patrizio quien despertó al niño.

—Pietro... Pietro... —Susurraba como si hubiera micrófonos en la habitación—. ¿Lo oyes?

El niño, abrazado a su oso panda, hacía días que no oía nada. Ni siquiera los lamentos ahogados de su tía Annarita y de su madre. Hasta los automóviles habían desaparecido.

—¿Lo oyes o no?

—¿El viento?

—Se parece, pero no es el viento. Es el rumor de millones de almas que abandonan el planeta, un flujo constante e imparable de espíritus que atraviesan la atmósfera, recorren el sistema solar y vuelven a reunirse.

Pietro estaba preocupado.

—Tú estás bien, ¿verdad? ¿No te morirás? ¿No me dejarás aquí solo?

—Tranquilo. Yo soy distinto. Mira. —Se daba la vuelta—. No tengo manchas y en mi vida me había sentido tan bien. Estoy en estado de gracia. Existen unos pocos elegidos a los que Dios salvará y cuya tarea será refundar la humanidad. Yo soy un bardo, mi misión es contar el fin y el renacimiento. Y tú serás mi ayudante.

La comida empezó a escasear y Patrizio decidió racionarla. En cuanto oscurecía, se tumbaban en la camita azul de Pietro, entre los muñecos. Patrizio, con el aliento oliendo a alcohol, le contaba historias de ejércitos de hámsters que combatían contra antiguos dioses egipcios o le silbaba «We Are the Champions» de Queen.

Una mañana, Pietro despertó y se lo encontró sentado delante de él, mirándolo. Se había cambiado de camiseta y se había afeitado. La puerta de la habitación estaba abierta de par en par.

—Ayudante, buenos días. ¿Cómo has dormido? Hoy volvemos al mundo. Un bardo no puede contar lo que pasa encerrado en un cuarto.

El niño corrió a ver a su madre. No estaba en su habitación, ni tampoco en el salón. Salió a la escalera y se la encontró tirada en el rellano. Estaba hinchada y cubierta de moscas. Pietro se pegó a la pared tapándose los ojos.

Patrizio lo cogió en brazos.

—¿Ves lo que le pasa a un cuerpo cuando el alma lo abandona? Huele mal. Se convierte en pasto de los gusanos y las moscas. No llores. Esa cosa no es tu madre. Tu madre ha sido liberada y ahora vuela más allá de Alfa Centauri.

—¿Y mi papá? ¿Dónde está mi papá? —preguntó el niño sollozando.

—Lo mismo. También él se ha ido. Sus átomos se han fundido con los de tu madre en un mundo de perfección.

Encontraron a Annarita viva, tumbada en una cama de matrimonio. El virus la había consumido y era un esqueleto resollante. Pietro se le acercó y le acarició el pelo. La chica, con los ojos cubiertos por un velo gris, abría y cerraba la boca como un pez.

Patrizio acercó el oído a sus labios.

—Nos pide que la ayudemos. —Llevó al niño al salón y lo sentó en el sofá—. Ese cuerpo enfermo tiene aprisionada al alma de Annarita. Tenemos que liberarla. Al final lo haría ella misma, pero podría sufrir mucho más y nosotros no queremos que

sufra, ¿verdad que no?

El pequeñajo, cabizbajo, guardó silencio un momento. Luego miró a Patrizio:

—¿Quieres matarla?

Patrizio se sentó a su lado.

—¿Has visto esos vídeos de animales salvajes a los que ponen en libertad? A veces resulta que, cuando les abren la jaula, no quieren salir, y los guardias forestales tienen que sacarlos empujándolos con palos. ¿Sabes por qué no salen? Porque tienen miedo de la libertad. Lo mismo le pasa al alma. —Patrizio movió los dedos rollizos como si tuviera delante un teclado—. El alma, esa cosa misteriosa, esa partícula de Dios que ha dado vida a la carne de tu tía, se asusta ante la idea de dejar el cuerpo. Pero en cuanto lo haga, sentirá un goce infinito. Nosotros seremos los guardias forestales. ¿Has entendido? La liberaremos.

El niño hizo señas de que lo entendía.

Patrizio miró a los lados. El sol partía el salón en dos y en la atmósfera cerrada de la estancia el polvo flotaba volviéndolo todo dorado.

—¿Dónde tenéis las bolsas de plástico?

—En la cocina, debajo del fregadero.

—Ve a buscar dos. Que no tengan agujeros.

Patrizio estaba en la cabecera de la cama. Debajo tenía la cabeza enflaquecida de Annarita y en las manos las bolsas metidas una en otra. Miraba a su pequeño ayudante que, de pie junto a la cama, cogía la mano de su tía.

—Ahora se las pondré en la cabeza. Se agitará. Tú échate sobre ella y sujétala con todas tus fuerzas, que no se suelte.

El niño asintió, serio.

—Cuando el alma de tu tía deje el cuerpo, pasará a través de ti, vivirá aún un instante en tu cuerpo. La sentirás deslizarse por dentro como una caricia. Será su modo de despedirse. ¿Listo?

Pietro se subió a la cama y, abrazando a la moribunda, se tendió sobre ella.

—Listo.

La tía tardó poco en irse.

Patrizio, sudando, respiró.

—¿La has notado?

—Sí.

—¿Y cómo ha sido?

Pietro bajó de la cama.

—Muy chulo.

Annarita Lo Capo fue la primera. Los días siguientes, los dos liberadores de almas se encargaron de los moribundos de la calle Aleramo, y luego de todos los del pueblo. Salían por la mañana temprano y regresaban al anochecer. Actuaban guiándose por los números de las calles. Muchas veces se veían obligados a derribar las puertas, a escalar por las fachadas. Los enfermos se habían encerrado en sus casas

por miedo a que les robaran. Aún había muchos que se debatían entre la vida y la muerte. Los pocos adultos que aún se tenían en pie los llevaban a casa de parientes moribundos. Detrás del Ferrari 458 del notario Botta, que Patrizio conducía rompiendo el silencio del pueblo, corrían muchas veces bandas de huérfanos.

El sistema de la doble bolsa funcionaba, el problema era que a veces los liberandos, como ellos los llamaban, se agitaban presa de convulsiones y Pietro daba con el cuerpo en tierra. Al final perfeccionaron las técnicas de inmovilización atando al enfermo a la cama con gomas antes de que el niño se tendiera encima.

Un día Patrizio decidió ampliar su radio de acción e incluir un conjunto de casas que había cerca de Vita. Aparcaron el Ferrari delante del bar y se apearon armados de bolsas y gomas. Dos hileras de edificios flanqueaban la calle recta. Rompía la continuidad de los edificios una serie de jardincitos vallados en los que crecían palmeras y limoneros. Una manada de perros callejeros desaparecieron por las casas en cuanto los vieron.

—A esos cabrones hay que matarlos. Entran en las casas y se comen a los muertos. —Patrizio volvió al Ferrari, cogió una escopeta y la cargó—. Algún día te enseñaré a usarla.

En las casas el virus no había dejado títere con cabeza. Sólo encontraron cadáveres. Patrizio se arrellanó en un sofá, desalentado.

—Nuestra misión terminará pronto.

—¿Y qué haremos? —le preguntó Pietro, jugando con las manecillas paradas de un gran reloj de péndulo antiguo.

—Iremos a Palermo, luego a París. —Se volvió y se reclinó sobre el respaldo para coger de una mesa una caja de chokolatinas. La camiseta se le levantó y los pantalones se le bajaron, dejando a la vista una mancha roja. Pietro tuvo que apoyarse en el reloj para no caerse. Se preguntó si Patrizio sabía que tenía las manchas. Siempre había dicho que era inmune, que nunca enfermaría.

—¿Quieres? —El muchacho le pasó la caja después de zamparse tres bombones.

Pietro rehusó moviendo la cabeza.

—¿Qué te pasa? Es la primera vez que rechazas un dulce. —Y con los dientes manchados de chocolate desenvolvió un turrón.

El niño se mordió el labio, tragó saliva y, con el poco aliento que le quedaba en el cuerpo, susurró:

—Tienes manchas. —Patrizio pareció no oír o quizá no lo entendió—. Tienes manchas —repitió Pietro, balbuciendo. Los ojos se le habían llenado de lágrimas.

Patrizio se levantó de pronto, lo cogió de la camiseta y lo levantó como si fuera de trapo.

—¿Qué has dicho? —La boca, demasiado pequeña para la cara anchísima, le temblaba, y los ojillos, echando chispas, se habían refugiado entre las ojeras oscuras y las cejas revueltas—. ¿Qué coño has dicho? —Levantó un puño. Era la primera vez que le ponía las manos encima—. ¿Dónde?

Pietro cerró los ojos.

—En la espalda.

Patrizio lo soltó y se acercó a un espejo con marco de ébano. Se quitó la camiseta. Se miró largo rato respirando por la nariz. Se bajó los pantalones. También las nalgas, blancas y peludas, estaban cubiertas de manchas rojas.

El niño se había refugiado en un rincón del salón. Patrizio se quedó mirándolo largo rato y luego señaló la puerta.

—Vete.

—¿Adónde?

—Afuera. Vete.

Pietro rompió a llorar y no se movió.

—Tienes que irte. Enseguida —ladró el muchacho. Cogió una lámpara de cristal que había en la mesa y la estampó contra el suelo.

Pietro deslizó la espalda pared abajo y se rodeó las piernas con los brazos.

—Haz lo que quieras. —Patrizio se sentó en el sofá, cogió la escopeta, se metió el cañón en la boca, puso el pulgar en el gatillo y lo miró.

Pietro se tapó los ojos con las rodillas y los oídos con las manos. Trató de pensar en algo bonito. En sí mismo y en su padre montados en la Laverda. En el día en que pararon en una laguna cuya superficie era lisa como una tabla de la que se elevaban montañas de sal blanca. A lo lejos se veían aves de color rosa que tenían el cuello en forma de ese, un pico que parecía un plátano y unas patas finas que parecían tacos de billar.

—Levántate, vamos. —Una mano fuerte como una tenaza lo cogió del brazo.

—¿Adónde vamos?

—Te llevo a casa.

El ayudante siguió a su maestro, que caminaba a zancadas con la escopeta al hombro.

En el coche no se dijeron una sola palabra. Patrizio conducía a gran velocidad y Pietro cerraba los ojos cada vez que tomaban una curva. Se detuvieron delante del palacete de la calle Aleramo dando un frenazo y dejándose medio neumático en el asfalto.

El muchacho abrió la portezuela.

—Baja.

—¿Adónde vas?

—Baja.

—¿Puedo ir contigo?

—He dicho que bajes.

El Ferrari arrancó con estruendo y espantó a todos los cuervos de los árboles.

Ya no volvió.

Pietro se unió a los demás niños del pueblo. Vivían todos en la escuela. Eran unos treinta, niños y niñas, de entre cinco y trece años. Jugaban al fútbol en el patio,

dormían en las colchonetas del gimnasio y registraban las casas en busca de comida.

Un día, Pietro y otros dos decidieron ir a un supermercado que había en la carretera nacional donde al parecer aún quedaba Coca-Cola. Era un cuadrado de cemento en medio de una explanada de asfalto desolada.

Uno de sus compañeros señaló algo.

—Mirad.

Era un Ferrari que se había estrellado contra unos contenedores de basura y tenía una portezuela abierta.

—Id a ver, ahora voy yo —dijo Pietro.

En el coche estaba Patrizio, sentado al volante, entre latas de cerveza vacías y un olor repulsivo a excrementos. Tenía los brazos cubiertos de manchas y cardenales y la tripa le colgaba como si se le hubiera desinflado. La papada, que siempre había sido turgente, le caía ahora flácida y amarillenta sobre el cuello tumefacto. Los ojos, opacos como dos marron glacés, miraban el parabrisas salpicado de vómito seco. Por la boca abierta le salía un estertor cavernoso.

El niño se sorprendió al ver que seguía vivo. Le tocó un hombro.

—Patrizio. Patrizio, ¿me oyes? Soy Pietro.

El muchacho cerró los ojos, pero nada cambió en aquel rostro inexpresivo.

—¿Cómo estás, ayudante?

Pietro tragó saliva.

—Bien... ¿Y tú?

Algo, quizá una sonrisa, pasó por los labios finos, llenos de cortes y costras.

—¿Tienes dos bolsas?

Habían pasado cuatro días desde que los dos hermanos dejaron Cefalú.

Antes de partir subieron el cadáver de Pietro a la calle con unas cuerdas, lo cargaron en un carrito de la compra y lo llevaron a la playa. Cavaron un hoyo en la arena, lo enterraron y volcaron una barca encima.

De cuando en cuando, Anna se volvía a buscarlo, pero tras ella no marchaban más que Astor, que la seguía arrastrando los pies, y Mimoso, que iba olfateando por la orilla de la carretera. Entonces se llevaba la mano al colgante y lo apretaba hasta que se clavaba las puntas de la estrella.

Era como si Pietro le hubiera estallado en el pecho y miles de fragmentos afilados le corrieran por las venas y le rasgaran la carne.

Ahora entendía lo que era el amor, eso de lo que se hablaba tanto en los libros de su madre.

Sólo se sabe lo que es el amor cuando nos lo arrebatan.

El amor es sentir la falta.

Sin Pietro, el mundo había vuelto a ser amenazador, y el silencio, que antes le hacía compañía, ahora la ensordecía y la angustiaba. Había muerto de un modo estúpido, tras una larga agonía, y no le veía ningún sentido.

Era como si alguien la observara desde arriba y escribiera su historia inventando formas cada vez más crueles de hacerla sufrir. La ponía a prueba para ver cuándo se daría por vencida. Le había arrebatado a su padre, a su madre, y la había dejado sola con un niño al que debía criar. Se había divertido haciendo que conociera a Pietro y le fuera indispensable y luego se lo había quitado. La verdad es que caminaba como un hámster por un camino obligado. La idea de poder escoger entre ir por la derecha o por la izquierda era una ilusión.

Recordó lo que Pietro le había dicho tantas veces: «Este mundo no existe. Es una pesadilla de la que no podemos despertar.»

Faltaban unos cien kilómetros para llegar a Messina. Según sus cálculos, tardarían otros tres o cuatro días como máximo. La autopista discurría bajo sus pies siempre idéntica y el paisaje desfilaba a los lados lento y tedioso, interrumpido solamente por una serie interminable de túneles. Aún no se habían cruzado con nadie.

Se volvió hacia Astor, que caminaba cabizbajo arrastrando un palo. Hablar se había vuelto difícil, las palabras pesaban mucho y no podían pronunciarse.

—¿Todo bien? —El niño miró con aire ausente la costa verde que se hundía en el mar en medio de la niebla matutina—. Contesta cuando te hablo.

Astor resopló, cruzó los brazos y se adelantó corriendo, con fuertes pisadas.

Era irritante. Si ella se enfadaba, escapaba y se escondía en algún agujero.

*Como si fuera culpa mía.*

Se le acercó y le puso la mano en el hombro.

—¿Tienes hambre?

El niño dijo que no con la cabeza.

—Yo sí. —Se sentó a la vera de la carretera y sacó de la mochila dos latas de atún, una de comida para perros y una botella de agua.

Mimoso, sentado muy tieso, meneaba el rabo. Un hilo de saliva le caía por las comisuras de la boca. Anna le vació los trozos de carne en el asfalto y el perro los devoró temblando. Abrió las latas de atún, escurrió el aceite y empezó a comer con el cuchillo.

Astor daba golpes con el palo contra el guardarraíl.

—¿Quieres parar?

Él se tiró del pelo del cogote.

Estaba preocupada. Su hermano había empezado a mesarse el cabello y a hablar solo. Mantenía largas conversaciones consigo mismo en una lengua propia, llena de exclamaciones y risitas. Con Pietro, Astor se había vuelto hablador y sociable, y las lagartijas melenudas habían desaparecido. Pero ahora, después del accidente, había regresado a su mundo de pequeñas cosas, de piedrecitas, de insectos, de animalillos muertos y de palos.

—Pietro tenía la Roja, habría muerto igual. —La chica lanzó la lata a la cuneta—. Tenemos que seguir adelante. Seguimos siendo dos, tú y yo.

El niño hizo señas de que no.

—Somos tres. —Y señaló al perro.

Anna le ofreció la otra lata.

—¿Seguro que no quieres?

—Un poquito —dijo Astor.

¿Qué haría su hermano cuando ella no estuviera? Escribir en el cuaderno era inútil, nunca lo abriría, se negaba incluso a leer las señales viales.

Ni siquiera estaba segura de que pudiera conseguir comida.

Por la tarde empezó a llover. El agua caía fría e implacable de un manto de nubes grises. Desde la autopista que serpenteaba siguiendo los pliegues de la costa se veía, allá abajo, una mar gruesa, del mismo color del cielo, que rompía espumeando contra las rocas negras. Empapados, tomaron un desvío y entraron en un pueblecito enclavado en lo alto de un monte, al pie de un viaducto de la autopista. Una ladera de la montaña se había derrumbado sobre las casas, invadiendo calles y arrancando árboles. El agua de lluvia había excavado lechos entre los escombros y corría hacia la playa formando un torrente que desembocaba en el mar y lo teñía de marrón.

Tampoco allí se veía un alma.

Entraron en un chalé blanco, rodeado de pitas, que seguía en pie. Las paredes

estaban manchadas de hollín y el papel que revestía las de los dormitorios colgaba hecho tiras apolilladas. No quedaba una sola ventana intacta y soplaban una corriente fría. Hicieron un fuego con los armarios de la cocina, pusieron la ropa a secar y se acurrucaron en torno a las llamas. No les quedaba comida y estaban tan cansados que se quedaron dormidos enseguida. Las ascuas arrancaban destellos rojos a sus bultos en las tinieblas.

Reanudaron la marcha al alba. Había dejado de llover, pero las nubes seguían allí, amenazadoras. A menos de diez kilómetros encontraron un viaducto que se había hundido. En pie quedaban sólo dos trechos. Abajo, al pie de los pilares, corría un torrente que había crecido con la lluvia. Había un tráiler volcado y de las aguas fangosas sobresalían los bajos con sus filas de pares de ruedas.

Bajaron por un bosque tupido y lleno de zarzas que crecía en la ladera del monte. La corriente era impetuosa y, como no pudieron vadearla, tuvieron que remontar el curso hasta que llegaron a un meandro en el que había un gran chopo caído que formaba un puente. Manteniendo el equilibrio sobre el tronco, Anna cruzó la primera. Astor y Mimoso la siguieron a gatas.

La lluvia esperó a que llegaran a la autopista para volver a caer. Se cobijaron en un Volvo que había en un área de descanso. Aún estaba el triángulo de emergencia. Mimoso se tumbó en los asientos traseros y Astor se sentó al volante. El habitáculo resonaba con la lluvia que repiqueteaba en el techo y chorreaba por el parabrisas como si fuera una cascada. Anna inspeccionó el equipaje en busca de algo comestible pero lo único que encontró que tenía cierta relación con la comida fue un libro de recetas para olla a presión. Lo tiró fuera. Cuando cesó el aguacero estaba demasiado oscuro para proseguir la marcha y durmieron allí, aovillados en los asientos.

Anna despertó a mitad de la noche. Se hacía pis. Salió y vio una luz a lo lejos. Quizá era un fuego. Entró en el coche y se encontró a Astor despierto.

—Tengo hambre —le dijo el niño.

—No te preocupes, mañana encontraremos algo. Duerme.

—¿Por qué no volvemos a casa?

Anna se rodeó el tronco con los brazos.

—Tenemos que ir al continente.

—A mí me gustaba estar en casa.

—Y a mí también. Pero verás como estaremos mejor al otro lado.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Ahora duerme.

El sol se había abierto un hueco entre las nubes violáceas pero, con la ropa húmeda que llevaban, el viento era frío.

Anna empezaba a tener muchas dudas sobre la travesía del Estrecho. No sabía lo grande que era. ¿Como un río? ¿Como un mar? ¿Y cómo lo cruzarían? ¿En una barca?

Llegaron a la salida de Patti. A la derecha se elevaban unos cerros áridos y a la izquierda, más allá de una franja de vegetación sembrada de tejados, se veía el mar. Dejaron atrás los restos carbonizados de la estación de peaje y una fila de automóviles abandonados en medio de la calzada y tomaron la circunvalación que llevaba a la ciudad.

A los cien metros Anna se detuvo y se volvió.

Se oía un rumor grave, una especie de retumbo, que aumentaba de volumen.

—¿Lo oyes? —preguntó a Astor.

El niño asintió y miró al suelo.

El asfalto temblaba como si fuera un terremoto. Unas cornejas que había en un cedro levantaron el vuelo.

Mimoso gruñó, enseñando los dientes y levantando las orejas.

Por una curva apareció una manada de vacas ocupando la calzada como un río animado que avanzaba al galope hacia ellos.

Anna cogió a su hermano y saltó el guardarraíl.

El tren de pelo y cuernos pasó a su lado comprimido por las vallas de metal. Duró casi un minuto, y luego, y en medio de una nube de polvo, aparecieron decenas de niños armados con palos que corrían tras los animales, gritando y silbando.

Astor se quedó mirando boquiabierto a su hermana, saltó a la carretera y se unió a aquella tropa vociferante, seguido de Mimoso.

—¿Adónde vas? —dijo Anna, y salió también corriendo.

La manada recorrió toda la circunvalación y entró en un aparcamiento donde la esperaba un centenar de niños que, a gritos, la dirigieron hacia el centro comercial Re Artú, una gran construcción de color rosa que parecía un castillo, con sus almenas y sus torreones.

Las vacas galopaban desbocadas entre dos muchedumbres que les daban palos y, sin reducir la velocidad, franquearon una serie de puertas y llegaron a una galería oscura que conducía a las entrañas del gran centro comercial. Los puestos de Fastweb, de Sky y de la escoba mágica Super Mop fueron arrollados por las bestias en medio de un estrépito de pezuñas y mugidos. Las vacas de los lados entraban en las tiendas de ropa, derribaban los expositores vacíos, destrozaban los escaparates del bar Lo Zecchino, asaltaban el kebab Bosforo y se llevaban por delante mostradores, parrillas y mesas. Otras resbalaban y caían y eran pisoteadas. Tras ellas, brazos menudos enarbolaban antorchas que arrancaban destellos de los letreros del Big Burger, de las tiendas y de la Würstleria Liebe. La manada, cojeando, herida, aterrorizada, llegó a un enorme balcón circular que había al final de la galería. No tenía balastrada y a derecha e izquierda había dos barricadas llameantes que no dejaban escapatoria.

Una tras otra, y sin frenar siquiera, las vacas se lanzaron al vacío, como hacían los mamuts que se despeñaban empujados por los hombres primitivos, con la diferencia de que, tras un vuelo de quince metros, no caían en los bosques helados del Pleistoceno, sino que, como bombas vivas, se estrellaban contra las mesas del restaurante La Paranza, contra una gran pecera de cristal que en su día albergó a una pareja de tiburones azules y contra una barca que hacía las veces de mostrador del pescado fresco.

Anna llegó al final de la galería medio asfixiada por el humo y el polvo. Jadeando, se asomó al balcón.

A sus pies agonizaba una montaña de vacas con las espaldas partidas y las cabezas rotas. Muchas habían muerto en el acto, otras se retorcían sobre sus compañeras. De aquel amasijo subía un hedor a mierda, sangre y gasolina. Un ejército de niños cubiertos con harapos sucios daba voces de incitación desde los balcones y las escaleras automáticas. Algunos se habían pintado la cara con rayas negras y todos, varones y hembras, llevaban el pelo largo, que les llegaba a la mitad de la espalda. Estaban lisiados, tuertos, iban marcados por cicatrices. Gritaban, se daban manotazos en el pecho, daban golpes con los pies en el suelo, cada vez más fuerte, hasta que ahogaron los berridos desgarradores de las bestias. Cuando la sala fue un único estruendo, los que estaban abajo empezaron a escalar la montaña de carne y fueron rematando a palos a los animales que aún estaban vivos, azuzados por los espectadores de las gradas.

*Son todos pequeños...*

El corazón de Anna dio un vuelco.

*¡Astor!*

Del humo que invadía la galería emergían bultos irreconocibles que se fundían entre sí. Anna buscaba a su hermano abriéndose paso entre los cuerpos, tropezando con los bancos de mármol. Pero, en la oscuridad, todos eran iguales.

Dio la vuelta a la columna de los ascensores y a codazos se abrió paso hacia las escaleras.

Astor estaba asomado frotándose la boca.

Lo zarandeó del brazo.

—Te quedas conmigo, ¿entiendes? No vuelvas a escaparte. —Y lo abrazó estrechamente.

Astor temblaba de excitación.

—¿Has visto? ¿Has visto lo que han hecho? Las han tirado abajo.

—¿Es que no me...?

Los ladridos de Mimoso atronaron en la galería. El perro, acorralado contra el escaparate de una tienda de teléfonos móviles, con el lomo erizado, enseñaba los dientes. Unos niños esgrimían contra él unos palos terminados en punta.

Anna corrió hacia allí.

—Es bueno. Dejadlo en paz. —Hizo señas de que se tranquilizaran, pero uno de

los niños, más atrevido que los otros, quiso golpear al animal, que de un salto lo derribó y le mordió en el brazo.

Anna cogió del pescuezo a Mimoso y lo apartó.

Los otros, excitados y asustados, gritaban, gruñían y hacían rechinar los dientes como si fueran una manada de macacos, amenazándolos con las lanzas, mientras el otro se levantaba cogiéndose el codo.

—¡Astor! ¡Astor! ¿dónde estás? —gritó Anna, que seguía sujetando al perro.

Astor asomó entre el corro y se reunió con ella.

—Haz que se siente, deprisa.

Astor sentó a Mimoso empujándolo por el trasero y lo abrazó.

—Acarícialo. Éstos nos matan. —Anna levantó las manos—. ¿Veis? No es malo.

El grupo se abrió para dejar paso a una niña rubia y delgadísima que miró a los dos niños y al perro y tendió los brazos como hacen los predicadores. Los demás enmudecieron y dieron un paso atrás. Unas gafas de sol de montura verde le cubrían gran parte de la cara a la niña. Llevaba unas botas rotas, una falda escocesa que dejaba a la vista unas piernecillas finas y un abrigo de piel mugriento.

Anna, poniendo una sonrisa forzada, le acarició la cabeza al perro.

—Es bueno.

—¿Bueno? —dijo la niña, poco convencida, y señaló al niño al que había mordido en el brazo—. Malo.

—No, no. Bueno. Perro bueno.

La rubia se acercó a Mimoso. Los cazadores se aprestaron a clavar sus lanzas en la bestia. La niña fue a tocar la cabeza del perro, sin vacilar.

Anna cerró los ojos, convencida de que el animal se la arrancaría de un mordisco. Pero no: el perro la observó con sus ojos como canicas brillantes, estiró el cuello y la olfateó.

La niña retrocedió un paso, se llevó los dedos a la nariz y miró a los lados sonriendo.

—Bueno —les dijo a los otros, que miraban conteniendo la respiración—. Bueno.

Todos prorrumpieron en carcajadas. Sólo el pobre al que el perro había mordido sonreía, poco convencido.

Anna comprendió que aquellos niños eran demasiado pequeños para recordar que, antes, los perros eran animales de compañía. O quizá lo habían olvidado.

Se sintió vieja.

El pueblo de cazadores de Patti organizó una comilona de carne asada en el aparcamiento. Unos sacaban las reses muertas, otros las troceaban, otros alimentaban el fuego con ropa, muebles, palés.

Un vientecillo ligero arrastraba por la explanada bolsas de plástico, papeles y hojas, y el sol, un círculo naranja, desaparecía tras los cerros.

Las columnas de humo atraían a más niños, que llegaban al centro comercial solos o en grupos. Al caer la noche, la explanada estaba llena de bultos negros que hacían cola delante de las hogueras en espera de su ración de carne.

También Astor y Anna hacían cola. Llevaban dos días sin comer y aquel olor a carne asada los hacía desfallecer. Incluso Mimoso se removía, muerto de hambre. Lo habían atado con una cuerda y lo tenían bien sujeto. Al principio había intentado soltarse, empujándose y sacudiendo la cabeza, pero luego se había acostumbrado.

Gracias a él, Anna y Astor se habían convertido en la atracción de la velada. Todo el mundo, a la debida distancia, los observaba admirado y comentaba con sonidos guturales y aspavientos el tamaño de aquella bestia que estaba tan tranquila al lado de sus amos. Astor miraba a un lado y otro todo orgulloso, fingiendo estar distraído. Anna se reía. Era la primera vez que veía a su hermano presumir de algo.

Cuando por fin les llegó su turno, les dieron tres pedazos de carne enormes, quemados por fuera y chorreando grasa, pero aún sanguinolentos por dentro.

Se sentaron en un bordillo de cemento y los devoraron en silencio.

—¿Cómo está? —le preguntó Anna a su hermano.

Astor, con la boca llena, farfulló algo incomprensible mirando al cielo.

La chica se buscó la estrella de mar debajo de la camiseta. Se la sacó y le dio vueltas entre los dedos. Para las cosas malas podía prescindir de Pietro, ya se apañaba ella sola, pero ahora que podían disfrutar, reír, comerse un filete, su ausencia era más dolorosa. Se acordó de cuando tiraron por la terraza el pulpo pestilente y sonrió.

Astor le dio un codazo.

—Quiero más.

—Vamos a ver... —Iba a levantarse cuando se les plantó delante la rubia de las gafas verdes. En una mano llevaba una antorcha y en la otra un enorme brazuelo chamuscado que pareció que les ofrecía.

—Gracias —dijo Anna, pero la niña se lo echó a Mimoso, que lo atrapó al vuelo y se lo comió sujetándolo con las patas delanteras.

La flaca señaló al animal.

—Bueno.

Anna no sabía si se refería a Mimoso o a la carne.

La rubia señaló al perro.

—¿Mío?

Anna frunció el ceño.

—¿Qué?

—Mío.

Anna se dio un golpe en el pecho tratando de sonreír.

—No, mío.

La niña miró a Mimoso.

—Perro bueno.

—Bueno.

—Perro mío.

Anna se señaló a sí misma.

—No. Perro mío.

Astor le susurró al oído a su hermana, preocupado:

—Ésta quiere a Mimoso.

—Sonríe.

El niño puso una sonrisa exagerada enseñando sus dientes torcidos.

—Perro nuestro.

La rubia se levantó las gafas. El ojo derecho era vítreo y miraba a otra parte.

—¿Perro nuestro? —Se alejó rascándose la nuca y repitiendo—: ¿Perro nuestro?

¿Perro mío?

Anna tiró de la correa de Mimoso.

—Vámonos —le dijo a Astor.

—¿Adónde?

—Vámonos de aquí antes de que nos lo quite.

Astor miró alrededor.

—¿Y la carne?

—Olvida la carne. Vámonos, rápido. Mejor dicho, no, despacio, tranquilos, como si no pasara nada.

Dieron unos pasos y en cuanto la oscuridad los envolvió echaron a correr.

En ir de Patti a Messina tardaron dos días, marchando de sol a sol. La primera noche la pasaron en un edificio que había a la vera de la autopista. En la planta baja había una oficina de empleo, pero en un piso de la primera planta, rebuscando en los cajones de la cocina, encontraron pastillas de caldo enmohecidas que disolvieron en agua. Quitaron las cortinas de las ventanas y se taparon con ella.

El último día de viaje soplaban un viento frío, el cielo estaba azul y la atmósfera era tan límpida que todo parecía más cerca.

La autopista discurría por viaductos que salvaban las montañas y se internaba en túneles oscuros.

Más cerca de la ciudad había una fila ininterrumpida de automóviles que ocupaba todos los carriles. Los coches aún iban cargados de equipaje. En un todoterreno, buscando en las maletas, encontraron jerséis gruesos, camisetas limpias y anoraks.

Por fin, en lo alto de una larga pendiente, se les ofreció la vista que llevaban meses esperando. El Estrecho.

Anna y Astor empezaron a saltar y a dar vueltas cogidos de la mano.

—¡Lo hemos conseguido!

Y se subieron al techo de un camión para ver mejor.

La isla acababa en una hilera de edificios que daban a un gran puerto y a un brazo de mar azul más allá del cual se elevaba una cadena de montañas oscuras. El

continente. Las dos orillas estaban tan próximas que parecía que las separase un río.

Anna se lo había imaginado anchísimo, imposible de atravesar, y ahora que lo veía pensó que podría cruzarlo a nado.

El resto del camino lo hicieron corriendo y sin pararse más que para recobrar el aliento. Salieron de la autopista y siguieron por carreteras periféricas que poco a poco se llenaban de edificios, tiendas, gasolineras y semáforos.

Messina era un embotellamiento de coches que ocupaban hasta las callejuelas, pero allí, cerca del mar, no se tenía aquella fuerte sensación de muerte y angustia que te embargaba en Palermo. La naturaleza estaba apoderándose de la ciudad. Por todas partes crecían, entre las grietas del asfalto, pimpollos y zarzamoras. Las calles y aceras estaban cubiertas de tierra y hojas, y la hierba y el trigo estaban echando raíces. Las plantas trepadoras escalaban lozanas la fachada de los edificios. Había animales por doquier. Junto a los monumentos pastaban rebaños de ovejas, a los contenedores de basura se encaramaban cabras barbudas, por las ventanas salían bandadas de pájaros y entre los coches corrían manadas de caballos y potros. Sólo el puerto, rodeado de alambradas y de vehículos militares, recordaba la violencia de los días de cuarentena, pero el viento traía el olor salino del mar y crestas de espuma orlaban las olas que batían los muelles.

Era tarde y decidieron esperar al día siguiente para emprender la travesía. Buscaron comida en las tiendas y en los supermercados, sin encontrar nada. Muertos de cansancio, entraron en un viejo edificio señorial con vestíbulo de mármol, portería y ascensor de jaula. En el último piso encontraron una puerta abierta. En el timbre de latón decía: «Familia Gentili».

El ático estaba lleno de cuadros, marcos, muebles de madera oscura y sillones floreados. Las ventanas daban al paseo marítimo. En el dormitorio había dos esqueletos y en el salón racimos negros y membranosos de murciélagos que colgaban de las guardamalletas y de las lámparas de cristal del techo. En los armarios de la cocina no quedaba nada, pero en el aparador encontraron botellas de Schweppes, avellanas, pistachos y un bizcocho seco que compartieron con el perro.

Se acostaron en los sofás del salón, delante de la televisión.

Astor cayó rendido enseguida. Anna se dormía y se despertaba constantemente, saliendo de una maraña de sueños vagos y angustiosos. Tumbada sobre los cojines de terciopelo, respiraba con la boca abierta, oyendo las olas que rompían contra el muelle.

No sabía nada de Calabria. Se preguntó qué encontraría, si era verdad que los Mayores habían sobrevivido allí. Se imaginó que no les dejaban desembarcar.

*¡Fuera! ¡Iros de aquí! ¡Estáis apestados!*

Y recordó con nostalgia su casa, el bosque, Torre Normanna. Volvió con la mente a aquellos cuatro años vividos en soledad, a las falsas navidades, a las carreteras que había recorrido y al esfuerzo que le había costado tomar sola miles de decisiones.

Para mejor o para peor, al día siguiente todo cambiaría.

Le faltaba el aire. Abrió una ventana, salió a la terraza y dejó que el viento le agitara el cabello. Con escalofríos, se asomó por la baranda a la noche oscura y sin estrellas. Calabria estaba apagada.

*No tengas demasiadas esperanzas.*

Luego reparó en una lucecita a lo lejos que se encendía y apagaba a intervalos regulares. Era como si alguien hubiera oído sus pensamientos.

*Una señal.*

Observó la luz frotándose los brazos. ¿Quién podía ser?

*Tienen que ser los Mayores.*

Volvió dentro y se sentó en el borde del sofá, junto a su hermano. Dormía con la cara aplastada contra el respaldo y las rayas del terciopelo se le marcaban en la mejilla. Lo llamó con un hilo de voz.

—Astor... Astor...

El niño se restregó un ojo.

—¿Qué pasa?

Anna se encogió de hombros.

—Te quiero mucho.

El niño bostezó y se pasó la lengua por los labios.

—¿Estabas soñando? —le preguntó ella.

—Sí.

—¿Y qué soñabas?

Astor pensó un momento.

—Soñaba con bocadillos de salchichón.

Anna suspiró.

—¿Y tú a mí me quieres mucho?

El niño hizo señas de que sí y se rascó la nariz.

—Pues entonces hazme sitio.

Acostada al lado de su hermano, logró por fin conciliar el sueño.

El día era ideal.

El viento había cesado, el cielo estaba despejado, el mar estaba en calma y el continente estaba allí.

Exploraron el puerto pero no encontraron embarcaciones en los muelles. Fuera, en la entrada de la dársena, cerca de los rompeolas, se veían cascotes oxidados de ferrys hundidos, hélices y chimeneas que sobresalían del agua. Colonias de gaviotas se habían instalado en ellos y los habían cubierto de guano.

Echaron a andar por el paseo marítimo, que un paseo elevado cruzaba. A la izquierda había una serie ininterrumpida de edificios modernos que daban a una fila de palmeras truncadas, farolas y a un guijarral bañado por el mar. Pero tampoco allí encontraron barcas. ¿Qué habían hecho con ellas? ¿Las habían usado todas para escapar de la isla?

El continente, que el día anterior estaba tan cerca, empezaba a resultar inalcanzable, y la ciudad, que se extendía como una franja opalescente al pie de las montañas, al otro lado del mar, iba pareciendo un espejismo.

Anna se sentó en un banco, desanimada.

Cruzar a nado era imposible. Y se confesó a sí misma que, aunque encontrarán un bote, no sabía remar. Siguió dando vueltas con Astor, que hablaba solo, y Mimoso, que marcaba el territorio orinando en las farolas.

Pasada una gasolinera, había una fila de construcciones bajas. La Taberna del Marinero, Restaurante La Cigala del Mar, Bar Escila. Tras los cristales, que la sal del mar opacaba, se entreveían mesas polvorientas, pilas de sillas y acuarios vacíos.

Astor se metió por un caminito de arena que había entre dos locales y Anna lo siguió. Detrás de los edificios, sobre un pequeño promontorio, había un parque de atracciones oxidándose, escondido entre eucaliptos. Había un tióvivo con sus sillitas colgando, unos autos de choque, una caseta llena de estuches de videojuegos.

Durante el viaje habían visto otros parques de atracciones y Astor siempre montaba en los coches y se empeñaba en ponerlos en marcha, y luego le pedía a Anna que le contara cómo eran con las luces rojas encendidas, la música, los niños. Sin embargo, por aquél pasó sin decir nada.

El bosquecillo lindaba con un aparcamiento desolado en torno al cual había una serie de contenedores carbonizados. La larga explanada daba a una playa de guijarro, llena de basura y de ramas cubiertas de sal que blanqueaban.

—Vamos... Aquí no hay nada —gritó Anna.

El niño saltó el muro que rodeaba el aparcamiento y desapareció de su vista.

—¡Astor! Yo me voy... —dijo ella, resoplando.

Pero Astor gritó:

—¡Anna! ¡Anna! Ven, corre.

Se llamaba *Tonino II* y no era una barca, sino un patín, blanco y rojo, con timón, asientos de plástico y un tobogán con su escalerilla en medio, que sobresalía por la popa. Astor lo había encontrado debajo de una lona.

Era perfecto. No había que remar, sino pedalear. Y Anna sabía pedalear. Y su hermano también podía ayudar.

*Por fin un poco de suerte.*

Había que llevarlo al agua, pero no sería difícil, bastaba con meterle unas ramas debajo y hacer que se deslizara.

Le estampó un beso en la frente a Astor, que se limpió asqueado mirando el mar.

—¿Y cuánto tardaremos?

—Mucho.

¿Qué necesitaban para la travesía?

Flotadores para Astor. No, mejor salvavidas. Y, mejor aún, chalecos salvavidas. Agua. Comida. Haría frío. Por lo tanto, ropa de abrigo. Mudas. Y chaquetas de esas amarillas para la lluvia. O sea, un montón de cosas.

Las tiendas del paseo marítimo tenían todas la persiana bajada y las que habían sido forzadas estaban vacías. En una cabina de un balneario encontraron salvavidas de color naranja y toallas. Rompieron una ventana del restaurante La Cigala del Mar y rebuscando en la despensa encontraron tres latas de paté de erizo de mar y dos botellas de Chardonnay. No encontraron las chaquetas amarillas, pero del maletero de un coche cogieron unas maletas llenas de jerséis y pantalones y de un camión unos impermeables de plástico transparentes.

El sol aún estaba alto cuando acabaron de equiparse y de colocarlo todo en la proa del patín.

Arrastrar la embarcación a la orilla del agua fue más complicado de lo previsto. Pesaba, y las ramas no rodaban por los cantos grandes. Cuando sumergieron la proa en el agua estaban agotados.

El mar estaba poco agitado pero el viento les salpicaba agua fría en la cara.

Se pusieron dos jerséis y dos pares de pantalones cada uno, y luego los impermeables transparentes. Parecían muñecos envueltos en celofán.

*¿Lista?*

*Lista.*

Astor se había sentado en su puesto y hacía pedorretas imitando el ruido de un motor.

—Despídete de Sicilia —le dijo Anna.

El niño cerró la manecita.

—Adiós.

Por lo menos él no tenía nostalgia.

El perro estaba sentado al final de la playa y los miraba con la oreja buena tiesa.

—Ven, Mimoso, vamos.

El animal no se movió.

—Astor, ve por él.

Resoplando, el niño fue por el perro.

—Ven, Mimoso. —Pero en cuanto se le acercó, el perro se apartó—. Ven. —Lo intentó de nuevo, en vano—. ¡Quieto! Estate quieto. —Se puso en jarras y se volvió hacia su hermana—. No quiere venir.

Intentaron atraparlo por todos los medios, pero, como si danzaran, el perro daba vueltas en torno a ellos con el rabo entre las piernas y se apartaba en cuanto se le acercaban.

—¿Qué hacemos? —preguntó Astor, jadeando.

Anna se encogió de hombros.

—No lo sé. —Había pensado en todo menos en Mimoso. Creía que subiría a la barca, que al fin y al cabo era como un pequeño trozo de tierra—. Tengo una idea. —Sacó de la mochila una lata de paté de erizo de mar, la abrió y se la enseñó al perro—. Hum... —Metió el dedo en la papilla naranja—. ¿Quieres un poco? —La verdad es que aquello daba asco.

El perro dio unos pasos cautos hacia la comida y Anna, conteniendo la respiración, dio uno hacia él.

—Pruébalo. Está riquísimo.

Vació la lata en una piedra y se retiró. El animal se acercó con recelo, olfateando, sacó la lengua y empezó a lamer.

Los dos hermanos, a la vez, se le echaron encima, lo sujetaron y Anna le puso una cuerda al cuello.

—Pillado.

Empezaron a tirar de él hacia la orilla, pero el animal se resistía y sacudía la cabeza gimiendo, hasta que, con un estirón, se liberó del dogal y escapó al aparcamiento.

—No subiré nunca. —Anna arrojó la cuerda y miró al cielo—. Basta. Es tarde. Lo dejamos aquí.

Astor abrió los ojos como si no hubiera entendido.

—¿No nos lo llevamos?

—No.

—Démosle somníferos.

—No hay tiempo, tenemos que irnos. Si no, se hará de noche.

—¿Lo dejamos aquí?

—Sí.

El niño se hincó de rodillas.

—No.

Anna se le acercó y le acarició la cabeza.

—Escúchame. No subiré nunca a esa barca. Y aunque consigamos que suba, en cuanto pueda se echará al agua. Y si lo hace en pleno mar, se ahogará. —Anna reparó en que las nubes habían cubierto el sol—. Tenemos que irnos.

Astor hundió los dedos entre las piedras.

—Por favor... No lo dejes.

Ella se acuclilló delante.

—Mimoso nos ha acompañado hasta aquí. Nadie lo ha obligado, él ha decidido seguirnos. Y ahora decide no venir. Si quiere quedarse, no podemos hacer nada. Es libre. —Y esbozó una sonrisa—. Es un perro siciliano, se las arreglará.

Astor se sorbió la nariz.

—No es un perro siciliano. Es nuestro perro.

Anna le tendió la mano.

—Vamos.

El hermano ladeó la cabeza y gruñó:

—Yo no voy.

—Por favor...

El niño dio un manotazo en el suelo.

—Yo me quedo con Mimoso.

—No digas tonterías. —E intentó cogerlo de la mano.

Astor cruzó los brazos.

—No.

La chica lo miró en silencio, y luego, con calma, dijo:

—Ven.

El niño se enrolló un mechón de pelo al dedo y tiró de él.

—No, no y no.

Anna se mordió los labios y apretó los puños.

¿Por qué era todo tan difícil? Habían encontrado un patín, salvavidas, ropa, pero aquel perro idiota tenía miedo al agua y ahora encima su hermano lo complicaba todo.

—¡Ven ahora mismo! —murmuró con los ojos cerrados.

Astor agachó la cabeza.

—No, no voy. No voy. No voy.

Al tercer «No voy» la rabia invadió a Anna, que tensó los músculos del brazo. Hizo un último y desesperado intento por contenerla y susurró:

—Astor, haz lo que te digo. Sube a la barca. Es mejor. —Pero obtuvo otro «No» por respuesta—. ¡Ya está bien! —Cogió a su hermano del pelo y lo arrastró hacia el patín. Astor gritaba, pataleaba, se retorció e intentaba agarrarse a las piedras—. Ahora mismo vas a subir a la puñetera barca. —Lo cogió por los bajos del pantalón y lo aupó a la plataforma donde se toma el sol, haciendo que se diera con la frente en la barandilla. Astor chillaba con los ojos hinchados e inyectados en sangre, la cara congestionada y los mocos colgando. Anna no lo oía. No sentía lástima ni se

arrepentía. No permitiría que nadie la detuviera, menos aún un perro miedoso.

No miró atrás. Dio un último empujón al patín, arañándose las rodillas en las piedras, y se subió. Pasó por encima de Astor como si fuera un saco, se sentó y empezó a pedalear.

Los aullidos de Mimoso se perdieron con el viento.

Anna pedaleaba y Astor gimoteaba. El patín se hacía lentamente a la mar en medio de una red de boyas.

Después de probar un poco el timón, comprendió que cuando tiraba de él hacia la izquierda, la barca iba a la derecha y viceversa.

Sacó de la mochila una botella de vino, la abrió y bebió.

Astor había dejado de llorar, pero seguía gimoteando y sorbiéndose la nariz.

*Ya se le pasará.*

Cuando llegaran al continente ya se habría olvidado de Mimoso. Todo se olvida. Todo pasa. Su madre. La Finca de la Morera. Pietro. Ahora sólo estaban él y ella.

*Y si no se le pasa, paciencia.*

La corriente arrastraba la embarcación mar adentro. Anna no sabía cuánto tardarían en llegar a la otra orilla. Dio otro trago de vino y se concentró en los pedales.

—¡Anna! ¡Anna! —Su hermano le apretó con fuerza el hombro y empezó a saltar —. ¡Anna! ¡Mira!

Anna se irguió y se volvió. Un puntito blanco aparecía y desaparecía entre las olas.

Al principio le pareció una boya, luego una gaviota flotando, y al final vio la cabeza del perro.

—No es posible —murmuró—. ¿Cómo ha podido? Estamos muy lejos. —Una ola de calor le quemó la garganta—. ¡Qué mala que soy!

Astor se puso a su lado y empezó a pedalear.

—Vamos, rápido.

Anna tiró del timón y el patín describió una amplia curva, dejando una estela blanca. Pedaleaban con los dientes apretados, agarrados a los brazos del asiento, procurando no perder de vista al perro. Lo veían un momento y al momento siguiente dejaban de verlo.

—¿Dónde está?

—No lo sé...

—¡Allí, allí! —Astor señaló la cabeza del perro, que había reaparecido.

Siguieron pedaleando con vigor renovado, aunque las piernas empezaban a dolerles.

—Aguanta, aguanta, por favor, Mimoso, aguanta —rogaba Anna. Pero la barca, contra corriente, avanzaba muy despacio. El perro se ahogaba, agitando las patas

entre salpicaduras.

—¡Mimoso! ¡Mimoso! —le gritaban.

Estaban cerca. Llegaron a ver un instante el hocico del perro, que movía las patas con los ojos desorbitados, y luego el mar se lo tragó.

—¡No pares! —le gritó Anna a su hermano—. ¡Pedalea! —Y se tumbó en la proa sacando el tronco y los brazos. Vio venir velozmente una masa blanca que se deslizaba casi a ras de agua, como un fantasma. Se estiró y agarró al perro del pelo con ambas manos, pero la corriente lo arrastró por debajo de la barca. Anna buscó algo en lo que sujetarse con los pies, no lo encontró, perdió el equilibrio y cayó al mar. Tragando agua y golpeándose la cabeza con el casco, pasó por debajo del patín, pero no soltó al perro. Sujetándolo con una mano, pudo, con la otra, asirse a la escalerilla. Medio ahogada y tensa como una maroma entre Mimoso y la barca, resistió hasta que el impulso cesó. Astor, queriendo ayudarla, saltó a la plataforma donde se toma el sol, que estaba mojada, resbaló, cayó y por poco no se fue también al agua. Se levantó y cogió a su hermana de la muñeca.

Trataron de izar al perro por el tobogán de popa, ella empujando por abajo y él por arriba, tirando de las patas. Parecía de plomo.

—Sujétalo, sujétalo —dijo Anna, y subió con su hermano. Haciendo fuerza con los pies en la barandilla y tirando a la vez, consiguieron subir a Mimoso a la barca.

Anna estaba agotada, temblaba de frío, casi no podía respirar. Vomitó agua de mar y Chardonnay. Astor respiraba inflando y desinflando el pecho.

Zarandearon al perro para reanimarlo, pero la cabeza, con los ojos abiertos y vítreos, rebotaba inerte contra la superficie de fibra de vidrio. La lengua colgaba negruzca de la boca.

—¿Está muerto? —balbució Astor.

Anna empezó a golpear al perro en el pecho, gritando:

—¡No, no está muerto!

Aquel animal era como los gatos, tenía siete vidas. Había sobrevivido a las torturas del hijo del dueño del desguace, al fuego, a las luchas mortales, al hambre y a la sed, a las heridas, a las infecciones, y ahora moría así.

Anna se hizo un ovillo y se tapó la cara con las manos.

—Es por mi culpa, todo por mi culpa.

Astor lloraba con la cara hundida en el cuello del animal. El mar, mojándolos y meciéndolos, los arrastraba hacia la costa de Calabria.

*Toc, toc, toc.*

El rabo de Mimoso golpeteaba débilmente contra la barca.

Aún le quedaba por vivir la séptima vida.

—Yo me caso con éste. —Anna abrazaba a Mimoso, que resollaba junto a un charco de agua y saliva—. ¿Se puede una casar con un perro?

Astor abrió los brazos.

—No lo sé.

Anna, temblando, estampó un beso en el morro del animal y le susurró al oído bueno—. Perdóname. Tú eres mi amor. Y yo soy tonta.

—Yo también quiero casarme con él —dijo el niño.

—Vale. Nos casamos los dos.

Anna, con los dientes castañeteándole, se quitó la ropa mojada, se frotó fuertemente la piel con la toalla y se puso otra muda.

Vertió un poco de vino en las manos huecas de Astor, pero a Mimoso no le gustó. Poco después, como si no le hubiera ocurrido nada, como si no hubiera resucitado, el perro se levantó solo, se sacudió un par de veces y, andando inseguro, se plantó en la proa, como un mascarón.

Los hermanos continuaron pedaleando. El sol seguía descendiendo por el oeste. La corriente los arrastraba a gran velocidad hacia tierra. Las olas rompían contra la proa y los salpicaba de un agua salada que se secaba en la cara como si fuera una máscara. De cuando en cuando salía del agua un pez volador y se alejaba planeando.

Pasaron cerca de una gran boya amarilla con paneles solares y con una torrecilla en la que un faro emitía destellos de luz roja.

*Esto es lo que vi desde la terraza.*

A medida que se acercaban a la costa iban distinguiendo playas desiertas, rompeolas, casas y edificios silenciosos y sin vida.

Anna no hablaba. Sentía una opresión en el pecho. Durante el viaje, día tras día, había ido concibiendo esperanzas y empezado a creer, para sus adentros, que Calabria era distinta.

Dejaron el patín en una playa llena de barquichuelas amontonadas y se dirigieron a la ciudad.

Atravesaron un olivar, bordeando la verja de un chalé con una piscina en la que habían crecido las hierbas. Pasaron junto a filas de edificios a medio construir, con los ladrillos a la vista y las varillas de metal que sobresalían oxidadas de los pilares. Miraron un pantano pútrido en el que flotaban manchas de gasolina tornasoladas.

A lo lejos, en lo alto, descansando sobre enormes pilares que se clavaban como garras en la montaña, discurría una autopista. Llegaron a una plaza en la que había un bar con el letrero colgando, una tienda de móviles saqueada y una gran iglesia de cemento gris en cuyo frontón había un mosaico que se había despegado. Subieron por una calle larga, llena de tiendas y de bares incendiados. En medio de la calzada había un camión volcado, contra el que se había empotrado un Smart.

—¿Dónde están los Mayores? —se lamentó Astor.

Anna no contestó.

Un gato negro y blanco apareció de la nada y cruzó la calle ante ellos. Mimoso se

echó a correr tras él.

El felino saltaba y zigzagueaba, pero el perro lo seguía de cerca intentando morderle por detrás. Con un salto prodigioso, el gato se encaramó al techo de un Opel y de allí, volando, se metió por la persiana de una tienda que estaba levantada medio metro. El perro lo siguió.

—Ahora persigue gatos. —Anna no daba crédito a lo que veía—. ¿No estaba medio muerto?

Los ladridos del perro llegaban graves y apagados del interior.

—¡Mimoso! ¡Mimoso! ¡Ven aquí! —lo llamó Astor.

—Va, ve por él.

El niño se sentó en la acera y se masajeó los gemelos.

—Ve tú.

Anna levantó los ojos al cielo. Cogió la linterna de la mochila, la encendió y se coló por la persiana.

Era un recinto rectangular sin ventanas. En las paredes colgaban tablas de surf, fotos de cantantes, camisetas, botas y vaqueros viejos. En un rincón, había una cabina telefónica roja y un flipper. Los estantes, hechos con tablones de madera, estaban vacíos y las prendas tiradas por el suelo. Oía a Mimoso desgañitándose, pero no lo veía. Se acercó al mostrador, que estaba adornado con ristas de candados. La caja estaba en el suelo. Detrás, una escalera estrecha y empinada descendía al almacén.

Alumbrándose con la linterna, Anna bajó la escalera y entró en un cuartito cuadrado, con unas claraboyas en el techo que difundían un luz tenue.

El perro estaba gruñendo al gato que, transformado en un puente de pelo, lo miraba desde lo alto de una pila de cajas. De pronto, el can se abalanzó sobre las cajas y éstas se desmoronaron. El felino saltó a la pared y desapareció por las escaleras.

En el suelo, delante de Anna, se había abierto una caja azul. Dentro había un par de zapatillas.

La chica cogió una. La apretó. Notó un olor grato a goma y a piel nuevas. Movié la lengua, entumecida, y percibió un sabor amargo. Alumbró la etiqueta con la linterna.

«Adidas Hamburg. Made in China. US 8½ UK 8 FR 42.»

Las tres bandas negras, el empeine de gamuza amarilla, la suela color avellana.

Cayó de culo, se dobló hacia delante y apoyó la cabeza en los ladrillos fríos.

Quiso llamar a Astor, pero se había quedado sin voz. Espiró el aire que tenía en los pulmones. El perro, las perchas con chaquetas, el dispensador de agua, el extintor rojo, las cajas azules, todo le daba vueltas.

—Anna. ¿Estás ahí?

Abrieron todas las cajas, buscaron en el almacén y en la tienda. No encontraron

más.

Astor daba vueltas a una zapatilla como si no fuera de verdad. Se la dio a su hermana.

—Va, pónelas.

Anna lo miró en silencio, con los ojos llorosos y los labios apretados. Lentamente se quitó las botas, se limpió los pies con una camiseta, abrió los cordones, estiró la lengüeta y metió un pie. Hizo un nudo doble.

El hermano le dio la otra.

Ella se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Una cada uno.

Salieron por debajo de la persiana calzados con una Adidas y un zapato viejo y echaron a andar arrastrando los pies. Mimoso los seguía al trote.

El sol había traspuesto los edificios grises pero el cielo, en el horizonte, seguía teñido de rojo.

Una mariposa echó a volar de un algarrobo y flotó en el aire contra el viento. Una racha la arrastró hacia los hermanos. Pasó rozando el pelo de Anna y llegó a Astor, que estiró la mano. El insecto se posó un momento en la palma del niño y reanudó su vuelo vacilante. Al poco llegó otra mariposa y luego otra, hasta que se vieron envueltos en cientos de alas que llenaron la calle como nieve amarilla y negra.

Dejaron atrás las casas y subieron por una rampa de acceso a la autopista, que discurría por la ladera de una montaña con terrazas de viña.

Cuando llegaron al peaje, Astor se detuvo, estiró la pierna y se miró la zapatilla.

—¿Y si una sola no funciona?

Anna le dio la mano y dijo:

—No importa.



NICCOLÒ AMMANITI (Roma, 1966) es la gran figura literaria italiana de su generación: ha sido alabado por la crítica y galardonado con el Strega y el Viareggio, los premios más prestigiosos; cuenta con innumerables lectores, y sus obras se han traducido a 44 lenguas. En Anagrama se han publicado sus novelas *Te llevaré conmigo*, *No tengo miedo*, *Que empiece la fiesta* y *Tú y yo*.

# Notas

[1] Los versos pertenecen a la canción de Nat King Cole «Nature Boy» (E. Ahbez).

<<

[2] Los versos pertenecen a la canción de Mina «Ancora ancora ancora» (C. Malgioglio / G. Felisatti). <<

[3] Así escrito en el original, por más que si «le faltaban tres dedos de una mano» solo podría usar dos para señalar. (N. del E.D.) <<

[4] Los versos pertenecen a la canción de Amedeo Minghi «1950» (G. Chiochio / A. Minghi). <<

[5] Los versos pertenecen a la canción de Mia Martini «Minuetto» (F. Califano / D. Baldan Bembo) <<